TURBAS

Juan Soria

TURBAS

Juan Soria

Una novela muy especial dedicada a gente muy especial:

a los buenos Turbos,
y a las nuevas Turbas

La Amanecía

«Una cruz me detiene. Siento miedo
porque la luna no se ha escondido todavía.
Son las cinco de la madrugada, de una noche,
de un rugir sordo del Universo y hay Pasión.

Me retuerzo entre el resoli y siento pena
del tambor que ya ha roto palillada,
y en el fondo de la calle, angosta y sombría,
vamos hacia el solar de nuestro Padre.
Debe de haber silencio pues no llegó la Amanecía.

¡Oh, noche incansable de mi Cuenca!
¡Oh, Jesús de la mañana!, mi Jesús, cuánto adoleces.
Los cuervos dejaron la sombra y es ahora, el gorrión
el que grazna esperando las puertas del Calvario.
Se abren en crujido penitencial y lloran los nazarenos,
Lloran por su imagen,
sufrimiento esperado de débil escalofrío.

Sale el Nazareno de Marco y suena el clarín en dulce llamada.
No hay descanso, crujen los tambores, rompen la noche,
clama el dolor, tintinean las tulipas, trocan las horquillas,
¡mi Jesús! ¡mi Jesús!, ya no hay dolor, la Turba manda.
Es la Amanecía solemne, es la Madrugá, es la Tragedia
más trágica del mundo: Cuenca vive».

Miguel Romero

«Cuando nuestra apariencia es religiosa, debemos ser muy cuidadosos acerca de la imagen que damos para no dar a los demás una impresión equivocada de la religión».

Mufti Ismail Menk

—I—

A la inspectora Oramas ya le sangraban los dedos. A nadie se le ocurrió avisarle de lo que podía ocurrir. No sangraban todos. Solo el índice y el corazón de cada mano. Crespo, por el contrario, había sido más precavida y se los había protegido con tiritas. Desde el principio pensó que esos dedos acabarían haciendo mella en su ánimo.

Hacía unas tres horas que se había roto el silencio de la noche, una fría noche abrileña de esas que enrojece las narices. Habían sido invitadas a una cena por su buen hacer profesional. De primer plato judías con oreja —un plato de los que dejan huella por su contundencia—, de segundo chuletas de cordero. Un menú no apto para amigos de asobinarse entre sábanas temprano. La cena requería movimiento. Y eso fue lo que hicieron. Tras el segundo plato comenzaron los tambores a tronar por todas las esquinas de las calles retumbando de forma especial en las piedras de las hoces. El silencio penetrante de noche clara se había quebrado. La inspectora Oramas, con su túnica de color verde botella y su capirote rojo enrollado al cuello, empezó tan fuerte atizándole al tambor que se reventó los nudillos. Acompañaba al sordo retumbar de los tambores el chirrido horrísono de los clarines.

—Oye, ¿quién es aquel señor que me fusila con sus ojos? —preguntó Oramas inclinando la cabeza hacia Crespo.

—No lo he visto en mi vida. ¡Uy! Pero si hay torrijas —anunció.

Entre el crepitar de vasos, platos y cubiertos dijo el camarero con cierto orgullo profesional:

—Las tenemos de leche y de vino.

—Yo ya estoy hasta el gollete —se quejó Oramas.

—Come, que la noche es larga. Además, aquí las hacen riquísimas. A mí me pone una de cada —dijo Crespo dirigiéndose al camarero.

—No, si las vamos a traer en bandejas.

Se comieron una de cada y las regaron con esa bebida tan agradable como traicionera. Un mejunje a base de aguardiente, café, canela y otros ingredientes sin determinar que calienta más las cabezas que los estómagos.

—Como siga comiendo voy a romper las costuras de mi piel —dijo Oramas acercándose a Crespo.

—Pues yo me voy a tomar otra de vino.

Oramas sintió que el aire no le entraba bien en los pulmones.

Tuvo la impresión de que en cualquier momento dejaría de

respirar.

—¡Oh! Eres un saco sin fondo —le reprochó con mirada bovina.

—Oye, jefa. Hoy no te permito que me reprendas. Las Turbas solo son una noche al año.

Se le nubló la vista y tuvo que agarrarse a Crespo para concederse unos instantes.

—Espero que no te mueras en una noche como esta —dijo Crespo con amarga ironía.

La inspectora Oramas guardó silencio. Posiblemente, si hubiese intentado pronunciar palabra en ese momento hubiera arrojado por la boca lo ingerido durante la cena. Alzó la cabeza todo lo que pudo y clavó en los ojos de Crespo una mirada tan turbia como indiferente. Se levantó y con el tambor colgado en bandolera marchó hacia la calle. Costaba creer que una persona tan ecuánime y con tan buen criterio como la inspectora Oramas no aceptara de buen grado la broma de su compañera. Aunque salió detrás de ella, nada pudo hacer para impedir que abandonara la reunión. De camino hacia la puerta, el comedor empezó a girar con lentitud en la cabeza de Oramas como si hubiera tomado vida. Al alcanzarla, un viento norteño colisionó contra su cara y mitigó la incandescencia de su cuerpo.

—Pero…, ¿cómo te has puesto así? Perdona si he dicho algo inapropiado, pero…

Oramas alzó la palma de la mano en un intento de pedir sosiego. Tragó saliva y dijo aprovechando el poco aire que le entró en los pulmones:

—No, no…, no te preocupes; es que me he sentido mareada de forma repentina. Esa bebida…, ¿cómo se llama…? ¿Resoli? Pues eso, que no me ha sentado bien.

—Ya te he dicho que es traicionera. Tienes que beberla con moderación y despacio. No es bebida para trago largo.

—Ya, ya. Pero está tan buena y entra tan bien…

La noche estaba fría, pero apacible. De fondo, el redoble de los tambores interrumpido a veces por algún clarín animó a Crespo y empezó a tocarlo. Los palillos rebotaban con fuerza en la piel de vaca que había tensado con ajo tal como le habían indicado. Le daba con ganas. Oramas no consintió ser mera espectadora. Se colocó el suyo al cinto en situación de ataque y se sumó a la magia del sonido acompasándose al ritmo de Crespo. En la cadencia musical encontró Oramas la razón para encontrar su equilibrio saludable.

—¿Sabes el motivo por el que claman los tambores a estas horas?

—Yo no soy de Cuenca. Explícamelo tú.

—Porque llaman a los cofrades.

—Pues démosle fuerte.

La luz de la farola titilaba dando a la calle un aspecto

fantasmagórico. Daba la impresión de que el tiempo se hubiera detenido en esa ciudad de agua y piedra y más si pensamos lo que esa noche se iba a representar en toda la ciudad: la subida de Jesús hacia el Gólgota, ni más ni menos. Subida que sería acompañada por una turba de escribas y fariseos haciendo burla con sus tambores y clarines.

—¡Vaya, vaya! Qué animadas os veo. ¿Todo bien por aquí?

Oramas focalizó la mirada hacia la puerta del restaurante «Las Brasas», un local tradicional situado a mitad de la cuesta entre la parte baja y la zona antigua de la ciudad, a tan solo unos treinta metros de la iglesia de «Los Oblatos». En penumbra, pudo reconocer la figura de Antonio Garrote, el Secretario-Presidente de Las Turbas. Tomó en sus manos el clarín que lo tenía cubierto con una tela negra. Lo llevó a sus labios y desocupó todo el aire que había en sus pulmones produciendo un sonido tan violento que pareció que el cielo se hubiera roto.

Irremediablemente, a la mente de Oramas acudió el momento en que conoció a Antonio. Estaba en su despacho con la inspectora Crespo redactando un informe. Sonó el teléfono y el policía que atendía el mostrador de información le hizo saber que había dos señores que pedían audiencia. Les hizo subir. Como era costumbre en ella, salió a recibirlos y les dijo que esperasen un momento hasta que terminasen un documento. A toda prisa, engulleron todos los datos que tenían escritos a mano en un cuaderno y les dieron forma en un dossier.

Doce minutos después de haberlos recibido en el pasillo, les hizo pasar al despacho. Eran dos hombres que debían frisar los sesenta y cinco años. Estatura mediana. Pelo abundante, ceniciento el de Antonio, más oscuro el de su compañero y peinado hacia atrás dejando una frente despejada. Se quedaron unos breves segundos en silencio y cruzaron miradas. Tomó la iniciativa Antonio:

—Creo que ustedes no nos conocen. Me llamo Antonio Garrote y soy el Secretario-Presidente de «Las Turbas». Mi compañero es Javier Viñuelas que es el Representante de las Turbas dentro de la Junta de Cofradías y el Tesorero.

Sintiendo que todo el peso del mundo caía con fuerza sobre sus hombros, Oramas extendió la mano con la misma firmeza que si le apuntase con una pistola. Tras los saludos, preguntó con una sonrisa cruzada de oreja a oreja:

—Pues ustedes dirán en qué podemos ayudarle.

—¿Ayudarnos? ¿Le parece poco lo que han hecho por nosotros? Ustedes han salvado las Turbas —dijo Antonio con los ojos vidriosos —. No solo eso, han salvado a esta ciudad de una tristeza y de una pena absoluta. Venimos en nombre de los dos mil quinientos turbos para agradecer lo que habéis hecho por esta ciudad.

—Pues muchas gracias, Antonio. Nuestra labor, precisamente, es velar por que la ciudadanía viva tranquila y en paz. Y lo hacemos en silencio, sin alharacas. Si algo bueno he aprendido en este oficio es que cuanto menos nos conozca la gente, mejor. Si quiere que le diga la verdad, disfrutamos mucho con nuestro trabajo. No se pueden ni imaginar la alegría que se respira en esta comisaría cada vez que resolvemos un caso.

Las palabras de Oramas dejaron inmóviles a los dos visitantes.

—Venimos también para invitarles a participar en la procesión «Camino del Calvario» como turbas.

Un rictus de dicha apareció en el semblante de Crespo a la vez que un escalofrío divino recorrió toda su espalda.

—No me diga que podemos salir en las Turbas —dijo con frenesí desbocado—, pero si ha sido el sueño de toda mi vida.

—No solo eso —añadió Antonio—, es que vamos a nombrar a la inspectora Oramas «Turbo de honor» en reconocimiento a su labor.

Las miradas de ambas se encontraron.

—¡Uy! Y qué tendré que hacer.

—A las 5:29:30 segundos de la madrugada tendrá que llamar al picaporte de la iglesia del Salvador para que se abran las puertas y comience la procesión. Va a ser un momento muy emocionante. Tened en cuenta que llevamos tres años sin salir. Por lo demás, lo único que tendrá que hacer será dejarse llevar por la emoción de la noche. ¿Qué le parece?

—Una propuesta enternecedora que está a punto de hacerme llorar. La verdad es que es un ofrecimiento que me enorgullece.

Pocas veces en su vida había tenido un reconocimiento como el que le acababan de hacer Antonio y Javier.

Aunque con una horrible sensación de tener un peso enorme en su estómago, Oramas volvió a la realidad. Detrás de Antonio salió del restaurante Javier Viñuelas, el tesorero. Su aspecto era el de una persona cansada; sin embargo, parecía feliz. Apareció con el pelo rapado, razón por la cual Oramas no lo reconoció.

—¿Tanto cambia una persona por cortarse el pelo? —dijo dirigiéndose a la inspectora Oramas.

—¡Uy!, pero si eres Javier. Te he conocido por la voz. Te veo totalmente transformado.

—Últimamente he estado tan ocupado que he quedado hecho trizas. He envejecido tanto en los últimos días que me he rapado el pelo para quitarme algunos años de encima. He tenido que atravesar un autentico infierno.

Sin embargo, su mirada era la de un hombre gloriosamente satisfecho. Le manifestó a Oramas que había tenido que trabajar muy duro para que las Turbas pudieran entrar en la Junta de Cofradías y

estar representadas como una hermandad más.

—Me he tenido que batir con fuerza con ciertas personas que no admiten que se puedan tener ideas diferentes a las suyas.

Les explicó que con el nombre de Turbas se debía entender una típica procesión que sale antes de despuntar el alba en viernes santo. Que se le conoce también con el nombre de «Camino del Calvario». Que las Turbas fueron parte de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y que rememoran la burla que le hicieron a Jesucristo camino del Gólgota.

—Javier, que soy de Cuenca —dijo Crespo—, conozco esta procesión desde que mi madre me daba el pecho.

—Lo que he explicado lo he hecho por tu jefa que sé que es de Canarias —respondió.

—Lo que puedes hacer es contarnos la historia de esta procesión, que he oído que estas muy puesto.

—¿Qué queréis saber en concreto?

—Todo.

—¡¿Todo?!, ¡Uf! Menos mal que tenemos toda la noche para ello. A ver…, existen datos fiables de que la primera procesión del amanecer de viernes santo tuvo lugar en 1616 —aclaró Javier—. Pero del verdadero origen de las Turbas no tenemos constancia hasta el siglo XIX y estuvieron íntimamente ligadas a la hermandad del Jesús del Salvador —siguió la explicación no exenta de entusiasmo—. Hay que tener en cuenta que estas primeras manifestaciones de turbos no hicieron otra cosa que recoger una serie de rasgos anclados en nuestro más profundo acervo cultural. Dichas manifestaciones aunaban fervor religioso y tradición cultural.

»A comienzos del siglo XX, el grupo estaba conformado por seis clarines, seis trompetas y un maestre de turbas. Todos ellos, por supuesto, pertenecían a familias muy humildes. Y en aquella época, ser humildes significaba pasar necesidades. Así pues, íntimamente ligados a este colectivo, aparecieron una serie de linajes: Los Planchas, los Pantaleones, Los Patacos… El alcalde de Cuenca, que se llamaba José Cobo, y que era a la vez Secretario del Jesús, les pagaba un real y una punta de alajú por turbo.

—Os estoy escuchando —apuntó Antonio—, ¿tú te crees que es momento de andar con estas explicaciones? —reprendió a Javier—. Lo que tenemos que hacer es tirar para abajo y marchar a vestir a los hermanos mayores, que se nos echa la hora encima.

—Pues, no se hable más. Donde hay patrón no manda marinero —respondió Javier.

Como hormigas iban saliendo todos los comensales del restaurante. Nadie preguntaba nada, todos sabían lo que había que hacer. Las hormigas nunca se equivocan. Todos gozaban esa noche de una misma

idea, como las hormigas. Todos sabían cuál era su función, como las hormigas. No en vano, era la noche de la tradición. En medio de un vaivén de dudas, sin dejar que la noche cayera demasiado, tomó la delantera Antonio a quien se pegó como una lapa la inspectora Oramas. Todos les siguieron por la calle de «Las Pulmonías» en fila india, como las hormigas. Tratando de evitar la plaza del Salvador —todavía no era momento para ocuparla— se descolgaron por la calle General Santa Coloma hacia la Puerta de Valencia. Les siguieron unas veinte personas que se dejaban las muñecas y el alma tocando el tambor o sacándole desgarradores sones a los clarines. Vestida con esos ropajes, caminando a esas horas de la noche por esas calles tan retuertas, se le hizo a Oramas que, obedeciendo a las leyes de esa extraña teoría del Big Bang, el tiempo hubiera empezado a retroceder.

—Ahora vamos a ir a casa de los hermanos mayores del Jesús del Salvador para vestirlos.

—¿Y todos los que vamos aquí nos vamos a presentar en…?

—Por supuesto.

—La inspectora Crespo y yo nos quedaremos en la calle.

—¿Tú estás loca? Si me presento en su casa y le digo que me he dejado en la calle a nuestra Turba de honor me tira por el balcón. Debes tener en cuenta que eres turba de honor con todas las consecuencias y hazte a la idea de que eres la persona más respetada en esta noche.

Llegaron al principio de la calle Fermín Caballero, frente al inexistente cine Xúcar, nombre por el que se le conoce al espacio de confluencia con la calle Cervantes y Diego Jiménez. La gente mayor todavía se refería a dicho espacio como «La Ventilla». Llamaron al telefonillo y les abrieron sin demora. Seguramente los esperaban desde hacía tiempo. Subieron al tercer piso por las escaleras con el corazón acelerado, no solo por las escaleras sino por las judías.

Clemente Lablanca Calleja, ese era el nombre del primer hermano mayor que visitamos. Un señor respetable que rondaba los cincuenta. Entraron al salón de la casa, un salón amplio en el que permanecieron la mayoría de la comitiva. Con una decoración estilo inglés, presidía el salón una gran chimenea de mármol inutilizada, dentro de la cual habían instalado la televisión. Alrededor de ella tres sofás de piel de dos plazas cerraban un pequeño espacio para el esparcimiento. En la pared de enfrente, una gran mesa daba acogida a ocho posibles comensales. En otra pared había un aparador sobre el que había múltiples fotos, la mayoría de caza, lo cual revelaba una de las grandes pasiones de Clemente. A la casa, desde luego, no le faltaba un perejil. En el dormitorio principal tenían preparado sobre la cama los aditamentos para vestir a Clemente: la túnica morada, el caperuz de terciopelo del mismo color que la túnica, el escudo de la hermandad

bordado en el brazo izquierdo, el cíngulo amarillo con madroños, el rosario, el cetro, los guantes y los zapatos negros.

Les ofrecieron resoli que, por cierto, pocos aceptaron. Oramas pidió agua fría y marchó al lado de Crespo al contemplar que estaba con una copa de licor en la mano. Se le acercó con sigilo y le hizo ver con un gesto que tenía que ser comedida.

—No te sobrepases que luego se pagan las consecuencias —le susurró.

La relación que Oramas tenía respecto a su compañera Crespo era la de una hermana mayor. Posiblemente esa hermana que ni una ni otra tuvieron. La verdad, es que con Crespo consiguió desde el primer momento una relación especial que pronto se tradujo en una gran amistad, lo cual no evitaba discrepancias profesionales.

—Deja de preocuparte por mí —le contestó—. Sabes que sé cuidarme.

Y no le faltaba razón. Era una chica de treinta y pocos. Alta, espigada y con los músculos bien formados. En realidad, vivía para el deporte. Le gustaban de forma especial los de aventura: piragüismo, escalada —le encantaba dormir colgada de una roca— y espeleología. Una de sus grandes metas era hacer un ocho mil —¿para cuándo?, nadie lo sabía—. Para ella, correr un maratón era tan solo un aperitivo. Pero, a pesar de esa dureza exterior, era frágil por dentro. No en vano, cuando tenía diez años sus padres se separaron y con dieciséis vio cómo su padre mataba a su madre y a un hermano menor. Ella salvó la vida tirándose por el balcón. Oramas conocía todas estas circunstancias y era consciente de su endeblez tratando de protegerla como si de una hermana pequeña se tratara.

El vicepresidente eligió a uno para vestir al hermano mayor a la vista de todos.

Cuando vistieron al segundo hermano mayor, que vivía en la calle Calderón de la Barca, marcharon al gasto. Nombre con el que se denomina a la invitación que hacen los hermanos mayores en un bar que ellos mismos eligen. No tuvieron que andar mucho, el lugar elegido fue el «Andén 7», un local muy amplio situado en la plaza de la Constitución. Entre la directiva, los turbos históricos, los banceros y algún otro hermano que se fue uniendo a la comitiva, se juntaron unas doscientas personas que dieron buena cuenta de algunas botellas de resoli, cafés para los más moderados y magdalenas caseras para los estómagos necesitados.

Los dos hermanos mayores se acercaron a la inspectora Oramas. La rodearon y le dijeron:

—Muchas gracias por haber salvado de forma tan brillante la Semana Santa, —alzaron la copa y brindaron—: por la mujer más grande que ha visitado esta ciudad.

Y llegó ese elevado momento en que la emoción pareció desbordarse. Bebieron, gritaron, bailaron, se abrazaron, los bravos y los aplausos se entremezclaban, se montó una enorme algarabía en la que el público pareció entregarse a la inspectora. Sin saber como, los tambores empezaron a tronar. Ta, tacatá tacatá, chac chac; ta, tacatá, tacatá, chac chac; ta, tacatá, tacatá, Oramas…

Se emocionó. Tuvo que secarse las lágrimas con una servilleta de papel. En ese momento se le vino a la cabeza la imagen de Fátima.

—II—

Todo comenzó una fría mañana de mediados de enero. Nevaba. No eran muy grandes los copos, pero persistían. La reunión del equipo de Oramas estaba terminada prácticamente. La guasa de Torrijos empezaba a imponerse. Gozaba pinchándole a Crespo que no tardaba en incendiarse y empezar a echar sapos por la boca. Dada la edad, parecía estar de vuelta en la profesión y en lugar de buscar la efectividad en su trabajo, había veces que le daba por alborotar y crispar la reunión. Oramas se echaba a temblar cada vez que Torrijos se ponía en modo socarrón. Sabía que la reunión podía acabar como el rosario de la aurora. Estaba a punto de levantar la sesión cuando llegó un policía acompañando a una chica joven. El policía dijo que estaba angustiada y que quería ver a la inspectora Oramas costase lo que costase.

—Se ha puesto extremadamente pesada —dijo queriendo excusarse.

Oramas hizo un barrido ocular fijándose en el rostro de todos sus compañeros y dijo enarcando las cejas:

—Está bien, hazla pasar.

Apareció por la puerta una chica menuda con cara de avispa. Morena, baja, melena mediana, sus rasgos faciales eran muy suaves y armónicos, su cutis fino: sin lugar a dudar era una chica atractiva. Un efluvio magnético se desprendía de ella, su mirada traspasaba como un estoque; y en sus pupilas, negras como abismos, se percibía dolor. La inspectora Oramas la invitó a sentarse y eligió la silla que estaba a la derecha de la inspectora Crespo.

—En tu cara veo que hay algún asunto que te inquieta —advirtió Oramas.

A la chica se le encharcaron los ojos y empezó a lagrimear. Los cuatro se cruzaron ráfagas de miradas. La irrupción de esa chica en la reunión provocó una gran inquietud desde el primer momento. Solo verla con la decisión con que entró en el despacho les hizo sentir una enorme zozobra.

—Tienen que ayudarme, por favor —dijo zollipando.

Ante la desesperación de esa chica, Oramas la invitó a contarle los problemas que la tenían atenazada.

—Te escuchamos —dijo.

Hizo un inmenso esfuerzo por hablar, pero ni siquiera pudo abrir los ojos. Se encogió y empezó a llorar acompañándose de unos

intensos estertores. Se ovilló y su cuerpo se agitaba con un movimiento involuntario que le impedía hablar. Crespo, al verla totalmente desmadejada, le puso la mano derecha sobre su hombro y le ofreció un pañuelo de papel. Oramas envió a Peláez para que le subiera una tila. Además de esperar a que se tranquilizara, poco más pudieron hacer.

—Quiero que sepas que no nos sentimos nada bien viendo lo que estás sufriendo —trató de confortarla Oramas cuando se tranquilizó—, pero debes intentar ser fuerte y contarnos qué es lo que te causa tal desazón.

Apenas entró una pizca de aire en sus pulmones intentó hablar, pero tan solo logró mascullar una palabra inteligible. Dio un sorbo a la tila y por fin acertó a decir.

—Mis hermanos.

—¿Qué les pasa a tus hermanos? —se apresuró a preguntar Crespo.

—Que están preparando un atentado. Por favor, traten de impedirlo. No se lo consientan. Nosotros no somos así. No sé quién les ha podido comer la cabeza de esa manera.

—¡Copón, copón, copón! —exclamó Crespo.

Las palabras de la chica, acompañadas con la desesperación con que las pronunció, sonaron gruesas. Quedaron atónitos. Sin ser capaces de poner orden en sus pensamientos de nuevo empezaron a lanzarse miradas unos a otros a la velocidad de la luz.

—Pero ¿qué estás diciendo, jovencita? —dijo Torrijos. La voz pareció salirle velada de la garganta y cargada de recelo.

—¿Te lo han dicho ellos? —preguntó Peláez.

—¿Estás hablando de un atentado yihadista? —la interpeló Crespo.

Volvió a caer en el mismo pozo de angustia y arreciaron las lágrimas. Peláez, Torrijos, Crespo y Oramas parecían estatuas de sal. No contestó hasta que se secaron sus ojos.

—Ellos no me han dicho nada, pero los he escuchado sin que se den cuenta. Quieren cometer un atentado yihadista. Nuestra familia no es así —dijo la chica con diamantino orgullo—. Queremos vivir tranquilos y en paz. Por favor, hagan algo. Aunque tengan que meterlos en la cárcel, no pasa nada.

—¿En Cuenca? —preguntó Oramas.

—Quieren atentar contra las Turbas.

Las palabras estuvieron a punto de reventar los oídos de la audiencia. Tuvieron el potencial suficiente para dejarlos inmóviles, sin capacidad de reacción. Cariacontecidos. El mundo pareció que había dejado de girar en aquella salita. Se miraron unos a otros soliviantados y sin ganas de dar crédito a las palabras de esa chica. Transcurrió algún tiempo, sin embargo, hasta que Peláez le preguntó:

—¿Estás segura de que has escuchado bien?

—Mis hermanos creían que estaban solos en casa, pero yo era testigo mudo de lo que ocurría en la casa. Mi hermano ha recibido una llamada y le he escuchado decir que iban a atentar contra la procesión Camino del Calvario con dos furgonetas en el momento en que llegasen las Turbas a Carretería.

—¿Has escuchado en qué momento exacto de la procesión? —incidió Peláez.

—Poco antes de que girase el primer paso para tomar la calle principal.

—¿Tienes idea de con quién podían estar hablando? —preguntó Oramas.

—No.

—Últimamente ¿has observado algo raro en la conducta de tus hermanos? —insistió Oramas.

—Como qué.

—Alguna costumbre distinta.

—Desde hace unos meses se ausentan de casa los fines de semana.

—¿Dicen dónde van?

—Cuentan que van a la Sierra.

—La Sierra es muy grande, ¿han hablado de algún pueblo en concreto?

—Que yo sepa, no.

—¿Tus padres saben algo de lo que están tramando?

—No saben nada.

—Comprendemos que estás en una encrucijada —dijo Peláez—. Creo que lo que debes de hacer es guardar silencio, hacer como que no sabes nada y estar muy atenta a lo que ocurre en tu casa. A tus padres no les digas nada. Todo esto debes de hacer si quieres que desactivemos el atentado.

—Y si le puedes coger el móvil a tus hermanos y curiosear, mejor que mejor —añadió Crespo—. Eso sí, en el momento en que haya novedades vienes y nos las cuentas.

Una vez más, se le partió el alma a esa pobre muchacha. Aún así, todavía pudo decir gimoteando:

—Haré todo lo que me digáis. Ojalá podamos parar el golpe. Lo que más deseo en estos momentos es proteger a mi familia. De verdad, nosotros no somos así… No sé que les ha podido pasar a mis hermanos. Pero los musulmanes no somos así. Nuestros valores son la paz, la fraternidad, la bondad y la solidaridad. El discurso del odio no tiene cabida en nuestra religión, y el que diga lo contrario miente. El buen musulmán deja vivir y ayuda a vivir.

—Tienes mucha razón —respondió Oramas con contundencia—, y no hay mejor forma de fomentar la paz que evitar un atentado. Por cierto…, antes de que se me olvide. ¿Tus hermanos son muy

religiosos?

La chica enjugó sus lagrimas y, con más rabia que tristeza, dijo:

—No eran nada religiosos. Su grado de desconocimiento del islam era enorme. Hasta hace unos meses no rezaban nunca. Ahora rezan cinco veces al día.

—Bien. Te voy a tener que tomar declaración. Mientras, vosotros tres —dijo dirigiéndose al resto de su equipo— marchad a otro lugar y vais pensando alguna solución para resolver el problema.

En el despacho de la inspectora Crespo empezaron a opinar sin pizca de rubor. Sin embargo, cuando llevaban cerca de veinte minutos hablando se dieron cuenta de que las ideas más brillantes eran las de Peláez. Enmudecieron Crespo y Torrijos y le dieron el protagonismo a Peláez.

—No sé si os dais cuenta —empezó la disertación—, pero los atentados son cometidos por jóvenes que están integrados en la sociedad y que, por tanto, nadie sospecha de ellos. Hablar del perfil del terrorista en estos casos es muy difícil, se puede decir que «cualquiera puede ser terrorista»—conjeturó—. Basta con que se consideren socialmente excluidos o víctimas de institucionalismo social, o que alguien los convenza de ello para que se echen en manos de algún desaprensivo y les laven el cerebro. Y lo curioso, como hemos podido ver con los hermanos de esa chica, es que no hay en ellos ni rastro de religiosidad. Ahora bien, esos chicos suelen tener una crisis de identidad, tanto es así que no se sienten ni argelinos, ni marroquíes, ni españoles, ni sirios…, tan solo se consideran musulmanes. Todo ello lo saben muy bien los que se dedican a captar jóvenes. Lo que hacen los terroristas es utilizar la religión como arma arrojadiza. Eso no quiere decir que el islam sea malo, como muy bien ha explicado la chica, el islam es una religión de paz.

»La situación social en la que vivimos en la actualidad es un buen abono para los movimientos terroristas. Hay millones de personas indignadas con su situación social y hartas con el mundo. Por tanto, hemos creado el semillero para que gente que infravalora la vida se lance a cometer atentados. A mi juicio, para luchar contra el terrorismo habría que conseguir un Estado del bienestar con garantías. Se debería educar a la población en el respeto a la diversidad cultural, lo cual implica igualdad de oportunidades con independencia del origen, nacionalidad o cultura de cada uno y promoción socio laboral. El Estado tiene que hacer ver que cuenta con todo el mundo. Si, por el contrario, el Estado crea un monstruo lleno de odio y sediento de venganza…

—Vaya rollo que nos estás soltando —manifestó Torrijos que parecía seguir con la chanza—. Yo lo que he escuchado es que hay un

grupo radicalizado dentro del islam y que son ellos los que propician el terrorismo.

—Seguramente te estás refiriendo al salafismo…

—Sí, es así como lo llamaban —suspiró Torrijos cortando el discurso de Peláez.

—Mahoma fue el último profeta de los mensajeros de Dios y con él se completó la religión —recordó Peláez—. Hay gente que se esfuerza en diferenciar el salafismo del islam y aseguran que el islam es la religión de los musulmanes y el salafismo es su puesta en práctica y que simplemente reproduce las prácticas del profeta.

—Es la ortodoxia a ultranza —replicó Torrijos.

—Estoy de acuerdo, pero tampoco tiene que implicar forzosamente otra cosa distinta.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Torrijos.

—Que ser ortodoxo no implica ser terrorista.

Crespo se encontraba fuera de juego aguantando el momento con falsa entereza. Intentaba a la vez esconder su ignorancia sobre los asuntos que se trataban. Ignorancia que intentó enmascarar con una pregunta:

—¿Cuál crees que es la causa por la que algunos jóvenes deciden inmolarse y causar la muerte de tantas personas?

—Lo que les impulsa a cometer tales atrocidades es la idea de que tras la muerte lo estarán esperando en el paraíso setenta y dos vírgenes —respondió Peláez resoplando con fuerza—. Todo es así de claro y así de simple. Cuesta creer que una idea tan boba tenga la fuerza suficiente como para que alguien tome una determinación tan importante y derribe los andamiajes de su vida, pero así es y poco se puede hacer para impedirlo.

Torrijos atendía y absorbía la información con los cinco sentidos. Crespo, mientras tanto, se colocaba un par de mechones revoltosos detrás de las orejas y se estiraba las medias desde los tobillos hasta donde el decoro permitía.

—¿Qué nos puedes decir del Estado Islámico? —preguntó Torrijos.

—Que es un grupo terrorista paramilitar, de naturaleza fundamentalista, integrado por fieles radicales que siguen la doctrina de Abu Bakr al Baghdadi.

—¿Quién es ese? —empezó a interesarse Crespo.

—Es un imán que en junio de 2014 se autoproclamó califa de todos los musulmanes en la gran mezquita de Mosul y les pidió lealtad a todos los musulmanes —dijo mientras notaba cómo vibraba su teléfono en el bolsillo—. Les dijo que había sido designado por Alá para aceptar un deber de gran responsabilidad, que no era otro que el de ser su califa. En los años de apogeo del Estado Islámico este hombre llegó a controlar 88.000 kilómetros cuadrados desde el oeste

de Siria hasta el este de Irak imponiéndole su brutal gobierno a unos ocho millones de personas.

»Para centrarnos un poco en su figura, este hombre aseguraba ser de origen árabe sunita (nació en la ciudad iraquí de Samarra) y descender de la tribu Qurays del profeta Mahoma, algo de suma importancia para convertirse en Califa —continuó sin disimular una sonrisa—. De joven pasaba mucho tiempo en la mezquita aprendiendo a recitar el Corán. Detenido en 2004 por los estadounidenses, fue ingresado en Camp Bucca, donde dirigió oraciones y pronunció sermones a los reclusos, algunos de los cuales serían los futuros lideres del Estado Islámico. Posteriormente entró en contacto con al Qaeda bajo el liderazgo de Abu Musab al Zarqawi. Tras la muerte de éste, la organización cambió su nombre a Estado Islámico siendo nombrado poco después al Baghdadi su líder —hizo una pausa, bebió agua se cruzó de brazos y continuó—. A partir de ahí hubo ciertas desavenencias entre los líderes de los grupos radicales Nusra y al Qaeda. Estamos ya situados en 2013 y nos tenemos que centrar en la rebelión contra el presidente Basar al Assad. En ese momento al Baghdadi fusionó sus fuerzas en Irak y Siria. Tras consolidar su poder en numerosas ciudades y pueblos de Irak, en 2014 el Estado Islámico anunció la creación de un califato y al Baghdadi, poco después, se autoproclamó califa exigiendo la lealtad de los musulmanes en todo el mundo. Estados Unidos no tardó mucho en lanzar una campaña aérea contra los yihadistas en Irak. En marzo de 2019 Trump anunció el final del «califato del mal». Lo demás, ya os lo podéis imaginar.

—Sí, eso es cierto. Pero yo creo que el Estado Islámico tiene más enjundia —afirmó Torrijos.

—Su objetivo principal era constituir una comunidad de creyentes agrupados política y religiosamente bajo un califato único —replicó Peláez—. Eso quiere decir que deja de existir el Estado sirio, el Estado de Irak y cualquier otro. El único Estado será el Estado Islámico. Dicho Estado, por cierto, ha llamado a sus fieles a matar a cualquier infiel americano o europeo, y especialmente a «los vengativos y sucios franceses».

—Ahí quería yo llegar. Este es el origen de los atentados que ha habido en Europa. Desde que se autoproclamó califa de los musulmanes Abul Bakr ha habido más de treinta atentados en Europa ocasionando unos trescientos muertos. La movilización yihadista no tiene precedentes.

—Es que las formas de causar el terror han cambiado —acertó a decir Peláez—. Ya no hace falta pertenecer de forma organizada a ningún grupo, sino que el terrorista puede estar en cualquier parte del mundo. Es como si se hubiera pasado de un esquema organizativo donde había empleados a otro donde cada uno es autónomo. Dices

que la movilización yihadista no tiene precedentes, y tienes razón. A mi juicio hay que tener en cuenta que las cosas están cambiando en el mundo yihadista. La actual movilización en Europa es excepcional por su alcance y magnitud. Una quinta parte de los combatientes terroristas trasladados a Siria e Irak proceden de países europeos. Principalmente se afilian al Estado Islámico.

—¿De qué países es mayor la movilización? —preguntó Crespo.

—De aquellos cuyo tamaño de sus poblaciones musulmanas porcentualmente es mayor. Una circunstancia digna de tener en cuenta es que dicha población se encuentra compuesta principalmente por segundas o terceras generaciones de aquellos primeros inmigrantes llegados del norte de África.

—¿Es cierto que Abu Bakr al Baghdaddi se quitó la vida? —preguntó Torrijos con tono de duda.

—Eso es lo que anunció el presidente de Estados Unidos en 2019. Afirmó que murió como un perro cobarde cuando quedó atrapado en un túnel sin salida. Por lo visto, acabó su vida gimiendo, llorando y gritando mientras era perseguido por perros de las Fuerzas armadas estadounidenses. Al final, se quitó la vida con un chaleco explosivo durante una operación militar de Estados Unidos.

—¿Cómo queda el Estado Islámico tras su muerte? —preguntó de nuevo Crespo.

—Como podéis imaginar, la muerte de Al Baghdadi no tiene por qué significar el final automático del Estado Islámico. No hay que dudar que ese hombre era una herramienta poderosa para ellos, pero tampoco sabemos si tienen un nuevo líder.

—Yo creo que ya es hora de pensar alguna solución para parar el atentado —propuso Torrijos.

—Tienes razón —salió al paso Crespo—. Hasta ahora todo lo que se ha dicho es pura información. Aquí hace falta chicha, palabras que no caigan en saco roto y que nos ayuden a parar el atentado.

—¿Qué propones? —dijo Peláez con tono inquisitorio.

Se tomó unos segundos para contestar. Colocó una pierna sobre la otra quedando la falda por encima de la rodilla. La pantorrilla quedó perversamente a la vista despertando la curiosidad de Torrijos y de Peláez que, a pesar de haberse despertado en ellos cierta atracción carnal, se resistían a echar una mirada.

—Pues mirad, para empezar, creo que lo mejor será que sometamos a los hermanos de esa chica a una estrecha vigilancia las veinticuatro horas del día —resolvió sobre la marcha—. Tenemos que averiguar también cuánta gente compone la célula.

No dio más explicaciones. Tras cruzar las miradas Peláez y Torrijos, dijo este último:

—Creo que no tenemos más remedio que estar de acuerdo contigo.

Peláez asintió con teatral circunspección.

No obstante, llegó el momento de la duda.

—El problema será echarle el guante al cabrón del imán que los manipula —soltó Crespo con insidiosa fuerza.

—¿Nos vas a explicar cómo lo vamos a hacer? —dijo Torrijos irguiéndose sobre la silla.

—Por qué yo.

—¿Por qué tú, ¿qué?

—Pues, que porque yo… Está bien, olvidadlo.

Oramas acompañó a la chica hasta la puerta y la despidió con afecto, como si se conocieran de toda la vida. Con la mano derecha colocada detrás de la espalda la acercó hacia su cuerpo y juntaron sus mejillas. La forma de caminar y la determinación en el gesto hacía pensar que la chica se había tranquilizado. La inspectora se quedó mirándola hasta que traspuso por la esquina de Sánchez Vera.

Se giró y subió las escaleras con ligereza. Clac, clac, clac…, sonó el tacón de los zapatos con buen ritmo. Entró en su despacho. Se abocó sobre el ordenador y tomó nota de todo lo que había ocurrido en la reunión. Cuando acabó de recoger la información en un documento anduvo por su despacho de forma errática. Se plantó delante de la ventana, recompuso su peinado ayudándose del reflejo del cristal, acomodó las costuras del traje a su perfil y marchó en busca de sus compañeros para ponerlos al tanto de lo que había hablado con Fátima.

—¿Habéis resuelto algo? —preguntó nada más entrar en el despacho.

Torrijos suspiró. Sin embargo, fue la inspectora Crespo quien tomó la palabra.

—Hemos llegado a la conclusión de que hay que educar a la población en el respeto a la diversidad cultural y en la consecución de igualdad de oportunidades sea cual sea la cultura o la nacionalidad de cada uno… Bueno, también hemos pensado que tenemos que vigilar a los hermanos de esa chica veinticuatro horas al día —de la comisura de los labios de Crespo se desprendió una sonrisa burlona.

—Respecto a lo primero, que se haga cargo el Estado. Referente a lo de vigilar a esos dos pringaos, que sepáis que estoy de acuerdo con esa idea.

—Pues, manos a la obra —apremió Torrijos con diligencia.

—No seas cagaprisas —advirtió Peláez. Le contó a Oramas todo lo que habían hablado sobre el Estado Islámico y sobre Abu Bakr al Baghdadi y añadió—: Creo que lo que toca ahora mismo es que Oramas nos informe de lo que ha averiguado.

Ante tal abundancia de información recibida de Peláez, Oramas se

sintió tan diminuta como una seta en un bosque de secuoyas. Tomó las riendas del asunto como podría hacerlo cualquier charlatán de feria y con su acostumbrada prestancia les dijo que esa chica se llamaba Fátima: Fátima Zeroual Sahuquillo, aclaró tras consultar unas notas. «Y que sepáis que gran parte de la información que me acabáis de dar respecto al Estado Islámico me la ha dado ella», dijo. Alabó la intención de denunciar a sus dos hermanos como si fuera una genialidad y dijo que era hija de marroquí y de española. Sus padres se conocieron en Cuenca. El padre llegó a principios de los noventa del siglo anterior. Trabajaba en el Parador de Turismo, donde conoció a su madre. Se casaron al poco tiempo de conocerse y cuando se quedó embarazada de Fátima, al padre se le metió en la cabeza marcharse a Marruecos. Oramas se ahuecó el tupé con los dedos procurando que se mantuviese en su sitio y continuó. Se instalaron en la provincia de Larache, que es el lugar de donde proviene la familia de su padre. Con los ahorros invirtieron en un restaurante cercano al puerto. El restaurante se mantuvo abierto durante año y medio solamente. El socio del padre los estafó. Se llevó el dinero que había en el banco y dejó una buena deuda de la que se tuvo que hacerse cargo el padre de Fátima. «A medida que me lo contaba, una soga invisible parecía presionar suavemente en su cuello».

—Intuyo que al final tuvieron que volver a España con una mano delante y otra detrás —señaló Crespo dirigiéndose a Oramas.

—Con una mano delante, otra detrás y embarazada de seis meses —asintió—. Lo que hizo su padre fue una locura. ¿A quién se le ocurre tener la vida resuelta aquí y marcharse a Marruecos a la aventura?

—Tampoco hay que dramatizar —medió Torrijos—. Quizá lo único que deseó ese hombre fue que su hija naciera en su tierra. O simplemente deseó volver a sus orígenes. El caso es que…

—El caso es que la opinión de su mujer no contó —atajó Crespo dando por hecho que la madre de Fátima no aceptaba la idea de marcharse a Larache.

—Yo creo más bien que hay personas que se emocionan con facilidad y no son capaces de calcular la envergadura de sus actos —añadió Torrijos.

—Demasiado sabría ese…

Oramas se dio cuenta de que de nuevo la reunión caminaba hacia el mismo umbral del infierno y cortó de lleno la conversación.

—¡Basta! —dijo—, lo que tenemos que hacer es pensar cómo nos vamos a organizar para vigilar a ese par de insensatos.

—Todavía no nos has dicho dónde viven —observó Torrijos.

—Viven en la Canaleja. Concretamente… —echó un vistazo de nuevo a sus anotaciones—, a ver, sí, aquí está: en la calle Matadero Viejo, frente al mirador de San Gil.

—Ese es un buen sitio para pasear al perro —bromeó Torrijos.

Peláez se rio.

—Lo tendré en cuenta —contestó Oramas—. Lo que tenemos que hacer es estar en contacto constantemente. Lo digo porque no conviene que coincidamos dos personas a la vez.

—¿Te ha dado Fátima fotos de sus hermanos?

—Se me olvidaba. —Sacó el móvil y dijo—: Aquí están. Os las paso a los tres. Y tened en cuenta que, aunque falte mucho para la Semana Santa, no nos podemos dormir.

—III—

Y no lo hicieron, ya lo creo que no.

En el Andén 7 seguía la aleluya en torno a la figura de Oramas. Aceptó con mucho agrado las manifestaciones, pero cierto es que es una persona tímida y poco dada a las grandes alharacas. En el momento que tuvo ocasión se escabulló de las miradas y de los halagos y salió a la puerta. La acompañó Crespo. Tan pronto se percató Javier de su presencia en la calle salió con una copa de resoli en una mano y una magdalena en la otra.

—¿No tomáis nada? —oyó Oramas decir a su espalda.

—Mi cuerpo no lo admite —respondió girando la cabeza—. No estoy acostumbrada a cenas tan pantagruélicas y las copas que me he tomado no le han caído demasiado bien a mi cuerpo.

Cuando tuvo a Javier a su lado le pidió que le siguiera hablando de la historia de las Turbas.

—Creo que nos habíamos quedado en las familias históricas —rememoró Javier.

—Patacos, Pantaleones y Planchas.

—Buena memoria. Cuando acabó la Guerra Civil tuvo que hacerse la reconstrucción de la Semana Santa. Dicha reconstrucción llegó también a las Turbas. A partir de entonces la formaron doce tambores y doce clarines y así permanecieron hasta que a finales de los cincuenta empezaron a participar las clases medias.

—Entiendo, pues, que hasta entonces ser turbo era sinónimo de clase baja.

—Así fue. Después de la guerra se pasó mucha hambre. Lo que realmente se hace en la procesión de las turbas es la representación de la burla que hicieron los judíos a Jesucristo camino del Calvario. En ese drama, ser judío no era algo fácil en aquellos tiempos. En esta pequeña ciudad, en la que todos nos conocemos, para ser turbo había que pasar cierta vergüenza. Eso de mofarse de Cristo no todo el mundo llegaba a entender que era una representación simbólica de aquellos que le hicieron escarnio. Había quien recibía escupitajos e insultos.

—Pues no entiendo el motivo por el que…

—Por dinero —le cortó Javier—. Se les pagaba cinco duros, se les daba a beber resoli y llenaban la barriga con alajú. Ese era el fundamento de que hubiera gente dispuesta a hacer la burla al Señor. Y tenéis que saber que, a los turbos históricos, es decir a los herederos

de las familias de los Patacos, los Pantaleones y los Planchas se les siguen pagando de la misma forma: es la tradición.

—¿Cuántos céntimos se les paga, pues?

—No, no. Se les sigue pagando una moneda de cinco duros o lo que es lo mismo, veinticinco pesetas. Como iba diciendo, a finales de los cincuenta y sobre todo durante los sesenta, dejaron de ver a las Turbas como algo denigrante empezando a formar parte de ella.

—Fue el comienzo de la masificación —aclaró Crespo.

—En la década de los setenta se incorporó mucha gente sin conocer el verdadero significado y pensaron que esa noche podían hacer lo que les diera la gana. Muchos de ellos venían sin credenciales y quien la traía se había hecho con ella de forma ilícita. A un desaprensivo se le descubrió vendiéndolas por Madrid. Fueron malos tiempos para las Turbas.

—Si le preguntas a cualquier policía de aquella época te contará lo que tenían que trabajar aquella noche para mantener el orden —insistió Crespo—. Cada año se incrementaba el numero de turbos. Cada año venía más gente de fuera que causaban problemas alrededor de la procesión. Cada año aumentaban las detenciones. Recuerdo que un año hubo que habilitar la plaza de toros para llevar a los detenidos.

—Parte de la turba se dedicaba a impedir que la procesión avanzara metiéndose literalmente debajo del santo. Era la policía quien tenía que impedirlo, con lo cual se perdía el encanto.

—En 2002 hubo un gran escándalo. Empezó a llover y se decidió meter a las imágenes en la iglesia de San Esteban. Gran parte de esa chusma, que no sabe ser turbo, lanzó palillos a las imágenes e insultaron a los nazarenos.

—Metidos en la historia de las Turbas, lo que no me ha quedado muy claro es el origen de dicha procesión —tuvo que elevar la voz Oramas debido al ruido de los tambores que salía del establecimiento mezclado con el entrechocar del cristal, el golpeteo de las tazas contra el mármol de la barra y las voces de los camareros solicitando las comandas—. Sé que me has hablado algo de ello tras la cena, pero el resoli me tenía la cabeza demasiado caliente como para poder prestar la atención oportuna.

—Ni tú lo tienes claro, ni lo tiene claro nadie —disparó Javier a bocajarro—. Hasta ahora se ha investigado poco sobre el asunto y si alguien se ha puesto a hacerlo se ha encontrado con que ha habido muchos incendios y ha sido imposible llegar a conclusiones claras —hablaba con parsimonia, con cercanía, como si ambos llevaran esperándose desde tiempos remotos—. Esta tradición en la que se representa el Vía Crucis vivido por Jesucristo parecía hundir sus raíces a comienzos del siglo XX, cuando el alcalde José Cobo lo promovió. Pero, según ciertas conjeturas, el origen podría venir de mucho más

lejos.

Ajena a los ruidos de su alrededor, Oramas preguntó:

—¿Cuánto de lejos?

—Desde comienzos del siglo XVII. Pero antes de irnos tan lejos en el tiempo, déjame decir, que antes del siglo XX no se descarta que hubiera un grupo de fariseos tocando los tambores y clarines. Quien ha estudiado el asunto, asegura su existencia desde mediados del siglo XIX.

—¿En qué tipo de información se basa?

—Oral. Hay también una novela escrita por un conquense que se publicó en 1907. Andrés González-Blanco, ese es el nombre del autor, nacido en Cuenca en 1886. Aunque pasó su infancia en esta ciudad, después marchó a estudiar a Oviedo y a Madrid. En el tercer capítulo de su obra relata la Semana Santa que recordaba de niño, incluidas las Turbas.

—Es decir que podemos asegurar que las Turbas, por lo menos, se retrotraen a 1886 —dedujo Crespo.

—Según la novela de Andrés, así es. La define como una procesión estruendosa, formada por una comitiva irreverente, voceadora y bestial. De los nazarenos dice que iban revestidos con ropas lúgubres, como la de los ahorcados cuando se dirigen al cadalso. Habla también de enormes trompetas que hacían retemblar los ecos de la calle con ruidos estrepitosos. De los nazarenos, añade que hacían befa y escarnio del Hijo de Dios.

Salió Antonio del bar en ese momento y le ofreció a Oramas un café tan negro como la noche. En ese momento se fijó en las maneras tan elegantes, y a la vez tan distinto a muchos de los desarrapados que había en el interior del bar. La túnica estaba perfectamente planchada. El fajín ceñido a la cintura. Y el capuz anudado al cuello.

—Me he fijado que no has tomado nada —dijo dirigiéndose a Oramas— y me he molestado en pedirte un café doble. Esto te animará el resto de la noche.

—Pues mira, te voy a hacer caso.

—¿Por dónde íbamos? —reclamó Javier cuando acabó Oramas de tomar el café—. Ah sí, ya recuerdo. Es evidente que los nazarenos que relata Andrés son los turbos. Hay otros testimonios de gente que dicen que algún antepasado suyo salía en las Turbas. Estamos hablando ya de 1860. Pero mire usted por donde, se descubrió un legajo inquisitorial catedralicio de 1714. Según dicho documento, un tal Gregorio Romeral decía haber estado tocando su tambor por las calles de Cuenca en la noche del jueves al viernes santo.

—Cómo disfruta mi amigo Javier hablando de la historia de las Turbas —dijo Antonio echando la mano sobre su hombro—. Ojalá tuviesen todos los turbos el mismo interés que él para conocer su

pasado. Seguro que nos ahorraríamos muchos problemas.

—Si damos por cierto el documento en el que Romeral dice haber estado tocando el tambor la noche del jueves santo ya estamos a principios del siglo XVIII.

Javier la miraba con dos ojos que parecían dos chispas en mitad de la noche. Se encontraba totalmente enardecido con la historia de los Turbos.

—Vamos a retroceder en el tiempo para poder ir hacia delante. Entre los años 1545 y 1563 se desarrolló el Concilio de Trento. Cuando acabó hubo un auge procesional. De las representaciones teatrales en los atrios de las iglesias se pasó a las procesiones. Pocos años después, creo que fue en 1585, el padre Fray Antonio de San Román fundó el convento de San Agustín en Cuenca. ¿Sabes donde estaba situado?

—Ni idea.

—¿Ves el edificio donde está situada la librería «Libreralia»?

—Lo veo.

—Pues ahí mismo.

—Yo no tenía ni idea —reconoció Crespo.

—En 1835 se decretó su supresión por el ruinoso estado en que se encontraba. Más tarde se convirtió en el Parador de Santa Luisa. Por último, no te puedo decir en qué año, se derribó y se construyeron bloques de pisos —lo dijo con tono displicente, como desaprobando el uso de la piqueta—. Se me olvidó decir que los agustinos estaban bajo la advocación del Cabildo de San Nicolás de Tolentino.

—O sea, que del convento de los agustinos no ha quedado nada.

—Lo único que ha quedado ha sido el nombre de esta calle que enlaza Carretería con la calle Colón —es una calle en cuesta con escaleras—, como puede ver en ese letrero es la calle de San Agustín.

—¿Quién fue ese Nicolás? —se interesó Oramas.

Para imponer un mínimo de racionalidad a la respuesta removió hasta los lugares más recónditos de su memoria. Se tomó su tiempo y, por fin, dijo:

—Fue un monje agustino nacido a mediados del siglo XIII en Pontano. Un hombre muy austero, por cierto. Cuando llegó a Tolentino, ya llevaban veinte años allí los agustinos. Cuando murió en 1305 su sepulcro se convirtió en lugar de peregrinación. Tratando de buscar los orígenes de las Turbas hay quienes han considerado, y creo que no van muy desencaminados, que la procesión de los Nazarenos en la madrugada del viernes santo fue promovida por el Cabildo de San Nicolás de Tolentino.

—Pero ¿eso demuestra que en esa procesión fueran las Turbas las que la encabezaban? —planteó Crespo.

—Los padres agustinos de Murcia hicieron estudios sobre las

coincidencias entre las cofradías de Jesús Nazareno de Murcia, Valladolid, Cuenca, Medina del Campo y otras. Resulta que todas las sedes eran bajo advocación de San Nicolás de Tolentino y había cierta coincidencia en las fechas fundacionales de los conventos agustinos. Además, había muchas semejanzas en la forma de constituirse. Por ejemplo, se repiten las imágenes de Jesús Nazareno, San Juan y la Virgen en todas las procesiones.

»Como ya he dicho, nuestra ciudad carece de la documentación para explicarnos muchas cosas respecto a las Turbas. Pero no sucede lo mismo en otras sedes del Cabildo de San Nicolás de Tolentino. Los padres agustinos de Murcia explican lo que es «La Convocatoria y la Burla» diciendo que, así como la Convocatoria tiene por objeto anunciar a cofrades y ciudadanos la salida de la procesión, la Burla es una imitación de las comitivas romanas cuando acompañaban a los condenados a muerte. Han participado desde sus orígenes en la cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, siendo inconcebible la procesión sin ellos.

—Lo que quieres decir es que el Cabildo de San Nicolás de Tolentino fue quien diseñó la procesión de la madrugada de viernes santo —dedujo Oramas.

—Así fue —afirmó Antonio—. En Cuenca los agustinos disputaron el derecho de preferencia en las procesiones públicas a los padres Trinitarios, ganándosela, por supuesto.

—Lo que quiero decir también —recuperó el uso de la palabra Javier— es que ha habido numerosas coincidencias de nuestras Turbas con las de otras tamborradas como las de Hellín, Salamanca, Valladolid o Zamora.

—Por tanto, deduzco, las Turbas conquenses son paralelas en el tiempo al propio origen de la procesión de la madrugada de Cuenca —concluyó Crespo.

—Yo estoy convencido de que así es —dijo Javier—. Todo parece indicar que los monjes agustinos crearon y organizaron las procesiones del amanecer de viernes santo en varias ciudades y que la hermandad principal fue la de Nuestro Padre Jesús Nazareno en el Camino del Calvario, encargando en varias ciudades las mismas efigies.

—Para anunciar la procesión —terció Antonio— se crearon tamborileros que tocarían desde las dos de la madrugada para llamar y tener despierta a la población.

—Otra de las funciones de los tamborileros era la de avisar a los hermanos mayores del Jesús Nazareno para que se preparasen, labor que todavía realizamos —aclaró Javier.

Oramas y Crespo pelearon con todas sus fuerzas para no desconectar sobre las explicaciones de Javier y de Antonio. Sabían que merecía la pena el esfuerzo. A pesar del movimiento que había a su

alrededor encontraron en las exposiciones un buen asidero para poder entender el origen de la tradición de las Turbas. Ni la ronquera de los tambores, ni los chirridos de los clarines, ni el entrechocar de las baquetas le hicieron perder la concentración.

La invitación de los hermanos mayores acabó. Se congregaron todos en la puerta del bar y empezaron a tocar en serio para tener despierta a la población tal y como habían dispuesto los agustinos de Murcia. Oramas y Crespo se acercaron al grupo y se dejaron llevar por la capacidad de seducción de los tambores intentando que los suyos sonaran firmes. Y con esa pasión y con esa alegría, respirando el frescor de la madrugada se encaminaron por la calle Fray Luis de León (antigua calle del Agua —por cierto, el motivo de su anticuado nombre no se debe a las inundaciones del río Huécar, como mucha gente cree, sino a que por esa calle discurría una corriente de agua procedente de la fuente existente en la plaza de la Constitución (cercana al convento de los agustinos, precisamente). Cuando el conducto de salida del agua de la fuente se atascaba era cuando se inundaba la calle y se liaba la de Dios es Cristo). Desde allí se dirigieron hacia las escaleras del Gallo, que son las que separan la ciudad nueva de la antigua, y que deben su nombre a que al pie de las escaleras había una panificadora con horno que tenía ese mismo nombre. Marchaban despacio, sin prisa, sin dejar que se enfriara la piel del tambor en esa especie de liturgia clandestina. Oramas marchaba al lado de Crespo y de Antonio. Eran constantes las muestras de cariño que recibían de los acompañantes. Era raro el que no se acercaba a mostrarles agradecimiento y respeto por lo que habían hecho.

—Esta noche la podemos celebrar gracias a vosotras —le dijo uno.

—Os merecéis el mayor de los homenajes por parte de la Junta de Cofradías —le soltó otro.

—¿Y no lo estamos recibiendo? —le contestó Oramas.

Siguieron el camino hacia la iglesia del Salvador. No cesaba el rumor de los tambores. Oramas barruntó algo extraño en su interior. No sabía si estaba superando algún rito de paso que no era capaz de definir. Se mantuvo en calma preguntándose en lo más oculto de su ser si sería fe lo que estaba experimentando. Al mismo tiempo pensó que los que creían estar disfrutando de una fiesta estaban muy equivocados. «¿Qué tiene de diversión representar el sufrimiento de una persona en su particular Camino del Calvario?», se preguntó a sí misma. Acabó deduciendo que lo que sentía era un inmenso respeto por la tradición.

A su mente llegaron viejos recuerdos de cuando su madre le explicaba el sentido del Vía Crucis: las catorce estaciones, que a ella se le hacían interminables; su origen; el sacrificio de Jesucristo por salvar

a la humanidad, que tan mal me explicaba; y su alegría cuando escuchaba decir «el cuerpo de Jesús es colocado en el sepulcro».

El tiempo volaba contra la noche.

Había llegado el momento de cortar con los recuerdos.

Nerviosismo.

La hora de la verdad se acercaba.

—¿En que piensas? —susurró Crespo acercándose a Oramas.

—En que podríamos estar a punto de que se produjera el mayor atentado de la historia.

—No me lo recuerdes que ya he pensado mucho en ello. Cada vez que se me viene a la cabeza siento escalofríos.

—IV—

No fue hasta que llegó a su casa cuando comprendió realmente la magnitud del problema que tenía en sus manos. Reflexionando en profundidad llegó a entender lo que podría significar para una ciudad de las características de Cuenca que el atentado llegara a su fin. Entendió también los graves problemas que acarrea cuando se malentiende el sentido de una religión. Rodeada de la paz que le trasmitía el hogar, Oramas se acordó de su padre. A su alrededor los ruidos de siempre: el televisor como esa psicofonía de fondo que no cesaba y que apenas se le hacía caso, la perra tumbada a los pies de su dueña ronroneando y la madre reprochando a algún tertuliano que no era de su agrado. La presencia paterna en su mente se hacía intensa. Era marino mercante y conocía mucho mundo. Recordó la pasión con que recibía a su padre cada vez que regresaba de un viaje. No paraba de hacer preguntas y su padre las respondía una por una. Solían ser referentes al último país que había visitado. Los relatos de los países musulmanes los solía acompañar con la magia de los cuentos de las mil y una noche. Echó mano en algunas ocasiones de los viajes de Marco Polo o de Lawrence de Arabia, sin olvidar una serie de cuentos orientales de Marguerite Yourcenar. Lo que mejor recordaba de él era el respeto con que hablaba de cualquier país referente a las costumbres, la cultura o la religión. Sobre las religiones decía que eran sistemas de creencias que relacionaban la humanidad con la espiritualidad, y que lo interesante no era a cuál pertenecías sino pertenecer a una, ya que el humano siempre había necesitado entender el sentido de la vida y nuestro papel en el mundo. Insistía en que era muy bueno aproximarse a otras religiones diferentes ya que influía en la interpretación que se hiciera de la religión. «Es indispensable tender puentes entre diversas religiones, y el primer puente debe ser el del mutuo reconocimiento», decía.

Del islam le habló en varias ocasiones de los cinco pilares, que no es otra cosa que los preceptos básicos en los que se apoya el núcleo de la ley islámica. Para que entendiera que en esa religión no hay ningún rito iniciático, le dijo que para un musulmán ya se nace con esa condición. Luego comprendió que era preciso recitar una fórmula que venía a ser una profesión de fe: «No existe ningún Dios excepto Dios, y Mahoma es su profeta». Que era necesario rezar cinco veces al día mirando a la Meca ya lo había aprendido por medio del cine. Lo de dar limosna para los necesitados y ayunar durante el mes del ramadán

era algo que no le era ajeno. Sobre la peregrinación a la Meca le pareció hasta una idea exótica.

Su padre le inculcó la idea de que los enfrentamientos y los conflictos tienen su origen en el desconocimiento del otro. «Debemos conocernos para no caer en los estúpidos prejuicios con los que tanto daño nos hacemos». Insistía en que la oración, la limosna y el ayuno son prácticas comunes a ambas religiones y que eran formas de honrar a Dios, pero lo más importante —decía su padre—es que adoran al único Dios; un Dios misericordioso y todopoderoso.

Pero no todos los musulmanes viven la religión de la misma forma ni hacen el mismo uso de ella. Y lo pudo constatar Oramas leyendo artículos sobre el Estado Islámico. No era un proyecto ilusionante para ciertos territorios caso de que triunfasen sus tesis, desde luego. En dichas lecturas comprobó que para esa gente los musulmanes eran meros soldados. Como tales, se le exigía lealtad absoluta al líder. No solo eso, sino que había que reverenciarlo. Tenían que dejar de lado a la familia y acudir a la lucha contra el enemigo («no se permite que lo que sentís hacia un familiar o un ser querido os aleje de ayudar a la religión de Alá»). A los miembros que intentaban abandonar el grupo eran ejecutados. Si hablamos de la situación de la mujer, el asunto no mejoraba mucho: se la discriminaba por completo. «¿Qué tienen algunas personas en la cabeza para romper tan tontamente la convivencia de esa manera?», se preguntaba a sí misma.

Miró el reloj. Cerró el portátil con brusquedad y se puso en pie. La perra imitó a su dueña sin un ápice de pereza.

—¿Te vas? —preguntó la madre.

—Voy a darle un paseo a Linda —respondió la hija irradiando optimismo.

—¿Por dónde vas a ir?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé —mintió—. Cuando salga a la calle me dejaré arrastrar por el viento.

Se encaminó por la calle Severo Catalina (antigua Pilares) hacia Alfonso VIII. Erguida de una pieza, manejando con soltura el ímpetu de Linda, rodeó la iglesia de Los Oblatos y buscó la calleja que le condujo al mirador de San Gil. La casa donde vivía Fátima estaba situada frente al mirador, en un ensanche de la calle. Oramas soltó a la perra y la dejó moverse en libertad. Ella se dedicó a merodear de acá para allá sin dejar de vista la casa. Para ser un barrio que estaba a tiro de piedra del bullicio, se respiraba una tranquilidad inquietante en ese barrio con esencias de pueblo. Ropa tendida en los balcones desprendiendo aromas de colada y parsimoniosos gatos al sol contribuían a dar un aspecto agreste al lugar. La única chispa de suntuosidad que se podía encontrar en el barrio la tenía Oramas delante de sus narices. Se acercó al mirador y se sentó en un banco

desde el que tenía a la vista la casa de Fátima. Silbó y acudió presurosa Linda. Recorrió la explanada explorando cada uno de los rincones. El pavimento era nuevo y estaba formado por losetas de piedra con arabescos.

Cuando menos pensaba en ello, la puerta de la casa se abrió. Oramas sintió una punzada en las entrañas. Parecía un dolor agudo y repentino que no remitía. Salió un chico joven. Moreno. Pelo ensortijado. Mediana estatura. Con cierto desparpajo. Oramas se acercó con cautela y disimulo tratando de no mostrar el rostro. Sacó su teléfono móvil y comprobó que era Amín, el hermano mayor de Fátima. Aprovechando que tenía el teléfono en la mano simuló estar hablando para taparse la cara. Aguzó el oído y, acercándose todo lo que pudo al chico, pudo escuchar una conversación en un idioma distinto que por el soniquete juraría que era árabe.

La siguiente vez que se abrió la puerta de la casa apareció Fátima. Iba elegantemente vestida: pantalón vaquero ajustado, camiseta blanca de cuello redondo y una chaqueta beige de entretiempo. Llevaba un ligero toque de maquillaje y un peinado con moño alto. Antes de trasponer por la esquina de la calle de Santa Lucía le hizo una seña para que la siguiera. Oramas quedó desarmada ante su actitud. Se levantó aturullada, llamó a la perra, le colocó la correa y marchó tras los pasos de Fátima que se movía con la misma agilidad de una lagartija. Con ese cuerpo tan liviano que tenía caminaba a buen ritmo, sin mirar atrás. Acortó el paso cuando salió a la calle del General Santa Coloma, momento en que se giró y se acercó a Linda para acariciarla. Permaneció frente a ella un buen rato en cuclillas. Según la ternura incontenible que puso en juego, se hacía evidente que era una persona a la que le gustaban los animales. La situación le pareció tan tensa como extravagante a la inspectora Oramas. Nunca hubiera podido creer que Fátima se le acercara con tanta soltura. Miró a un lado y a otro de la calle y, cuando se cercioró de que las únicas dos personas que había no les echaban cuentas, dijo agachándose también en cuclillas:

—¿No crees que deberíamos tomar precauciones?

No llegó a mirarla siquiera. Continuó acariciando al animal y respondió:

—Tranquila. Todo está controlado. Vamos a seguir juntas por lugares poco concurridos.

Sin otro ceremonial, le dio la espalda y siguió andando hacia el jardín de Solera y la calle Melchor Cano. Al llegar a la plaza de Santo Domingo giraron a la izquierda hacia la calle de las Tablas para girar de nuevo inmediatamente a la derecha e introducirse en la barriada del Retiro: un relío de calles retuertas en torno al río Huécar que le da un aspecto pueblerino al lugar.

—¿Hay novedades? —preguntó Oramas.

—Tanto uno como otro de mis hermanos reciben más llamadas que antes. No sé si a eso se le puede llamar novedad.

La respuesta de Fátima la recibió Oramas con estupor.

—Por supuesto que se le puede llamar así —contestó—. Yo diría que eso quiere decir que han picado el anzuelo y los tienen vigilados. Debes tener en cuenta que quien les come el tarro se la juega. Por cierto, he podido escuchar una de esas llamadas de las que me hablas. Hablaban en árabe. ¿Has escuchado algo de lo que han hablado?

—Por supuesto. Los tengo vigilados. Han quedado para reunirse este fin de semana en la Sierra.

—¿Han dicho algo más?

—No. Me da la impresión de que a través del teléfono no tienen conversaciones comprometidas. Por eso quedan en la Sierra.

—Chica lista. Es una buena conclusión. ¿Sabes a qué lugar en concreto van?

—Todavía no me he enterado.

—¿A qué se dedican en la Sierra?

—Creo que hacen marchas.

—¿Se lo has preguntado?

—No. Pero he visto que siempre se llevan mochilas con latas de conservas y frutos secos. Además, cuando regresan me fijo en la suela de las deportivas y están llenas de tierra y de hojas de pino.

—Esa sí que es una observación profesional.

Fátima sonrió agradecida por el comentario. Pero le duró muy poco la sonrisa en sus labios. Por la mirada que se cruzó con Oramas pareció que algún viejo recuerdo se le atravesó en la mente.

—¿Tu crees que seréis capaces de atajar el atentado? —preguntó Fátima un tanto mohína.

Ante tan funesta cuestión, Oramas se quedó mirando a la perra durante unos segundos. Levantó la cabeza y contestó:

—Tenemos mucho tiempo por delante. ¡Vamos, no te quedes parada! —advirtió.

—Estoy preocupada y no puedo tirar ni de mi sombra —dijo con fuerza encarando a Oramas que se agarró a la correa del perro como si fuera un salvavidas.

—¿Qué es lo que te tortura? —acertó a preguntar Oramas.

Fátima, atenazada por un profundo desconcierto, contestó con los ojos encharcados:

—Creo que sería muy injusto que la gente se haga una idea falsa sobre mi familia.

Con un poso de llaneza dijo:

—Pensé que esto lo habíamos dejado claro en comisaría. Mira, te aseguro que en materia religiosa estás hablando con una persona

tolerante. Así me educó mi familia. Mi padre, que era marino mercante y que por tanto era una persona muy viajada, me dio una lección de vida en ese sentido. Una de las cosas que me enseñó, por ejemplo, es que las religiones son una forma de relación de los seres humanos con lo que consideran sagrado. Visto desde este punto de vista, ¿no crees que tú y yo nos parecemos más de lo que parece desde el punto de vista religioso?

Tras unos segundos con la vista perdida en un punto sin determinar contestó con un simple:

—Sí, claro.

—¿Cuántos dioses hay?

—Uno.

Sonrió levemente y aseguró:

—Luego, tú y yo tenemos el mismo Dios.

Se quedó mirándola fijamente y le devolvió una sonrisa lánguida.

—Sí, pero hay diferencias.

—Quizá nuestra gran diferencia sea geográfica. Las religiones han jugado un papel muy importante en la historia de la humanidad influyendo en la manera de percibir el mundo y en los valores que aceptamos, lo cual ayuda a dar un sentido de pertenencia. Visto desde este punto de vista, somos diferentes. Pero ser diferentes no quiere decir que seamos extraños la una para la otra. Podemos conocernos y entendernos.

—Yo creo que hay otra diferencia. Vuestra religión no tiene tanta influencia en la sociedad como la nuestra.

—Claro, es que en tu tierra se vive una teocracia montada sobre la leyenda de ser descendiente de Mahoma. El rey de Marruecos es un jefe espiritual y político. Como comprenderás, no se puede hablar de democracia marroquí. Aquí, en España, hace doscientos años que la monarquía dejó de ser absoluta. O lo que es lo mismo, el rey no tiene todo el poder.

—Pues allí hay elecciones para elegir al Gobierno.

—¡Oh, Fátima!, no te dejes engañar, solo pueden elegir entre los partidos consentidos por el rey que no escatima esfuerzos para ofrecer al mundo una apariencia democrática.

—¿Eres creyente? —le soltó de sopetón.

—No. Pero déjame que te explique que he adaptado toda la instrucción en materia religiosa recibida para forjarme la mía propia.

—A eso lo llamo yo hacer trampa en el solitario —replicó de forma rotunda poniéndose en jarras.

—Yo lo llamo simplemente libertad de pensamiento. En la civilización occidental somos libres para tener una religión u otra, para cambiar de religión, para no tener ninguna… La libertad es un bien necesario en nuestra sociedad. Necesitamos libertad de

pensamiento para que nadie pueda decidir por nosotros, necesitamos libertad de conciencia porque debemos ser capaces de discernir entre el bien y el mal, necesitamos también libertad para poder manifestar nuestras creencias.

Fátima escuchaba erguida. Oramas estaba en cuclillas acariciando con los dedos el lomo de la perra. Una atacaba con argumentos de fe. La otra se defendía con razonamientos civiles.

—Pues yo creo que es necesario obedecer —dijo Fátima.

No se dejó amedrentar la inspectora y dijo:

—Sí, ya sé por dónde vas. Desde luego que es necesario obedecer. Pero has de saber que la obediencia sin libertad es esclavitud. Piensa en lo que les falta a tus hermanos. No les falta precisamente obediencia, les falta libertad. Sobre todo, libertad de pensamiento. Quien no goza de ella es fácilmente manipulable.

Mientras hablaba, Fátima la contemplaba con atención. Sin duda alguna, sus palabras estaban calando hondo. Cuando calló, imperó un molesto silencio entre las dos. Oramas pensó que la familia de Fátima debía estar fuertemente cohesionada. Lo dedujo por el sufrimiento de la chica. Era indudable que Fátima se consideraba con la fuerza suficiente como para cambiar el rumbo de los acontecimientos.

—Me parece que no va a ser fácil.

Es fácil suponer que lo dijo con la boca chica. Con el rostro radiante y ese deje mundano con que adornaba sus palabras, se quedó fijamente mirando a Oramas esperando alguna respuesta concreta.

—No sé a qué te refieres —respondió parándose en seco bajo una catalpa.

—Me refiero a lo del atentado.

—Pues yo creo todo lo contrario —mintió. La realidad es que el asunto la tenía bastante preocupada—. Tengo la impresión de que va a ser más fácil de lo que parece. Eso sí, si hacemos lo correcto. Cualquier traspiés mal dado puede dificultar todo —dijo a modo de advertencia—. En ese caso, la sangría puede ser horrible y tu familia lo pasaría muy mal. No deseo causarte malestar, pero es preciso que pienses que tus hermanos están dispuestos a inmolarse para causar el mayor número de muertos posible. Piensa también la situación que os va a dejar a ti y a tus padres. Con toda seguridad, tendréis que abandonar esta tranquila ciudad.

La cara de Fátima quedó demudada.

Un escalofrío recorrió toda su espalda.

—¿En qué puedo ayudar?

—En seguir haciendo lo que has venido haciendo hasta ahora. Tus hermanos no tienen que sospechar nada. Es fundamental acabar con la célula de raíz. De no ser así, el peligro seguiría latente. Para nosotros es primordial dar con el cabecilla de la célula. A ver si te puedes

enterar dónde van tus hermanos y con quién. Por cierto, hay una pregunta que me hago constantemente. ¿Tus hermanos tienen trabajo? —empezó a hacer inventario de sus vidas.

—El pequeño trabaja en una empresa llevando la contabilidad. El mayor es enfermero y trabaja en una residencia de ancianos.

Oramas la observó de arriba abajo con todo detalle tratando de hacer tiempo para pensar la siguiente pregunta. Volvió después la vista buscando a su perra y preguntó:

—¿Han dado muestras de estar descontentos con la vida que llevamos en España?

—A veces despotrican de la injusticia y se sienten discriminados.

—Claro, y ahora quieren cambiar el mundo fabricando bombas.

—Que yo sepa, hasta ahora no lo han hecho.

Tras la rotundidad de las palabras de Fátima, Oramas la miró a los ojos y dudó un instante. Por fin suspiró y, haciendo un gesto ambiguo, contestó:

— Pues habrá que estar con los ojos abiertos. Ya no te quiero ver lloriqueando como

el primer día que nos conocimos. A partir de este momento tienes que estar muy despierta.

— Así lo haré, señora inspectora.

— ¿Qué concepto tienen de ellos en el trabajo? —continuó con el interrogatorio.

—Están muy bien conceptuados laboralmente.

—Desde luego, se mire como se mire, no tiene razón de ser que se presten a cometer un atentado.

—A veces pienso que es como un juego para ellos. ¡Qué ganas tengo de que se acabe este jaleo!

Al llegar a la calle Pósito, justo al empezar a bajar las escaleras del Gallo, Oramas se paró y dijo:

—Yo me doy ya la vuelta. No llevo ropa adecuada para seguir. Además, quiero ir a algún lugar donde Linda pueda correr. No olvides todo lo que hemos hablado y recuerda que nos tienes que tener informados de cualquier novedad.

Con la emoción dibujada en su rostro, contestó con una sola palabra:

—Descuide.

Podría haber regresado por la calle de las Tablas, que era el camino más corto, pero dejó a la perra en libertad y regresó por el mismo camino. Deteniéndose en todos los rincones, recorrió el barrio del Retiro sin prisa. Poco a poco se fue introduciendo en todas las callejas sin cruzarse con nadie. Silencio, calles estrechas e irregulares, aromas irreconocibles. De algunas ventanas salían voces inaudibles en árabe, rumano y polaco. De algunos balcones colgaba ropa tendida

que no era de marca precisamente. La mayoría del pavimento era adoquinado, con calvas que se iba resolviendo con parches de alquitrán. Las calles eran estrechas y cuando ensanchaban lo más mínimo era ocupado el espacio por un vehículo de no menos de quince años. A pesar de todo, era un lugar que le fascinaba a Oramas. Le resultaba difícil creer que ese ambiente, tan recoleto y rústico, se pudiese conservar a tan pocos metros de la ciudad. Los minutos que tardó hasta salir de nuevo a la plaza de Santo Domingo fueron suficientes para absorber nuevas sensaciones.

Desde la fuente de Santo Domingo salen dos calles empinadas. Oramas se quedó frente a ellas y, tras tres segundos, tomó la calle Federico Muelas. Lo hizo pensando en Linda. La calle desemboca en la puerta de San Juan, lugar por donde la leyenda dice que entraron las tropas cristianas guiadas por el pastor Martín Alhaja. Cruzando dicha puerta se accede directamente a la hoz del Júcar. Oramas le quitó de nuevo la correa y la dejó correr en libertad.

A la mañana siguiente, Oramas fue a despachar con el comisario. Federico lo esperaba con la puerta entornada. Tenía calor, la frente la tenía empapada en sudor. Tan pronto como escuchó su inconfundible taconeo por el pasillo, como solía ser habitual en él, salió a recibirla. Con su acostumbrada caballerosidad, le acercó una silla a la mesa y no se sentó hasta que la inspectora plantó sus asentaderas en la silla. El comisario retuvo su mirada fija en la de Oramas que no esquivó sus ojos. Ambos los mantuvieron inmóviles como si fuera un duelo a muerte entre dos pistoleros.

—¿Hay novedades sobre el atentado? —despertó del encantamiento el comisario.

—Pocas. Pero lo tenemos controlado.

El comisario respiró hondo. Cuando llenó de aire sus pulmones, preguntó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tenemos a la hermana haciéndonos el trabajo difícil —respondió Oramas destensando la reunión.

—Me dijiste que eran dos los hermanos que habían sido captados, ¿no es así? —dijo el comisario con voz juiciosa.

Oramas tenía los ojos clavados en su frente que no dejaba de manar sudor.

—Así es. Dos hermanos que están controlados por su hermana.

—¿Saben algo sus padres?

—Nada. Le hemos dejado bien claro a la chica que nadie tiene que saber lo que se llevan entre manos. Nos hemos conjurado para acabar con la célula de raíz —respondió la inspectora con la mirada todavía fija en él.

Mientras ella hablaba, el comisario la examinaba con atención. No en vano era una persona a la que apreciaba mucho.

—¿Te ha hablado la hermana sobre la motivación que han podido tener esos dos individuos?

—Parece ser que son personas bien integradas, aunque tengo la impresión de que padecen crisis de identidad y…

—Y ha caído en manos de un desaprensivo —acabó la frase enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo que tenía empuñado.

—Eso es.

Sonrieron sin despegar los labios. Se encogieron de hombros y enarcaron las cejas en un gesto de preocupación.

—Me gusta mucho lo que te acabo de oír decir —dijo el comisario —. Me refiero a procurar que ni los hermanos ni los padres sospechen que están siendo investigados. Es evidente que hay que evitar levantar la liebre sin necesidad. Lo que más nos debe interesar es capturar al imán que está detrás de todo. ¿Sabes una cosa? —preguntó y se contestó a sí mismo sin dar otra opción—. Que los que mueren al final son las personas a las que captan.

—Les meten en la cabeza que hay setenta y dos vírgenes esperándolos en el paraíso. ¿Sabes lo que quiere decir eso? —preguntó Oramas y como el comisario no abrió la boca, añadió—: que no tienen miedo a morir.

Con la tristeza inyectada en sus ojos, el comisario alzó la cabeza, volvió a llenar de aire sus pulmones y sentenció:

—Pero nadie les explica la situación en que dejan a su familia. Por cierto, ¿habéis investigado algo en la mezquita?

Oramas se dio cuenta de su incongruencia y contestó de forma rotunda:

—Federico, que acabas de decir que debemos evitar levantar la liebre. Si queremos acabar con la célula de raíz no conviene meter ahí las narices todavía. Tampoco hemos investigado a los amigos de los hermanos. Si no caemos sobre el imán por sorpresa se nos escapará para siempre.

Acostumbrado a llevar razón, en un intento de hacerse dueño de la situación, preguntó con aplomo:

—¿Habéis vigilado casas de okupas?

Oramas escuchó impasible la pregunta del comisario. La dejó un tanto preocupada. No en vano, era una idea que no se les había ocurrido. Ante el silencio de Oramas, continuó hablando:

—Es muy posible que tengan algún lugar de reunión.

—Claro que lo tendrán, pero no tienen por qué tenerlo en la capital.

El comisario expelió el aire que tenía en los pulmones y dijo:

—Bien mirado, no te falta razón. Me vas a perdonar, pero es que

esto del terrorismo yihadista me tiene atolondrado. Me siento don Quijote ante los molinos de viento. Lo único que te quiero hacer ver es que necesitamos ir atando bien los cabos sueltos.

Oramas se sintió más confortada con las últimas palabras, pero le preocupaba la actitud del comisario. Nunca lo había visto tan alicaído. ¿Dónde había quedado la ecuanimidad de Federico?, ¿dónde su coherencia? ¿Como podría ser que un hombre tan íntegro estuviera tan afectado?

—A nosotros nos pasa lo mismo que a ti —respondió con el rostro destensado—. Debes tener en cuenta que este caso es atípico.

—¿Qué quieres decir con "atípico"?

—Mira Federico. Vivimos en un lugar tranquilo en el que casi nunca pasa nada. Tenemos en nuestra mano parar el atentado ahora mismo si quisiéramos y Cuenca quedaría exonerada de cualquier peligro. Bastaría con que detuviésemos a ese par de desgraciados y los llevásemos ante el juez. Pero el problema no se habría resuelto. Si así obrásemos, dejaríamos una célula sin haberla descabezado, es decir activa. Lo que tenemos que hacer, a mi juicio, es acabar con el imán. Si eso ocurriera, la célula desaparecería.

Tras unos segundos de vacilación, el comisario advirtió:

—No sé si sabes que el líder del Estado Islámico se suicidó ante el hostigamiento de Estados Unidos.

—Lo sé. Lo que no sé es lo que quieres decir con eso.

—Quiero decir que desde su muerte en 2019 no ha habido ningún otro atentado. Ahora aparecen por Cuenca. ¿Acaso ha aparecido otro descendiente de Mahoma?

Sus palabras sonaron como un martillazo.

—La pregunta parece oportuna, pero eso es un asunto que está fuera de nuestra competencia —se levantó en ese momento y el comisario la emuló—. Federico, tienes que tranquilizarte. Anda, vamos a tomar un café. Te sentará bien tomarte un respiro.

—Seguramente tengas razón. Venga, vamos.

De camino a la cafetería todo el mundo le preguntaba al comisario por su salud. Oramas se dio cuenta de que algo se le escapaba de las manos, estuvo a punto de decir algo, pero permaneció en silencio. Al llegar a la cafetería, el camarero le preguntó si había pasado la crisis. Oramas se aclaró la garganta y dijo con un pellizco de humildad:

—Me temo que me he perdido algo.

El comisario permaneció en silencio. Al camarero se le encendieron las mejillas y respondió:

—¡Uf! Me parece que he metido la pata.

El comisario, que se percató de la incomodidad, medió para apaciguar la situación.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo dirigiéndose al camarero. Giró la

cabeza y, mirando fijamente a Oramas, continuó—: lo único que ha ocurrido es que esta mañana me ha dado un vahído y he caído al suelo. Pero vamos, como puedes ver ya estoy bien —concluyó extendiendo las palmas de las manos hacia el cielo y con el rostro rezumando emoción.

No consideró ser un buen momento para hablar, pero Oramas pidió dos cortados y marcharon al final de la cafetería. Se sentaron y permanecieron en silencio hasta que el camarero se los llevó. En ese instante entendió toda la conversación que acababa de tener con él: las contradicciones, las incoherencias, los temores…

—No sabía que te habías desmayado —rompió el silencio tras dar el primer sorbo.

—Tan solo ha sido un pequeño desmayo sin importancia.

La cara de Oramas había quedado frente a la del comisario.

—¿De verdad piensas que no tiene importancia lo que te ha ocurrido? —susurró inclinándose hacia él.

El comisario empezó a pensar que algo malo le pasaba.

—¿Acaso me ves mala cara?

—Mala cara no te veo, pero has desvariado.

—Ya te he dicho que estoy preocupado.

—Sé que estas preocupado. ¿Y quién no lo está? Pero a ti te ha afectado, Federico. Debes tener cuidado, que el que tiene salud lo tiene todo.

—Me estás asustando.

—No quiero asustarte, seguramente estamos simplemente ante esos imponderables de la vida a los que hay que atender de vez en cuando. Lo único que deseo es que te responsabilices de ti mismo. Lo que te ha ocurrido puede que no sea nada, pero cabe que sea algo que se tiene que coger a tiempo.

—¿Sabes una cosa?

—Qué.

—Que me cuesta mucho dejar el trabajo, pienso que…

—Federico, hay que saber delegar en la vida. De lo que aquí ocurra vas a estar informado al minuto estés donde estés. Ahora lo que te debe importar es tu salud. Estás sudoroso sin que haya temperatura para ello, me he fijado que te falta aire en los pulmones y te has desmayado. ¿Qué más necesitas para pensar un poco en ti?

Continuaron tomando el café en silencio. Oramas lo observaba con disimulo y notó que su cara se había endurecido. Su gesto era de preocupación. Seguramente, por su mente pasaban los peores presagios dando la impresión de que se había quedado sin aliento. Acabó de tomar el último sorbo, se puso de pie y, como si le hubieran clavado un aguijón en el alma, dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Que me voy a urgencias.

—V—

A medida que se acercaban a la plaza del Salvador lo que era un ruido estridente se iba convirtiendo en un escalofriante estruendo de tambores acompañado de vez en cuando del aullido de algún clarín lastimero: «Ay que le da, que le da», se acompañaban los turbos con la voz. Un violento oleaje de túnicas de variopintos colores se disputaban el espacio desde la calle San Vicente hasta el convento de las Siervas de la Caridad convirtiendo el espacio en una heteróclita mezcla de pigmentos que dibujaban la Pasión. Todavía faltaba más de una hora, pero ya había gente preparada en los balcones. Muchas personas ya se habían parapetado en la barandilla que hay frente a «Casa Botes». En los tejados se podía intuir la silueta de algunos gatos atemorizados. La policía empezó a cortar los accesos para evitar avalanchas cuando apareciera el «Jesús» por la puerta.

La percusión no cesaba.

De vez en cuando una clariná.

Ay que le da, que le da.

Tras subir la calle de la Esperanza (una cuesta que pone a prueba las piernas) se quedaron en la puerta de la iglesia. Una artística puerta en la que Miguel Zapata realizó un soberbio relieve en bronce en el que representó de forma ecléctica la Entrada en Jerusalén, la Transfiguración del Señor y la Pasión. Oramas se quedó fascinada mirándola.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo Antonio.

—Ya lo creo.

—¿No la habías visto antes?

—Si quieres que te diga la verdad, no la había visto nunca de cerca.

—Pues has elegido una noche muy bonita para hacerlo.

Tras tres años sin salir la procesión, le gente miraba al cielo constantemente. Cuatro años sin salir a la calle podría ser irresistible. A lo lejos, mirando hacia Levante, se podía observar un pequeño resplandor que cambiaba de forma constantemente. Antonio sonrió. No tenía dudas, las nubes se estaban abriendo. Poco más tarde apareció una inmensa luna plateada en el cielo.

La tristeza se disipaba.

La hora se acercaba.

La noche se calentaba.

—Mira, mira —sonó una voz pausada detrás de nosotros—. El cielo

se abre. Me parece que este año vamos a tener suerte.

—¿Dónde te metes? No te he visto desde el Gasto —advirtió Antonio.

—Tengo que cumplir con la familia.

Oramas seguía concentrada en la puerta de El Salvador y le iba explicando a su compañera Crespo todos los detalles de los relieves.

Parecía fuera de sí.

Antonio llamó su atención y dijo:

—No sé si conoces al vicepresidente de las Turbas don Jesús Aguilar.

—Lo he visto en la cena y en la casa de los hermanos mayores, pero no he hablado con él. Encantada de conocerte.

Se acercaron y procedieron al besuqueo de mejillas.

—¡Anda, pero si son la inspectora Oramas y la inspectora Crespo! Los que estamos encantados, y bien contentos con el buen hacer profesional de todo el equipo, somos los turbos. Gracias, gracias y mil veces gracias.

—Con poder estar aquí nos sentimos plenamente satisfechas y agradecidas —se adelantó Crespo.

—Como veis es un buen mocetón. Alto, recio y fortachón —dijo Antonio golpeando sus anchas espaldas—. Como casi todos los Patacos —añadió.

En medio de un estrépito de sonidos todavía incoherentes, se alzó la voz de Oramas:

—¡Ah, pero que tú eres uno de los históricos!

—Lo dices como si esperases ver a un turbo con lanza.

—No, no. Eso no es así. Pero se me hace que estar ante un Pataco es como estar ante la misma historia de la Semana Santa de Cuenca.

—Pero…, no te lo pierdas. Aquí donde lo ves es el mayor representante del linaje de los Patacos en las Turbas—dijo Antonio.

—Todo ello comenzó en 1902 cuando el alcalde don José López Cobo nombró a Bernabé Aguilar maestre de Turbas —aclaró Jesús—. El alcalde era el Secretario de la Hermandad de Jesús el Nazareno y ese año intentó darle aires renovados a las Turbas.

—¿Había necesidad de dar dicho impulso? —se interesó Crespo.

—Hay quien cree que el alcalde tuvo acceso a las antiguas actas.

—¿Esas que desaparecieron?

—Exacto. Si fue así, debió darse cuenta de la necesidad de revitalizar las Turbas.

—¿En qué consistió tal revitalización?

—En buscar a gente para que representaran la burla y el escarnio que le hicieron a Jesús camino del Calvario. Hoy en día hay dos mil quinientos turbos, pero en aquellos años solo había seis tambores y seis clarines. Había que pagarles dos reales y una punta de alajú para

que cumplieran con su cometido.

—¿Quiere eso decir que de no ser así no habría Turbas? —insistió Crespo.

—En aquella época no había otra forma de organizarlas. La gente salía de turbo por dinero, por comida o por bebida. Hay que tener en cuenta que en aquella sociedad era una indignidad hacer burla al Jesús. Recibían insultos y escupitajos.

—Pues había que tener valor para…

—No, no. No te confundas. Había que tener hambre. La mayoría de los hombres reclutados por Bernabé eran del humilde barrio de Los Tiradores, gente muy necesitada.

La turba se impacientaba. Se oían voces que se alzaban sobre el murmullo de los tambores. Todos esperaban el momento en que se abriera la puerta y retrocediera el tiempo.

La plaza del Salvador ardía de ansiedad.

Jesús reconoció con orgullo que Las Turbas es una tradición que había heredado de su familia con orgullo y con ese mismo orgullo intentará traspasarla a sus hijos y nietos.

—En Cuenca debemos ser cerca de doscientos Patacos. Lo sé porque hace unos años organicé una comida familiar. Había Patacos que ni siquiera nos conocíamos. Fue un acto muy entrañable. Recuerdo que diseñé un recordatorio del acto en el que por una parte iba escrito en letras de oro el menú y por el otro una foto antigua de Patacos en acción. Gustó mucho ese detalle, un primo mío se me acercó al oído y dijo: «En Cuenca das una patada a una piedra y salen Patacos».

—¿De dónde viene ese nombre? —preguntó Oramas.

Jesús la miró y sonrió al percatarse de su deseo por conocer.

—Me río porque es una pregunta que me hace mucha gente. Parece ser que a Bernabé le gustaba el tabaco. Siempre llevaba una petaca en el bolsillo, ya que liaba él mismo los cigarrillos. En aquella época, además de una costumbre, era un rito. Pudiera ser que empezara la gente a dirigirse a él como petaca y acabara dicho remoquete derivando en «Pataco», que parece más contundente.

—Y no te falta razón. Tiene una sonoridad excelente. Hasta podría pronunciarse con el tambor.

—Pues mira, eso a mí no se me había ocurrido.

Entre un ruido ensordecedor que hacía temblar los cimientos de la plaza, Jesús les contó con un pellizco de vanagloria cómo han logrado los descendientes de Bernabé mantener la tradición desde principios de siglo.

—Os voy a contar un secreto de familia —añadió endureciendo el semblante—, bueno más que un secreto es una leyenda. Las malas lenguas cuentan que mi tatarabuelo Bernabé era de armas tomar y que

se dedicaba a hacer ciertos encargos de dudosa legalidad.

—Te estas refiriendo a palizas, ¿no es así? —pidió aclaración Crespo.

—Me has entendido bien. Palizas, tundas o rotura de algún hueso. Pero, que quede claro, es simplemente una leyenda y solo una leyenda que lo único que significa es que a mi antepasado se le respetaba mucho. Se ganó la vida como zapatero. Tenía el taller cerca de la Puerta Valencia.

—Un gran tipo debía ser el Bernabé —dijo Javier que estaba al tanto de lo que decía Jesús—, y una buena prole de turbos que nos ha dejado, por cierto. Aquí tenemos un buen ejemplar —dijo dándole unos golpecitos en la espalda—. Este hombre, para que tú lo sepas, no se pierde ni una cena ni una cena. Todas las noches suele venir con sueño atrasado, pero aguanta hasta el final de la procesión como un jabato.

Oramas se dio cuenta de que empezaba a concitar gran parte de las miradas de los allí congregados. En ocasiones hasta descubría a algún padre señalándola con el dedo índice a la vez que le daba explicaciones a su hijo. Hubo momentos de cariño amontonado en el que llegaban tanto hombres como mujeres a agradecerle a Oramas lo que había hecho por las Turbas, por la procesión y por la ciudad. La plaza se estaba convirtiendo ya en una pasión furiosa. De esa masa embravecida salió un señor de unos setenta años y con los ojos llorosos de emoción, le cogió la mano a Oramas repetidas veces y dijo:

—Soy tambor de las Turbas desde que era niño, como mi padre y como mi abuelo. Hay gente que me dice que ya soy mayor para estos menesteres y les contesto que saldré en esta procesión hasta que el cuerpo aguante. Llevamos tres años sin salir, más otro que empezó a llover y hubo que acortar el recorrido. Y…, ¿sabe lo que le digo? —se tensaron todos los músculos de su cara y prosiguió sin soltar la mano —: Que ha sido una tragedia. Pero le voy a decir otra cosa, si no hubiera sido por usted se hubiera producido una hecatombe que nos hubiera dejado sin poder levantar cabeza.

El señor se emocionó hasta el punto de que, sin que pudiera evitarlo, se le enroscó al cuello y apretó todo lo que pudo dándole las gracias. Oramas, lejos de provocar el mínimo rechazo, contribuyó al apretón dejando a un lado el olor a tabaco de su túnica y el aroma del resoli que exhalaba su aliento. Le cogió la otra mano, le correspondió con un ligero apretoncillo y le respondió:

—Pues usted, que lleva tantos años saliendo en esta procesión tan singular, podría explicarme las diferencias que ha visto a lo largo del tiempo.

Soltó las dos manos de Oramas como si hubiera recibido una descarga eléctrica y contestó:

—¡Puaj! Dice usted diferencias. Para empezar, tocar por tocar es una sandez. Antes éramos muchos menos, pero se tocaba con más sentimiento.

—¿Cree usted que hoy en día falta sentimiento?

—Ya lo creo que falta. ¿Y sabe por qué?

—No tengo ni idea.

—Porque la gente no toma resoli, ¡ja, ja, ja! Ojo, que yo no digo que haya que ir borracho, pero algo de resoli hay que tomar esa noche. Hágame caso, esa bebida en pequeñas dosis ayuda a sacar lo mejor que llevamos dentro los turbos. Te convierte en buena gente. Te revitaliza —dijo con rabia apretando los puños—. Aparte del efecto taumatúrgico del resoli, las palabras mal dichas al Jesús no me gustan, las palilladas extemporáneas y esas cruces que se forman con las dos baquetas tampoco; habría que eliminarlas a mi entender. Hay quien dice que dan espectáculo, yo pienso que hay que conservar la tradición y dejarse de novedades. Otra cosa, a esos gamberros que se plantan delante del guion y que impiden que avance la procesión hay que echarlos. Esos no son turbos. En fin…, ya no la molesto más, que no es momento de estar enfadado.

En prevención de que pudiera resultarle molesto a Oramas la presencia del señor, Javier ya venía al quite.

—Que ya me voy, que ya me voy —dijo el señor.

—En una noche como esta hay gente que se pone pesada —dijo Javier dirigiéndose a Oramas—. Bastante habrás tenido para acabar con esos cabrones.

—Pues la verdad es que he vivido una temporada con mucha tensión. La enfermedad del comisario ha sido un problema añadido que nos ha dado grandes quebraderos de cabeza. Pero todo ha terminado de la mejor manera posible. No te puedes ni imaginar el alivio que hemos sentido todos.

—VI—

Cuando se disponía Oramas a pasar otra apacible tarde familiar sonó su teléfono. En pantalla apareció el nombre del comisario.

—Dígame.

—No soy Federico como puede comprobar —dijo una voz femenina—. Soy una enfermera del hospital "Virgen de la Luz". —Oramas se temió lo peor.

—¿Ha pasado algo? —dijo sin que apenas le llegara la camisa al cuerpo.

—Federico me ha encargado que la llame y le diga que está ingresado en la UCI.

De momento quedó sin aliento, pero inmediatamente reaccionó. Pensó que si él mismo le había indicado a la enfermera que la llamase no debía de ser el asunto tan espinoso como parecía.

—¿Tan grave está? —preguntó de todas formas.

—Se le ha detectado una angina de pecho. Pero no se preocupe, lo hemos cogido a tiempo. Está en la UCI porque el cardiólogo ha determinado que lo controlemos de cerca durante cuarenta y ocho horas.

—Pero una angina de pecho no es ninguna tontería que yo sepa.

—Vuelvo a decirle que no se preocupe por Federico. Está en buenas manos. Debe entender que no estoy autorizada para darle más información.

Con un enorme nerviosismo cortó la comunicación sin despedirse y marcó el numero fijo del comisario. A su mujer no la conocía apenas, pero bastaba que fuera él quien le había dicho a la enfermera que la llamase para que no tuviese reparo en llamar. Se puso Margarita, ese era el nombre de su mujer, y le dijo que el médico le había quitado importancia a la crisis.

—Parece ser que el estrés ha provocado un aumento en la presión arterial —dijo—. Eso, unido al exceso de peso, al colesterol y a la falta de ejercicio es lo que ha hecho que se haya sentido indispuesto.

—Tus palabras me alivian. Es que me acaba de llamar una enfermera y me ha soltado de sopetón que Federico estaba en la UCI. La verdad, he pensado en lo peor.

—El cardiólogo ha quitado importancia. Pero, aún así, le ha dejado bien claro que tiene que cambiar su estilo de vida. Ya sabes; mucha verdura, poca grasa, evitar el estrés y andar. Digo andar porque, si no ha hecho deporte en su vida, no va a empezar ahora con la edad que

tiene.

—La bicicleta le podría dar mucho juego.

—Si lo convences, me avisas y le regalo una.

—De acuerdo. De todos modos, déjame decirte por último que ojalá todo haya quedado en un susto.

—Muchas gracias. Federico me ha dicho que has sido tú quien lo ha animado para que fuera al hospital. De modo que gracias de nuevo. Si hubiera sido yo quien le hubiera aconsejado, seguro que no hubiese accedido. ¡Cómo será tan reacio para ir al médico!

—Bueno. Lo importante es que se le ha cogido a tiempo.

—Tienes razón, pero también es cierto que todo lo que nos parece estar dotado de una estabilidad inalterable se tuerce y nos hace replantearnos la vida.

Cuando cortó la comunicación, Oramas sintió una losa sobre sus espaldas. A partir de ese momento era la comisaria en funciones, lo cual quería decir que tenía que asumir parte de su trabajo y de sus responsabilidades. Y todo ocurría en el momento más inoportuno. Cuando la tensión en su equipo era máxima.

—No te veo buena cara —dijo su madre—. ¿Ha pasado algo?

—El comisario está en la UCI.

La frustración que observó en el rostro de su hija le obligó a enunciar una pregunta:

—¿Tan grave ha sido el asunto?

—Es una angina de pecho y está en observación. Según me ha contado su mujer, el médico dice que no es nada grave, pero tiene que permanecer en casa.

—Entonces…, la solución es fácil. No es para ponerse así.

Oramas, que no quería decirle nada a su madre sobre el caso del atentado, contestó:

—Lo sé madre. Pero lo que tú no sabes es que tengo que asumir las responsabilidades del comisario.

—¿Eso quiere decir que ahora vas a ser tú la comisaria?

—En funciones. Tendré que hacer el trabajo de inspectora jefa y…

—¿Y te van a pagar dos sueldos?

La hija se limitó a dar un resoplido.

Era viernes. Todavía no habían dado las once de la mañana. Había terminado ya la reunión del equipo y estaba Oramas sola en su despacho liada con las rutinas del fin de semana. Sin esperarlo, se abrió la puerta y apareció Fátima. Iba con el traje de faena: un peto amarillo con el escudo de Cuenca en la parte superior izquierda y detrás, unas letras mayúsculas anunciaban que pertenecía a la plantilla de “Parques y Jardines”. Nadie la había anunciado, lo cual significaba que se había colado. Estuvo a punto de decirle que no

podía presentarse allí sin pasar antes por el mostrador de información, pero tratando de evitar malentendidos se mordió la lengua.

Sonrió con la dulzura que solo ella sabe colocar en sus labios. Se levantó, se acercó a la puerta y rozaron sus mejillas. Se quedó fijamente mirando a sus ojos y se dio cuenta que brillaban con alegría.

—Te veo mucho más tranquila que la última vez que viniste por aquí.

Se le iluminó la cara y contestó con tono untuoso:

—Es que tengo mucha confianza en vosotros y estoy convencida de que este asunto va a terminar de la mejor manera posible.

—Déjate de zalemas y vamos al grano. ¿Qué te trae por aquí? —dijo señalándole una silla—. ¿Hay novedades?

—Vengo a informaros de que mis hermanos se marchan mañana a Tragacete a las ocho de la mañana.

—¿Estás segura de que…?

—Yo digo lo que le he escuchado hablar a mi hermano Amín por teléfono.

—¿Sabes con quién ha hablado?

—No. Solo sé que era la voz de un chico joven. Le ha dicho que lo esperará en la puerta del jardín de Solera a las nueve de la mañana.

—¿Han hablado algo más?

—Mi hermano le ha preguntado cuál es el programa para el fin de semana y le han dicho que van a hablar de los mensajeros de Dios.

Un ápice de misterio empezó a filtrarse en la conversación.

—¿Sabes de qué va el asunto? —dijo Oramas tras haber meditado durante breves segundos.

Fátima adoptó una pose un tanto pedante, se estiró como un junco y respondió apoyándose en un gesto ambiguo:

—Con los mensajeros se hace referencia a las personas que el "Todopoderoso" eligió para dirigirse a los hombres.

Como Oramas se quedó con cara de no haber entendido gran cosa, continuó:

—Sí. Me estoy refiriendo a Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma.

—Ahora caigo, chiquilla. Y ¿qué mensaje crees que van a recibir?

—Está muy claro —respondió con ardor juvenil—. Le van a explicar que los profetas de la Biblia, es decir los del pueblo judío, no consiguieron la obediencia. Ni la bonachonería de Abraham, ni la ira de Moisés fue suficiente. Les van a decir también que el discurso de Jesús tampoco lo consiguió y les harán ver la cantidad de varones y mujeres que no creen en el Dios único en Occidente.

—¡Claro, claro, claro! Entiendo. Por último, les dirán que el "Todopoderoso" eligió a Mahoma para intentarlo de nuevo.

Sin vacilar lo más mínimo, Fátima replicó:

—Eligió a Mahoma como su profeta para la última revelación.

—¿Dijo algo del motivo por el que sería la última?

—Está muy claro: porque le reveló la totalidad de su ley.

En ese momento, Oramas se aturulló. Tras la incertidumbre que le habían causado las palabras de Fátima, preguntó:

—¿Tú estás segura de que…?

—Lo dice el libro —respondió con aplomo.

Los pensamientos que pasaron en ese momento por la mente de Oramas fueron un tanto ambivalentes. Como no quería admitir que atesorara grandes concomitancias con sus hermanos, preguntó directamente para ir desbrozando el terreno:

—¿Acaso compartes muchas ideas con tus hermanos?

A pesar del tono suave con que la planteó, no le resultó a Fátima una pregunta muy grata. Indudablemente, Oramas se precipitó. Pareció olvidarse de que era una persona que se dejaba guiar por la fe.

—Por supuesto. No cabe duda de que mis hermanos y yo tenemos muchas cosas en común. Al fin y al cabo, hemos sido educados en la misma familia y bajo la misma religión —contestó—. Otra cosa es que a mis hermanos les estén comiendo el tarro —añadió mientras que Oramas asentía con la cabeza.

—¿Por qué crees que tus hermanos se han dejado seducir por esa gente?

—Creo que mucha gente lo hace por la mala vida que han llevado.

—¿Quieres decir gente que no ha sido cumplidora con los preceptos del Corán?

—Eso he querido decir.

—Pues cuéntame en qué han fallado tus hermanos.

—Mucha fiesta, alcohol, droga. Han pecado y creen que la única forma de llegar al paraíso es inmolarse.

—Eso es precisamente lo que quería escuchar de tus labios.

—Señora inspectora —dijo Fátima con voz lánguida—, este es precisamente el motivo por el que vine a esta comisaría la primera vez.

—Lo sé, lo sé. Y tienes que saber que estamos todos muy agradecidos por lo que estás haciendo. Perdona si te ha molestado alguna pregunta, pero he creído que eran oportunas en este momento. Para centrarme un poquito más en el asunto, te voy a hacer otra más: ¿Cuál es la diferencia de interpretación del Corán entre tú y los que intentar captar a tus hermanos?

—Esa pregunta sí es pertinente —dijo con amplia sonrisa—. La respuesta es fácil y difícil al mismo tiempo. Es fácil si, haciendo una generalización, contesto que ellos interpretan el Libro al pie de la letra, sin tener en cuenta el tiempo que ha pasado desde que el arcángel san Gabriel se le apareció a Mahoma. Creo que hay que tener en cuenta que la sociedad en la que vivió Mahoma era muy distinta a

la actual.

—Es una contestación que se entiende perfectamente, pero ¿podrías ser un poco más explícita?

—Como muy bien sabrás, en Arabia adoraban a varios dioses que eran de piedra o de barro. Alá, mejor dicho, el Dios único decidió acabar de una vez por todas con los adoradores de estatuas. Es cierto que, en aquel momento, hubo que luchar salvajemente para conseguirlo…

—Me estás hablando de la Guerra Santa.

—Correcto. El origen de ese concepto, que también se le conoce como «Jihad», es la guerra que tuvo que emprender Mahoma para defender la revelación de Dios.

Oramas levantó el dedo índice de su mano derecha y dijo:

—Un inciso, por favor. ¿Cómo argumentas tú ese asunto?

En un intento de hacer proselitismo religioso, respondió:

—Mahoma dijo que cada persona debe luchar contra su propio egoísmo. Esa era la guerra que tenía que iniciar cada musulmán y no otra. Lo que nunca dijo es que hubiera que luchar contra judíos ni cristianos. Mucho menos contra los propios musulmanes. Ten en cuenta que Jihad significa esfuerzo.

Oramas empezó a pensar que se estaban saliendo del asunto por el que estaban reunidas. Aún así, con delicadeza y con sonrisa meliflua, añadió:

—En el cristianismo también existe esa guerra: se llama examen de conciencia y sirve para creyentes y no creyentes.

—Lo sé, lo sé. Como muy bien dijiste, hay muchos fundamentos en común entre tu religión y la mía —dijo regocijándose sin tener en cuenta que le había dejado claro que no era creyente—. Uno de ellos es la búsqueda del camino hacia la paz.

Tras un gesto ambiguo, exclamó Oramas:

—¡Total hay pocas guerras entre las tres religiones!

—Son todas peleas por tierras y por cuestiones de poder. Dios sigue poniendo a prueba al hombre y lo único que le demostramos es que no sabemos compartir.

Oramas se quedó mirándola durante tres segundos con esos ojos candorosos que parecían desprender ingenuidad y dijo:

—Ponme un ejemplo.

—El más claro es Jerusalén. Los judíos se creen únicos dueños del territorio y luchan por quedarse solos. Los musulmanes reivindicamos nuestra parte y los cristianos no renuncian a los lugares donde murió el profeta Jesús.

Seguramente no era el mejor ejemplo, pero Oramas no quiso meter el dedo en ese ojo. Miró el reloj y, evitando entrar en Jerusalén, dijo:

—Es un buen ejemplo, sin duda alguna.

Se impuso un largo silencio. Por fin se despidió Fátima:

—Me marcho, que llego tarde.

—¿Dónde tienes que ir?

—Al parque de los Moralejos.

—Eso está aquí mismo.

—Sí, estamos haciendo trabajos de repoblación.

—Pues sigue atenta y ten el teléfono activo en todo momento.

Se encaminó hacia la puerta. Estando a punto de cerrarla, giró la cabeza y preguntó:

—Por cierto, ¿mis hermanos en qué situación quedarán cuando acabe todo esto?

Oramas sonrió con un punto de amargura. Entrelazó sus diez dedos y contestó:

—Tus hermanos están ahora mismo flotando en una pequeña tabla en medio del océano.

—Si todo esto acaba bien, ¿qué será de ellos? —preguntó con una enorme preocupación en su mirada.

—No te puedo prometer nada. La suerte que tienen es tener la hermana que tienen. Es muy posible que les hayas salvado la vida.

—¿Hay alguna forma de protegerlos?

—Lo primero que habrá que hacer será sacar de su cabeza esas ideas tan peregrinas que les han metido. A partir de ahí…, puede que se tengan que volatilizar.

Cuando marchó, Oramas salió en busca de Crespo como una centella. Es una de esas personas que se suelen calificar como «todo terreno». Vale para viajar a cualquier parte del mundo, para bajar a un pozo oscuro y sacar un cadáver, para enfrentarse a un macarra y hacerle retroceder o para consolar a una pobre señora a la que acaban de asesinar a su marido.

Estaba en su despacho con la única compañía de sus pensamientos y el rescate de sus recuerdos.

—Eres capaz de quedarte dormida —quebró de forma brusca su soledad.

—Aunque no te lo parezca, estaba pensando en el atentado.

—Pues menos pensar y más pasar a la acción. Acabo de estar con Fátima y me ha dicho que sus hermanos van mañana a Tragacete.

Arrugó el entrecejo, se tomó unos segundos y dijo:

—Y quieres que vaya para allá, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¡Joder!

—Si te viene mal puedo ir yo misma. Me puede acompañar Torrijos.

—¿Así, sin decir esta boca es mía vas y le dices que os vais para la Sierra? A ver, dime qué tienes pensado.

—Pensar, pensar, no he pensado mucho. La verdad es que no me ha dado tiempo. Pero así a bote pronto, creo que lo mejor es que pernoctes allí.

—¿Pernoctar?

—Lo que no quiero es que vayas detrás de ellos. Lo digo por no levantar sospechas.

—¿Sabes cómo se van a desplazar?

—En coche.

—Tendremos que saber que tipo de coche. Modelo, color, matrícula… Lo digo porque, imagino, lo que quieres es que estemos esperándolos cuando lleguen a su destino.

—Eso nos lo puede solucionar Fátima. Según dice, han quedado cerca de su casa. Ella misma puede tomar nota de todos los detalles del vehículo.

—¿Qué más te ha dicho?

—Que suelen hacer rutas por la Naturaleza.

Una estruendosa e irrefrenable carcajada salió de su garganta sin que le permitiese pronunciar ni una sola palabra. Era tal la flojedad que le invadió que le costaba trabajo respirar. Lo que en un principio fue risa impetuosa, se transformó en una tos áspera y profunda que acabó arrancando lágrimas de sus ojos.

—Me río…, ja, ja, ja… —con la seriedad de Oramas a su vista le resultaba imposible enlazar dos palabras seguidas.

Tras varios intentos, Oramas acabó riendo como un pasmarote por el mero hecho de ver hacerlo a su compañera. Y así permanecieron durante varios minutos retroalimentándose mutuamente. Las risas fueron entrando en una espiral inversa con tendencia a la extinción. Cuando recuperó Crespo la posibilidad de hablar, explicó:

—Me río porque me he imaginado a Torrijos y a ti con una mochila a la espalda siguiendo a una tropa de yihadistas.

—¿Y por tan poco has montado toda esta escena?

—No me he podido reprimir. Lo siento, jefa.

Se enjugó las lágrimas de sus ojos. Con la capacidad de pensar totalmente anulada, se levantó despacio y acudió a la ventana para respirar. La abrió y focalizó la mirada en un cedro que se cimbreaba con parsimonia. Respiró hondo varias veces. Para evitar posibles desaciertos, permaneció así durante un tiempo prudencial mientras Oramas limpiaba sus gafas y dijo por fin:

—Voy a llamar a Lidia.

En ese mismo momento la inspectora jefa supo que tenía resuelto el problema. Lidia era su novia y generalmente accedía con facilidad a todas sus pretensiones.

—Hola cielo. ¿Has pensado en algo para este fin de semana?

—…

Lo escuchado dejó a Oramas en estado de máxima expectación.

—Pues ya puedes ir preparando la mochila para hacer una ruta —dijo Crespo haciendo un gesto con la mano sin poder interpretarlo Oramas, que esperaba impaciente sin expresión alguna, como si el asunto no fuera con ella.

—…

—Tragacete —clavó los ojos en ella y sonrió con el pulgar hacia arriba.

—…

—Todavía no lo sé. Me imagino que será una ruta para urbanitas domingueros.

—…

—No te preocupes que voy para allá ahora mismo y te lo cuento.

—…

—¡Vales un potosí! —exclamó Oramas.

—Pues ya lo has oído. Nos vamos ahora mismo. No se te olvide llamar a Fátima para ir dándole pautas y tú no me vayas a poner el teléfono en modo avión.

—¿He hecho eso alguna vez?

—Por si acaso. Y a Peláez y a Torrijos diles el motivo por el que me marcho y les recuerdas dónde debe estar un buen policía.

Así lo hizo. Fue en busca de sus dos compañeros y les contó la visita de Fátima y el viaje exprés de Crespo. Peláez, con la sagacidad que le caracterizaba, le preguntó con quién iba.

—Con Lidia —respondió.

—No me refiero a Crespo sino a los hermanos de Fátima.

—Eso no lo sabemos.

La miró con ojos que taladraban y le dijo que había que manejarse con mucha prudencia.

—Ten en cuenta que son personas radicalizadas, dispuestas a inmolarse. Personas que las han preparado para que odien, siendo incapaces de sentir el mal ajeno. En el momento que se sientan amenazados pueden desencadenar la barbarie —dijo con tono doctoral.

A Oramas le produjeron un enorme desasosiego las palabras de Peláez. Quedó cabizbaja.

—¿Qué te preocupa? —dijo Torrijos—. ¿Acaso no tenemos el caso controlado?

—No es en eso en lo que estaba cavilando en este momento. Pensaba en lo mal organizado que está el mundo. La cantidad de riqueza que hay en el Golfo Pérsico y mira como están todos los países musulmanes.

—Tampoco nos hemos organizado mucho mejor en Occidente —replicó Peláez.

—A ver, no os metáis en honduras. Como el mundo no lo vamos a salvar, pensemos en parar el atentado y en detener a los responsables —concluyó Torrijos—. Creo que lo correcto es esperar para ver lo que nos depara el viaje de Crespo y comunicarlo a los expertos en radicalización de la Brigada de Información.

La mirada de Oramas estaba totalmente posada en Torrijos. Se mostró sorprendida y a la vez nerviosa.

—¿Se puede saber por qué me miras de esa forma? —se quejó Torrijos.

—Porque tengo miedo.

—¿Miedo? —repitió Peláez.

—La verdad es que tengo serias dudas de que nuestro trabajo pueda servir para algo.

Ahora fue Peláez quien la miró fijamente.

—Pues no debes tener ninguna duda. Nuestro trabajo va a servir de mucho. De momento, si jugamos las cartas que tenemos en nuestra mano como se debe, el atentado lo podemos considerar desactivado. A poco que nos esforcemos, la célula también estará inutilizada.

—¿Quién te dice a ti que no se pueda regenerar? —replicó Oramas con un ápice de amargura en su gesto.

—Si nos ponemos así… —dijo Peláez enarcando las cejas—. Pero no creo que sea una forma correcta de pensar. Los yihadistas matan cuando pueden y donde pueden. Si aquí no lo consiguen, se irán a otra parte. ¿No recuerdas cómo se produjo el atentado de las Ramblas en Barcelona? Ahora bien, un grupo terrorista que pasa a llamarse «estado» lo que quiere decir es que tienen pretensiones de construcción política. Contra eso poco podemos hacer nosotros. Digo esto último porque conviene acotar bien hasta dónde podemos llegar con nuestro trabajo.

—A mí me parece que estás agobiada —apreció Torrijos—. Sabemos que el comisario está de baja y que tienes que asumir sus responsabilidades. Pero no te preocupes que nosotros te echaremos una mano. Ya sabes que en los momentos difíciles…

—Yo me ratifico en lo que acaba de decir Torrijos —aclaró Peláez —. Además, creo que debemos pensar en comunicar lo que tenemos a Madrid. Sé que cuanta más gente esté al tanto de lo que ocurre más fácil será que se nos escapen las piezas más grandes, pero nos exonerará de responsabilidades.

—En parte tienes razón —respondió Oramas—, pero no olvides que esta gente es más peligrosa cuanto más acorralados estén.

—Eso es cierto. Tenemos que ser sutiles, sibilinos y actuar con seguridad de cirujano —concluyó Torrijos.

A las trece y cuarto lo llamó el comisario desde el hospital.

—¿Federico?

—Sí, soy yo. ¿Qué te pensabas, que era Pedro Botero comunicándote mi llegada al infierno?

—Como la otra vez me llamó una enfermera, he pensado que podría ser ella.

—Pues te has equivocado. La que está hoy de guardia no es tan simpática como la otra. Se ha despistado un momento y he aprovechado para llamarte y darte las claves para entrar en mi ordenador.

Tomó la libreta y las anotó.

—¿Qué tal estas?

—Estupendamente. No sé el motivo por el que me tienen aquí perdiendo el tiempo en soledad absoluta.

—Por precaución.

—Pues no hago nada más que pensar en la que se te viene encima. A ver si me mandan a casa y te puedo echar una mano.

—No debes pensar en eso. Que sepas que mis compañeros me ayudan todo lo que pueden.

—Con eso ya contaba yo. Bueno, te dejo, que viene la enfermera.

Después de comer empezó a llover. Lidia y Crespo salieron hacia la Sierra con el último bocado en la boca. Ni siquiera dieron un mal barrido a la cocina. No se ducharon. Se vistieron con lo primero que encontraron sin tener en cuenta la combinación de colores. Apenas se peinaron. Lidia tenía el pelo corto y se lo peinó con los cinco dedos de la mano derecha. Crespo se hizo un moño a ciegas que quedó un tanto insípido.

Conducía la inspectora Crespo un vehículo camuflado de la policía. Los primeros kilómetros fueron de un nerviosismo irritante.

—¿Has echado alguna lata de sardinas? —preguntó Lidia.

—Más de las que vamos a comer. He metido también en mi mochila frutos secos y chocolate.

Cuando dieron un repaso completo a la panoplia de utensilios necesarios para hacer una ruta se retreparon en el asiento y se calmaron. A unos doce kilómetros, pasado el Tranche, fue Crespo quien se inquietó.

—Si te parece bien, vamos a dar un repaso a la situación.

—Venga, va. No seas cargante. Pero si ya me lo has explicado.

Crespo desvió la vista de la carretera para taladrar con sus ojos a su novia.

—No te lo tomes a broma que paro el coche y te dejo aquí mismo —dijo con tono desabrido—. ¿Lo tienes clarinete?

—Cualquiera te dice que no.

—Si hacemos las cosas bien, no tiene por qué pasar nada. Lo

importante es que no vean nuestros rostros para que no nos puedan reconocer. Por cierto, ¿has echado una gorra?

—Me lo preguntaste en Cuenca y te dije que sí.

—¿Pero una de visera larga?

—Una de béisbol.

—¿La verde?

—Sí. ¿Te has traído tú las gafas de sol? —preguntó Lidia.

—Me he traído las oscuras.

—Yo también.

—Muy bien. Tenemos que evitar acercarnos demasiado y si hacemos alguna foto tendrá que ser con plenas garantías de no ser descubiertas. Piensa que nos puede ir la vida en ello. Si por cualquier razón vinieran a por nosotras, nos desperdigamos y correremos como tú y yo sabemos hacer hasta que los despistemos. Entonces nos llamaremos por teléfono y nos volveremos a juntar.

Llegó de nuevo la calma a partir de Villalba de la Sierra. El paisaje contribuyó bastante. Había dejado de llover, el sol se dejaba ver entre nubes de vez en cuando y su luz de invierno dotaba al pinar de un encanto pocas veces visto. El río desapareció al empinarse la carretera. Crespo empezó a disfrutar de la conducción sometiendo al coche al límite de sus posibilidades, que estaban intactas tras dos años de uso diario.

—Mal que te pese, sabes que voy a parar más arriba, ¿verdad?

—Estaba pensando en ello ahora mismo. No te preocupes, que no me coge de sorpresa.

Cada vez que pasaba por ese lugar era parada obligada. El "Ventano del Diablo" es una cueva horadada en la roca desde la que se divisan las aguas cristalinas del río desde un cortado de más de ciento cincuenta metros que hace las delicias de Crespo.

La visita fue tan breve como inoportuna. Cinco minutos estuvieron asomadas al abismo. El viaje continuó camino de Uña y del pantano de la Toba. Pasado el embalse, Lidia propuso poner el GPS para encontrar más rápido el hotel.

—¿Tu crees que merece la pena para un pueblo que tiene 260 habitantes?

Cincuenta y cinco minutos después de que salieran de casa, llegaron a su destino.

—VII—

Eran las cinco y veintiocho minutos y todavía reinaba la noche. La muchedumbre se arracimaba en torno a la puerta del Salvador con rabia contenida. Llegaban desde la calle del Peso, desde Melchor Cano, por la calle Solera, desde la calle San Vicente formando un mosaico de colores en movimiento con las túnicas. El estruendo del tambor arreciaba. Al fondo se oían los aullidos de algunos clarines. Agazapada entre tanta tensión, Oramas se había contagiado de la excitación. Estaba nerviosa. Sentía escalofríos. Se acercó a la puerta en medio de una palillada que ensordeció las clarinás y los redobles. A Oramas la acompañó Antonio en el momento de la verdad. Se acercaron a la puerta.

La calle rugía.

Se escucharon tres aldabonazos secos.

Era la llamada y la turba reclamaba al Jesús.

El entusiasmo se había desbordado por completo. No tardaron en sonar los goznes de la puerta. Se abrió muy despacio dejando escapar hilillos de luz. Se oyeron voces dentro de la iglesia.

—¡Va, va, a meter hombro!

El Jesús se asomó a la calle y le dedicaron la primera clariná. No fue muy larga, pero sí violenta, no podía ser de otra manera tras tres años de espera. La palillada se intensificó. Los banceros avanzaban muy despacio y desplazaban a la turba que se arremolinaba en un intento de encontrar su sitio. Antonio contempló la salida desde la parte izquierda de la puerta. Oramas estaba junto a él. Lo miraba fijamente.

—Sé el motivo por el que te has colocado aquí —le dijo la inspectora.

—Para buscar su mirada —respondió con emoción—. Si te das cuenta, camina cabizbajo. Este es para mí el momento más emocionante de todo el año. Tienes que tener en cuenta que en esta ocasión he estado tres años esperándolo. Si te quedas mirándolo fijamente te darás cuenta de que te habla con los ojos.

No le faltaba razón. Su mirada es muy expresiva: una mirada suplicante, que susurra.

—¿Y qué te dice?

—En cierta ocasión me dijo que había mucha pobreza en Cuenca. Desde ese año donamos mil quinientos euros a Caritas del Cristo del Amparo.

Los monaguillos salieron cuesta abajo con los arreos en busca de los primeros turbos. La procesión "Camino del Calvario" daba comienzo con todo su esplendor. Los cuerpos se apretaban en torno al Jesús y gritaban con histeria: «¡Que lo bailen, que lo bailen!». Los banceros accedieron a la solicitud y encontraron el paso adecuado. El Jesús y el Cirineo flotaban sobre el tumulto en un gracioso movimiento que desbordaba cualquier imaginación y daba respuesta al requerimiento de la turba.

La larga espera terminó.

La escalofriante palillada cesó. El Señor de la Turba empujaba. La turba apenas se podía mover. Los tambores enronquecían: «¡Ay, que le da, que le da; ay, que le da, que le da…!». El cortejo avanzaba con parsimonia por la calle San Vicente camino del río Huécar y la masa vibrante se dejó escurrir enloquecida con machacón ritmo de tambores que opacaban el golpe seco de las horquillas de los banceros.

Oramas y Crespo tocan con entusiasmo, sin perder detalle de todo lo que ocurre a su alrededor.

—Este año casi no hay gente impidiendo avanzar la procesión —observó Javier.

Se refería a una conducta impropia de una minoría de turbos que no entienden ni de devoción ni de tradición y que solo pretendían retrasar el avance y la consiguiente demora: turbos equivocados, sin duda alguna.

—Poco a poco la gente se va concienciando —respondió Antonio —. Si te das cuenta, las broncas y las discusiones han ido a menos. La irrupción de la mujer en las Turbas ha contribuido mucho para que las cosas hayan regresado a su cauce. En general, la mujer ha hecho mucho bien a la Semana Santa de Cuenca.

Se veían bastantes, sobre todo encabezando la masa. Chicas jóvenes con niños o niñas cogidos de la mano daban un aspecto enternecedor nunca visto.

—¿Cuántas mujeres pertenecen a las turbas? —preguntó la inspectora Crespo.

—De los 2.500 que somos, mujeres son unas 400. No son muchas todavía, pero la primera que se dio de alta cuando levantamos el veto a la participación femenina fue tan solo hace quince años.

—¿Se les aceptó con normalidad? —incidió Crespo en el asunto.

—En general sí, pero hay quien no considera que sea un grupo adecuado para una mujer.

—*Machirulos* no faltan en ningún lugar —sentenció Crespo.

—Una noche como esta no se presta a que nos crucifiques con tus monsergas —la exhortó Oramas a la moderación.

Javier hizo un gesto con la mano con la intención de que se acercara una chica que fue de las primeras turbas. Era una joven que

no debía llegar a los cuarenta. Rubia, pelo descansando sobre los hombros. Mirada profunda y amplia sonrisa.

—Mirad, hablando de la presencia de la mujer en las Turbas, aquí os presento a Eva, una de las primeras mujeres en incorporarse al grupo Turbas.

Eva se acercó y les agradeció a las dos inspectoras lo que habían hecho obsequiándolas con sinceras sonrisas.

—De no ser por vuestro trabajo, no se qué hubiera sido de esta procesión.

—Estábamos hablando ahora mismo de la incorporación de la mujer en las Turbas —dijo Javier—, anda danos tu opinión.

—Mirad, yo siempre la disfruté mucho como público, pero vivirla desde dentro es otra cosa distinta —respondió con los ojos aguanosos mirando a Oramas y a Crespo—. Se me pone la piel de gallina.

—Estábamos hablando de la gente que se opone a la incorporación de la mujer en las Turbas —precisó Crespo—, ¿te has sentido increpada en algún momento?

—Aunque son los menos, hay gente reacia. Curiosamente, suelen ser gente joven. Recuerdo que hubo uno que me dijo que las mujeres deben de estar para llorar al Jesús y los hombres para hacer la burla.

En la curva de "Botes" se oyeron de nuevo los clarines gallear. Al ritmo cadencioso que marcaba el tambor, que no era otro que el del sentimiento, estaban a punto de llegar a la calle Alonso de Ojeda que será la que les conduzca hasta el Huécar. Un señor mayor, noventa se le podía echar por lo bajo, le pidió a Crespo que le dejara tocar el tambor. Era un hombre extremadamente delgado cuyos ojos anunciaban lo cerca que estaba ya el final de su vida.

—Ya soy muy mayor y hace muchos años que no salgo —reconoció con tristeza—, ¿podría dejarme tocar un momento?

Con gran delicadeza le entregó los palillos y se marcó unos redobles con poco ritmo y menos fuerza. Crespo lo animó para que siguiera matando el gusanillo, pero al hombre le pareció suficiente.

—Es que me duelen los brazos.

—¿Nota usted mucha diferencia con su época?

—La turba ahora suena a redoble —dijo balbuceando—. Antes era un sonido ronco, pero se oía mejor. Tenía un tambor que me lo hice con una cuba y con la piel de una vaca. Para que la piel se tensara lo frotaba con ajo todos los años. Así conseguía que el sonido fuera ronco.

—Pues vacas se ven pocas por aquí.

—Alguna vaquería hay. Pero la piel del tambor llegó desde la Vega del Codorno. Mi familia tenía allí una finca donde criábamos vacas.

—¿La Vega del Codorno? Qué lugar tan bonito y qué buenos recuerdos me trae. Hace bien poco he estado por allí.

—VIII—

Al salir del coche recibieron el impacto de un viento frío en el rostro. No en vano, estaban a 1.300 metros sobre el nivel del mar. Tragacete está situado en el centro de un valle rodeado de atractivos espacios naturales. El Hostal Serranía estaba ubicado en el sur del pueblo, es decir a la entrada yendo desde Cuenca. Era una casona muy coqueta de tres plantas con tejado a dos vertientes. Delante de la puerta principal había una terraza a la que se accedía a través de una puerta de hierro. Entraron a recepción sin cruzarse con nadie. Un inesperado calor hogareño reanimó sus cuerpos. Antes de acudir al mostrador de recepción se acercaron a la chimenea y se calentaron el trasero. Las atendió una señora mayor, de estatura baja, opulentas caderas y gran perímetro pectoral. Era tan parca en palabras que no habló nada más que lo necesario.

Su cara parecía el alma del silencio.

—Me tienen que dejar el documento nacional de identidad para tomar nota.

Tanto Lidia como Crespo lo llevaban a mano. Lo pusieron sobre el mostrador y esperaron.

—Si no les importa, déjenlo aquí y cuando salgan la próxima vez lo recogen —propuso la señora.

Tras las gestiones subieron a la habitación situada en la primera planta y deshicieron el equipaje. Crespo se dejó caer sobre la cama.

—¡Venga ya, tía! —dijo Lidia—. Que la tarde va cayendo sin que nos demos cuenta y a mí me gustaría dar una vuelta por la Vega del Codorno con luz.

La réplica de Crespo a tal proposición fue una sonrisa.

—No sabía que venías con intención de dar un garbeo esta misma tarde.

Cuando bajaron a recepción todavía estaba la señora tomando nota de los datos.

—Un momento, que estoy terminando.

Treinta y cinco minutos después de haber llegado a Tragacete estaban de nuevo en la carretera CN-2106.

—Me parece que vamos a estar muy tranquilas en el hotel —dijo Lidia.

—Yo creo que no hay nadie hospedado. Pero tranquilidad, tranquilidad, lo que se dice tranquilidad, creo que solo la vamos a tener esta noche. No olvides que hemos venido aquí a cumplir con una

gran misión.

Y si nadie había en el hotel, en la carretera tampoco se cruzaron con nadie, circunstancia que, junto con su ingenio al volante, les permitió llegar al aparcamiento del Nacimiento del Río Cuervo en un santiamén.

Estaba vacío. Saltaron del coche como si les fuera la vida en ello. Se pusieron el forro polar abrochándoselo hasta el último botón de la solapa y se lanzaron río arriba en busca del nacimiento. Con paso animoso se aplicaron para atravesar una pradera con ligera pendiente. Tras ella, la cuesta se empinó. El sol avanzaba en su última fase y tuvieron que apretar el paso poniendo a prueba tobillos y gemelos. Entre dos pinos y una sabina aparecieron una serie de cascadas cuyas aguas se remansaban en una poza cristalina.

—Cuando veo estas bellezas de la Naturaleza me cuesta trabajo imaginar que el paraíso sea algo distinto —dijo Lidia.

—Aquí no hace falta pensar en 72 vírgenes. Y vaya concierto de aves que se escucha.

—La abundancia de precipitación que hay en esta zona permiten su presencia.

Se sentaron sobre una roca y contemplaron durante varios minutos los numerosos saltos de agua. Así permanecieron hasta que apenas quedaba luz para el regreso.

—Vámonos ya que la noche se nos echa encima y el suelo está muy húmedo —advirtió Crespo.

Con la cara acartonada por el frío, Lidia se levantó e inició la bajada. Con grandes zancadas se presentaron en el llano en un momento. Crespo sacó del bolsillo el teléfono.

—¡Joder! Ahora no hay cobertura —dijo.

—¿A quién quieres llamar?

—A mi jefa.

—Pues espérate hasta que lleguemos al hotel.

—No. Vamos a hacer otra cosa. Nos vamos a acercar al restaurante que hay al otro lado del aparcamiento y nos tomamos un café calentito, que no nos vendrá nada mal. Allí seguro que habrá cobertura.

Era una construcción de piedra y madera encajada en un pinar. El interior era un lugar amplio y un tanto desangelado. Estaba decorado con trofeos de caza: corzos, ciervos y jabalís, principalmente. Dos ventanales permitían dotar al local de luz suficiente. La inspectora Crespo y Lidia acudieron derechas a la chimenea donde agonizaban dos tarugos de pino. Salió de la zona privada un señor bajo y tan delgado que daba la impresión de que tan solo era raspa.

—Buenas noches. ¿Qué desean?

—Algo caliente —dijo Lidia.

—Pues tengo un caldo gordo que resucita a los muertos.

Lidia y Crespo se lanzaron una mirada cómplice.

—Pónganos dos —aceptó Crespo.

Antes de marchar a la cocina, el camarero se acercó a la chimenea y echó dos ramas secas sobre las ascuas que no tardaron en coger fomento. Tardó tres minutos y medio en salir con dos tazones humeantes.

—Están recién hechos. ¿Dónde los dejo? —preguntó.

—En esa mesa —contestó Lidia señalando una junto a la ventana.

Se acercó Crespo al tazón y dijo:

—¡Mmmmm! Esto huele que alimenta.

Lo acercó a sus labios.

—¡Coño, que me abraso!

Mientras que esperaba a que se enfriara el caldo, marcó el número de Oramas.

—¿Qué se cuenta mi niña? —preguntó Oramas con fuerza inusitada.

—Que hemos estado en el "Ventano del Diablo" y en el "Nacimiento del Río Cuervo", ¿qué más le puedo pedir a la vida? ¿Has llamado a Fátima?

—La he llamado y le he dicho que tiene que procurar tomar nota del coche en el que van a viajar sin ser vista. En el momento que tenga la información en mi mano te llamo. Lo que sí os voy a pedir es que estéis preparadas cuando lleguen al pueblo y que actuéis con prudencia y cautela. Sed comedidas y no llaméis la atención. Procurad salir a la calle cada vez con ropa distinta.

—¿Y no sería mejor que te ocuparas tú misma de ese asunto? —propuso Crespo con determinación—. Me refiero a lo de tomar nota del coche con el que van a venir.

Se tomó unos segundos antes de responder.

—A ver si te crees que un asunto de tanta responsabilidad lo voy a dejar en manos de esa chiquilla. Me voy a preocupar yo misma en persona.

Crespo suspiró con fuerza y dijo mostrando inquietud:

—Ten cuidado. A ver si te van a reconocer.

—Voy a ir con la bicicleta. Con el casco y las gafas de sol no me reconocerá ni la madre que me parió.

—Supongo que luego te harás una ruta.

—Sí, pero corta. He quedado con Fátima a las doce.

—¿Y eso?

—Sospecho que me quiere contar algo —dijo con firmeza.

Se tomaron el caldo con tranquilidad. Se quedaron un buen rato en silencio mirándose a los ojos hasta que Lidia se levantó sin decir nada y pagó las consumiciones.

—Vámonos —dijo con decisión.

Salieron a la puerta y quedaron absorbidas por la oscuridad de la noche. Había bajado la temperatura. Se abrazaron y marcharon hacia el coche.

Al llegar al hotel se encontraron con la recepcionista en la misma posición que la dejaron. Sin necesidad de mediar palabra, les puso las llaves de la habitación sobre el mostrador y siguió leyendo un libro que tenía entre las manos.

—La recepcionista tiene un aspecto tétrico —observó Lidia—. Da la impresión de que hemos llegado al hotel de "Psicosis".

—Con este silencio y con esta ausencia de huéspedes, más bien me parece que estemos en el de "Resplandor". Me parece que vamos a pasar una noche siniestra.

—A mí no me asustes, eh. Que cojo el coche y me voy para Cuenca.

Al llegar a la habitación empezaron a quitarse ropa. Lidia se quedó con los pantalones y una camiseta de manga corta. A Crespo, una extraña sed pasional le hizo seguir quitándose ropa hasta quedarse en porretas. Ignorando a su compañera, se paseaba por la habitación cimbreando su cuerpo como si se tratara de un junco empujado por el viento. La sangre abrasaba la cara de Lidia que la observaba con estupor. Con voz cálida y sonrisa picarona, dijo Crespo:

—Me voy a dar un baño. ¿Me acompañas?

Fiel a su palabra, a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana estaba Oramas con la bicicleta en la calle Cesáreo Olivares. Tenía razón, con el casco y con las gafas no había forma de reconocerla. Tanto es así que pasó Fátima por su lado con alocada prisa y no la reconoció.

—¡Adiós, muñeca! —llamó Oramas su atención con un sigiloso susurro.

Una enorme sensación de pánico recorrió todo el cuerpo de la chica.

—¡Uff! Vaya susto que me acabas de dar.

—No hables conmigo y mira para otro lado —le sugirió Oramas.

Miró hacia otro lado. Simuló que se ataba los cordones de las zapatillas y dijo:

—¿Qué haces aquí?

Oramas le dio la vuelta a la bicicleta simulando que la estaba arreglando y respondió mirando la rueda:

—Hemos pensado que es peligroso que te dejes caer por aquí y nos vamos a encargar nosotros de identificar al vehículo.

—¿Vosotros? —respondió con mirada acerada.

—Te he dicho que no me mires, caramba. Si miras al banco que

hay frente a la fuente del parque podrás ver a un apacible señor leyendo el periódico. Es mi compañero Peláez y tiene un arma en el bolsillo de su cazadora dispuesta a ser usada en caso de que fuera preciso.

—¿Qué tengo que hacer, pues?

—Marcharte a tu casa ahora mismo. Si te reconocen, tu vida corre peligro.

Quizá exageró Oramas, pero la sensación de pánico aumentó y se quitó del medio al instante. Dieciocho minutos después aparcó delante de ella un Renault Megane del último año con dos ocupantes. Eran dos chicos jóvenes que frisaban la treintena y que no podían negar por su aspecto que eran norteafricanos. Uno parecía bajo y delgado, el otro alto y fornido. Pararon el motor y salieron del coche para echar un cigarro. Uno de ellos hizo una llamada con el móvil. Aunque vigilándolos por el rabillo del ojo, Oramas les dio la espalda y sacó el teléfono del bolsillo. Siguió enredando en la rueda de la bicicleta a la espera de que los dos se volvieran de espaldas y pudiera tomar una foto de la matrícula. Pero a los chicos pareció gustarle la bicicleta y se quedaron fijamente mirándola. Fue un momento de mucha tensión para Oramas. Por un momento llegó a pensar que la investigación se venía abajo. Tratando de dar la espalda a los yihadistas, se giró y miró al reloj como si quisiera simular que había quedado con alguna persona que se retrasaba. Peláez estuvo hábil y salió al quite. Sacó su teléfono, hizo tres tomas del coche y se las envió a Oramas. Al ver el contenido, entendió que se tenía que quitar del medio. Le dio media vuelta a la bici, la apoyó sobre las dos ruedas y marchó a la fuente simulando que la iba a limpiar. Los dos hermanos de Fátima asomaron por la esquina, se montaron los cuatro en el coche y desaparecieron. Oramas envió las tres fotografías a Crespo junto con un wasap: «Acaban de salir de Cuenca». Con el dedo índice señalando hacia el cielo, saludó a Peláez y marchó por la cuesta del Salvador hacia la carretera de Palomera.

Crespo acababa de desayunar y estaba leyendo frente a la ventana de su habitación con los pies sobre el alfeizar de la ventana cuando le entraron los wasaps de Oramas. Cuando lo abrió y vio las fotos casi entra en erupción por la alegría.

—Ya están aquí —le dijo a Lidia que en ese momento salía del baño en ropa interior.

—¿Que ya están aquí? —repitió paralizada por el susto.

—Tranquila, que me estoy refiriendo a las fotos.

Lidia se acercó. Juntó cabeza con cabeza y, desprendiendo de su cuerpo un ligero aroma a coco, dijo:

—Los hemos pillado.

Echando mano del instinto de policía, dijo Crespo:

—Tranquila tía. No cantes victoria antes de tiempo. Tenemos que pensar muy bien lo que vamos a hacer.

—Pues tenemos menos de una hora.

—Nos va a sobrar tiempo —aseguró Crespo con firmeza.

—Pues explícame cómo te las vas a ingeniar —le salieron las palabras atropelladas por la boca.

—No te pongas nerviosa, cariño. Si te digo que nos va a sobrar tiempo es porque tengo ya pensado la forma de proceder. Va a ser muy fácil. Vas a ir por la carretera paseando hacia Cuenca mientras que yo espero metida en el coche. Cuando los veas llegar, me das un toque. En ese momento pondré el motor en marcha y los seguiré hasta el lugar donde se hospeden. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente. Iré con un pañuelo en la cabeza.

—No hace falta que vayas de musulmana —aclaró Crespo con incertidumbre.

Lidia rio sin disimulo y, moviendo la cabeza de izquierda a derecha durante unos segundos, respondió.

—Iré con un pañuelo en la cabeza porque luego pienso ponerme la gorra. Recuerda que tenemos que cambiar de ropa. Al menos, eso es en lo que habíamos quedado.

Se quedó Crespo un momento pensando hasta que cayó en la cuenta de que eso es lo que le había dicho Oramas. Entonces se levantó de la silla con decisión y dijo depositando la mirada sobre Lidia:

—Pues vístete y andando, alma cántaro. No pensarás salir en bragas a la calle.

A partir de ese momento, Crespo empezó a moverse por la habitación como una ardilla. Entraba al baño y salía de él con tanta rapidez que parecía que hubiera sido poseída por el demonio. Miraba el reloj sin parar.

—¿Te falta mucho? —preguntó.

—Ya estoy —respondió Lidia.

Bajaron las escaleras al trote y acudieron al mostrador de recepción para dejar las llaves. Había una chica joven que las saludó y les preguntó si iban a comer. Les respondió Crespo que no y salieron pitando hacia el coche. Lidia no interfirió en nada de lo que hacía, sabedora de que sabía lo que se llevaba entre manos, se limitó a seguirla. Se montaron en el vehículo, lo arrancó, miró el reloj y dijo:

—Todavía tenemos tiempo de dar una vuelta por el pueblo.

Desde la puerta del hotel marcharon hacia el norte girando a la derecha en la esquina de la calle Santísima Trinidad para llegar a la plaza del Ayuntamiento. Desde allí dieron un rodeo y llegaron al Centro de Interpretación de la Serranía para llegar a la carretera.

—En este pueblo no hay forma de perderte —dijo Lidia.

—Supongo que lo dices por lo pequeño que es.

—Pues claro. Nos va a resultar difícil pasar desapercibidas.

Cuando salieron del pueblo hundió el pie en el acelerador y llegaron al cruce de la carretera que lleva al puerto del Cubillo. De nuevo miró el reloj Crespo y dijo:

—Deben faltar unos diez minutos para que lleguen. Ponte el pañuelo y empieza a caminar hacia el pueblo con cuidado de que no te vean la cara. Cuando pase el coche me avisas. Recuerda que es un Renault Megane de color blanco.

Sin apagar el motor, aparcó en un camino que salía a la derecha. Siete minutos después recibió la señal de Lidia. No tardó en aparecer al final de la recta el Megane blanco. Con prudencia, a unos ochenta metros de distancia, salió Crespo tras ellos. Antes de entrar en el pueblo giraron a la izquierda y pararon en una estación de servicio. Mientras que uno se sirvió el combustible, el otro —un chico alto, desgarbado y con una buena masa abdominal que se bamboleaba bajo el jersey— marchó al baño. Crespo vio una oportunidad fácil para tomar imágenes de los chicos. Sacó el teléfono, lo colocó sobre el salpicadero debidamente colocado y tomó un video del chico que llenaba el deposito de gasolina. Cuando acabó de repostar, el joven miró a Crespo. «¡Mierda! Me ha descubierto», pensó. De no haber sido porque estaba sentada, es posible que hubiese caído al suelo desfallecida. El chico la miraba sin cesar. A Crespo le dieron ganas de retirar el teléfono del salpicadero, pero pensó que ya era demasiado tarde. Pero cuando sintió de verdad que irremediablemente todo llegaba a su fin fue cuando el muchacho se dirigió hacia ella. Se le acercaba sin prisa estirándose todo lo que podía. Al llegar a la ventanilla del conductor, se quitó las gafas y dijo con voz melosa:

—¿Tienes un cigarrito?

—No fumo.

—¿Estás sola?

De qué buena gana le hubiese contestado «y a ti qué te importa», pero se limitó a decir:

—Estoy esperando a mi novio.

El joven regreso a su coche con el rabo entre las piernas y Crespo resopló.

Pero no se amilanó. Con el miedo todavía pegado a su cuerpo, fingiendo que limpiaba el coche por dentro, ubicó el móvil en tal posición que tomó un plano corto de la puerta del baño para que cuando saliera el otro chico quedase grabado irremediablemente. Y lo consiguió. El primer plano nada más abrir la puerta le impactó a Crespo por la nitidez. Parecía un posado mirando a cámara. Cuando se dispuso el muchacho a ponerse las gafas, se le cayeron al suelo. Se

agachó con torpeza dejando al aire un culo mantecoso y peludo que rebosaba por la cintura del pantalón como si quisiera escaparse del resto del cuerpo. Miró varias veces el video mientras que esperaba que se pusieran en marcha de nuevo. Tuvo un ataque de euforia y se dispuso a enviar las imágenes a sus compañeros, pero en ese momento arrancaron el motor y tuvo que dejar el envío para mejor ocasión. Apenas tuvo que marchar tras ellos durante unos metros. La sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que los chicos aparcaron en la misma puerta del hotel donde estaban hospedadas. Los iban a tener de vecinos. Pasó de largo y aparcó el coche unos cien metros más adelante. Su sensación de nerviosismo aumentaba por momentos sin dar ni un minuto de tregua. Le faltó clarividencia para saber lo que tenía que hacer. Salió del coche sin apenas saber a donde ir. Al llegar a la puerta del hotel vio que los cuatro chicos se dirigieron a las escaleras y desaparecieron hacia sus habitaciones. Totalmente aturullada entró en el hotel y llegó hasta el mostrador.

—Perdone, señora. Ayer por la tarde, cuando llegamos, nos debimos dejar una bolsa aquí abajo. Alguien tuvo que recogerla. Sería tan amable de…

—Deme un momento, por favor —dijo la recepcionista.

Se quitó las gafas y las dejó sobre una mesa supletoria. Se levantó y marchó por una puerta con un rótulo que indicaba que era zona privada. Crespo colocó los cuatro DNI boca arriba, sacó el teléfono e hizo una foto. Les dio la vuelta e hizo otra. Los descolocó hábilmente para eliminar sospechas y se guardó el móvil. Unos segundos después regresó la recepcionista.

—Perdone, pero donde guardamos los objetos olvidados no hay nada. ¿Dónde dice que dejó la bolsa?

—Bueno…, la verdad es que no estamos seguras. Puede que nos la dejáramos en casa olvidada.

—De todas formas, le preguntaré a mi madre cuando se despierte.

Crespo salió del hotel un tanto desorientada, pero pletórica de satisfacción. Tuvo el presentimiento de que había tentado a la suerte más allá de lo necesario y se propuso calmarse y evitar desasosiegos. Se frotó los ojos y, aunque con trazo grueso, intentó trazar un plan distinto, pero el sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Era Lidia. Le dijo que estaba a punto de entrar en el pueblo y le preguntaba que dónde estaba.

—Quédate donde estés, que voy a por ti.

Salió de nuevo pitando en busca del coche. Antes de arrancar el motor, envió los videos y las fotos tomadas a sus tres compañeros. Lidia estaba en el mismo camino que había aparcado el coche media hora antes. Cuando la recogió le enseñó el teléfono con el trabajo que había realizado. Se quedaron un buen rato mirándose a los ojos en

silencio.

—Pues sí que te ha cundido la mañana —dijo Lidia con los músculos de su cara en tensión.

—Con todo esto que tenemos ya hemos cumplido sobradamente los objetivos del viaje —replicó señalando su móvil.

—¿Qué propones que hagamos?

—Disfrutar de la vida —y se lanzó a por su novia estrujándola contra su pecho y llenándole la cara de besos.

Previendo que aquel estallido de emoción pudiera durar más de lo deseado, Lidia le empujó con suavidad y cuando se la hubo quitado de encima, dijo:

—¿Qué quieres decir con eso?, supongo que tendremos que vigilar a esos yihadistas.

—¡¿Vigilar?! Pero si se han instalado en nuestro hotel. ¿Te parece poca vigilancia la que van a sufrir? Esos pobres muchachos tienen un futuro más negro que el betún.

—IX—

—Tin, tintin, clin; tin, tintin, clon; tin, tintin, clin; tin, tintin, clon.

Al pasar por la puerta de una fragua que hay poco antes de llegar al río Huécar se oía un suave martilleo sobre el yunque.

—Tin, tintin, clin; tin, tintin, clon.

El rumorcillo metálico se colaba entre el atronador ruido de los tambores que, si cabe, añadía mayor dramatismo al espectáculo. Los tambores y los clarines siguieron su camino. Poco a poco se fue ablandando el barullo de los tambores hasta convertirse en una lejana carraspera. El tintineo continuó hasta que llegó la Venerable Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad de San Agustín. Era uno de los muchos momentos emocionantes de la procesión. La fragua, con sus yunques y martillos, le dedicaba bajo un imperioso silencio un motete a la Virgen: «Oh soledad». Ni un grito, ni una mala tos, ni una palabra, ni siquiera se oía todavía el trino de los pájaros. Únicamente las notas arrancadas al yunque a golpe de martillo. Y allí estaban Crespo y Oramas, diluidas entre la gente como la tinta en el agua, que se habían quedado rezagadas para asistir al recital.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Oramas con un hilo de voz cuando terminó de pasar el último músico de la banda municipal de Cuenca.

Resopló Crespo apoyándose en un gesto ambiguo y dijo:

—Cruzar de acera y salir al encuentro de la procesión. La cabeza debe de estar ahora mismo por Carretería.

Sin mediar palabra se escurrieron como anguilas por la calle de los Tintes para tomar el callejón que lleva a una de las esquinas del parque San Julián. De camino se le iban uniendo muchos turbos que se habían descolgado de la procesión para desayunar una ración de churros en la churrería de la plaza del Mercado. Deambulaba tanta gente por la calle que parecía un día normal en horario comercial. Habiendo dejado atrás el bar San Julián, la oficina de Correos y la Gerencia Territorial, caminaban con paso apretado hacia el rumor de los tambores y escucharon una voz por detrás:

—¿Vosotras también habéis hecho un paréntesis para desayunar?

Era Jesús Aguilar. El de la familia de los Patacos.

—No, no —respondió Crespo—. Nos hemos rezagado para que mi jefa escuchase el motete de la herrería.

—¿No lo habías escuchado nunca?

—Ni siquiera sabía de su existencia —confesó Oramas—. Y mira

que es un momento precioso de la procesión.

—Veníamos hablando sobre las familias históricas de las Turbas. Nos han dicho que de una de ellas tan solo quedan tres y nos gustaría conocer a alguno de ellos. Es que nos hemos propuesto aprovechar la noche para llegar hasta las raíces de esta procesión.

—Precisamente, hace un rato he estado hablando con Antonio Miranzo, que es el que hace el numero 23 de los históricos —aclaró Jesús—. Su padre es el 5, pero es muy mayor y ya hace tiempo que no sale. Lo voy a buscar y os lo presentaré. Es una persona encantadora y le va a gustar conoceros.

Siguieron a buen paso hacia Carretería. Se habían acostumbrado a llevar el tambor en bandolera hasta el punto de que parecía que sus cuerpos habían tomado nuevas dimensiones. Cuando llegaron a la esquina de la librería Evangelio, Jesús cogió el tambor en sus manos y tomó la delantera abriéndose paso entre el público elevándolo sobre su cabeza. Crespo y Oramas procedieron de la misma forma y aprovecharon la brecha que abrió Jesús para incorporarse a la procesión. De nuevo los tambores y los clarines empezaron a torpedear sus mentes con estrépito. Anduvieron a contracorriente un rato en busca de Antonio, pero se toparon con Javier.

—He visto que has abandonado la procesión en la Puerta de Valencia —dijo—. Que sepas que eres un mal turbo.

—He sentido un hambre atroz y no he tenido más remedio que salir en busca de algo que echarme a la boca —le contestó—. Si no lo hubiese hecho podría haberme desmallado.

—¿Y dónde vais contracorriente?

—Voy en busca de Antonio Miranzo para presentárselo a las inspectoras.

—A él le gusta ir cerca del Jesús.

Un estremecimiento recorrió la piel de Oramas y de Crespo cuando asomó el Jesús por la plaza de la Hispanidad. Los clarines se emplearon a fondo en esta ocasión. Pero el estremecimiento no se debía al chirrido que se escuchó sino a que era ese el lugar y la hora donde tenían planeado realizar el atentado. Habían convenido atacar con dos furgonetas justo un momento antes de que llegara el Jesús a ese mismo punto. Pensaban llegar a gran velocidad desde la calle José Cobo y cruzar Carretería de punta a punta en lo que hubiera sido sin duda alguna el mayor ataque terrorista de la historia en Europa. Les resultó imposible no pensar en las consecuencias en caso de haber conseguido atravesar la calle de cabo a rabo. La calle se hubiera convertido en una inmensa jaula de la que pocos hubieran podido salir. Una sombra maligna en la madrugada se consiguió evitar y con ella un rastro gigantesco de sangre y sufrimiento. Miraron a un lado y a otro de la calle y, al contemplar la multitud que allí se congregaba,

las piernas de Oramas estuvieron a punto de doblarse. Contuvo la respiración y un sudor frío humedeció los lugares más recónditos de su cuerpo. Los funestos pensamientos se disiparon de la mente de Oramas cuando le oyó decir a Jesús:

—Mirad, ahí está.

Era un hombre de estatura mediana. Bien parecido. Rostro serio y armonioso. Pelo corto, ceniciento. Se mostró muy amable cuando Jesús les presentó a las dos inspectoras y les agradeció todo lo que habían hecho por la ciudad y por salvar la procesión.

—Pensar que podíamos estar en este momento…; ¡Uff, se me pone la piel de gallina!

—Pues os voy a decir algo que os va a hacer que se os doblen las rodillas. En este lugar y en este mismo momento tenían planeado esos pobres infelices cometer el atentado. Pensaban entrar con dos furgonetas desde aquella dirección —señaló Oramas con el dedo índice hacia el lugar por donde asomaba el Jesús— justo un momento antes de que girara el paso.

Antonio miró a Jesús y Jesús miró a Antonio como si tuvieran algo que reprocharse.

—Pues yo no había oído nada —dijo Antonio.

—Es que hay cosas que no han trascendido —concluyó Oramas.

Tanto uno como el otro empezaron a tomar atención a todo lo que les rodeaba. Tras bendecir el buen hacer del equipo de la inspectora Oramas, Jesús concentró todo su esfuerzo en seguir la conversación:

—Hemos venido en tu búsqueda porque la inspectora Oramas está muy entusiasmada por las Turbas y quiere conocer a todas las familias históricas. Como sabe que solo sois tres los que seguís con la tradición, os ha querido conocer.

Desde la otra parte de los cristales de sus gafas, dos ojillos como ascuas se quedaron fijamente mirándola como si quisiera fusilarla con la vista.

—Pues a mí me enternece, a la vez que me enorgullece, que una persona como ella quiera saber de mi familia —respondió—. ¿Qué es lo que desea saber en concreto?

—El origen de su familia, claro.

Antonio enmudeció. Hizo un barrido de ciento ochenta grados con la vista para dejarla fija en el Jesús. Con los ojos humedecidos dijo:

—Perdonad, pero lo que acabo de escuchar me ha dejado consternado. Pensar que ahora mismo podíamos estar… En fin, vuelvo a agradeceros todo lo que habéis hecho —Antonio se agarró al cuello de Oramas y le dio un sentido abrazo. A continuación, hizo lo mismo con Crespo—. Bueno…, por dónde íbamos. Ah, sí, me ha preguntado por mi familia. Todo empezó con mi abuelo Jesús Miranzo que fue jefe de tambores. Trabajaba en la “Catalana”, lo que es hoy la empresa

de autobuses “Alsina”. Era maestro ajustador. Solía hacerse los tambores con cubas de sardinas y piel de vaca. El pobre andaba siempre detrás de alguien que tuviera vacas, que no eran muchos, precisamente. Resulta que tenía que estar constantemente apretando las cuerdas por debajo. Aprovechando los conocimientos que había adquirido en la empresa, un buen día se le ocurrió la feliz idea de hacerse un tambor metálico.

»Pidió permiso en la empresa para ello, no os vayáis a creer. Lo que hizo fue ir a la Casa de Beneficencia, que estaba antes de cruzar el puente de San Antón, y pidió que le dejaran tomar medidas de un tambor. Marchó allí porque era donde ensayaba la banda de música de la Beneficencia. No le pusieron ningún impedimento, por supuesto. Regresó a la calle Colón, que en aquella época era de donde salían los autobuses, y en ratos libres se fue fabricando su tambor.

»La historia del tambor no acaba ahí. Mi abuelo tenía cuatro hijos, de los cuales solo mi tío Pepín y mi padre salían en las Turbas. Cuando murió mi abuelo, el tambor pasó a mi tío, que era el mayor de los hijos, y fue con él a tocar a las procesiones (y con mucho orgullo, por cierto). Mi tío murió y sus dos hijos quisieron heredar el tambor. Sin llegar a perderse el respeto, las discusiones eran de aúpa. No había forma de que ninguno de los dos renunciara al tambor de su abuelo. Si le ponían precio, los dos tenían claro que pagaban el precio que fuera por él.

—Dios mío —exclamó Oramas poniendo todo el asombro posible en esas dos palabras—. ¡Qué maravilla! Convirtieron el tambor de su abuelo en el mejor de los tesoros.

Antonio miró de frente a Oramas y con rostro serio se mantuvieron callados hasta que preguntó:

—¿Sabe cuál fue el destino del tambor?

Como si temiera ensuciar la belleza del relato, contestó con un simple:

—¿Cuál?

Tomó aire Antonio, y dijo:

—El tambor de mi abuelo está expuesto en el Museo de la Semana Santa. Ante el temor de que acabaran enfrentados mis primos, como en esa época se estaba haciendo acopio de material para abrir el museo, se me ocurrió que, dadas las circunstancias, el mejor sitio donde podía estar el tambor era tras una vitrina. Y allí es donde acabó el tambor de mi abuelo.

—Una historia maravillosa —concluyó Oramas.

Y en ese instante el sosiego se rompió. Una buena cantidad de clarines empezaron a sonar con estridencia cuando los banceros levantaron al Jesús. Cuando quedaron los pulmones exhaustos, Jesús dijo refiriéndose a Antonio:

—Pero aquí donde lo ve. Es un desertor. No te creas que sale todos los años. Este lo vemos aquí porque, tras los tres años sin salir esta procesión, es un año especial.

Con ímpetu y con brío, le contestó:

—Pero no dices toda la verdad. Lo cierto es que llevo 21 años siendo el representante de la Hermandad de Jesús con la Caña en la Junta de Cofradías, lo cual me obliga a salir en la procesión del jueves. Entre pitos y flautas, llego a mi casa esa noche muy tarde. Años anteriores tenía la fuerza suficiente para irme a la cena de las Turbas y al gasto de los hermanos mayores del Jesús del Salvador, pero las piernas flaquean.

Entre la bronquera de los tambores, Oramas se interesó por el asunto:

—Dices que eres representante en la Junta de Cofradías.

—Soy representante por parte de la Hermandad de Jesús con la Caña. Fui el sucesor de Lucas Aledón, que fue él, precisamente, quien me animó a ocupar el cargo. Bueno…, no sé si has oído hablar de él.

—La verdad es que no. Ten en cuenta que estoy casi recién llegada de Canarias.

—Claro, claro. José Luis Lucas Aledón es uno de esos personajes que da la ciudad, pero que fuera de aquí son pocos los que lo conocen. Fue un escritor. Más que otra cosa, escribía poesía. Era tan apasionado de nuestra Semana Santa que muchos de sus poemas giraban en torno a ella. Por encima de todo, dedicó su vida a ensalzar su ciudad y sus tradiciones.

—Me hago cargo de quién puede ser. Seguramente es un personaje del que se han encariñado no pocos conquenses. Pero hay otra cosa que me ha picado la curiosidad. No hago nada más que pensar lo difícil que debe ser organizar la Semana Santa.

—Claro que lo es —manifestó Antonio con contundencia—, y esa es la razón de ser de la Junta de Cofradías. Y por eso nos reunimos una vez al mes. Nos tenemos que preocupar de encontrar un pregonero adecuado, de establecer un protocolo de lluvias, nos tenemos que preocupar también de editar publicaciones, de contratar a las bandas de música, de alojar a cierta gente en hoteles, de coordinarnos con los distintos cuerpos de policía… En fin, un galimatías que, a veces, nos hace engancharnos unos con otros.

—¿Sinsabores?

—Podemos llamarlo así. Pero nada que no hayamos podido superar. Me imagino que en vuestro trabajo también habrán parecidos tiras y aflojas.

Oramas miró a Crespo con ternura y dijo con delicadeza.

—¡Uy! Si yo te contara.

—X—

Tan pronto como llegó a casa, Oramas abrió el teléfono y vio todo el material que le había enviado Crespo. Lejos de alegrarse, se mostró preocupada y enfadada. «Esta muchacha no va a aprender nunca a trabajar con la prudencia debida», dijo para sí misma. No pudo aguantar la tentación de llamarla. Marcó su numero y esperó tono.

—Dime, jefa.

—Cómo te has arriesgado a tomar esos videos y esas fotos. Te dije que actuarais con mucha prudencia.

Crespo tragó saliva y respondió:

—Pensé que llamabas para felicitarme.

—No te puedo felicitar porque no has cumplido con las directrices que he marcado.

Tirando del carácter tan poco impresionable y un tanto insolente, dijo:

—Ya sabes que a mí me gusta el riesgo.

—Me parece muy bien. Pero una cosa es que lo busques colgándote de un pedrusco, haciendo un ocho mil o metiéndote debajo de una ola de cinco metros y otra es que pongas en riesgo toda la investigación de un atentado yihadista.

Pese a la ostensible e infrecuente subida de tono de Oramas, Crespo intentó llevar el agua a su molino y añadió:

—Entonces, no te ha gustado lo que hemos conseguido.

—Que el producto obtenido sea excelente, no quita que hayas cometido una gran imprudencia, chantajista. ¿Dónde estáis ahora mismo?

—En el hotel.

—Pues quedaros ahí y no os acerquéis más a esa gente.

—Estamos en el hotel porque se han hospedado en el mismo que nosotras.

—¡¿Cómo?! ¿Que estáis en el mismo hotel? —exclamó nerviosa Oramas—. Ahora sí que me da algo. Te prohíbo que te acerques a esos tipos —dictaminó.

—No te preocupes. En lo que queda de fin de semana, nos vamos a dedicar tan solo a andar por el campo.

La madre de Oramas se fue escurriendo como una lamprea hasta el estudio de su hija y preguntó:

—¿Con quién hablabas?

—Con Mari Luz, madre.

—¿Os habéis enfadado?

—Tan solo ha sido una discrepancia profesional.

—¿Se puede saber de qué se trata para que te pongas así?

—Eso es secreto, madre.

La madre miró a la hija en silencio y no añadió nada. Sabía que nada había que rascar. Eran dos personas con la misma sangre, pero con caracteres distintos: la hija, rigor y moderación; la madre pura dinamita.

Oramas se duchó, se vistió, cogió a su perra y salió al encuentro de Fátima.

—¿Otra vez te marchas? —refunfuñó la madre—; desde luego, si algún día se hundiera la casa, veo difícil que te cayera encima.

—Madre, deja de censurarme con esa voz de grulla, que ya soy mayorcita.

La chica la estaba esperando en el mirador de Ronda, frente al Museo de Arte Abstracto. Como solían hacer cada vez que se veían por la ciudad, transitaban por lugares poco frecuentados.

Se dirigieron hacia el puente San Pablo, lo cruzaron y giraron a la izquierda hacia lo que hoy es el Parador Nacional de Turismo y que en su momento fue un edificio conventual que dio cobijo a dominicos y paúles. Construido a principios de siglo XVI nos muestra el edificio la heterogeneidad estilística entre un gótico decadente y un barroco y rococó pujante. Dejando a la izquierda el inmenso edificio que, además de ofrecer 63 habitaciones con vistas a la hoz del Huécar, tiene un espacio dedicado a una exposición del artista conquense Gustavo Torner, tomaron un camino que se va elevando en un serpenteo fatigoso hasta el cerro del Socorro.

Oramas dio suelta a Linda y preguntó:

—¿Qué es eso que me querías contar?

En ese momento, Fátima la miró con la misma extrañeza que un bebé al reventar una pompa de jabón. Tras tomarse un ligero paréntesis durante el que arrancó una mata del suelo y la olió en profundidad como si fuera el alimento necesario para hablar, contestó:

—Como habrás podido comprobar, soy una persona a la que le afectan mucho los problemas de la familia.

—Como a todo el mundo, Fátima.

—Me lo imagino. Pero cada familia tiene sus peripecias y sus problemas con los que tiene que convivir. Y como una nunca sabe dónde puede estar la solución a sus problemas,

es por eso por lo que me he decidido a contártelos. Nací en el 93, un buen año para venir al mundo, creo yo. Por esa época, todavía no se oían tambores que presagiaran ninguna gran crisis, por lo que la voy a llamar «mi pequeña *Belle époque*». Aunque nací en Marruecos, como ya te conté, fue algo circunstancial: un simple capricho de mi

padre que le costó no pocos disgustos. Fundamentalmente, me considero española, siendo el barrio de la Canaleja mi pequeña Patria. Y allí pasé mi infancia en una familia aparentemente feliz y sin grandes carencias. Empecé mi escolaridad en un colegio que hay junto al parque San Julián, en pleno corazón de la ciudad, lejos de los balcones con ropa tendida, de los perros callejeros, de las fachadas con desconchones, los charcos en mitad de la calle cuando llovía y del silencio de las calles de mi barrio. Entre el bullicio de la ciudad y los vaivenes de la gente yendo y viniendo con los carritos de la compra a la plaza del Mercado, aprendí a leer y a escribir y a manejarme con las cuatro reglas casi sin darme cuenta. Podemos decir, pues, que mi infancia transcurrió sin angustias ni tiranteces.

»No lo vivió de la misma forma mi madre. De eso pude enterarme mucho más tarde. El primer problema que se planteó en casa fue el de mi educación. Mi padre decía que yo tenía que ser musulmana porque Mahoma fue el último profeta y porque todos nacemos musulmanes. Mi madre decía que, viviendo en una ciudad como Cuenca, lo lógico era que fuese cristiana. Viendo que mi padre se mostraba tan inflexible, mi madre propuso que nos dejáramos de educarla en una u otra religión y que fuese yo misma la que decidiera cuando llegase a la edad adulta.

»Y así se hizo sin llegar a pensar mi madre que, al fin y al cabo, era ceder a las pretensiones de mi padre ya que según él nacemos musulmanes. Como mi madre se dio cuenta de que mi padre no cesaba en iniciarme en los principios religiosos de los musulmanes: oración, lectura del Corán, la limosna…, no se le ocurrió otra cosa que bautizarme en secreto. Lo hizo con la ayuda de unas amigas y de mi tía Paca.

—¿Accedió a ello el sacerdote?

Volvió a coger una planta del suelo y se la restregó entre las palmas de las manos, olió la esencia y respondió:

—Una de las amigas de mi madre era familia suya.

Como llevaba cierto tiempo sin ver a su perra, Oramas dio un silbido y el animal acudió apresurado hacia ella. Fátima la invitó a alzarse con las patas delanteras y las colocó a la altura de su pecho fundiéndose ambas en un abrazo.

—Me imagino el resto de la historia —aventuró Oramas—, pero prefiero escucharlo de tus labios.

—El resultado fue que me educaron en dos religiones que, aunque tengan el mismo Dios, la distancia entre ellas es muy grande. Si en el islam la revelación es el Corán dictado por el propio Dios, en el cristianismo la revelación es la propia persona de Jesucristo. Si en el islam Jesús es uno de los profetas enviados por Dios para recordar el pacto entre Él y la humanidad, en el cristianismo es el mismo Dios

hecho hombre. Para un musulmán, la encarnación de Jesús es totalmente absurda. Los musulmanes creen ver en el dogma de la Santísima Trinidad otros dioses asociados a Dios. Hasta el mismo concepto de oración es diferente en una religión y en otra. Te puedes imaginar el galimatías que tengo en mi cabeza.

—Se te olvida una cosa, Fátima. Un asunto especialmente delicado. Me refiero a la situación de la mujer en el islam.

—Un tema que no admite generalización ya que es muy cambiante de unos países a otros. En aquellos en los que se aplica el derecho musulmán al pie de la letra, la mujer esta totalmente sometida al hombre. Pasa de la sumisión del padre a la del marido. Hay países donde está autorizada la poligamia y la repudiación. Hay otros en los que la situación jurídica de la mujer es mucho más liberal. Algunas familias musulmanas en Francia siguen enviando a sus hijas a sus países de origen para casarlas a la fuerza.

—A pesar de ser el mismo Dios, son dos estructuras muy diferentes.

—Estoy de acuerdo en eso.

—Centrémonos un poco en tu vida. Por lo que estoy viendo, tu madre te inculcó los principios del cristianismo.

—Mi padre pasaba mucho tiempo fuera de casa. Mi madre era mucho más casera. Fuera de su horario de trabajo pasaba más tiempo conmigo preocupándose de los asuntos del colegio, de acompañarme al parque y de estar atenta para que no me faltara nada. Establecimos una estrecha relación entre las dos, convirtiendo la casa en nuestro gineceo particular. Dicha circunstancia fue aprovechada para educarme en la religión católica y en la cultura de occidente. Aprendí mucho y rápido. Cualquier circunstancia la aprovechaba mi madre para hablarme de cualquier detalle. Para evitar ser vista conmigo en la iglesia, me llevaba a la iglesia de la Esperanza, que estaba junto a la del Salvador y siempre estaba vacía. Mi padre me explicó también cuales eran los cinco pilares del islam y me vi obligada a rezar cinco veces al día.

»No tenía la sensación de que el tiempo pasara. En aquellos días mi mundo giraba únicamente alrededor del juego y de la relación con mis amigas, pero los días se sucedían unos a otros sin remisión, y pasaban también los años. Sin apenas ser consciente de ello iba creciendo, llenándome de experiencias. No todas ellas eran buenas. Recuerdo cómo envidiaba a mis amigas cuando me invitaban a su primera comunión. El vestido, los zapatos, los regalos, el protagonismo me ponían los dientes largos sin apenas entender el motivo por el que era una experiencia tan lejana para mí.

»Cuando maduré como mujer y me llegó el periodo hubo un enorme conflicto familiar. Mi padre advirtió que debía llevar velo, un

velo que me tapara la cabeza y el cuello. Mi madre se oponía haciéndole ver que el velo no iba a servir nada más que para que me sintiera discriminada. Le hizo ver que el Corán no obligaba a usarlo. Mi padre apelaba a la decencia y al pudor para imponérmelo. Buscó y rebuscó en el Libro para imponer su voluntad. Mi madre rechazaba sus imposiciones argumentando que era un texto escrito hacía muchísimos años —Oramas la escuchaba con mucha atención sin interrumpirla. No podía evitar pensar en Crespo y en la fuerza que tendría que estar haciendo por mantener la boca cerrada—. Todo fue inútil —añadió Fátima—. Mi padre se impuso y me implantó el velo. Pero también es cierto que prácticamente lo utilizaba únicamente para el rezo en casa. Cuando salía a la calle me lo quitaba y dejaba cabeza y escote al descubierto.

Las lágrimas empezaron a escurrírsele hacia las mejillas. Oramas mantuvo la mirada fija en ella y dijo:

—Sin duda alguna has llevado una vida espantosa.

—Tranquila, que no he contado todo. Lo peor llegó cuando conocí a un chico. Se llamaba Fernando. Una persona tierna y educada que me colmaba de atenciones. Nos encaprichamos y nos enamoramos el uno del otro sin remisión. Con él conocí una nueva forma de vida. Aprendimos juntos lo que era la convivencia. Hicimos planes de futuro y nos imaginamos una vida en pareja cogida con hilos. Fue mi primer hombre y el último, no ha habido otro en mi vida. Tan claro lo teníamos y tan embalado íbamos que le habíamos echado a un piso la vista y habíamos visitado varias tiendas para amueblarlo. Pocas cosas, pero de la mejor calidad y con mucho estilo. Todo acabó el día que le dijimos a mi padre que nos queríamos casar.

—No me digas que no permitió el matrimonio.

—Así fue. Dijo que un matrimonio entre un cristiano y una musulmana no podía funcionar. Fernando no se dio por vencido. Yo tampoco. Insistimos y amenazamos con marcharnos los dos a vivir juntos. Si no lo hice fue pensando en mi madre. Un buen día, a Fernando le dio la barrunta y se marchó a Madrid. Según me contaron, conoció a una chica y se casaron. Acabé odiando a mi padre. Tanto me dolió su actitud que pasó por mi imaginación la idea de meterme a monja. Fueron muchos los días que estuve a punto de entrar en un convento y preguntar si admitirían a una chica tan imperfecta como yo. Un día, dos, tres…, perdí la cuenta. Creo que nunca me decidí porque a última hora pensaba que sería una empresa que moriría antes de empezar.

Oramas paró en seco. Miró al cielo y propuso darse la vuelta.

—Entre la hora que es y el cansancio que tengo en el cuerpo, creo que lo mejor será que nos pille la hora de comer cerca de casa.

Oramas volvió a llamar a la perra. Cuando se percató de que ya

estaban bajando se adelantó unos metros haciendo el recorrido en un periquete. Poco antes de llegar al Parador giraron a la izquierda y se sentaron en una roca plana que parecía que la hubieran esculpido para apoyar las posaderas. Era un pedrusco con una pequeña tapia que posiblemente construyeron los frailes para evitar ser vistos desde el exterior.

—Oye, por cierto, ¿cuál es la actitud de tus hermanos respecto a tu padre?

Con mirada dulce clavó sus ojos en los de Oramas.

—Negativa. Apenas hay trato. Mis hermanos viven su vida y acuden a la casa como si estuviesen en una pensión.

—¿Crees que ese distanciamiento ha contribuido a que hayan tomado la determinación de colaborar con el atentado?

Fátima quedó un tanto desconcertada. Soltó a la perra, se giró y contestó:

—Aunque no haya sido determinante, puede que haya influido. Ante la actitud de mi padre, mis hermanos aprendieron a desarrollar el arte de la inmersión. No dejaban a nadie entrometerse en sus cosas.

—Y en consecuencia, tu familia no ha compartido vivencias de tus hermanos.

—Claro. Y ese es el motivo por el que han forjado el carácter que han forjado. Un carácter introvertido y huidizo.

Oramas sujetó a Linda y continuaron el camino de regreso. Llegaron al lugar del que partieron y tomaron la calle del Colmillo hacia la iglesia de San Martín, lugar poco transitado por el que se llegaba a la casa de Fátima.

—Aquí te dejo —dijo Oramas dos esquinas antes de llegar—. Voy a aprovechar para subir por la calle de las Pulmonías y enlazar con la torre de Mangana para soltar de nuevo a la perra.

Fátima le agradeció que la dejara acompañar y que tuviera a bien escuchar lo que le quiso decir.

—Hay una cosa que ha quedado en el tintero —dijo Fátima—. Mi padre intentó casarme en Marruecos con un primo veinte años mayor que yo.

—Supongo que te negaste.

—Le dije que si insistía me suicidaba.

La miró con ese gesto taciturno que solía poner de vez en cuando. Crespo, sin embargo, permaneció impasible.

—No te he dicho que estés toda la mañana en la puerta del hotel vigilándolos. De vez en cuando te relevaré y podrás subir a tumbarte —aclaró con voz templada —. Tienes que entender que los debemos tener vigilados.

—Lo entiendo, lo entiendo —susurró con suavidad intentando

disimular su enojo.

—Enfrentarse a un caso nuevo no es tarea fácil. Casi siempre empezamos de cero y vamos trabajando poco a poco, sin saber nunca cuál va a ser el resultado final. Es lo mismo que puede hacer un niño cuando le dan una bolita de plastilina para que la moldee.

No necesitó Lidia más palabras para entender lo que le quiso decir la inspectora Crespo. De la irritación reflejada en su cara pasó a la satisfacción casi de forma instantánea.

—Antes de bajar voy a dejar mi mochila preparada.

Nos pusimos manos a la obra. Se puso a pensar y a repetir en voz baja todo lo necesario para hacer una marcha. Iba y venía como un colibrí. De tanto moverse, el pulso se le aceleró. Crespo aprovechó el momento e hizo también la suya. Cuando se marchó Lidia de la habitación, Crespo se acomodó junto a la ventana y dio un repaso a todo el material que tenía en el móvil. Se paró en las fotos de los carnés de identidad y, con mirada afilada, se detuvo en sus facciones y leyó sus nombres como si intentara memorizarlos: Akim Hassou y Reda Abdeghani eran los dos yihadistas que recogieron a los hermanos de Fátima en Cuenca. El primero era sirio, el segundo iraquí. Uno nació en 1991 y el otro en 1990.

Le entró en ese momento un wasap de Peláez: «*El vehículo de los yihadistas ha sido alquilado en Guadalajara*».

Con el aliento entrecortado por la sorpresa, Crespo, con clarividencia arrolladora, dedujo que se habían instalado en lugar tranquilo, lejos del peligro, escondidos como ratas. Pero la realidad era que el atentado nacía fracasado. Y todo por la colaboración de Fátima.

El sol continuaba alzándose, la habitación se llenaba de luz, Crespo miraba el reloj sin parar y se subía por las paredes. Estaba deseosa de que su compañera le diera el aviso para bajar y empezar una ruta.

Abajo, el asunto no le iba mucho mejor a Lidia. Andaba de un lado a otro sin parar y con la atención concentrada en la puerta del hotel. Los pies se le habían quedado fríos y la cabeza caliente de tanto pensar. Daba vueltas y más vueltas al asunto: «¿Qué estarán tramando esos malditos ahí arriba?», «su hermana dijo que venían para hacer una senda». Fueron muchas las vueltas que dio alrededor del hotel y todas le parecieron idénticas. Ni un vivo por la calle. Ni una voz más alta que otra. El único movimiento que pudo observar fue el de dos hurracas revoloteando de árbol en árbol en busca de algún insecto que echarse a la boca.

Estaba a punto de entrar en el hotel y subir a avisar a Crespo para que la relevara cuando apareció un señor de unos cuarenta y cinco años, escasa estatura, piel cetrina y pelo casi al rape. Llevaba una mochila en bandolera. Miró hacia las ventanas del hotel e hizo una

breve llamada. Lidia lo miró con recato. Intentando pasar totalmente desapercibida, saco el móvil y, fingiendo que se hacía un selfi, sacó unos primeros planos del caballero. A continuación, bajaron los cuatro jóvenes y saludaron al señor. Lidia se retiró de su presencia y marcó el número de Crespo:

—¿Qué pasa, hay moros en la costa?

—Yo diría que hay cinco.

—¿Cinco?

—Acaba de llegar uno que no sé de dónde ha podido salir.

—¿Quieres que baje?

—Mejor quédate arriba hasta que te avise. Lo digo porque no tengas que cruzarte con ellos. Al fin y al cabo, a mí todavía no me han visto.

Tras un par de minutos de charla amigable en la puerta del hotel, se marcharon el señor que acababa de llegar y los dos hermanos de Fátima. Los otros dos jóvenes entraron en el hotel. Sin dejar de observar a las tres personas que marchaban con sus mochilas a cuestas, Lidia llamó de nuevo a Crespo:

—Baja deprisa —le dijo—. No te olvides de mi mochila.

Siguiéndolos a una distancia muy prudencial, cruzaron el pueblo de oeste a este y se dirigieron hacia el puente que cruza el Júcar. Unos cientos cincuenta metros era la distancia entre ellos. Cuando ellos paraban, ellas hacían lo mismo poniéndose a mirar el paisaje con disimulo. La primera vez que pararon lo hicieron en una fuente de cuatro caños. Fue una parada muy breve en la que tan solo metieron la mano debajo de uno de los caños para comprobar la temperatura del agua. La segunda vez fue más larga ya que lo hicieron ante un cartel que estaba a escasos metros de la fuente. Por dicho cartel se enteraron de que era la fuente de la Toba y que no estaban muy lejos del nacimiento del río Júcar.

—¿Dónde irán esos malditos? —dijo Lidia con voz quejumbrosa—, no soporto andar sin saber dónde voy.

—Esos malditos, como tú los llamas, van sin rumbo fijo. Si te das cuenta, su andar es arrítmico, se paran con mucha frecuencia y cambian impresiones constantemente.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que ese señor ha venido a comerles el coco. Estoy segura de que es el imán y estará intentando convencerlos para que se inmolen y se ganen el paraíso.

La senda se elevaba con suavidad. Atrás iban dejando las aguas verdes cristalinas que no dejaban de mirar como si fuera una imagen captada por un dron. La llanura que había en los márgenes del río estaba completamente tapizada por un hierbazal que poco a poco iba desapareciendo de su vista. Lidia se quitó las gafas y miró hacia abajo.

—¿Y a ti no te parece que esto es el verdadero paraíso y que no hace falta cometer ninguna barbaridad para disfrutar de él? —observó.

—Por supuesto.

Llegaron a una zona boscosa en la que cualquier sonido era apagado por el ulular del viento al chocar con las hojas de los pinos. Un ciervo con una buena cornamenta apareció detrás de una roca. Se quedaron paradas mirando al animal que pareció estudiarlas durante unos momentos para, a continuación, ejecutar un gracioso movimiento y alejarse entre el pinar.

—Lo más seguro es que iba camino del río para beber agua.

Los tres yihadistas que les precedían se volvieron a parar con brusquedad y el señor hacía gestos ostensibles con las manos como si les estuviera recitando versos del Corán.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —dijo Lidia.

—Ya te he dicho que ese hombre ha venido para comerles el tarro.

Repentinamente se dieron la vuelta y empezaron a andar hacia ellas.

—Vienen hacia nosotras y no quiero que me vean la cara —dijo Crespo.

—Pues métete entre los pinos y simula que has ido a mear.

—No lo voy a simular, es que me estoy meando.

Los yihadistas pasaron junto a Lidia que se colocó de espaldas a ellos fingiendo que miraba el paisaje. Apenas hicieron aprecio hacia ellas, resolviendo el encuentro con un simple “buenos días”. Cuando acabó de aliviarse Crespo, regresó al camino y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

Lidia la miró directamente a los ojos.

—A mí me gustaría llegar hasta el final, pero... ¿No crees que los debemos seguir? —propuso Lidia.

—Si nos damos la vuelta van a sospechar y podemos echar todo a perder. Por otra parte, corremos el riesgo de que al regresar el imán ya se haya marchado. Estoy dudosa.

—Ni siquiera tenemos la matricula de su coche —dijo Lidia—, bueno, me refiero en caso de que haya llegado en coche.

—Si ha llegado en coche, será alquilado. Y lo habrá alquilado con pasaporte falso, por lo que no lo podremos identificar.

Cortaron la discusión y decidieron seguir el camino llegando a un lugar llano con abundancia de arboles y matorrales. Arces, endrinos, cerezos, cornejos, encinas y aligustres seguían la estela de un camino totalmente difuminado por el tiempo. Tuvieron que cruzar unas pasarelas y un puente de madera para llegar al manantial del Júcar que forma una gran chorrera de unos 25 metros en caída desde una roca caliza. Se sentaron en una roca baja, con las rodillas llegándoles

hasta las orejas, para disfrutar del espectáculo de la Naturaleza.

Sacaron de las mochilas el agua y las vituallas y cuando dieron cuenta de ellas, regresaron.

—XI—

—¡Vamos, que es una vez al año! —se oyó decir a uno que golpeaba un tambor rajado.

El ritmo seguía imparable por Carretería. Más de dos mil tambores y unos trescientos clarines. Por el fondo de la calle avanzaba perezoso Jesús cargado con la Cruz al ritmo que emanaba de los tambores de la turba en una especie de danza provocada por los banceros. Al principio, justo detrás de los monaguillos, muchas mujeres turbas caminaban con sus hijos —algunos todavía bebés—. Los bares estaban llenos. Del interior salían efluvios de resoli.

Ante tal explosión de colores y sonidos, el público que contemplaba el espectáculo quedaba paralizado y arrastrado a extraños estados de consciencia. Son muchos los turbos y las turbas que no gozan tanto cuando la procesión llega a Carretería. Parece que se les hace monótono y aburrido atravesar esa calle tan larga que empalma con la calle Calderón de la Barca. Quizá, lo que ignore toda esta gente es que, tras la revitalización de las Turbas al comenzar el siglo XX, eran muchos los periódicos que las anunciaban, llegando trenes a la ciudad para ver la Pasión de Cuenca. Los hoteles, las posadas, los hostales y las fondas estaban a rebosar; un gentío espectacular llenaba las calles y los balcones de Carretería se alquilaban para ver las procesiones con tranquilidad.

Llegando a la plaza de la Constitución, también conocida en la ciudad como la del «Nazareno» por una imagen que hay en ella de Javier Barrios en la que un hombre joven vestido de nazareno acompaña de la mano a su hijo, se acercó un señor respetable y saludó a Jesús. Era un hombre de unos 65 años. Alto, moreno, mucho pelo con algunos hilos plateados y con la seriedad dibujada en su rostro. Tras los ademanes de cortesía, Jesús lo agarró del brazo y lo acercó hasta donde estaba Crespo y Oramas.

—Os voy a presentar a José Ramón Benito, otro Pataco, —dijo, y sin posibilidad de que abrieran la boca ni una ni otra de las inspectoras, añadió—: no os podéis ni imaginar la cantidad de tambores que habrá fabricado.

Oramas y Crespo lo saludaron.

—Lo primero que quiero hacer es agradeceros todo lo que habéis hecho porque este año llegue la procesión a buen término.

Tanto una como otra, quitaron mérito al asunto:

—Realmente no ha sido un asunto tan difícil como pueda parecer a

primera vista —señaló Crespo—, la participación ciudadana tuvo algo que ver en ello —añadió.

Sin apenas haberse sosegado todavía, Jesús dijo:

—¿Ves la curva por la que va a llegar en breve Jesús Caído y la Verónica? Pues en ese mismo lugar es donde pensaban realizar el atentado. Mira, de pensarlo, se me ponen los pelos de punta.

Con la angustia dibujada en su cara, José Ramón intentó decir algo, pero Oramas se le adelantó:

—¿De dónde viene tu afición a la fabricación artesanal del tambor?

—Ante todo, déjeme que le recuerde que soy Pataco. Eso quiere decir que pertenezco a una de las familias fundadoras de las Turbas y desde pequeño he visto a mis tíos hacerse sus propios tambores. Recuerdo que un año decidí hacerme el mío propio. Compré la piel de ternera y me sobró, así que decidí hacer varios más que le regalé a mis amigos. A partir de ese año no paré de hacer tambores.

—A mí me gustaría saber el motivo por el que los tambores de antes tenían un sonido más sordo. Eso, al menos, es lo que dicen las personas mayores —cuestionó Crespo.

—Antiguamente las pieles se ataban con cuerdas generando un sonido destemplado. Ahora se usan grapas y la piel queda más rígida, siendo distinto el sonido. Muchas personas mayores añoran aquel sonido y se quejan de que ahora suenan más a redoble.

—Y la tela negra con la que se envuelve, ¿a qué se debe?

—Al luto por lo que se está viviendo en ese momento. Si os dais cuenta, los clarines también se envuelven en un paño negro.

—¿Nos podrías contar cómo se hace un tambor, o es un secreto? —trató Oramas de ventilar su curiosidad tamizando el volumen de su voz.

José Ramón sonrió.

—No hay ningún secreto —lanzó el mensaje de forma diáfana—. Lo primero que hago es ir a la carpintería y cortar las maderas. Al llegar a casa las mojo bien mojadas, las pongo alrededor de una plataforma metálica, las prenso y las sujeto con gatos. En esa posición hay que dejarlas secar durante un par de días y cuando se quitan los gatos, la forma ya está cogida. A continuación, hay que encolar la madera y graparla. Para que coja fuerza se colocan los aros. El próximo paso es meter la piel en agua caliente durante cinco o seis horas. Cuando está blanda se grapa y se deja secar durante tres días.

—¿Tiene que ser piel de ternera? —insistió Oramas.

—Si lo haces con otro tipo de piel también suena, pero tiene otra tonalidad que a mí no llega a convencerme. Se pueden hacer de oveja, de cabra o de caballo. Yo los hago con piel de ternera, de vaca o de novillo. Son pieles más caras, pero la tradición es la que manda. No me gustaría ir en la procesión y que alguien se me acerque y me diga:

«Vaya porquería de tambor que me has vendido».

Y la procesión continuaba su camino al paso que marcaban los tambores de las Turbas, que no tenían mucho que ver con aquellos otros que marcaban el ritmo. El tambor de los turbos es un instrumento ritual, de ceremonia. Su sonido guardaba relación con las creencias religiosas y tenía valor espiritual. Aplacaba temores y calmaba ansiedades. Buscaba un vínculo de relación con la divinidad. El retumbe contagiaba y dotaba de energía vital.

Antonio y Javier se acercaron:

—Pero donde os metéis —dijo Antonio—, pensábamos que os habíais ido a dormir.

—¿A dormir? —replicó Oramas—, ¡total, estamos disfrutando poco! No te puedes ni imaginar lo que hemos aprendido ya de la procesión y de las Turbas. Por cierto, estoy pensando que podríamos reunirnos en mi casa a tomar café y cualquier bagatela mientras que descansamos para la bajada al Salvador. Podrías avisar a todas las personas con las que hemos hablado. Para mí sería un gustazo teneros a todos en casa. Seguro que aprenderemos algo nuevo.

—¿Has conocido ya a las tres familias históricas?

—Me falta conocer a los Pantaleones.

—No te preocupes, antes de que acabe la procesión conocerás al "Faraón".

—¿Quién es ese?

—Es el numero uno de los históricos según una lista que circula por ahí desde hace años. Su padre le cedió el número y el apodo cuando murió.

—Un orgullo para él, seguramente.

—No te lo puedes ni imaginar. Cuando llega la época de cuaresma se transforma en otra persona. Y cuando llega el domingo de Resurrección, ya ni te cuento. Pero lo más grande para él es cuando le echa la primera clariná al Jesús del Salvador. Respecto a la invitación que nos acabas de hacer, voy a intentar contactar con todas las personas y nos reunimos en tu casa.

No hay descanso. El Jesús se pone de nuevo en marcha y el sordo rugido de los tambores cesa para que los clarines rompan su silencio de nuevo. Avanza la procesión hacia el puente de la Trinidad y de fondo se aprecia el golpeteo de las horquillas.

—Contemplando los pasos de las procesiones, he comprobado que la Semana Santa de Cuenca cumple con la cronología de los sucesos ocurridos hace dos mil años —observó Oramas.

Tras una sonrisa complaciente, respondió Antonio:

—Una buena observación, sin duda alguna. Lo que dices es totalmente cierto, y le concede a nuestra Semana Santa un puesto privilegiado en el concierto de las celebraciones castellanas y

andaluzas. Tiene además otro valor añadido. Me refiero en concreto al trazado urbanístico medieval, que lo convierte en el escenario adecuado para transportarnos a los tiempos antiguos.

—Hoy, por ejemplo, hay tres procesiones. La primera es el camino hacia el Gólgota, a las doce sale la siguiente procesión que escenifica la crucifixión en el Calvario y al anochecer la del Santo Entierro. Y como he comentado, el trazado vertical de nuestra ciudad contribuye a que la representación sea más verosímil. No sé si has oído denominar a Cuenca como «la Jerusalén castellana».

—No la he oído; pero, ahora que lo dices, no le falta razón a quien se le ocurriera la idea.

—Y a pesar de lo dicho, no ha tenido el reconocimiento que se merece por parte de la gente especializada.

—¿A qué se debe tan horrible olvido? —preguntó Oramas un tanto sorprendida.

—A que se pensaba que el origen de nuestra Semana Santa se había producido con posterioridad al de otras ciudades. Por suerte, dicho pensamiento quedó obsoleto al poderse demostrar que nuestro calendario procesional es el mismo que se conformó en el siglo XVI en otras ciudades. Así, nuestra procesión de “Paz y Caridad” del Jueves Santo que sale de la iglesia Virgen de la Luz, en el barrio de San Antón, estuvo conformada como en otras ciudades por el cabildo de la Vera Cruz; la de la madrugada del Viernes Santo, por el cabildo de San Nicolás de Tolentino; y la del Santo Entierro por el cabildo de Nuestra Señora de la Soledad.

Oramas se retiró unos pasos y marcó el teléfono de su casa. Tuvo que llamar hasta tres veces:

—¿Qué pasa? —Se oyó la voz atolondrada de su madre.

—No pasa nada, madre. Tranquila.

—No me entero de lo que dices. Hay un ruido espantoso.

Oramas tapó con las dos manos todo lo que pudo el aparato y repitió:

—Que no pasa nada.

—Entonces ¿para qué llamas?

—Para decirte que tengo invitados.

—¿Dónde dices que habéis llegado?

—Que tengo invitados: IN VI TA DOS.

—Que traes invitados.

—Eso es.

—¿Cuántos?

—Unos doce.

—¿A comer?

—A desayunar, madre: DE SA YU NAR. Prepara café y saca las torrijas y el resoli.

—XII—

Hacía varios días que al comisario le habían dado el alta. Permanecía la mayor parte del día en casa subiéndose por las paredes. No era persona que se adaptara a estar des oficiado. Llamaba constantemente a Oramas para conocer cada movimiento que se producía en la comisaría. Era tal la obsesión del comisario que empezaron a verse con frecuencia. Unas veces se veían en la propia casa de Federico, otras quedaban en el parque de los Moralejos y paseaban, en otras quedaban en alguna cafetería y tomaban el café de media mañana.

No eran en realidad muy largas las conversaciones que solían tener. Se centraban sobre todo en las funciones propias del comisario, en las pesquisas del atentado y en algún comadreo sin importancia. Lo cierto es que Oramas se vio obligada a hacer numerosas reuniones con sus compañeros de equipo para poder satisfacer el deseo de conocer de su inmediato superior. Si ella le daba información y compañía; a cambio, en señal de gratitud, recibía sabios consejos e ideas para llevar a cabo el desempeño de sus nuevas funciones como comisaria. Sin olvidar los divertidos chascarrillos que se dejaba caer de sus tiempos jóvenes y que tanta gracia le hacían.

De las palabras del comisario, y sobre todo del humor que desplegaba, le hizo suponer que sus problemas de salud se habían volatilizado habiendo quedado en un problema inoportuno simplemente. Esperaba por eso encontrarlo muy pronto de nuevo ocupando su puesto y evitar tanta reunión con él fuera de comisaría. No se debía dicho deseo a ningún tipo de fatigosa artificialidad, cuando iba al encuentro del comisario su comportamiento era de una elegante naturalidad, las reuniones fluían sin ningún tipo de tensiones, sin protocolos.

Una mañana la llamó a primera hora. Le habló despacio y con cautela:

—Quiero que nos veamos a lo largo de la mañana —le dijo.

Estuvo a punto de decirle que le resultaba imposible, pero el tono con el que le habló fue tan circunspecto que prefirió suspender la reunión con los miembros de su equipo.

—¿Te parece bien a las once y media?

—Me parece bien.

—¿Dónde quieres que quedemos?

—Si no es mucha molestia para ti, podíamos quedar en el parque

de los Moralejos. Así doy mi paseo diario y no tengo que salir de casa por la tarde.

A dicha hora, Oramas se montó en sus tacones y marchó al encuentro del comisario. Se lo encontró en la esquina con Sánchez Vera, justo en la puerta de la biblioteca. Echaron a andar hacia el parque en silencio. Era una mañana soleada. Tan solo había dos nubes dibujadas en el cielo. En ausencia de viento, la temperatura era templada. Invitaba a pasear. Cruzaron la avenida San Ignacio de Loyola y llegaron al parque. Los operarios del Ayuntamiento estaban podando y había un ruido ensordecedor.

—¿Qué te parece si nos dejamos caer hasta el río? Aquí hay mucho ruido.

—A mí no me importa, pero con mis zapatos de tacón tenemos que dar un rodeo e ir por la cuesta que baja al polideportivo.

Alejados ya del ruido, el comisario le dijo que iba a estar ausente de Cuenca durante una temporada. Sus palabras le sonaron a Oramas a preocupación.

—¿Tienes algún problema? —le preguntó.

—Ninguno. Voy a Villar del Humo, que es el pueblo de mi mujer. Mi hija quiere comprarse un chalé y queremos vender unas tierras.

—¿Dónde está ese pueblo?

—Al noreste de la provincia.

—En las estribaciones de la Sierra.

—Efectivamente.

—Eso te va a venir muy bien. Quiero decir que allí podrás dar muchos paseos.

—Eso lo he pensado yo también. El problema es que no vamos a poder vernos en una temporada.

—Si lo dices por lo de estar al tanto de lo que ocurre por el trabajo, antes de ir al hospital recuerdo que te dije que estarías informado al minuto de lo que ocurra en la comisaría.

Llegaron hasta la misma orilla del río a la altura del polideportivo. Bajaba un pelín crecidito; sus aguas verdes, como siempre. Tomaron el paseo fluvial y se dirigieron río arriba hasta el puente de San Antón.

—Supongo que tu mujer irá contigo.

—Por supuesto.

—¿Ha pedido días libres?

—No. Ella va y viene al colegio. Tarda menos de Carboneras a Villar del Humo que a Cuenca.

Siguieron avanzando en silencio bajo los chopos durante muchos segundos sin cruzarse la mirada. Oramas miraba a la copa de los árboles. Federico, con la mirada baja, de vez en cuando cogía del suelo una piedra plana y la lanzaba contra la superficie del agua dando innumerables saltos hasta que se quedaba parada. Oramas

quedaba consternada ante tal habilidad. Intentó emular la proeza, pero no logró pasar del primer salto. Cuando se le cansó el brazo de intentarlo, se le quedó mirando fijamente y, sosteniéndole la mirada, le advirtió:

—Como bien sabes, la inspectora Crespo se ha desplazado a Tragacete tras la pista de los hermanos de Fátima.

—Esa chica es un tesoro —dijo el comisario.

—Eso ya lo sabemos. Pero de vez en cuando hay que sujetarla como a un caballo de carreras.

—Para eso estas tú, que sabes hacerlo muy bien.

—Vayamos al grano. Allí se han juntado esos pobres diablos con dos personas algo mayores que ellos y con otra que bien pudiera ser el imán.

—Eso ya me lo dijiste.

—Pero lo que no te he dicho hasta el momento es nuestro deseo de comunicar las pesquisas a la Brigada provincial de información y al Grupo antiterrorista de Madrid.

El comisario la escuchó con atención. Se quedó durante unos segundos pensando. Recurrió de nuevo a su caprichoso arte del salto de la rana y contestó tras dejar otra piedra parada sobre el agua:

—Tu ya sabes que cuanta más gente esté al tanto del asunto, mayor es el peligro de que se nos venga abajo la desarticulación de la célula.

—Eso ya lo habíamos hablado. Pero nos hemos dado cuenta de que nosotros no podemos ir a por el imán. A los hermanos de Fátima los podemos detener en el momento que queramos. A los dos chicos mayores que forman la célula, tampoco nos sería muy difícil, pero para detener al imán necesitamos ayuda.

—Vas a hacer una cosa. Cuando lo comuniques a Madrid, lo haces tú misma como comisaria en funciones.

Se reunieron a primera hora de la mañana Peláez, Crespo y Torrijos. Oramas estaba ejerciendo funciones de comisaria. Desde que a Federico le dieron la baja no solía estar en las reuniones de grupo, aunque se reunía posteriormente con Crespo para estar al día de los acontecimientos y poder informar al comisario.

Si en las reuniones presididas por la inspectora Oramas solían ser frecuentes las provocaciones, los pellizcos de monja y la socarronería, en ausencia de ella cobraban seriedad y profesionalidad. Hicieron un repaso general desde el mismo momento en que se presentó Fátima en la comisaría totalmente afligida. Tras la vigilancia ejercida sobre sus dos hermanos, la colaboración de ella misma y la acertada excursión de Crespo a Tragacete concluyeron que había habido grandes avances.

—Vamos a ver lo que tenemos —dijo Crespo tomando la iniciativa.

Se giró sobre la silla. Sacó un folio del cajón de su mesa y haciendo una imitación tramposa que habría visto en alguna película policiaca dibujó cinco cuadrados—. Esta es la estructura de la célula, ¿vale? En los dos cuadrados de abajo vamos a colocar a los hermanos de Fátima, Amín y Kamal. En los cuadrados del medio tenemos a los dos chicos que conocimos en la Sierra cuyos nombres son Akim Hassou (sirio) y Reda Abdelghani (iraquí). De estos cuatro tenemos fotos y las podéis ver en vuestros teléfonos móviles. El cuadrado superior lo tenemos que dejar en blanco porque, aunque lo vi en persona, no sabemos su nombre ni tenemos ninguna foto suya.

—Lo que tampoco sabemos es si son todos los que componen la célula —añadió Peláez.

—Si conociéramos alguno más tendríamos que añadir más cuadrados.

—Y esa estratificación, ¿con qué criterio la has establecido? —se interesó Torrijos.

—Por edades. Los dos de abajo tienen veintipocos. Los del medio tienen más de treinta. Al de arriba le hecho cuarenta y cinco como mínimo, —con ímpetu arrollador, añadió—: pero además de la edad, creo que hay distintos grados de confianza. Seguramente el trato de Akim y Reda con el imán es mucho mayor que el de los hermanos de Fátima.

Torrijos se levantó a tirar un papel. Con paso decidido, marcando bien las pisadas, regresó a su silla y dijo:

—Yo pensaba que tras los atentados de Cataluña se había acabado eso de matar a los americanos y a sus aliados.

—Pues estás equivocado —le contestó Peláez—, que no haya habido atentados no quiere decir que el terrorismo haya cesado. Recuerda que el Estado Islámico invitó al buen musulmán a matar infieles allí donde estén de forma autónoma. Eso quiere decir que es un deber individual de todo musulmán matar en cualquier país donde esté. Lo pueden hacer en una discoteca de París, en un concierto de rock, en una catedral o en un partido de fútbol. De hecho, ha habido más de doscientos detenidos que estaban dispuestos a inmolarse en España.

—¿Crees que nuestro país sigue siendo un objetivo para los yihadistas? —insistió Torrijos.

—No te quepa la menor duda. Ten en cuenta que para ellos España forma parte de la conspiración mundial para acabar con el islam. Hay numerosos colegios de la umma que consideran el territorio español como tierra del islam invadida por infieles.

—No entiendo lo que eso significa —dijo Crespo.

—Pues está bien claro. Reivindican los territorios españoles que estuvieron bajo dominación árabe en el año 732.

—¡Joder, tío! No me lo puedo creer —exclamó Crespo—. Así no hay forma de vivir en paz. Si nos ponemos a reivindicar lo ocurrido hace casi mil trescientos años no se puede mirar al futuro.

Peláez se mostró extrañado.

—No, no. El asentamiento de células y redes de terrorismo yihadista no se debe a reivindicaciones históricas —respondió con un toque de sorna—. No podemos olvidar que España participó en la guerra de Irak.

Torrijos se tomó un momento para digerir lo que acababa de escuchar y propuso:

—¿No os parece que debemos dejar a un lado la historia del yihadismo en España y centrarnos en el asunto del atentado de las Turbas?

—¿En qué en concreto? —saltó Crespo.

—No te entiendo, en qué va a ser, pues en localizar a ese maldito imán.

—Torrijos tiene razón —manifestó Peláez—. No debemos irnos por los cerros de Úbeda.

—Desde luego que no. Creo que lo que debemos de hacer es comunicar todo lo que hemos averiguado a Madrid y que lo comuniquen al Grupo de información antiterrorista.

—Y también a la Brigada de información provincial —añadió Torrijos—. Eso es en lo que habíamos quedado.

El despacho de la inspectora Crespo quedó en silencio. El mutismo se impuso en todas las gargantas y se miraron los tres como unos pasmarotes. Era evidente que la reunión se había consumido.

—Creo que voy a ir a comunicarle a Oramas las conclusiones a las que hemos llegado —dijo Crespo.

—Eso, eso. Las dos juntitas como teta y culo —respondió Torrijos.

Si lo que pretendía era escuchar a Crespo, lo consiguió. Con la ambigüedad dibujada en su rostro concluyó:

—Dicen en Extremadura que quien nace lechón, cochino muere.

Y se marchó sin esperar contestación. Oramas estaba enfrascada en un documento. Crespo entró despacio y esperó sin decir nada que acabara “19 días y 500 noches”, de Sabina. Sabía que a su jefa le encantaba esa canción y no quiso reducir el momento a ceniza. Esperó al último estribillo:

«*Y regresé*
a la maldición del cajón sin su ropa,
a la perdición de los bares de copas,
a las cenicientas de saldo y esquina.
Y por esas ventas del Fino La Ina
pagando las cuentas de gente sin alma».

Cuando acabó se sentó en una silla y se acercó poco a poco casi

hasta rozarse con Oramas. En ese momento empezó a sonar "Por El Boulevard de los Sueños Rotos".

«*En el bulevard de los sueños rotos,*
vive una dama de poncho rojo,
pelo de plata y carne morena».

—¿Habéis acabado ya la reunión? —preguntó sin apenas mirarla a la cara.

—Ha sido corta, ¿verdad?

—Espero que hayáis resuelto algo.

«*Por el bulevar de los sueños rotos,*
pasan de largo los terremotos
y hay un tequila por cada duda».

—Creo que hemos decidido lo correcto.

—De eso estoy segura. Dime qué habéis tratado y a qué conclusiones habéis llegado.

—Oh, ¡qué suave te deja Sabina!

«*Por el bulevar de los sueños rotos,*
desconsolados van los devotos
de san Antonio pidiendo besos».

—Hemos decidido comunicar lo que tenemos a Madrid y a la Brigada de información provincial —continuó Crespo.

—Creo que es lo correcto. Dejadlo de mi cuenta. Ya sabes…, funciones del comisario.

«*Las amarguras no son amargas*
cuando las canta Chavela Vargas
y las escribe un tal José Alfredo».

—Te dejo que sigas sabineándote.

Se levantó de la silla y cuando llegaba a la puerta empezó a sonar "Y nos dieron las diez". Todo pasó en un momento. Crespo se giró con brusquedad, simuló que empuñaba un micrófono y acompañó a Sabina: "*Fue en un pueblo con mar…*". Oramas dio un salto y se acercó a Crespo. Pusieron hombro con hombro y cantaron a dúo como dos adolescentes «*Los clientes del bar, uno a uno, se fueron marchando. Tu saliste a cerrar, yo me dije, cuidado chaval, te estás enamorando…*».

Era lunes. Peláez fue el primero en llegar a comisaría esa mañana. Se encontró a tres detenidos en el calabozo, uno de los cuales insistía en hablar con alguien sobre algo muy importante. Cuando organizó su despacho hizo subir al chico. Era un muchacho alto, fuerte, moreno y en apariencia tranquilo. Dijo que le provocaron, que le llamaron moro de mierda, que perdió los nervios y se lio a guantazos con uno hasta dejarlo inconsciente.

—Pero no he pedido hablar con usted para hablar de la pelea —reconoció apoyándose en su mirada sincera.

El inspector se encogió de hombros y dijo:

—Te escucho.

—Quiero que sepáis que se está organizando un atentado en Cuenca —lo dijo de sopetón, con calma, sin darle demasiada importancia.

El pulso se le aceleró al escuchar las palabras de ese muchacho. Lo primero que pensó es que lo planeado para detener al imán se podía ir al carajo.

—¿Qué tipo de atentado?

El chico sonrió con un punto de tristeza y contestó:

—Un atentado yihadista. Quieren atentar contra las Turbas.

Sin pronunciar palabra, Peláez se tapó la cara simulando haber padecido una profunda conmoción. Volvió a la realidad y preguntó:

—¿Cómo te has enterado?

—Porque han intentado captarme.

Se quedó petrificado. Solo se escuchaba en el despacho el tic-tac del reloj. Se le quedó mirando, disparando chispas por los ojos.

—¿Quién? —preguntó con intransigencia.

—Un sirio y un iraquí.

—¿Sabes sus nombres?

—Akim y Reda —respondió sin que le temblara la voz.

Peláez sacó una libreta del cajón de su mesa y tomó nota.

—¿Los conoces en persona?

—Claro. Hemos hecho muchos encuentros en la Sierra.

—¿Cuántos ibais a esos encuentros? —Su tono no era muy simpático que se pueda decir.

—Cinco. Bueno algunas veces iba también el imán.

Todo le iba encajando a Peláez.

—¿Alguno de esos cinco era de Cuenca?

—Sí. Amín y Kamal. Son hermanos.

—¿Cómo os conocisteis?

—Fui compañero de Amín en el instituto.

Clavó los ojos en los suyos y dijo:

—Me refería al imán.

—Primero conocimos a Akim y Reda. Vinieron a dar una charla a la mezquita. Nos hicimos amigos y salíamos juntos cada vez que venían por Cuenca.

El inspector se retrepó en su silla tamborileando con los dedos de su mano derecha sobre la mesa. El chico lo escuchaba con total tranquilidad. No parecía inquietarle la situación. Tanto era así que se deslizaba de sus labios una sonrisa permanente.

—¿De qué hablabais?

—En un principio de todo y de nada al mismo tiempo. Quiero decir que no eran conversaciones comprometidas. Solían llevar hachís y nos

invitaban. Para nosotros, esa circunstancia los hacía personas atractivas. Cuando creyeron haberse ganado mi confianza empezaron a hablar de religión y me invitaron a rezar. Me explicaron el sentido de la oración.

—¿Qué te dijeron al respecto?

—Que era el camino para acercarse a Dios y que es una forma de pedir ser perdonado por nuestros pecados. Nada nuevo para mí, por cierto. No tardaron en hablarme de la Jihad. Para ellos hablar de Jihad era hablar de «Guerra santa». Yo tenía una idea muy diferente.

De forma mecánica, Peláez escuchaba con atención haciendo constantemente un gesto afirmativo con la cabeza. Le llamaba la atención la locuacidad del chico, que no parecía guardarse nada.

—¿Podrías explicar qué significaba para ti?

—Esfuerzo, me refiero al esfuerzo que todo buen musulmán debe de hacer por perfeccionarse. A mí me inculcaron que era una guerra interna. Quien tenga una percepción belicista del islam se equivoca.

—Es decir, que según tú hay dos formas de interpretar la Jihad —le interrumpió Peláez.

Se tomó unos segundos para ordenar las ideas en su mente y respondió:

—Yo diría que hay muchas formas para interpretarlas, pero fundamentalmente hay tres. Hay una que se practica desde el interior, desde el corazón. Es la que acabo de explicar. Otra con la lengua tratando de corregir prácticas incorrectas en otros creyentes. La tercera se practica con la mano y es la más violenta. Se basa en el castigo.

—¿Cuándo conociste al imán?

—Exactamente no lo recuerdo. Primero tuvimos muchos encuentros con Akim y Reda. Venían de Guadalajara. Hubo un momento en que nos invitaron un fin de semana a ir a la Sierra. Al día siguiente se presentó el imán.

—¿Sabes su nombre?

—No.

—¿Tienes alguna foto suya?

—No

—¿Tienes el nombre completo y la dirección de los dos hermanos?

Le dio los nombres y el domicilio. Peláez lo miró con fingida incredulidad y preguntó:

—¿Sabe alguien más que se está planeando dicho atentado?

—Yo no se lo he dicho a nadie —dijo sin un atisbo de duda.

Fingió que escribía en su libreta y sin ningún tipo de vaguedad dijo aflojando la voz:

—¿Has pensado en el peligro que corres tú y tu familia viniendo a denunciar el atentado? —Al muchacho se le dibujó un gesto de

espanto en su cara borrando la sonrisa de sus labios. El inspector se incorporó en la silla y colocó la mano sobre su brazo—. Pero no tienes que preocuparte de nada si no te vas de la lengua con nadie. Y explícame qué es lo que os contaba el imán, anda.

—Empezó contándonos cosas sobre el islam: la importancia de la oración, los cinco pilares y cosas así. Pero un día empezó a contarnos las acciones terroristas que estaban llevando a cabo algunos musulmanes en lugares lejanos. Nos enseñaron videos de tanques y de aviones pertenecientes al Estado Islámico, de una excavadora que eliminaba las fronteras de Siria y de Irak, de niños con fusiles en la mano y de musulmanes degollando a musulmanes. Todas estas cosas hicieron que perdiera la confianza en él.

Esforzándose por mantener la serenidad, preguntó:

—¿Cuál fue el detonante por el que te separaste definitivamente de ellos?

—Cuando empezaron a decirme que había que matar infieles y que los teníamos que matar en cualquier lugar. Nos explicaron las nuevas formas de actuar, que consistían en matar de forma autónoma en cualquier lugar de occidente. Podría entender la lucha contra un gobierno o contra un ejército, pero matar a gente inocente para mí era algo inconcebible.

Esta vez asintió con la cabeza con mayor firmeza.

—¿Te resultó fácil salir del grupo?

—Me retiré de puntillas, sin alharacas. El imán envió a Amín y a Kamal para que hablaran conmigo tratando de hacerme volver al grupo, pero mi decisión fue firme.

La puerta del despacho se abrió. Era la inspectora Crespo. Ajeno a tal circunstancia, Peláez siguió preguntando.

—¿Por qué lo tuviste tan claro?

—Gente que apenas pisaba la mezquita y que de repente empezaran a rezar y a hacer proselitismo no me inspiraron mucha confianza.

—¿De que te hablaban para convencerte?

—Del bien y del mal, del cielo y del infierno. Para ellos no existía un termino medio, todo era blanco o negro. Concebían el mundo de una manera dicotómica. Esas ideas eran una obsesión en ellos.

—¿Te hablaron de fabricar explosivos?

—Sí. Recuerdo que me dijeron que estaban aprendiendo a fabricar granadas. Me dijeron que era muy fácil y que resultaba muy barato.

—¿Con qué idea te lo contaron?

—Con la idea de mantenerme en el grupo, claramente. Para ellos era como un juego. Se sentían realmente importantes. A mí me echó para atrás todavía más.

—Realmente, ¿los ves dispuestos a inmolarse?

— Uno de ellos me expresó su gran deseo de ir al paraíso y manifestó con claridad que no valía la pena permanecer ni un minuto más en este mundo. Tenía la convicción absoluta de que inmolándose se iría allí. Si quieres que te diga la verdad, tal situación me produjo pavor.

Peláez entendió que el chico poco más podía aportar. Lo miró y le dijo:

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Ismael Bensaid Najib.

—¿De dónde eres?

—Nací en España, pero mis padres son marroquíes.

Enarcó las cejas y clavó los codos sobre la mesa.

—Has de saber que tu vida está en peligro —le soltó de improviso —. La gente con la que has estado reuniéndote es muy peligrosa y estoy seguro de que te tienen vigilado. Procura no hablar con nadie sobre el asunto y si te es posible no te dejes ver demasiado hasta que se tranquilicen las cosas.

Ismael quedó apesadumbrado y con los ojos encharcados. Ahora coge tus bártulos y márchate a tu casa. Cuando iba a cerrar la puerta del despacho, dijo Peláez:

—Y olvídate de las peleas.

—XIII—

Amaneció. Los primeros rayos de sol dibujaron siluetas en el horizonte. Al frente el monte que corona el barrio de San Antón, a la izquierda se perfilaba la portada plateresca del Hospital de Santiago y a la derecha se alzaba altiva la torre del Salvador.

Al llegar al puente de la Trinidad giraron a la derecha para iniciar la subida precediendo al reo camino del patíbulo. La turba la inició vibrante, orgullosa y apasionada. No en vano su Jesús, el señor de la madrugada, estaba en la calle. Al llegar a ese punto del camino no son pocos los turbos a los que se les encoge el corazón. En la primera curva, frente al edificio de Palafox —una construcción del siglo XVIII que se apoya en la vieja muralla medieval—, hay instalada una obra del escultor José Luis Martínez Saiz (artista conquense que tiene el taller en el paseo del Júcar —junto al barrio de San Antón—). El monumento lo componen siete figuras en acero (cuatro tambores y tres clarines) que representan a una familia de turbos.

Al llegar, la turba se fue agrupando en torno al grupo escultórico hasta que llegó el Jesús del Salvador. A tenor de las lágrimas que se podían observar en los ojos de algunos turbos y turbas, debía de ser un momento muy especial. Lo traían a buen ritmo, bailándolo. «Que lo bailen, que lo bailen». Cuando llegó el paso, los banceros lo acomodaron de tal forma que la vista del Jesús se dirigiera al centro de la obra. La percusión enmudeció y gimieron los clarines sin disonancias más dulces que nunca.

El camino hacia la crucifixión continuó con seriedad y sentimiento. Poco antes de llegar a la segunda curva, la que los mayores denominan como «la curva de la Audiencia», una mano golpeó el hombro de la inspectora Oramas. Era Antonio.

—Perdona, pero es que te quiero presentar a un Pantaleón.

Se llamaba Emilio Torrecilla. Era un mocetón que, según manifestó, tenía sesenta y cuatro años, aunque aparentaba menos. Alto, muy fuerte, anchas espaldas, sonreía sin cesar. Su rostro lo cruzaba un espeso bigote y las gafas le daban un toque de suavidad. La línea de pelo se había retirado un tanto dejando una frente bastante ancha. Su pelo era abundante, sin fisuras y sin apenas canas. Sus primeras palabras fueron para agradecerle el esfuerzo realizado para que pudieran haber llegado hasta donde estaban. Oramas volvió a quitar importancia al asunto y dijo que todo se ha podido parar gracias a la colaboración ciudadana.

—Para mí es un gran placer poder conocer a un Pantaleón. Y si es el número 1, como anuncia en ese brazalete, todavía más.

Se refería a uno que lucía en su brazo izquierdo cosido a la túnica.

—Esta es la túnica con la que mi padre salía en las Turbas —respondió con cierta vanidad—. Mi padre fue nombrado por la Hermandad del Jesús del Salvador como jefe encargado del las Turbas en abril de 1971. Según ese nombramiento todos los inscritos en las Turbas debían acatar sus órdenes.

—¿Cuántos años llevas saliendo en la procesión?

—Me dieron de alta en febrero de 1973, de modo que el año que viene serán cincuenta años.

—¿Qué se siente tras cincuenta años poder llevar en tu brazo izquierdo el número uno de los históricos?

Hizo un mohín de satisfacción, se acarició el bigote y dijo sonriente:

—Un orgullo inmenso. Cuando llega este día me acuerdo siempre de todos los años que pasé la madrugada con los viejos. Recuerdo que íbamos al Ibérico, que estaba en la calle Colón, a tomar café y copa. Luego le dedicábamos una clariná y una palillá. Cuando salíamos de allí, nos dirigíamos a la casa de los hermanos mayores cantando un miserere por Carretería.

La inspectora Oramas percibió en sus ojos una nostalgia inmensa.

—La añoranza de tiempos pasados ha hecho aflorar un gesto de melancolía en tu rostro. ¿Crees que hubo otros tiempos mejores en las Turbas?

—Los hubo mejores y también los hubo peores. Pero yo recuerdo mucho más los mejores. En mis primeros tiempos, recuerdo, cuando alguien sacaba los pies del cesto, los mayores se giraban y bastaba con una mirada para reconducir el asunto. Ahora se hace mucho más difícil controlar. Estamos constantemente con el alma en vilo esperando que la gente cumpla con las medidas de seguridad y que el próximo año podamos estar de nuevo aquí.

A Emilio se le soltó la lengua y contó cómo en tiempos anteriores entraba con su padre al Salvador por la capilla de la Esperanza que es paredaña al Salvador y le tocaban al Jesús la primera clariná dentro de la iglesia.

—La virgen de la Esperanza se guardaba en las monjillas de la Puerta de Valencia. En más de una ocasión la subí para vestirla en su iglesia.

—Emilio tienes que contarles también la labor que ha hecho tu mujer en las Turbas —dijo Antonio—, porque aquí donde lo veis —añadió golpeándole con la mano en la espalda—, es capaz de seguir a Juli hasta las puertas del infierno.

—Con mi mujer llevo casi tantos años como en las Turbas. Hasta

trabajamos juntos en el matadero. Cuando cerraron me pasé al camión y no fueron pocos los viajes en los que me acompañó. Pero vayamos al meollo de la cuestión. Juli se encargaba del café, del resoli y de los dulces. No son pocas las túnicas que ha tenido que confeccionar para la familia y para muchos amigos. Escudos también ha bordado unos cuantos.

—No me digas que hacía dulces para toda esta tropa —dijo Crespo señalando a la turba.

—Hacerlos no, pero los encargaba en un horno —le replicó con gesto amable—. Luego tenía que madrugar el día de la procesión y los llevaba a un lugar preestablecido para repartirlos entre los allegados. No hacía dulces para todos, por supuesto.

Antonio supuso que la conversación podría discurrir por caminos inadecuados. Sabía que Juli era para él su prolongación.

—Háblanos de tu familia —dijo de repente.

Se puso tenso y respondió:

—Todo empezó con mi abuelo Petronilo. Era un hombre serio y con carácter. Fue ganchero. Dedicó muchos años de su vida a bajar las maderadas desde la Sierra hasta la provincia de Albacete. Un oficio en el que arriesgaban sus vidas para hacer posibles grandes construcciones en lugares lejanos. Mi padre Félix también fue ganchero. Si cuento esto es para hacer ver que provengo de una familia humilde pero que ha sabido salir adelante forjándose un carácter fuerte.

—Le llamaban "el Faraón", un remoquete que ha heredado Emilio de su padre como la túnica y el brazalete con el numero 1.

El Faraón se echó a reír.

—Creo que le pusieron ese mote debido al genio que usaba en el trabajo. Era el jefe encargado de mover las maletas de un lado a otro en la estación de ferrocarril. La cuadrilla que era dirigida por él le puso ese sobrenombre y me he quedado con él.

La risa contagió a todos. Crespo le sostuvo unos segundos la mirada y le preguntó:

—¿Cómo consiguió tu padre ser el numero 1 de los turbos históricos?

—Según mi padre, el Pataco al que le correspondía serlo se dio de baja en las Turbas y fue mi padre quien tomó el testigo. Cuando murió pasó a mí. Y la tradición va a continuar con mi hijo y con mi nieta. Ahora mismo somos tres generaciones tocando el clarín.

Habían llegado a la curva de la fuente del Escardillo. Se retiró unos metros, preparó el clarín y espero que asomara el Jesús por la curva de la audiencia. Cuando lo hizo le dedicó la siguiente clariná. Crespo le solicitó el clarín. Le retiró la tela negra y lo observó con atención.

—Se lo hizo él mismo —dijo Antonio.

—¿Sabes hacer clarines? —se sorprendió Oramas.

El Faraón le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de responder.

—No es difícil —aclaró—. La corneta suele ser la bocina de un camión. Hay que conseguir un tuvo de cobre al que le daremos dos vueltas con mucho cariño y maestría. Cuando hayamos soldado estas dos partes le colocamos la boquilla que es la única pieza que hay que comprar. Os he contado cómo hice mi corneta, pero no todas son iguales. Hay gente que sustituye el cobre por bronce o latón. Hay quien se la construye con una sola vuelta. Los hay también que los hacen con dos vueltas, pero de la misma longitud. Si os fijáis, la mía es de dos vueltas, pero de distinto tamaño cada una.

—Vaya cantidad de cosas que estamos aprendiendo esta noche —manifestó Oramas girándose hacia su compañera.

—¿Aceptas de buen grado que todavía haya gente que le llama a esta procesión la de los borrachos?

Nadie como la inspectora Crespo para obtener hasta la última gota de información.

—No lo acepto porque no es cierto. Aun así, os voy a decir una cosa. El mayor problema de hoy no está en el alcohol sino en la cocaína. Se ve a muchos jóvenes —y algunos no tan jóvenes— esnifarla de principio a fin. Esa gente va sobrepasada y no se controla.

Y a continuación, sin dejar de sonreír, se despidió y marchó cuesta abajo en busca del Jesús.

—La verdad es que la artesanía relacionada con el tambor y con el clarín está quedando en el olvido —dijo Antonio—. Antes cada turbo se hacia el suyo. Ahora se lo encargan a un experto y le pagan el trabajo. La comodidad se impone a la tradición. Y este es el motivo por el que los tambores de ahora suenan de forma distinta, han dejado de ser artesanos.

—¿Habéis notado alguna otra evolución en la procesión? —preguntó Crespo.

—En los últimos tiempos han aparecido algunos elementos que no tienen nada que ver con la tradición. Por ejemplo, las cruces que hacen con los dos palillos o las mismas palilladas, o los gritos y silbidos. Creo que para perdurar en el tiempo es necesario que nos agarremos bien fuerte a las raíces.

Desde la fuente del Escardillo se reinició el ascenso como una cinta de colores hacia la plaza Mayor retorciéndose y empinándose por un laberinto de calles trenzadas en inverosímiles curvas. La subida era una delicia hasta para los banceros. Ruido, turbamulta, mujeres y hombres que se afanaban en la representación, niños que disfrutaban, espectadores a un lado, espectadores al otro, cuesta y más cuesta.

—XIV—

Pasaban los días. La primavera se acercaba y con ella la Semana Santa. El comisario estaba todavía convaleciente en Villar del Humo. Oramas lo llamaba a diario con el firme deseo de que se restableciera y pudiera reincorporarse en su trabajo. Nada deseaba más en ese momento que ser dueña de su propio destino.

Solían sucederse los días para ella con tranquilidad, con mesura. A las funciones del comisario ya les había cogido el tranquillo y las desarrollaba como el mejor de los funcionarios. Un día apareció en su despacho inesperadamente el máximo responsable de la Brigada de información.

—Necesito hablar sobre el atentado.

No hubo en sus palabras el menor genero de duda. Las dijo con tono suave, sin agresividad, pero sin dar otra opción que no significara hablar sobre ello.

—¿Con quién? —respondió mirándolo por encima de sus gafas.

—Con usted.

Lo miró a medio camino entre el recelo y el entusiasmo y le dijo señalando la pantalla del ordenador:

—Pero se va a esperar un momento. Estoy acabando un documento y lo quiero dejar terminado ahora mismo.

Tirando de la prudencia con la que solía manejarse en la profesión, contestó:

—No se preocupe, bajo y regreso en unos minutos.

Eran informes sobre las actividades llevadas a cabo en el día anterior en comisaria. Nada que no pudiera esperar, por supuesto. Pero a Oramas le ponía nerviosa el trabajo acumulado y no consentía que se le amontonase la tarea. Le gustaba tener siempre la mesa limpia. Era una persona muy considerada, poco adicta al mando y cuando acabó marchó en busca de Javier, ese era el nombre del jefe de la Brigada de información: Javier Canales. Se lo cruzó en la escalera. Las subía de dos en dos como lo haría un canguro australiano. Javier era muy alto y tenía un cuerpo atlético. Oramas se dio media vuelta.

—Perdona por hacerte esperar —se excusó al entrar al despacho—, pero es que me pone nerviosa el trabajo pendiente.

Con la espontaneidad que otorga la juventud, respondió:

—No se preocupe por eso. Entiendo que en esta profesión hay imponderables que no admiten demora —le replicó Javier con una

inmensa sonrisa cruzada en su cara—. El motivo de mi visita es para tratar de coordinar la información que disponemos sobre el asunto del atentado de las Turbas.

Oramas le invitó a sentarse y le explicó con detenimiento las pesquisas realizadas hasta el momento. Javier no despegó los labios. Parecía que hubiera corrido una hipotética cremallera por sus labios. Sin ningún tipo de controversia hasta el momento, la inspectora dio por terminada la explicación y le preguntó:

—¿Tienes experiencia sobre el terrorismo yihadista?

La miró completamente atónito. Esa pregunta a boca jarro le produjo un enorme impacto, pero en su mirada no se apreció ni un ápice de nerviosismo. Tan solo había calma y confianza en sí mismo. Se dobló las dos mangas de la camisa y respondió:

—Como muy bien sabrás, ahora soy policía judicial. Pero tengo también preparación en terrorismo yihadista. Además, quiero que sepas que soy turbo. Con esto quiero decirte que puedes contar conmigo para lo que haga falta. Respecto a lo que me preguntas; mira, conocer cómo actúa esta gente es muy difícil ya que es un terrorismo de carácter global. Al Qaeda y Daesh tienen su núcleo principal en Afganistán, Siria e Irak, pero se han expandido mucho más allá de esos territorios. Atacan por medio de células, lo cual dificulta mucho la lucha contra el terror.

—Aspiran a la extensión de un gran califato y, por consiguiente, al derrocamiento de los países islámicos apóstatas.

Javier Canales se llevó la mano a la barbilla y con un gesto reflexivo razonó:

—Sí, pero tenemos que reconocer que no han tenido éxito en sus aspiraciones. El famoso califato ha sido aplastado, lo cual ha sido una excelente noticia para toda la humanidad, pero sobre todo para los musulmanes. No hay que olvidar que la inmensa mayoría de ellos rechazan tales postulados.

Tras sus palabras, a la inspectora Oramas le invadió una grata sensación de alivio. La prudencia aconsejaba mantener silencio y escuchar, pero no se pudo contener.

—Hay quien cree que esta derrota ha supuesto el final del terrorismo yihadista.

—Eso es solo una ensoñación —rechazó el argumento con un gesto que parecía pedir calma—. Que haya desaparecido esa idea de califato moderno no quiere decir que nos traiga el final del terrorismo global yihadista. De hecho, Al Qaeda y Daesh no han dejado de expandirse.

—Pues, la verdad es que hemos pensado que este atentado es un tanto extemporáneo —reconoció Oramas llevándose las manos al rostro tras contemplar la implacabilidad de Javier—. Pensábamos que había cesado el terrorismo en general y que tan solo era algún loco

que seguía la lucha por su cuenta.

Javier se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Tenía pelo abundante, pero lacio, y, como se lo había dejado crecer, se le desmadejaba de vez en cuando.

—Seguramente, la pandemia ha hecho que la gente se olvide del problema, pero la intención de aterrorizar a la población en muchas mentes degradadas sigue presente. No me voy a retrotraer en el tiempo hasta el 11-S, pero quiero recordar que en 2012 comenzó la guerra en Siria. A partir de ese momento se produjo la radicalización, el reclutamiento y la movilización de muchos jóvenes. Dicho movimiento tomó cuerpo con la proclamación del Estado Islámico en 2014. Fueron muchos miles de musulmanes europeos los que adoptaron una visión fundamentalista y belicosa del credo islámico y parte de ellos marcharon a combatir a Siria y a Irak. Otra buena parte de los que se quedaron fueron adoctrinados y se produjo una oleada de atentados: en 2015, París; en 2016, Bruselas, Niza y Berlín; en 2017, Manchester y Barcelona. A partir de 2018, el reclutamiento y la radicalización en Europa ha descendido, siendo los actos terroristas más individuales y menos letales. Pero los yihadistas en Europa emplean cualquier medio para aterrorizar y asesinar siguiendo los preceptos de Al Qaeda y Daesh. Atentan contra los infieles con acciones solitarias. Suelen hacerlo con arma blanca y, aunque baje el número de víctimas, provocan el mismo terror entre los europeos —concluyó Javier mirando a la inspectora.

Oramas escuchó su discurso con devoción. Le pareció muy bien estructurado y lleno de contenido. Entrecruzó los dedos de sus manos y apoyó la barbilla sobre ellos. Pensó en lo que acababa de escuchar y lo unió con todas las ideas que se habían formado sobre el atentado de las Turbas intentando formar una masa uniforme. Tras muchos segundos, lo consiguió.

—He podido comprobar que tienes mucha más experiencia de la que yo pensaba. Lo que acabas de decir no chirría con lo que pensábamos sobre el asunto. Una vez definido el contexto general, si te parece bien nos centramos en el atentado de las Turbas.

Javier se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo de trapo. Miró al trasluz los cristales y cuando quedó satisfecho se las colocó y contestó:

—Por lo que me ha contado, juraría que es el resultado de alguna locura individual de cualquier canalla que se dedica a captar a musulmanes que no acaban de encajar en este mundo occidental. Lo que me extraña es que quiera causar terror cometiendo un atentado tan sangriento. Si quieren cometer un atentado en las Turbas, estoy seguro de que intentarán hacerlo con dos furgonetas. ¿Te imaginas la cantidad de personas que pueden morir bajo las ruedas de un vehículo

como ese lanzado a ochenta o cien kilómetros por hora?

A pesar de la amabilidad en su tono, el estómago le dio un vuelco a Oramas. Estuvo a punto de echarse a llorar, pero se contuvo. Frenó la indignación y simuló normalidad.

—¿Cómo crees que debemos actuar? —dijo tras guardar un silencio contenido.

—Debemos localizar al imán cuanto antes —respondió con el rostro concentrado manteniendo la seriedad.

—Tampoco debemos precipitarnos —apostilló—. Un paso en falso echaría a perder todo el trabajo realizado.

La miró fijamente antes de contestar a través de los cristales ovalados de sus gafas y replicó sin ánimo de asustar.

—Sé por dónde vas, pero has de saber que si les diera a estos jovenzuelos descerebrados por fabricar explosivos se correría un gran peligro. La fabricación de TATP es muy fácil y barata, pero al mismo tiempo su manipulación es altamente peligrosa. Acuérdate de lo que ocurrió en Alcanar.

—Según tu experiencia, ¿en qué momento crees que empezarán con la fabricación de explosivos?

—Todo depende de la cohesión que tenga el grupo y del grado de manipulación que hayan alcanzado. Empiezan a fabricarlos en el momento que tienen claro que quieren atentar. Ahora bien, tienen que aprender el proceso de producción del TATP. Cuando deciden atentar se separan de los amigos, dejan muchas de sus actividades y se vuelven endogámicos.

—Solo pensar en ello da escalofríos.

—El mundo entero tiene un problema con este tipo de terrorismo. Quien no piensa como ellos son infieles. Y a los infieles hay que exterminarlos. Piensa que esta gente no es francesa, ni alemana, ni española. Su única nacionalidad es la musulmana. Tienen claro también que su destino no debe ser la cárcel, sino la muerte.

—Para ganarse el paraíso —concluyó Oramas.

—En mi cabeza no cabe que haya personas a las que se les pueda convencer de cometer un atentado de una manera tan simple, pero es una realidad.

—¿Qué estrategia debemos seguir? —replicó.

—En primer lugar, seguir controlando a los dos hermanos. Por lo que me ha dicho, lo está haciendo su hermana. Creo que no debemos cargar en ella toda la responsabilidad. Debemos estar al tanto de lo que hacen y de lo que nos cuente su hermana. ¿Habéis comunicado el asunto a Madrid?

—Lo he hecho yo misma.

—¿Se ha comunicado el asunto al juez?

—Todavía no —reconoció cabizbaja.

—A mi juicio, hay que hacerlo ya —sugirió Javier Canales—. Además, tenemos que ir pensando que la detención de todos los que forman la célula debe estar perfectamente sincronizada. Cualquier resquicio que dejemos, alguien puede aprovecharlo para escapar. Son muy escurridizos.

—Sí, sí. Tienes razón —asintió Oramas—. Tendré que informar al juez e ir pensando en detener a todos los miembros de la célula.

Se hizo otro hueco de silencio. Una sed corrosiva le sobrevino sin avisar. Con la boca pastosa, Oramas tomó un largo trago de una botella que tenía al pie de su mesa. Javier, escuchando el agua pasar a través de su garganta, preguntó:

—¿Damos por terminada la sesión?

Otro trago de agua mineral, esta vez no tan largo, dejó resbalar por su garganta. Este segundo entró en su cuerpo con más suavidad. Saboreándola. Dejando que el estómago reaccionara al recibirla y llevara alivio a su cuerpo. Recompensada, depositó la botella en su lugar y contestó:

—Sí, —pero antes de que él pudiera levantarse de la silla, agregó —: ahora bien, antes de que salgas por esa puerta te voy a pedir que no hables con nadie de esto. Queremos detener a toda la célula, sobre todo al imán. Si alguien se va de la lengua estaría poniendo en peligro la operación.

Tardó tan solo doce minutos y medio desde que se marchó Javier de su despacho en llamar a Federico y le informó de la reunión que acababa de tener.

—Al juez le debes hacer un planteamiento dramático de la situación —sugirió Federico—. Te aconsejo que lleves un escrito informativo detallando con precisión todas las averiguaciones incluyendo los números de teléfono de los dos hermanos. Por cierto, no recuerdo si me has dicho ya que has informado a Madrid de…

—Yo tampoco recuerdo si ya te lo he dicho —le interrumpió con un tono neutro—, pero el caso es que sí lo he hecho.

—¿Le has dicho a Javier que sea prudente y que no comente el asunto con nadie?

—Por supuesto —replicó con ligera irritación al considerar que estaba siendo puesta a prueba. Hizo una pausa esperando la siguiente pregunta, pero como no se produjo continuó—: Javier me parece una persona muy sensata y conoce muy bien su profesión.

Cuando se despidieron, Oramas marchó en busca de su equipo de investigación y los reunió. Les contó la reunión que acababa de tener con Javier y les dijo que iba a informar al juez de todo lo ocurrido.

—Supongo que le querrás llevar los teléfonos de los dos hermanos —observó Crespo.

—Por supuesto —contestó con tono elocuente.

Crespo no se amilanó e insistió:

—Entonces habrá que llamarla y pedirle los números.

—No. Lo que vas a hacer es acercarte al parque de los Moralejos y buscarla. Que yo sepa, está haciendo trabajos de repoblación. Te acercas a ella y, con disimulo, sin que nadie se percate de tu presencia, le dices que se pase por aquí en el momento que pueda.

—Si tanto peligro hay cuando esos dos atolondrados se pongan a fabricar explosivos, me da la impresión de que lo que tenemos que hacer será vigilarlos y tener conocimiento del momento exacto en que empiezan con esa fase.

La respuesta por parte de Oramas tardó en llegar.

—Creo que nos tendremos que relevar para tener controlados a esas criaturas. Tú mismo —dijo señalando a Torrijos—, te vas a encargar de enterarte cuál es el proceso de fabricación del TATP.

La expresión de Torrijos se demudó. Su cuerpo se puso rígido y su cabeza asintió con un movimiento vertical.

—Desde que has cogido el cargo de comisaria no hay quien te resista —musitó.

Oramas se tomó sus palabras a chanza. Dejó escapar una sonrisa de sus labios y añadió:

—Perdonad, pero la reunión con Javier me ha dejado el cuerpo flojo. En fin, si no tenéis ninguna otra pregunta, creo que regresaré a mi despacho.

—¿Sabes algo del comisario? —preguntó Peláez.

—Que está en el pueblo de su mujer.

—Entonces, no se reincorpora por el momento.

—No me ha hablado sobre el alta. Pero supongo que no tardarán en dársela. ¿Qué pasa, que tenéis ganas de que volvamos a la normalidad?

—Pues claro que tenemos ganas —contestó Crespo—. Desde que se dio de baja tenemos que trabajar con más prisa y con más presión.

La inspectora Oramas se levantó y marchó hacia su despacho. Crespo se preparó para marchar en busca de Fátima. Por las escaleras iba pensando el modo de acceder a ella evitando ser vistas juntas. Cuando llegó a la puerta de la calle encontró la solución. Del garaje situado a la derecha de la comisaria salía una moto. Por el ruido, era la que tantas veces habían escuchado desde la ventana y Peláez aseguraba que era una Harley-Davidson. Y no se equivocaba, Crespo se acercó a la moto y pudo comprobar que su compañero estaba en lo cierto. Era negra, estaba flamante y sonaba como los ángeles. Su dueño era Javier.

—Oye, ¿tienes prisa? —preguntó antes de que se pusiera el casco.

—Acabo de salir del servicio. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Tardó unos segundos en responder. Finalmente, dijo:

—Quiero que me lleves al parque de los Moralejos, pero también quiero que sepas que vamos en acto de servicio.

—Antes de decirte que lo haré con mucho gusto, por si acaso, quiero que sepas que soy el responsable de la Brigada provincial de información y que he estado hablando hace un rato con tu jefa sobre el asunto del atentado.

—Pues hazte a la idea de que todavía no has acabado dicho servicio.

Tras hacer un gesto ambiguo, contestó:

—Ponte el casco que hay en el asiento de atrás y vámonos. Javier metió la cabeza en el suyo y tras un suave acelerón traspusieron por la esquina de República Argentina. Para asegurarse de no caer al suelo, Crespo rodeo el cuerpo del conductor con sus dos brazos y se arrimó todo lo que pudo sin rubor. Crespo señaló con el dedo hacia un grupo de gente que andaba con trabajos de jardinería en torno a un volquete. Javier giró a la izquierda y nada más entrar en el parque se escuchó el gemido bitonal de una sirena. Era un coche de la policía. Dieron la vuelta y se acercaron. La inspectora Crespo se acercó, sacando la placa, dijo:

—Estamos de servicio.

Tal y como indicó Crespo, se acercaron despacio y con sigilo. Cuando vio a Fátima, Crespo le hizo acercar la moto donde estaba. Se bajó de la moto. Se agachó y miró la rueda trasera simulando una avería. Se alzó la visera del casco y susurró:

—No me mires, Fátima…

—Que no me mires, coño —repitió con enfado—. Cuando tengas tiempo, ve a comisaria y pregunta por la inspectora Oramas.

—Iré ahora mismo —contestó sin levantar la vista del suelo—, todavía no me he tomado la media hora para el bocadillo.

—Le diré que te invite en la cafetería de la comisaría.

Se alejaron despacio hacia la avenida San Ignacio de Loyola. Allí, le preguntó Javier que dónde la dejaba.

—¿Dónde vas tú?

—A mi casa —dijo Javier.

—Vives en la plaza Mayor, ¿verdad?

—Sí.

—Pues me dejas en los Oblatos.

Condujo con suavidad hasta que llegó al puente de la Trinidad. Una vez que empezó la cuesta, abrió gas y Crespo notó la potencia del motor en la entrepierna. La dejó en el lugar acordado y afirmó con escasa convicción mientras que se quitaba el casco:

—Pero tú no vives por aquí.

—No vivo por aquí, no —La negación estuvo acompañada de una enorme sonrisa. ¿Cómo lo sabes?

—En Cuenca nos conocemos todos. Y no olvides que soy policía.

Cuando el casco quedó amarrado en el asiento de atrás, Crespo dijo en voz baja:

—Como has acordado con Oramas esta mañana, voy a vigilar a los hermanos de Fátima.

—¿Dónde viven?

—En la Canaleja. Justo frente al mirador de San Gil.

Javier se quitó el casco. Miró fijamente a Crespo como solamente una mujer sabe valorar cuando recibe una mirada así de profunda.

—Voy a guardar la moto y lo mismo bajo a acompañarte un rato.

Esa frase hizo enrojecer a Crespo. Se quedó mirando cómo desaparecía Javier por la curva de Alfonso VIII y se quedó muy preocupada, a la vez que confundida. Se quitó la goma del moño. Hizo varios movimientos bruscos con la cabeza como suelen hacer los perros cuando salen del agua y quedó con el pelo suelto.

Llamó a Oramas.

—¿Qué se te ofrece, cielo?

—Te llamo para decirte que he estado hablando con Fátima y me ha dicho que va para allá. Trátala bien e invítala en la cafetería. Me ha dicho que está en ayunas.

—Pues que yo sepa, no es época de Ramadán.

—Déjate de coñas y atiende a lo que te digo. Oye, ¿tu le has hablado a Javier de mí?

—¡Yo hablarle de ti! Ni se me ocurre. ¿Por qué me dices eso?

Crespo le contó que la acompañó con la moto al parque. Que luego la subió a los Oblatos y que al despedirse de ella se le ha insinuado.

—Estoy totalmente nerviosa.

—¿Tan grave es? —dijo Oramas con tono sandunguero.

—No lo sé, lo único que te puedo decir es que me temo que se va a presentar aquí de un momento a otro. Ese hombre lo he visto lanzado.

—¿Se puede saber que haces en los Oblatos?

—En comisaria no queda nada por hacer hoy. Como has dicho que había que vigilar a los hermanos de Fátima, me he dicho que lo mejor que podía hacer es ir al mirador de San Gil y tratar de localizarlos. Como tú y yo sabemos, el mejor sitio para un buen policía es la calle.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no llego a entender el motivo de tanto nerviosismo.

—Pues esta muy claro —manifestó Crespo—, me ha preguntado dónde iba, se lo he dicho y me ha contestado que va a soltar la moto y lo mismo se pasa por el mirador de San Gil y me hace compañía.

Oramas movió negativamente la cabeza y soltó una risotada.

—¡Me troncho de risa! —exclamó poniendo énfasis en la segunda palabra.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia.

—Eres una persona de lo más ambivalente. Tan pronto parece que te vas a tragar el mundo y eres capaz de enfrentarte al mayor asesino en serie, como te ahogas en medio vaso de agua.

Crespo estaba sumida en una inestabilidad emocional enorme. Se movía por la calle con el teléfono pegado al oído como una rata asustada.

—¿Qué me recomiendas, jefa?

—¿Acaso te crees que esto es el consultorio de la señorita Pepis? Creo que lo que debes de hacer es aguantar el tipo y ver hasta dónde desea llegar ese paquetón de hombre. Es alto, atlético, guapo, con ojos claros de los que saben mirar y me ha parecido muy prudente. ¿Qué más se le puede pedir a un hombre? Anda, vente para acá si tanto miedo te da. —En ese momento llegó Fátima al despacho de Oramas acompañada por un policía. Continuó diciendo—: Mira, aquí llega. ¿Quieres hablar con ella?

El tono de Oramas seguía siendo socarrón, pero sus palabras las recibió Crespo como una sonora bofetada.

—Si, pásamela, por favor. —Cuando se puso le dijo—: En la cafetería pídete un café doble y un bocadillo de jamón de pata negra. Y dile a mi jefa que se vaya a la mierda.

Cortó la comunicación y se sentó frente a la puerta de Fátima.

Oramas le dijo a la chica:

—Genio y figura hasta la sepultura.

Marcharon a la cafetería. Al entrar el camarero preguntó:

—Quién es esta chica tan guapa.

—Una amiga —contestó Oramas.

—Pues decidme lo que vais a tomar.

—Café con leche en taza de desayuno —dijo Fátima.

—Lo mismo para mí —asintió Oramas—. ¿Te atreves con un bocadillo de jamón? —añadió dirigiéndose a la chica. «Por supuesto», le contestó—. Y a mi amiga le pones un bocadillo de jamón del bueno.

—Eso está hecho —contestó con ciega disciplina el camarero.

Esperaron en la barra la taza de café. Como era costumbre en Marcelo —ese era el nombre del camarero— les obsequió con un corazoncito diseñado con la crema de leche sobre el café.

—Nos vamos a la mesa del fondo a hablar de nuestras cosas —advirtió Oramas.

—Muy bien.

Depositaron la taza y el platito sobre la mesa, removieron la azúcar haciendo chocar las cucharillas en la loza a ritmo acompasado y dijo Oramas en voz alta:

—Oye, Marcelo. Esta escultura no la había visto.

Era una escultura en madera que simulaba dos figuras humanas estilizadas que se abrazaban.

—La acabé ayer mismo y la he traído esta misma mañana.

—Como todo lo que haces, es una preciosidad.

—Muchas gracias. Hacemos lo que podemos.

Oramas le explicó a Fátima que Marcelo es un policía al que le detectaron una dolencia en el corazón. Le dijeron los médicos que tenía que dejar la profesión, pero se resistió a jubilarse de forma prematura. Diseñó un plan para seguir trabajando sin necesidad de jubilarse anticipadamente y aquí lo tienes, lleva la cafetería y todo el mundo está muy contento. El diseño ha sido suyo. Como es un manitas, la ha decorado él mismo; tanto la luminotecnia, como el equipo de sonido, como la decoración es suya, incluidas las esculturas y los óleos.

—Esta canción va dedicada a vosotras dos.

Por los altavoces empezó a sonar "Princesa", de Sabina. Oramas se lo agradeció. Entre susurros, le dijo a Fátima:

—Nunca me hubiese imaginado que fueses capaz de comerte un bocadillo de jamón. Yo creía que…

—Soy hija de musulmán y de cristiana, eso quiere decir que conozco las dos religiones. Cuando me interesa me pongo en modo cristiana y otras veces en modo musulmana. Si la inspectora Crespo me lo ha recomendado, no debe de estar nada malo.

Desde la barra, Mauricio cogió una chulla de jamón, se la llevó a la nariz, la olió y, simulando un ligero desmayo, dijo:

—Esto huele que quita el sentío.

Se la metió en la boca y empezó a mover el bigote.

—¿Cómo se lo toma tu padre?

—No sé de qué me hablas en este momento.

—De que comas cerdo.

—No se lo toma de ninguna manera porque no se entera.

Marcelo se acercó con el bocadillo en un plato.

—Qué…, ¿os llega el aroma?

—Ya lo creo.

—Es de la sierra de Aracena. De confianza. Son cerdos alimentados con bellotas y hierbas al principio de su vida. Jamón ibérico de recebo, no lo olvidéis.

Estaba finamente cortado y sobresalía el jamón por las dos partes de la barra de pan. Se le quedó mirando fijamente como si le diese pena estropear el diseño que había preparado Marcelo. Tras ofrecerle a Oramas un trozo que rechazó, le dio un bocado y añadió:

—¡Mmmm! Así da gusto pecar.

—Aprovecha, tú que puedes pecar en dos religiones. Pero, a mi juicio, te ha faltado cometer otro pecado.

—¿A qué te refieres?

—Cuando tu padre te prohibió casarte con ese chico deberías

haberle echado un pulso y marchado con él.

Sus lágrimas estuvieron a punto de escapársele, pero fue capaz de contenerlas.

—No me lo recuerdes, por favor. Me faltó decisión para hacerlo, y bien que me arrepiento ahora.

Las palabras le salieron con voz rota. Intentó sonreír, pero le costó. Se sostuvieron la mirada brevemente y, por fin, Oramas dijo:

—Todavía estás a tiempo de hacerlo.

—Pero ya tendrá que ser con otro chico.

Sabedora de que no era mucho el tiempo que disponía Fátima, mientras que embaulaba el bocadillo le contó la reunión que había tenido a lo largo de la mañana y le hizo ver la urgencia para que le diera los teléfonos de sus hermanos. Fátima le preguntó sobre el motivo de esa necesidad. Cuando le respondió Oramas que seguramente el juez daría orden de interceptar sus teléfonos, una sonrisa ladina se desprendió de sus labios.

—Eso va a ser el fin de sus proyectos —dijo.

—¿Sospechas que estén fabricando explosivos?

—No me consta.

—Tienes que estar muy atenta. El proceso de fabricación es fácil, pero su manipulación es altamente peligrosa.

—Por las mañanas trabajo y no controlo lo que hacen. Por las tardes intentaré estar atenta. ¿Sabes una cosa?

—Qué.

—Que este jamón resucita a un muerto.

—XV—

La inspectora Oramas y Crespo cruzaron desde la fuente del Escardillo y se apoyaron en la barandilla de la acera de enfrente para contemplar el curveo de la procesión. El Jesús del Salvador avanzaba despacio rodeado de un río de capuces morados. No mucho más atrás, pero sin llegar todavía a la curva de la audiencia le seguía la Caída. Por el edificio de Palafox asomaba, siguiendo al Maestro, el amado discípulo. Su mano señalaba el camino, la palma apuntaba al cielo. Miles de capirotes verdes, verde terciopelo, lo acompañaban.

Cuando se acercaba el guion de la hermandad, Crespo le dijo a Oramas:

—Vámonos ya, que si no con la cantidad de público que hay nos va a resultar imposible enlazar con las Turbas.

Se incorporaron e iniciaron el ascenso hasta la cabeza de la procesión. En ese recorrido se percataron realmente de la popularidad de ambas. Numerosas personas las saludaban y le agradecían la eficacia en el trabajo.

—Gracias a vuestro buen hacer estamos vivos y la procesión sigue su curso.

Había algunas que no se conformaban con un ligero saludo y deseaban entrar en conversación dificultando el ascenso.

—Todos los que salimos en las Turbas deberíamos pagar dinero para haceros un monumento. Lo que habéis hecho por esta ciudad debería constar con letras de oro en los anales de esta ciudad. Lo dice alguien que sale en esta procesión desde que nació. Ya salían mi abuelo y mi padre cuando yo me inicié en los ochenta. Ahora salen también mis hijos. Tres generaciones en una sola familia.

El agradecimiento que más hondo le llegó fue el de un médico. Se llamaba Julio. Era conocido como el doctor Herrera, un cirujano que desempeñaba su labor en el hospital Virgen de la Luz.

—Señora, permítame que la salude —dijo—, soy cirujano, llevo más de treinta años ejerciendo la profesión y le he debido salvar la vida a mucha gente. Pero usted, ha salvado más en una sola noche. Que sepa usted que, a partir de este año, cada viernes santo, cuando se abran las puertas del Salvador a las cinco y media de la mañana serán muchas las personas que se acuerden de usted.

De qué buena gana hubiera explicado Oramas que el atentado, quien realmente lo paró fue una chica con muchas agallas. Una mujer que supo ver la tragedia que se avecinaba en la ciudad y en su familia.

Esa persona sí que era merecedora de homenajes y enaltecimientos. Pero, la prudencia lo impedía. Podría ser su propia crucifixión.

Llegaron a la Puerta de San Juan. Entraba por ella en la ciudad un recio chorro de viento frío acompañado de un intenso aroma a orines que, en parte, procedía de la turba que bajaba a aliviarse. Para compensar, por allí se escapaba el ruido del bronco tambor y los rechinosos clarines. Avanzaron enmascaradas entre la algarabía y el barullo. A medida que avanzaban, la masa de cuerpos se hizo más densa. La mañana avanzaba y la luz empezó a hacerse más intensa. Apenas hablaron durante el trayecto: el bullicio y los constantes zigzags para avanzar lo impedían. Se agarraron del brazo para impedir que la voracidad del gentío las separara. Iban saludando con gestos discretos a todo el mundo. La gente las miraba, muchos cuchicheaban con disimulo. Tardaron en llegar, pero lo consiguieron. Se toparon allí con un grupo de mujeres acompañadas de unos niños que en su mayoría oscilaban entre dos y nueve años y empezaron a sentirse como pez en el agua.

Con poco tacto una madre señaló hacia donde estaban Crespo y Oramas haciéndole una indicación a un niño que llevaba un tambor a la altura de la barriga. Se dio media vuelta y le dijo a Crespo:

—Creo que ya nos conoce todo el mundo en esta ciudad.

—A ti más que a mí.

Sintió que algo tiraba de la túnica. Por un momento pensó que se la había pisado, pero cuando se giró se dio cuenta de que era el niño del tambor. Un precioso niño de unos tres años con ojos negros como dos aceitunas, un pelo rubio que le caía sobre las orejas y una lengua de trapo.

—Tú eres policía —dijo con ojillos de gato listo.

Ante tan enternecedora escena, Oramas se agachó y le dijo:

—Y tengo un tambor como el tuyo.

—Pero el mío es más pequeño.

—¿Me dejas que pruebe para ver cómo suena? —El niño aceptó su propuesta. Oramas lo golpeó varias veces—: Pues suena mejor que el mío.

El niño golpeó el de Oramas y se rio.

—Mi papá es también policía.

—Pero si es Elisa —dijo Crespo—. No me había dado cuenta de que eras tú. Y al niño hace tanto que no lo veo que no le he conocido. Hay que ver lo guapo y lo gracioso que está. ¿Sabes quién es? —le preguntó a Oramas.

—¿Es alguien a la quien debo conocer?

—No nos han presentado nunca, pero yo sí te conozco —manifestó Elisa.

—Elisa es la mujer de Marcelo —aclaró Crespo.

En ese momento, Oramas se levantó como un resorte y juntó sus mejillas con las de Elisa.

—Hay que ver con los corazoncitos que me hace todos los días —apostilló Oramas. Se inclinó de nuevo hacia el niño y añadió—: ya sé quién es tu papá. Se llama Marcelo. ¿No sale en la procesión?

—Mi papá se cansa mucho. Es que está un poco enfermito.

Subiendo en volandas por la laberíntica ciudad, los 2.500 turbos siguieron el camino hacia el Calvario. Se presentaron en la plaza Mayor casi sin darse cuenta. Eran las nueve y veinte de la mañana cuando llegaron a los arcos del Ayuntamiento. Tras tres años de ausencia, los tambores de los turbos volvieron a rugir rasgando el viento de la madrugada ante cerca de nueve mil personas que esperaban su llegada.

Casi disueltos entre el público, los que iban a acercarse a casa de la inspectora Oramas se quedaron nada más rebasar los arcos a la izquierda. La plaza se había tornado como un denso manto de cabezas. La inspectora Oramas miraba a un lado y a otro y veía rostros con dolor telúrico mezclados con otros que por su severidad bien se pudiera contemplar en ellos el alma del silencio.

A los oídos de Crespo llegaron los primeros golpes de horquilla anunciando la llegada del protagonista. «Que lo bailen, que lo bailen», gritaba la multitud. Y lo bailaron. El Jesús del Salvador entró en la plaza meciéndose al ritmo de «Pan compartido, sangre derramada», una pieza musical compuesta para ser tocada en procesiones que se escuchaba en la lejanía. Al traspasar el primero de los arcos recibió una nueva clarinada. Descansaron los banceros justo debajo del Ayuntamiento. El rostro del Jesús parecía mucho más cansado, con la mirada al infinito.

—Sobrecoge —musitó Oramas.

—Nuestra Semana Santa es silencio, solemnidad y mucha música —apostilló Crespo.

—Pero el público que hay aquí también contribuye mucho al espectáculo.

—Ten en cuenta que esta procesión ha impregnado el alma de varias generaciones de conquenses.

Y el cortejo siguió pasando como pasaba la mañana. La procesión se fue adueñando de todas las vidas de las personas que allí se habían congregado llenando el espacio de un ruido ensordecedor. Nadie quedó inmune a la puesta en escena de lo que allí se representaba, incluido el alcalde, el presidente de la Diputación y el de Castilla-La Mancha que no perdían detalle desde los balcones del Ayuntamiento de lo que ocurría en la plaza Mayor. Un año más, la ciudad había quedado paralizada: se palpitaba en el aire, se sentía en los gestos y en las miradas.

Y llegó el San Juan, el Guapo, el Manos Largas. Y se produjo la apoteosis en la plaza. Como los que le precedieron llegó bailando sobre las cabezas de los allí congregados. Se desató la pasión. Se erizaron los vellos. El Guapo estaba de nuevo en la plaza y más que nunca sonaron los tambores y aullaron los clarines.

Entre un bosque de capuces verdes y de tulipas todavía encendidas, sin hacer ruido —los banceros utilizan goma en el extremo de las horquillas—, de puntillas, con mesura, se presentó la Soledad de San Agustín en los arcos. Un silencio sobrecogedor se produjo en la plaza. Los tambores enmudecieron, los clarines fueron envainados. El frenesí dio paso al recogimiento. Era el momento de la banda de música de Cuenca.

—XVI—

Crespo fue invadida por una tremenda incertidumbre en el momento que depositó sus posaderas en el banco que había frente a la casa de Fátima. Pasaron diez minutos y nada se movía en la casa. A medida que fueron pasando los minutos una duda asaltó su mente y con ella encontró alivio. Pensó que Javier se habría echado otras cuentas y que no aparecería por allí. Las dudas, sin embargo, tardaron poco en disolverse. Apareció desde la iglesia de San Felipe Neri. Se había cambiado de ropa y se había peinado con gomina. Llevaba unos pantalones vaqueros azul claro, una camisa azul marino con los puños doblados y una cazadora con otro tono de azul. Tan pronto como lo vio asomar, le entró tal tembleque en todo el cuerpo que se quedó paralizada. El miedo contrajo sus músculos. Tuvo grandes problemas para que le entrara aire en los pulmones. Un inmenso acaloramiento invadió todo su cuerpo como si la hubiesen conectado a la silla eléctrica. Llegó a su altura y se sentó en el mismo banco. Una luz cegadora encendió su rostro.

—Te voy a acompañar solo durante una hora —dijo mientras se desabotonaba la cazadora con dedos ágiles—. Mira las horas que son y ni siquiera tengo la comida hecha.

Se quedó mirándola. Pasmado. Con la misma sensación que un mirlo en la mano de un niño. Las piernas también le temblaban a Javier y de esa circunstancia se percató Crespo. Con tacto y palabras bien medidas abordó el asunto de inmediato:

—Llevo ya un buen rato y no ha habido ni un solo movimiento en la casa —dijo sin mirarlo.

Se levantó. Anduvo de un lado a otro mirando con disimulo todos los balcones de la casa. Cimbreaba su cuerpo como un junco azotado por el viento. Se sentó de nuevo a su lado.

—¿Hasta qué hora tienes que estar vigilando la casa? —preguntó Javier.

«¡Uff. Este trama algo!», se dijo a sí misma.

—Yo trabajo sin reloj —contestó.

«Me temo que no me lo va a poner nada fácil», pensó Javier.

Tenía miedo a fracasar, pero no había retorno posible.

—Supongo que no te importará que te haga compañía —no se le ocurrió otra forma mejor de romper el hielo.

—Por supuesto que no —mintió con voz cálida y sensual sin perder la sonrisa en sus labios, pero mirando hacia el lado contrario de donde

se encontraba Javier.

«Lo más importante es que hasta este momento no me ha rechazado», pensó Javier.

—Hace un día estupendo, ¿verdad?

«Mira por donde me sale ahora. No se puede decir que sea un pico de oro». Se quedó mirando al cielo y dijo:

—No hay ni una nube.

Superado ya el escollo del primer momento, Javier dio un paso más:

—¿Tienes planes para hoy? Te lo pregunto porque si quieres podemos comer juntos.

«¿Qué le respondo yo a este guaperas?», se preguntó Crespo a sí misma.

—Lo siento mucho, pero no puede ser.

No se dio por vencido. «En su cara se puede adivinar que está deseando. Será cuestión de insistir».

—¿Qué te parece una cena en "La Grotte"?

Se echó a reír. A Javier le gustó la forma y la facilidad con que lo hacía. «Esa sonrisa tan agradable incrementa su belleza», se dijo a sí mismo. Se tranquilizó y tuvo la sensación de que todo se estaba desarrollando de la mejor manera posible.

—Me parece que tú llevas poco tiempo en comisaría.

No le dio entonación de pregunta. Fue una afirmación y la soltó con contundencia. Ese «tú llevas poco tiempo en comisaría» lo dijo con sorna. «No sé si me está llamando novato en el cuerpo o en cuestiones amorosas».

—¿Por qué dices eso?

—Olvídalo —contestó como si se hubiera arrepentido de sus palabras.

—Está bien. Si quieres lo olvido. Pero, por si te abruma la curiosidad, te diré que tan solo llevo tres meses en Cuenca. Vengo de Madrid, donde he estado formándome en terrorismo yihadista.

—Nosotros nos hemos tenido que formar a marchas forzadas y poniendo cada uno lo mejor que llevamos dentro —respondió con voz sedosa.

—He comprobado que tu jefa estaba puesta en el asunto y me ha sorprendido.

Crespo se quedó mirándolo con más detenimiento. Se dio cuenta de que sus ojos eran tan expresivos que parecía que quisieran hablar. Los rasgos de la cara eran suaves y bien armonizados. Javier se percató de que estaba siendo observado y se animó un poco más. Le hizo una caricia debajo de la barbilla y dijo:

—No me has dicho nada respecto a lo de cenar en "La Grotte". Si no te gusta el sitio, podemos pensar en otro.

La inseguridad que tenía le impidió rechazarlo. Antes de que pudiera contestar, abismó la mirada en sus ojos y se fue acercando a Crespo poco a poco inclinando la cabeza. Cuando ya estaban a punto de rozarse los labios, dio un respingo hacia atrás y dijo con un manojo de nervios en el estómago:

—Creo que te estás equivocando. Lo siento, pero estoy comprometida.

Contra ese argumento, poco pudo objetar Javier.

—¿Y lo dices ahora?

—Perdona…

—No te preocupes. Seguramente no he actuado como debiera. El caso es que he visto en ti…

Se estaban metiendo en un atolladero del que pensó Crespo que le iba a resultar difícil de salir. De repente cesó el agobio y se sinceró.

—No sigas. Si te he dicho antes que llevabas poco tiempo en la comisaría es porque no te has enterado todavía que soy lesbiana y que estoy emparejada con una chica. Lo sabe todo el mundo.

Javier se sintió muy decepcionado en ese momento, pero a la vez le agradaron esas palabras llenas de franqueza y de candidez. Su semblante se tornó más pensativo.

—Como te iba diciendo, he visto en ti lo que más falta me hace desde que llegué a Cuenca. Me siento solo y había pensado que si ponía una chica en mi vida tendría toda la riqueza que me hace falta. Al cruzarte esta mañana en mi camino, he pensado que la diosa Fortuna había venido a visitarme.

La inspectora Crespo tuvo un impulso en ese momento. Le agarró las dos manos y se acercó para besar sus mejillas. No se resistió. Rodearon sus cuerpos con sus brazos y se ovillaron en un sentido abrazo salpicado de besos. Crespo estuvo a punto de besar sus labios, pero consideró que podría ser un beso mal entendido. Cuando se desovillaron mantuvieron la mirada. Fue una mirada que no necesitó palabras. Se mantuvieron en silencio hasta que vieron llegar desde la calle Matadero a dos jóvenes. Eran los hermanos de Fátima. Iban con prisa, hablando en árabe. Entraron en su casa y todo quedó de nuevo en silencio. Crespo se levantó y dijo:

—Aquí ya no hay nada que rascar.

Cuando se despidieron, todavía le acarició Crespo la mejilla con su mano. Una caricia que Javier la tomó con mucho sentimiento.

A la mañana siguiente, nada más llegar Crespo a comisaría buscó a Oramas. Iba tan furiosa como una pantera. Se la encontró sentada en su despacho.

—Eres una hija de puta —dijo nada más abrir la puerta sin llamar.

—Pasa y cierra, anda —fue su única contestación.

Se acercó y con la cara desencajada, dijo:

—¡Vaya cabronada!

—Por tus palabras, deduzco que Javier acudió a la cita.

—Que si acudió. Venía el pobre como un becerrillo en celo.

—Por lo que me cuentas, te entró a saco.

—Me invitó a comer. Como puse impedimentos, intentó una cena en “La Grotte”.

—Una cena con velitas, supongo.

—No se lo pregunté.

—¿Hubo algo más? Cuéntame, que ardo en deseos de conocer.

Crespo se le acercó todavía más y, susurrándole al oído, dijo:

—De que me quise dar cuenta lo tenía encima de mí intentando besarme.

—¿Qué hiciste ante esa situación tan acongojante?

—Di un respingo y me alejé de él.

—Mal hecho. Te deberías haber quedado quieta y haberle dejado hacer.

El semblante de Crespo se endureció. Si hubiera tenido el poder de un basilisco la hubiese matado con la vista en ese momento. Pero se despachó con un seco:

—Vete a la mierda.

La puerta sonó. Fueron dos golpes suaves.

—Adelante —alzó la voz Oramas.

Cuando se abrió la puerta, quedaron ambas petrificadas. Era Javier.

—Quería hablar con la inspectora Crespo —dijo.

—¿Puedes esperar un minuto que estamos acabando de resolver un asunto? —dijo Crespo con una sonrisa natural.

—Por supuesto.

—No serán más de dos minutos.

—De acuerdo.

Cuando se cerró la puerta, las dos inspectoras se miraron. Oramas se rio. La mirada de Crespo fue furibunda, pero se suavizó pronto transformándose en una más indulgente.

—¿Qué le digo yo ahora?

Oramas volvió la cara hacia ella y cruzando los brazos, respondió forzando la voz como pocas veces solía hacer:

—Pero qué vas a decir, muchacha. Tendrá que ser él quien hable.

Al advertir la mirada de su compañera, dijo Crespo:

—¿Qué crees que me va a decir?

—Pues que siente mucho lo que ocurrió ayer, que fue un malentendido, que te olvides de todo y seguramente tratará de quedar como buenos amigos.

No respondió. Empujó la silla en la que estaba sentada hacia atrás.

Se levantó con decisión sin despedirse. Apareció en el pasillo con una sonrisa meliflua dibujada en su rostro. Javier estaba enredando en su teléfono. Cuando la vio aparecer lo guardó en un bolsillo y dijo:

—Tengo una reunión con vuestro equipo y he querido volver a disculparme por lo que ocurrió ayer antes de que nos juntemos.

—No te preocupes por nada, porque nada grave ocurrió —respondió la inspectora Crespo derramando encanto por la comisura de sus labios—. Simplemente llegaste tarde.

—Lo que sí me gustaría es que quedásemos como buenos amigos. He hablado con mis compañeros y, en efecto, me han confirmado que estás emparejada con una chica. No te puedes ni imaginar el cachondeo que se ha montado a mi costa.

Crespo notó cómo se relajó su cuerpo. Las cervicales se destensaron. Con los ojos aguanosos, dijo:

—Por supuesto, por eso no te tienes que preocupar. Además, este fin de semana te invito a una cena en "La Grotte". Pero, ojo, iré con Lidia, mi pareja.

En la reunión le dieron la palabra a Torrijos. Recibió el encargo de informarse del proceso de producción del TATP. Lo más interesante que dijo es que era una sustancia altamente sensible que requería condiciones adecuadas para su manipulación. «Es preciso mezclar los ingredientes y enfriarlo. Cuando se solidifica toma un aspecto parecido al cristal y hay que dejarlo secar en el suelo», añadió.

—No nos has dicho cuáles son esos ingredientes —se quejó Peláez.

—Pues si no lo he dicho, os lo digo ahora mismo —miró su libreta y leyó—: acetona, ácido sulfúrico, bicarbonato sódico, agua oxigenada y decolorante. El terrorismo islámico lo llama «la madre de Satán».

Javier levantó el dedo con la intención de hablar y le concedieron el beneplácito.

—Lo único que quiero dejar claro al respecto de lo que ha dicho Torrijos es que el explosivo mencionado fue utilizado por primera vez con fines terroristas por el grupo palestino Hamás en 1997. Se empleó también en Marruecos, en Londres y en Madrid. Seguramente recordaréis la explosión de Alcanar poco antes del atentado de las Ramblas en Barcelona. Dicha explosión se debió a la manipulación del triperóxido de triacetona.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso? —preguntó Torrijos.

—Quiero decir que es un producto barato y fácil de producir, pero con mucho peligro. La sensibilidad al impacto es extrema debido a la inestabilidad de la molécula. Otra cosa que quiero que sepáis es que la temperatura a la que debe ser manipulada es por debajo de diez grados. Deberíamos tener a esos muchachos bien vigilados para impedir una posible explosión por manipulación.

A esa misma hora estaba la inspectora Oramas reunida con el juez.

Había concertado una cita desde su despacho y marchó a su encuentro con un informe bajo el brazo. El juez era persona conocida por Oramas. Fue el que lo atendió en el primer caso que le cayó en Cuenca, la desaparición de una gemela adolescente. Y habían coincidido también en el levantamiento del cadáver de la chica rumana que apareció asesinada en el río Moscas. Era muy joven, debía tener unos treinta y cinco. Un hombre muy atildado que gozaba fama de ser una persona prudente y circunspecta. Era ligeramente alto, con gestos refinados y con unas dotes inmensas para las relaciones públicas. La recibió vestido con un traje azul marino impoluto y con corbata azul claro con rayas negras en su despacho. Se sentaron cada uno a un lado de la mesa que estaba totalmente limpia de papeles, algo insólito en el despacho de un juez.

—¿Qué es lo que le trae por aquí, señora inspectora?

Cuando Oramas le contó el asunto por el que le había pedido audiencia, el juez se incorporó en la silla y, colocándose sus gafas sobre el puente, dijo:

—¿Y dice que están planeando un atentado en las Turbas?

Oramas se retrepó en la silla y lo miró como si se lo quisiera comer con la vista.

—Ha oído muy bien, señor juez. Sé que esta ciudad no está acostumbrada a estos sobresaltos, pero es lo que hay.

Oramas cogió el informe y se lo colocó sobre la mesa. Mientras que lo leía, lo observó con detenimiento esperando respuesta. El juez se quitó las gafas —unas gafas con cristales ovalados— y se las limpió con un pañuelo de trapo con una parsimonia desesperante.

—¿Cómo habéis tenido noticias de que se estaba gestando tal barbarie?

—Colaboración ciudadana, señor juez —le contestó alzando las cejas.

Se pasó la mano por la cabellera hacia atrás y cerró los ojos tratando de ordenar sus pensamientos

—De lo que se trata, pues, es de intervenir dos teléfonos.

—En efecto. Queremos llegar al vértice de la célula y detener al imán que les ha convencido para que atenten. Si se nos escapara de rositas, estamos seguros de que volvería a intentarlo con otra gente.

—Yo también lo creo.

—Sería muy interesante que pudiéramos tener ubicados los dos terminales en todo momento —propuso Oramas—. Digo esto porque nos tememos que en cualquier momento empiecen con la fabricación de explosivos y, según dicen los expertos, la manipulación es sumamente peligrosa.

El juez apoyó el mentón sobre la palma de su mano izquierda durante unos segundos tratando de sosegarse. Tras un breve momento,

se levantó, acudió a un mueble archivador que había detrás de él y tomó en sus manos una carpeta. Tras echarle un vistazo, dijo:

—Os voy a firmar una orden judicial de intervención de los dos teléfonos.

—No se olvide de lo que le he dicho.

—No te preocupes. Lo único que tendréis que hacer será poneros en contacto con la operadora telefónica.

—Sí, pero ¿podremos acceder a las conversaciones?

—Por supuesto. Las conversaciones me las enviaréis y estudiaremos si sirven de prueba.

Oramas asintió y dijo:

—No se preocupe por eso. En fin, yo no tengo nada más que añadir.

—Tenedme informado, por favor —suplicó el juez.

Cuando regresa Oramas a comisaría la está esperando Crespo.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Oramas.

—Muy bien. La reunión ha sido muy tranquila.

—Me refería a cómo has resuelto el problema con Javier.

—Ah, bueno. Eso se ha solucionado tal y como habías pronosticado. Tan solo quería disculparse otra vez por el malentendido y quedar como amigos.

Con cautela, tratando de no azuzar la bestia que llevaba dentro, preguntó:

—¿Han estado correctos nuestros compañeros?

La miró como si acabara de escuchar la más absurda de las preguntas y respondió:

—Totalmente.

Haciendo una gran capacidad de síntesis, le informó con gran precisión del contenido de la reunión y le preguntó:

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido con el juez?

—Estupendamente. Le he contado el motivo por el que he ido y casi se cae de espaldas.

—Supongo que habrá dado permiso para interceptar teléfonos.

—Desde ahora podremos acceder a las conversaciones y sabremos la ubicación de los dos terminales.

Intentó disimular la alegría con otra pregunta:

—Y del imán qué me cuentas.

—¿Qué esperas que te cuente?

—Que cuándo vamos a ir a por él.

La tarde iba cayendo sin remisión. Las luces de la ciudad se iban encendiendo poco a poco dando la impresión de estar de verbena. Oramas estaba concentrada en un lienzo que estaba pintando. Era una obra que debía de medir ciento veinte centímetros por ochenta. En

ella predominaba el color negro. El centro del óleo lo presidia Jesucristo con la cruz a cuestas. Unos trazos rojos daban mayor dramatismo al cuadro, si cabe. Se acercaba y se retiraba sin cesar, dando pinceladas constantemente y enjuagando el pincel en un frasco.

Miró su reloj. Marcaba las siete y cuarto de la tarde. Se asomó a la ventana y, en efecto, el sol acababa de ocultarse tras el pinar de Jábaga. El horizonte se había teñido de múltiples tonos rosas. Sonó su teléfono. Tuvo el presentimiento que era la inspectora Crespo.

—Dime qué ocurre, preciosa —en efecto, era ella.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Pasa algo?

—Que quiero hablar contigo. Pero lo que tengo que decirte, me gustaría contártelo asomándome a tus ojos. ¿Dónde estás ahora mismo?

—En mi casa.

—¿Tienes planes?

—Sacar a la perra de paseo.

—Pues no te alejes mucho de tu casa. Luego te vuelvo a llamar y tomamos algo en el "Jovi".

A partir de la llamada de Crespo, la vida le dio la vuelta como un calcetín. Limpió a toda prisa los adminículos para pintar. Se duchó en un periquete y cuando iba a salir por la puerta con Linda le preguntó su madre:

—¿Dónde vas?

—A darle un paseo a la perra.

—Me voy contigo.

Anduvieron hasta los arcos del Ayuntamiento y desde allí subieron por la calle del Fuero hasta la plaza de la Merced, que es la antesala de la torre de Mangana. A la madre de Oramas le encantaba la torre. Decía que era un lugar maravilloso y que se estaba allí la mar de tranquilo. Gozaba mucho asomándose al mirador y contemplar el río, el puente de San Antón y el pinar de Jábaga. Pero quien más disfrutaba del lugar era Linda. Dado que no había nadie en la zona, Oramas le dio rienda suelta y corrió de un lugar a otro sin parar hasta quedar con la lengua fuera.

—¿Sabes que esta torre fue construida en tiempos de los árabes?

A pesar de haber llegado de un lugar tan lejano y distinto, la madre de Oramas se aclimató perfectamente a la nueva ciudad. Dejó atrás una isla con su exotismo y sus temperaturas tropicales y vino a un lugar con temperaturas extremas. Atrás dejó un lugar completamente llano para vivir casi en la verticalidad. Dejó un lugar sin vegetación y sin agua dulce para vivir entre ríos y rodeada de árboles y de arbustos.

—Es que, en esta ciudad, hace unos ochocientos cincuenta años,

vivían árabes, cristianos y judíos en paz y armonía. Creo que en la zona que estamos ahora mismo vivían los judíos.

Oramas apreciaba mucho a su madre. Sabía que había estado junto a ella en los momentos difíciles: cuando murió su padre y cuando se separó, se dedicó a ella en cuerpo y alma ayudándola a superar la incertidumbre que se produce cuando estás sometida a la pena y al dolor, con un pañuelo en la mano, listo para secarle las lágrimas y con el hombro dispuesto a recibir su mejilla.

No se acobardó en su nuevo destino. Al contrario, se adaptó a la nueva situación y convirtió el nuevo ritmo que le marcaba la ciudad en rutinas. Se hizo la dueña de la casa, no en vano ese había sido el andamiaje de su existencia, y absorbía gran parte de su tiempo como una sanguijuela. Para la inspectora Oramas era un alivio infinito. A la segunda semana de estar en Cuenca se había adaptado perfectamente a la nueva realidad logrando la serenidad necesaria para llevar una vida apacible. Con ello demostró que no era una mujer vulnerable. Aunque la memoria del pasado pervivía en ella, poco a poco se fue diluyendo el recuerdo de los años vividos en Canarias: estampas de juventud, sabores, olores y un baúl lleno de nostalgias.

—¿Qué hacemos? —preguntó su madre—, ¿regresamos por el mismo sitio?

—Vamos a bajar por aquí.

Oramas amarró a la perra con la correa y bajaron por la calle Alcázar hasta llegar a Alfonso VIII. Subieron hasta los arcos del Ayuntamiento y giraron a la derecha para tomar la calle Colmillo y llegar a la hoz del Huécar. Bajaron hasta la fuente del Porlan y pasearon por un camino paralelo al río. De nuevo sonó su teléfono y de nuevo era la inspectora Crespo.

—Dime, ¿Dónde estas?

—En la carretera de Palomera.

—Vaya, qué grata sorpresa. Nosotras estamos también en la misma carretera. Estoy con la perra y con mi madre. ¿A qué altura estás tú?

—En el kilometro cuatro.

—¿Tienes coche?

—No. Tengo que regresar andando.

—Pues podemos empezar a andar hasta que nos crucemos.

Al principio anduvieron bajo la luz de las farolas. Pronto se introdujeron en una oscuridad oceánica. La madre de Oramas no dejaba de refunfuñar. La idea de andar en medio de esa oscuridad no le agradaba en absoluto. Catorce minutos después de haber empezado a andar vieron un bulto al fondo de la carretera. Cuando estaban a unos cincuenta metros oyeron decir:

—Manos arriba.

—Ahí está la inspectora Crespo —dijo la madre de Oramas con

satisfacción—. Pero cómo se te ocurre andar por estos lugares sola y a estas horas de la noche —añadió al acercarse a ella.

Al llegar a su altura le dio un abrazo.

—Madre, no te olvides que somos policías. Esta chica, ahí donde la ves está entrenada para anular a tres hombres fornidos que le plantaran cara.

La madre de Oramas tardó mucho en contestar. Por fin dijo entre carcajadas:

—Entonces ya sé el motivo por el que no se le arrima ningún macho.

Hasta ese momento, Crespo no prestaba mucha atención a las palabras, simplemente actuaba con piloto automático. Dobló la cintura y saludó a Linda. La perrita, agradecida, colocó las patas delanteras sobre sus pechos y le dio un par de lametones.

—Te he preguntado que por qué caminas sola por estos lugares y no me has contestado —insistió la madre de Oramas.

Crespo parpadeó dos veces. Pareció meditar y respondió:

—¡Ay, señora Candelaria! Cómo se lo explicaría yo. Como le ha dicho su hija, somos policías y una buena policía tiene que estar en forma. He salido a andar y se me ha hecho de noche, eso es todo.

Candelaria estuvo a punto de responder si no tenía otro momento mejor para andar, pero se le cruzó otra idea y dijo:

—¿Por qué no vienes ya a verme?

—Porque no me invita su hija, señora Candelaria.

—Sabes que eso no es verdad. Tú puedes entrar en mi casa sin que nadie te invite.

A buen ritmo, se presentaron bajo las casas colgadas en un santiamén. Subieron la cuesta hasta el puente de San Pablo descansando cuando Candelaria lo precisaba. Al llegar a la calle Canónigos, Oramas entregó la perra a su madre y le dijo:

—Anda, llévatela a casa que nosotras vamos a tomar algo en el Jovi.

—¿Cómo no os venís a casa y yo os lo preparo?

—Está bien. Ve preparando algo para cenar y ahora vamos para allá.

Candelaria se giró y dijo mirando a la inspectora Crespo:

—Llama a Lidia y que se venga también, que hace mucho que no la veo.

—Ahora mismo la llamo.

En el Jovi solo había dos parejas. Se sentaron en dos taburetes que había en la esquina izquierda de la barra según se entra. Santi, el camarero, acudió presuroso a saludarlas. Medio minuto más tarde ya tenían una cerveza bien fría cada una y un suculento plato lleno de pinchos.

—¿Qué es eso que me tenías que decir? —dijo Oramas.

—Lo que estábamos esperando. He estado vigilando la casa de Fátima y los he visto salir de casa muy dispuestos. Los he seguido, y en la puerta de Valencia los estaba esperando un tercero con un coche. Se han montado y se han ido hacia Palomera. Ni corta ni perezosa, cogí el camino y empecé a andar en busca de un Mazda rojo.

—Dime que lo has encontrado.

—Por supuesto que lo he encontrado. Me da la impresión de que han ocupado una casa abandonada.

—Puedes imaginarte para qué lo han hecho.

—Para fabricar los explosivos.

La inspectora Oramas puso la mente en blanco y clavó los ojos en un punto indeterminado.

—Empieza una nueva fase en la investigación —dictaminó sin ningún tipo de tibieza—. Es preciso que sepamos cuanto antes quién es ese miserable que los lleva por el mal camino.

—Y pensar que lo he tenido a tiro en Tragacete… Le he podido recitar varios versículos del Corán mientras le descerrajaba la cabeza con dos tiros.

No solía excitarse Oramas con facilidad. Escuchar a Crespo decir ciertos exabruptos le producía dentera. Previendo que se podría enredar en una madeja de groserías interminables intentó cambiar de tercio:

—Oye, por cierto. No has llamado a Lidia. Como te presentes en casa sin ella le puede dar algo a mi madre. No te puedes ni imaginar el aprecio que os tiene.

—Lo que le pasa a esa mujer es que le falta vida social.

De nuevo se quedó Oramas pensativa. Sabía que a Crespo no le faltaba razón y pensó que lo que le faltaba a su madre era ser persona independiente. Sin que nadie se lo hubiera exigido se había convertido en una criada. El único fundamento de su vida era complacer a su hija y hacerla feliz. Se prometió a sí misma en ese momento sacar más a menudo a su madre de casa. Arrancarla de esas novelas tan estúpidas que la tenían amarrada a la pantalla del televisor. Empujarle si fuera preciso para que la acompañara cuando saliera de compras. Sentarse de vez en cuando en alguna terraza y tomar un helado cremoso o tomar una de esas milhojas que tanto le gustan con un café con leche. No se trataba de fumarse el mundo previendo que el futuro no iba a llegar, simplemente se trataba de concederle de vez en cuando un caprichito.

—Eso le suele pasar a todas las que se dedican en exclusiva a la casa —respondió Oramas.

Crespo salió a la puerta y llamó a Lidia. Mientras tanto se acercó Santi y le dijo a la inspectora Oramas:

—¡Cuánto tiempo sin venir por aquí! ¿Es que os hemos tratado mal?

—Siempre nos habéis tratado estupendamente. Lo que ocurre es que hay periodos en que el trabajo es atosigante.

—Si es por eso, os perdono. Es fabuloso que tengáis la ciudad limpia de malhechores.

En ese momento regresó Crespo e interrumpió la conversación.

—Solucionado —dijo la inspectora Crespo—. En un rato la tendremos aquí.

—Oye, se me ha pasado preguntarte dónde están instalados los hermanos de Fátima.

—Ya te he dicho que en el kilómetro cuatro y pico.

—Si, eso ya lo sé. Pero qué es, un corral, una casa o qué.

—Es una huerta con una casa que hay junto al río.

—¿Hay alguna casa cercana?

—No, no. Si lo dices por el peligro de que haya una explosión, no hay problema en ese sentido. Morirán ellos solos.

—Eso ya me tranquiliza. Lo que tendremos que hacer es vigilarlos de lejos.

—¿Qué te parece si llamamos a Peláez y a Torrijos y se lo contamos?

—Ellos tienen familia. No me gusta llamarlos fuera de su horario sin necesidad. Mañana tendremos ocasión de ponerlos al día.

Pagó las cervezas y le preguntó a Crespo:

—¿Qué te ha dicho Lidia?

—Que viene para acá.

—¿Pero aquí o a mi casa?

—Aquí. De modo que voy a pedir otras dos cervezas.

—XVII—

Cuando llegaron a la casa de Oramas los estaba esperando Candelaria con sus mejores galas. Incluso se había maquillado: hay que ver lo que cambia una mujer con una sabia mano de maquillaje sobre su rostro. En la cabeza se había colocado una cofia adornada con perlas y en la parte izquierda de la camisa un broche a juego con la cofia. Estaba nerviosa cuando llegó toda la comitiva.

Les hizo pasar al salón de invierno —así es como le llamaba Candelaria al único que había en su casa, aunque, debido a que daba el sol a la hora de comer, no se solía utilizar en verano—, una sala muy grande decorada con varios óleos pintados por su hija. En un extremo, al final de un enorme ventanal, había una mesa grande que solo se solía utilizar cuando había invitados.

—Bueno, señora Candelaria. Estará usted contenta con todas las visitas con las que hemos llenado su casa en un día tan importante para esta ciudad —soltó la inspectora Crespo para romper el hielo.

No se había sentado todavía Candelaria. Tomó aire y respondió:

—Pues mira. Si quieres que te diga la verdad, la impresión que tengo es que este salón es la capilla Sixtina y que toda la concurrencia son cardenales.

Estallaron todos en una gran carcajada acompañada de un sonoro aplauso en honor a la ocurrencia de Candelaria.

—A mí me parece que el único parecido con la capilla Sixtina que hay aquí son las obras de arte con las que está decorado el salón —dijo José Aguilar—. Se nota la mano de alguien que sabe mover los pinceles.

—Muchas gracias por lo que me toca —respondió Oramas—. Os voy a contar un secreto —añadió—, utilizo la pintura para relajarme y concentrarme en los casos a los que me enfrento. Cada uno de ellos me inspiró una obra distinta.

—Esa es la última —agregó Antonio Garrote, el presidente del Grupo Turbas señalando una de ellas—. El detalle que acabas de descubrir añade valor a tu particular capilla Sixtina.

—Cómo se nota que Antonio trabajó en el Museo de Arte Abstracto —dijo Javier Viñuelas, el tesorero—. Se le van los ojos detrás de lo bueno.

—A ver, señores —dijo Candelaria acompañándose de dos palmadas—, delante tienen un plato con una torrija. Vamos a ella que creo que no hay mucho tiempo. Debéis tener en cuenta que no soy de

Cuenca. Si mi hija me hubiese avisado con más tiempo, os hubiese hecho frangollos y machanga.

Nadie preguntó lo que era eso. Solo se escuchaba en el salón el ruido metálico de los tenedores en la loza. Jesús Aguilar, el vicepresidente, señaló:

—Señora Candelaria. Usted no será de Cuenca, pero estas torrijas están exquisitas. Y se lo dice uno al que le gustan de forma especial.

—A mí me vais a permitir que haga dos observaciones al respecto —solicitó Antonio Miranzo, uno de los tres turbos que quedan de la familia de Los Planchas—. La primera es que, en efecto, estoy de acuerdo con Jesús en que están exquisitas estas torrijas. La segunda observación es respecto a esa faceta que tenemos los conquenses de considerar como nuestro al que llega de fuera. Alguien, y no recuerdo ahora quien, llamó a ese proceso "*enconquensamiento*". Quiero decir con esto que Candelaria, con estas torrijas que nos ha hecho se ha ganado a pulso el título de "*enconquensada del año*".

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo José Aguilar—, y añado que, si no me falla mal la memoria, quien inventó esa palabra, a la que no todo el mundo le gusta, fue Florencio Martínez.

—Creo que la inventó para agasajar a César Gónzález Ruano —dijo Antonio Garrote.

—Pues yo se lo escuché para Antonio Pérez —replicó Javier Viñuelas.

—Creo que lo de menos es para quién haya aplicado el término —concluyó Jesús Aguilar—. Si con ello hace referencia a esas personas que vieron en Cuenca su segunda ciudad, pues habrá que llamar así a todas las personas que cumplan con este requisito. Con estas torrijas, la señora Candelaria ha demostrado *enconquensamiento* sobradamente. Pero, dadas las fechas en que estamos, quiero preguntarle qué le parece nuestra Semana Santa.

Candelaria se puso la mano derecha a la altura del ombligo y se dobló hacia adelante soltando una graciosa risotada.

—Me río porque me hace mucha gracia que mis torrijas den para tanto hablar a gente tan ilustre. Y de la Semana Santa conquense le voy a decir una cosa que me encanta. Sus procesiones siguen la cronología tal y como sucedieron los hechos. A mí eso me gusta mucho y es lo que echo en falta en otros lugares.

—Yo estoy totalmente de acuerdo —observó Emilio Torrecilla, el número uno de los históricos—. Mi abuelo decía que esta era una Semana Santa auténtica.

—Voy a añadir algo por no estar callado —dijo Antonio Garrote—. Nuestra Semana Santa ha forjado en parte la idiosincrasia de nuestra ciudad. No hablo de fe, que conste. Hablo más bien de tradición. Al mismo tiempo, la ciudad de Cuenca le ha dado a su Semana Santa una

personalidad muy definida y una forma de vivirla distinta al de otras ciudades. Quiero añadir también que, a mi juicio, parte de los recuerdos de cualquier conquense se refieren a la Semana Santa. Sé que hay muchos conquenses que viven fuera de Cuenca. No os podéis ni imaginar cuántos regresan en estas fechas únicamente para cumplir con su Hermandad.

—Yo sí que me lo imagino. Solo «Patacos», ya hay unos cuantos —replicó Jesús Aguilar—. Y los hay que vienen desde La Coruña, Gerona o Almería.

Candelaria movió la bandeja de las torrijas y dijo:

—Vamos.

—¿Vamos? —dijo Emilio— Traiga para acá, que voy a por la tercera.

—Voy a recordar algo que puede que no todo el mundo conozca —advirtió Antonio Garrote—. Sabemos el daño que la pandemia ha hecho en todas partes. Ha habido un músico de la banda de Cuenca que ha compuesto una marcha procesional: "Tulipas del Cielo". Lo ha hecho a petición de la Junta de Cofradías, y con ella se ha querido homenajear a todos los nazarenos caídos en estos dos últimos años.

—Lo que no me explico es el motivo por el que hay que estar toda la noche en danza —dijo Candelaria—. Lo lógico es meterse en la cama temprano y madrugar.

Antonio Garrote se echó a reír y rebatió:

—Señora Candelaria, es que nuestra misión no empieza a las cinco y media de la mañana. Ya desde las dos de la noche empezamos a tocar para recordar a todo el mundo que no es noche para dormir. —Le explicó que se reunían a cenar, que luego iban a vestir a los hermanos mayores, que iban al gasto y añadió—: A las cuatro de la mañana llegamos al Salvador y esperamos el momento de la salida del Jesús. Imagínese la que se ha liado después de tres años sin salir. Ah…, se me olvidaba. Cada año hay un turbo de honor que es el encargado de llamar a la puerta para que empiece la procesión. ¿Sabe a quién le ha correspondido este año?

—Ni idea —reconoció Candelaria.

—Pues ha sido su hija la agraciada —respondió Antonio Garrote.

—Ahora mismito me entero. Hay Dios mío —dijo con energía encarándose a Oramas—, si es que esta hija mía parece que tiene sangre de nabo.

A la botella de resoli le dieron un buen tiento, lo cual ayudaba a la concurrencia a hablar por los codos. El nerviosismo de Candelaria había quedado ya lejano, estaba dicharachera y se había convertido en el centro de la reunión. Crespo, por el contrario, había clavado la barbilla en su pecho y estaba profundamente dormida. Candelaria se acercó a ella e intentó reanimarla:

—Anda, quédate conmigo y te acuestas en una cama como Dios manda.

No hizo falta. La inspectora Crespo abrió los ojos con parsimonia y empezó a tomar contacto de nuevo con la realidad. Alargó el brazo, cogió la botella de resoli y se sirvió otra copa. Se sirvió la última torrija que había en la bandeja y miró a la inspectora Oramas con timidez sabedora de que no le quitaba la vista de encima.

—¿Estás bien? —le preguntó con tono maternal.

—Sí, sí; un poco adormilada, pero nada más.

—Se debería acostar ahora mismo.

—Madre, déjala que haga lo que quiera que ya es mayorcita.

Candelaria se enfadó con su hija. Se puso en jarras y dijo con tono incriminatorio:

—Mira quién dijo puta, la Lola. La más controladora del mundo.

Emilio se llevó su mano al bigote y se lo alisó todo lo que pudo con la yema de los dedos.

—Y gracias a ello, señora Candelaria, podemos disfrutar ahora mismo de la procesión "Camino del Calvario" —precisó.

—Eso también es verdad —reconoció cabizbaja.

Con su típica voz metálica, Jesús interrumpió la conversación:

—Señora Candelaria. Debería usted seguir explicándonos qué cosas le llaman la atención de nuestra Semana Santa.

Todos volvieron la vista hacia ella. Desvió la mirada hacia el roquedo que había al otro lado de la hoz y con la vista medio perdida, dijo tras haberse quedado callada durante un buen rato:

—Me gusta mucho que se vean mujeres con mantilla en la procesión del Santo Entierro.

—Una buena observación que no todo el mundo sabe apreciar —precisó Javier—. Lo de tapar la cabeza es una tradición española con miles de años de historia. Ya en la cultura ibérica había manifestaciones que apuntaban en este sentido. Pensemos, por ejemplo, cómo cubría su cabeza la Dama de Elche o la Dama de Baza. De eso a la costumbre de cubrir la cabeza con una mantilla, tan solo hay una ligera evolución. La reina Isabel II fue una gran impulsora de la mantilla como seña de identidad española. En Cuenca tenemos

constancia de que dicha prenda ya se utilizaba en nuestras procesiones en el año 1897.

Crespo dio un mordisco a la torrija, tomó aire y dijo:

—Otro motivo por el que se le puede conceder el título de "*enconquensada*" a Candelaria es la cantidad de veces que baja a visitar a la Virgen de las Angustias.

—Otra buena razón, desde luego —confirmó Antonio Miranzo—. ¿Disfruta usted del camino?

—Para abajo mucho, cuando regreso es otro cantar. —Tras unas

sonoras risotadas, Candelaria continuó—: Hablando en serio, es uno de los parajes más bonitos de la ciudad. Una de las cosas que más me llama la atención es la tranquilidad que se respira en la explanada que hay en la puerta de la ermita.

—El paisaje que se contempla desde allí goza de mucho esplendor —añadió José Aguilar—. Y el murmullo del agua de la fuente de los Suspiros ayuda mucho para que sea un lugar placentero al que merece la pena ir. No sé si sabe que para muchos conquenses la Semana Santa comienza el viernes de Dolores con la visita al santuario de las Angustias. Se producen unas colas enormes hasta altas horas de la noche.

—Sí, lo sé —confirmó Candelaria—, pero con esta maldita enfermedad que no quiero ni nombrar…

—Llámele el Ángel de la Muerte —propuso Emilio.

—Pues eso, que todavía no he ido ningún año. Y voy a aprovechar este momento en que estoy rodeada de gente tan preparada para ver si alguien me puede aclarar el motivo por el que en Cuenca hay dos patronas.

—Muy fácil, señora Candelaria —se arrancó Antonio Miranzo—, la Virgen de la Luz es la patrona de la ciudad y la Virgen de las Angustias es la patrona de la diócesis; o si lo prefiere, de la provincia.

—Fíjese usted si queremos a la Virgen de la Luz que, además de patrona, es alcaldesa honoraria de Cuenca —precisó Emilio.

—Interesante también sería que supiera que nuestra patrona está rodeada de misterio —añadió Antonio Garrote.

—¿En qué sentido? —preguntó Candelaria.

—Le recomiendo que lea la leyenda del pastor Martín Alhaja y del momento de la conquista de Cuenca —señaló José Aguilar—. Cuenca fue conquistada por el rey Alfonso VIII el 21 de septiembre de 1177. Se cuenta que una noche, cuando Martín Alhaja apacentaba las ovejas, vio una luz en la orilla del Júcar que se movía. Al acercarse comprobó que la luz procedía de un candil que llevaba en la mano una señora que se presentó como la Virgen María. Le anunció que iba a tener un gran protagonismo en la conquista de Cuenca. Y así fue. Las tropas cristianas pudieron entrar en la ciudad de Cuenca por la puerta de San Juan cubiertos con pieles de oveja ya que el vigilante era ciego. Los infiltrados pudieron abrir la puerta y el ejército cristiano entró en la ciudad.

—Una leyenda muy bonita sin duda alguna. Pero mira que poner a vigilar en la puerta a un ciego…

La noche había sido larga, pero todos mantenían la frescura en sus rostros y a nadie parecía faltarle un ápice de energía. Cada cual iba sacando sus propias conclusiones sobre la graciosa reunión que estaban celebrando. La inspectora Oramas miró el reloj y preguntó a

su madre:

—¿Está preparado el café?

—Por supuesto —respondió con poderío.

Oramas se levantó de la silla y marchó a la cocina. Candelaria recogió los vasos usados, los colocó sobre las bandejas de las torrijas y marchó detrás de su hija.

—¿Crees que se habrán sentido satisfechos? —preguntó a su hija.

—Pues claro, madre. Todo ha resultado perfecto.

—Pienso que, quizá, he metido la pata en algún momento de la reunión.

—No te aprietes las tuercas, madre. Has estado perfecta —dijo dándole un abrazo acompañado de un beso—. Cuando una se muestra con naturalidad nunca se extralimita.

La inspectora Oramas cogió de un armario una bandeja, colocó sobre ella diez tazas de café, diez platitos, diez cucharillas, una jarra con leche, otra con el café, un azucarero, un servilletero y marchó con ella de nuevo al salón. Cuando los repartió entre los asistentes fue preguntando de uno en uno con la jarra de café en una mano y la de leche en la otra sirviendo según les iban indicando.

—Que sepáis que queda más café para quien necesite repetir.

Cuando regresó Candelaria de la cocina, Javier le dijo a Antonio Garrote:

—Anda, cuéntale a Candelaria cómo celebramos el Viernes Santo durante la pandemia —sugirió Javier.

Con el rostro circunspecto, Antonio respondió:

—Sí, pero le voy a contar antes algo tremendamente doloroso.

—Me imagino por dónde vas —dijo Emilio.

—Se trata, señora Candelaria, de todos los que nos han dejado desde que «el Jesús» descansara en sus borriquetas el pasado 30 de marzo de 2018. Como alguien ha dicho en esta reunión «el Ángel de la Muerte» los visitó y, como buenos hermanos que somos, tenemos que procurar que se mantengan vivos dentro de cada uno de nosotros.

—Eso dice mucho de vosotros —exclamó Candelaria con gesto lánguido.

—Debe saber —prosiguió Antonio poniéndose un pelín trascendental — que, desde antes de dar los primeros pasos, la tradición familiar nos ha hecho nazarenos. Mi primer recuerdo como nazareno es con un chupete en la boca. A partir de ahí se fue forjando en mí una herencia de valor sentimental extraordinario. Heredé de mis antepasados túnicas, capuces, rosarios y el clarín; legado que me obliga a trasmitirlo a mis hijos y nietos para que no se pierda la tradición.

—Lo maravilloso de nuestra Semana Santa —añadió José Aguilar — es ir haciéndote mayor y no dejar de sentirla y que cuando seas ya

un anciano y llegue el último momento de tu vida, pienses en tu hermandad de manera entrañable.

—Explicar mejor ese sentimiento me resulta imposible —reconoció Antonio Garrote—. Ahora le voy a contar a la señora Candelaria lo que hicimos durante la pandemia. Vaya por delante que la ocurrencia fue tanto mía como de Javier. Lo cierto es que sentíamos una enorme tristeza por no poder salir un año más. Me reuní con Javier y le dije que teníamos que pensar algo para mantener viva la llama. Nos miramos a los ojos y nos pusimos de acuerdo enseguida. Pensamos en una tamborrada y una clarinada en los balcones. Pensamos que la mejor hora sería las doce del medio día, una vez que acabara el miserere que por esos días se escuchaba a esa misma hora en el reloj de Mangana. La Turba anónima, fiel a sí misma, no nos defraudó. Tambores y clarines se oyeron hasta en balcones australianos según imágenes que nos hicieron llegar.

En el estómago de Oramas se formó un nudo al escuchar las palabras de Antonio. Con voz tierna le dijo:

—Nos has explicado cómo empezaste de nazareno, pero yo me pregunto cómo has acabado en las Turbas.

Con sonrisa picarona, Antonio le contestó:

—También tiene su explicación. Resulta que, en cierta ocasión, siendo yo un niño, mi padre me compró un churro cuando íbamos acompañando a la Soledad. Ni corto ni perezoso, me subí la tela del capuz y me puse a comer mi churro. Un hermano mayor de la Hermandad de la Virgen de la Soledad se me acercó y me indicó que tenía que retirarme a la acera hasta que acabara de comérmelo. Así lo hice. En ese momento pasó por allí un turbo con su tambor, era Arturo Forriol y digo su nombre porque era una persona muy conocida…

—Fíjate si era conocida, que a Carretería le llamaban avenida de Forriol por las tiendas de confección que tenía en esa calle —interrumpió Jesús Aguilar.

—Pues bien, este señor, que era amigo de mi padre, me llevó hasta el inicio de la procesión donde estaban los turbos. Me gustó tanto la experiencia que mi padre solicitó mi inscripción ese mismo año.

—Después de esta… anécdota —dijo la inspectora Crespo, dudando sobre la utilización de ese término—, poco más creo que podamos añadir.

Javier le lanzó una mirada glacial, dio un sorbo a la taza de café y replicó con afabilidad:

—Permíteme una vuelta de tuerca más. Haré un esfuerzo de síntesis y procuraré ser breve en la explicación.

—No faltaría más —respondió Crespo.

—Creo que todo el mundo de los que estamos aquí reunidos sabe que las Turbas fueron parte de la Hermandad del Jesús del Salvador y

que en 2006 se creó el Grupo Turbas. No me voy a meter en la explicación del motivo por el que las Turbas se desligaron de la Hermandad del Jesús porque lo mismo salimos a tortas.

—Por Dios, Javier; que somos gente civilizada —dijo José Aguilar con la sonrisa dibujada en su rostro.

—Ha sido una forma de hablar —se excusó Javier—. Ya me conoces… A lo que iba, en 2016 elaboramos estatutos para constituirnos en asociación pública de fieles tal y como nos había aconsejado el obispado. Pero, misteriosamente, rechazaron la propuesta y nos dejaron en asociación de fieles a secas. Queríamos ser asociación pública de fieles con el fin de que se nos considerase una Hermandad más.

»Sin embargo, el Obispado propuso firmar una concordia entre el obispado, la Junta de Cofradías y Las Turbas para nuestra integración transitoria y con derechos limitados hasta que fuéramos admitidos como miembros integrantes de la Junta de Cofradías, concordia firmada en marzo de 2018. Y aquí era donde yo quería llegar, en este momento entramos en la Junta de Cofradías para estar representados como el resto de las hermandades. Aunque fue un paso más, hay que hacer observar que no estamos representados con pleno derecho. Para que eso ocurra, creo que tendremos que esperar algo más. No sé si me habéis entendido bien.

Candelaria, que había estado bien atenta, se adelantó y dijo:

—Perfectamente. Lo que no sé es la diferencia entre Asociación de fieles y Asociación pública de fieles.

—Para responder a eso hay que echar mano del Derecho Canónico. Una Asociación de fieles es una agrupación que, aunque su base sea asociativa, no llevan una vida consagrada. Por el contrario, una Asociación pública de fieles, dentro de los límites que se le señalan, cumplen la misión que se les confía mirando al bien público. Dicho de otra manera, la diferencia entre Asociación Pública y Asociación de fieles a secas es la personalidad jurídica y que la Pública la promueve el Obispo y la otra los particulares, aunque tenga que ser aprobada por el Obispo, lo de la vida consagrada no tiene nada que ver, sencillamente sabemos que ha habido voces dentro de la Curia que no querían que fuésemos Pública, consiguiendo que lo aceptara el Obispo.

El rumor de los tambores y el chirrido cabruno de los clarines llegaban hasta el salón de la casa. La inspectora Oramas le preguntó a su madre si había visto ya la procesión. Cuando le contestó de forma negativa, dijo:

—Pues vete y coge sitio antes de que empiece a bajar.

Antonio Garrote se levantó en ese mismo momento como si hubiese sido accionado por una catapulta y apremió a todos sus

compañeros para que se pusieran en pie:

—Un momento, señora. Antes de que se vaya le queremos hacer los honores.

Se colocaron los tambores, cogieron los clarines y le dedicaron una buena tamborrada coronada con una clarinada que sacaron del alma entre Emilio y Antonio Garrote. Cuando acabaron, Candelaria lloraba como una chiquilla. Tan solo acertó a decir:

—Cuando os vayáis dejad todo sobre la mesa que yo lo recogeré.

La perra ladraba desesperadamente, hasta el punto de que Oramas tuvo que acercarse a ella para calmarla.

Ya en la calle, cuando quedó la casa vacía y la puerta cerrada a cal y canto, se le acercó Antonio Garrote y le dijo:

—Lo que no nos habéis contado es cómo disteis con el imán.

La inspectora Crespo espabiló el sueño y dejando escurrir una sonrisa por la comisura de sus labios, dijo:

—Es cierto, pero ahora no es el momento. Os aseguro que cuando lo cuente vais a flipar.

—XVIII—

El domingo se acostó Oramas con la esperanza de que el amanecer del lunes fuera distinto. Le solía ocurrir con mucha frecuencia. Los domingos por la tarde los dedicaba a repasar la situación en la comisaría y había veces que, encerrándose bajo una atmósfera angustiosa, pasaba momentos tortuosos. Sintiendo que andaba a tientas en medio de la oscuridad con el caso del atentado de las Turbas, salía muy poco, apenas lo justo para darle un breve paseo a la perra al caer la tarde. Era sabedora de que se estaba haciendo lo correcto, de que el atentado estaba desactivado, pero poco se avanzaba respecto a la identificación del imán, lo cual la tenía bastante preocupada.

Amaneció un lunes radiante en Cuenca. Era uno de esos días que solo los conquenses saben a lo que me refiero. Un día —el primero del año— que, engañosamente, parece que el invierno ha quedado atrás definitivamente. Que la temperatura del aire se va acercando a la del cuerpo humano. Que la sangre deja de arremolinarse y se mueve a la velocidad de la luz. Cargada de energía, Oramas se levantó antes de lo habitual y desayunó en la terraza con Linda pegada a sus pies. Un zumo de naranja para limpiar la tinaja, tostada de pan con aceite y sal, un café con leche espumoso, la frescura de la noche y el recital de los pájaros jubilosos por el nuevo día. Súbitamente, como si acabara de presentarse ante sus ojos un ser sobrenatural, cogió su teléfono y buscó el contacto de la inspectora Crespo:

—Dime, jefa —contestó con voz áspera.

—Espero no haberte interrumpido el sueño.

—En este momento estaba en ese punto en que se funde la realidad con la modorra —dijo con la cara a medio de hacer.

—Pues deja a un lado la narcosis y atiende bien a lo que te voy a decir —le apremió.

—Te escucho, jefa.

—Ayer me llamaron los del Grupo de Información Antiterrorista de Madrid y me dijeron que querían hablar contigo.

El estómago le dio un vuelco a Crespo.

—Cuándo.

—Te acabo de decir que ayer. Abre bien los ojos.

—Que cuándo quieren hablar conmigo.

—Esta mañana.

—¿Y me lo dices ahora?

—Perdona, se me ha pasado llamarte. Ya sabes que no me gusta molestaros en fin de semana.

—¿Quieren hablar conmigo en persona?

—Eso me dijeron.

—¿Te han dicho la hora?

—Supongo que será a partir de las once. Ten en cuenta que vienen desde Madrid.

—Pues que sepas que voy a llegar tarde.

—¿Y eso?

—Quiero llegarme a la pelu antes de esa hora.

Que el carácter de Oramas y Crespo diferían era algo que nadie negaba. A la prudencia y reflexión de Oramas se oponía la temeridad y la inquietud de Crespo. Al sosiego, la vehemencia arrolladora. A la moderación, la destemplanza y los cambios bruscos de carácter. Frente a la reserva de una, se oponía la indiscreción de la otra queriendo ser el perejil de todas las salsas. Si Oramas pensaba que el feminismo estaba sobrevalorado en muchos aspectos, Crespo lo defendía a ultranza con uñas y dientes. Si a Oramas le tenían que pisar mucho y fuerte el rabo para que mordiera el pie que le aprisionaba, Crespo reventaba con facilidad. A pesar de todo, supieron acoplarse una a la otra y acabar siendo tan buenas amigas como compañeras. No se enredaron en las diferencias, sino en las coincidencias, que eran muchas más, tanto en número como en calidad. Lo que más valoraba Oramas de Crespo era su plena disposición para estar a cualquier hora y en cualquier situación al servicio del grupo. Era un todo terreno que sabía sacrificar un fin de semana acudiendo tan rápida como una gacela donde hiciera falta. ¡Qué importancia podía tener que llegara tarde un lunes por la mañana!

—Sabes que puedes ir, pero procura llegar antes de las once.

—Estaré allí antes de esa hora, no te preocupes.

Salió de su casa mucho antes de lo habitual y bajó a la comisaría con paso sosegado. En tropel, dando vueltas en su mente como si se tratara de una hormigonera, repasó todo lo que había leído durante el fin de semana: artículos sobre el Estado Islámico, la fabricación de explosivos y el nuevo orden mundial en los países musulmanes caso de que dicho grupo terrorista llevara a cabo sus objetivos. Miles de imágenes se acumulaban sin sosiego produciéndole sacudidas de inquietud.

Al llegar a comisaría se encontró un ambiente mortecino. Ni siquiera había un policía atendiendo el mostrador de información. El ambiente en la cafetería estaba más animado. Desde allí llegaba el aroma del café y el rumor de alguna cucharilla rascando el fondo de la taza. Sin ser observada por nadie, subió a la primera planta y ocupó su

despacho. Subió las persianas y miró el reloj. Era muy temprano, pero sabía que podía llamar al comisario:

—Buenos días, Oramas. ¿Cómo es que me llamas tan temprano?

—Hoy es que me he caído de la cama y como sé que eres tan madrugador me he dicho y por qué no llamarlo ahora mismo.

—Pues has acertado, porque ya llevo más de una hora andando.

—Primero de todo, dime qué tal estás.

—En los huesos. Entre las caminatas y las comidas de mi mujer estoy que parece que las costillas se quieren escapar de la piel.

Oramas rio.

—Me tiene a base de berza —añadió el comisario.

—Alguna chuleta de cordero caerá de vez en cuando —dijo Oramas intensificando la risa.

—De vez en cuando me permito alguna licencia de ese tipo, ya lo creo. No te puedes ni imaginar lo ricas que están a la brasa. Pero…, vayamos a lo nuestro. ¿Hay novedades?

Tras esa pregunta desapareció la risa del rostro de Oramas.

—Novedades siempre hay. Eso lo sabes tú mejor que nadie. Para ir de menos a más, empezaré diciendo que del imán todavía no sabemos nada. Pero las cosas creo que, en general, no van mal.

—¿Sabes si han empezado con la fabricación de explosivos?

—Torrijos ha descubierto que han comprado veinte kilos de acetona.

—¿Veinte kilos?

—Ha recorrido todos los lugares donde se vende en la ciudad y ha contabilizado esa cantidad.

Tras un silencio espeso, dijo el comisario:

—¿Le has preguntado a Javier sobre el asunto?

—No parece que le haya extrañado mucho la cantidad. Dice que en Barcelona fabricaron para llenar veinte sacos de cinco kilos cada uno. Eso hacen cien kilos en total.

—Claro, claro… Pero es que habían planificado un ataque sin precedentes en Europa. Incluso habían estudiado la idea de demoler la Sagrada Familia. Lo que se llevó a cabo fue un plan B que improvisaron sobre la marcha los supervivientes. Ya sabes que a esos bobalicones los habían convencido de que fueron los elegidos para que llevasen a cabo un atentado contra los infieles y que les estaban esperando setenta y dos vírgenes en el Paraíso.

Tras un gesto de incredulidad, preguntó Oramas:

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Pues quiero decir que con esa cantidad salta Cuenca entera por los aires.

—Tú mismo acabas de decir que son bobalicones. Dudo mucho que esas criaturas satánicas sepan lo que se llevan entre manos. Por lo que

he leído este fin de semana, los artefactos caseros no requieren grandes conocimientos técnicos ni instalaciones sofisticadas para su fabricación. Por si fuera poco, su producción es barata. Se pueden comprar los componentes de fabricación a bajo precio.

—El modus operandi del yihadismo son los ataques terroristas simultáneos. ¿No habéis pensado en la posibilidad de que estén fabricando explosivos para más células terroristas?

—No —contestó Oramas con sequedad—, en las conversaciones telefónicas no se ha detectado nada al respecto.

—De todas formas, creo que hay que tenerlos muy vigilados.

—Lo están. Los vigilamos desde la distancia, no solo por la peligrosidad de la manipulación sino por evitar sospechas. La verdad es que los tenemos vigilados las veinticuatro horas del día.

—Del imán nada sabemos, ¿no es así?

—Así es.

—Es escurridizo el jodío ese.

—Lo que se me ha olvidado decirte es que esta misma mañana vienen los del Grupo de Información Antiterrorista.

—Eso es que empiezan a tomarse las cosas en serio. ¿Te han dicho el motivo de la visita?

—Quieren hablar con la inspectora Crespo.

—Es la única que lo vio en persona, ¿no es así?

—Lo vio el día que fue de incógnito a Tragacete.

—Pues supongo que querrán identificarlo ya mismo.

—Lo que sea, sonará. Y no dudaré en comunicártelo al instante.

Oramas marchó en busca de Javier. Le dijeron que estaba en la cafetería y allí que se presentó. Estaba solo. Sentado en una mesa, daba cuenta de un café con leche en taza grande y de un bocadillo de jamón. Oramas miró el bocadillo. De qué buena gana se hubiera pedido uno, pero tuvo la fuerza de voluntad suficiente para renunciar a él.

—¿Qué le pongo a la comisaria más eficaz del mundo? —preguntó Marcelo.

—Un café con leche con un corazoncito.

No quiso interrumpir las últimas tarascadas del bocadillo y se quedó en la barra mirando por el rabillo del ojo hasta que lo engulló por completo. Con la taza en la mano, se acercó a la mesa y le preguntó:

—¿Me puedo sentar contigo?

—Faltaría más —dijo despachando el último trago a las tripas.

Cuando estuvieron sentados una frente al otro, Oramas se acercó todo lo que pudo a Javier, bajó la voz y dijo con gesto inquieto:

—Quiero preguntarte algo sobre el triperóxido de triacetona.

—Soy todo oídos.

—Me gustaría saber cómo funciona.

Javier, mientras jugueteaba con el sobre de la azúcar, respondió:

—Es muy fácil de entender. Imagina que el polvo, porque es en eso en lo que se convierte esa sustancia cuando se seca, se introduce en cualquier tipo de recipiente y por medio de alguna causa externa, como puede ser un percutor, se produce una liberación violenta de energía. En esas circunstancias, el material explosivo se transforma en gas y, como el calor liberado es altísimo, su volumen aumenta unas quince mil veces.

Tras unos segundos de silencio reflexivo, concluyó Oramas:

—Claro…, ese es el motivo por el que se produce la explosión. —Tomó la taza en sus manos y dio un profundo sorbo—: Le estoy dando vueltas al asunto y he pensado que pudieran estar planeando ataques terroristas simultáneos.

—Esa conclusión no está mal tirada. La verdad es que acostumbran a hacerlo cada vez que pueden. Con ello consiguen generar más caos y, por tanto, aumentar el impacto mediático.

Oramas resopló. Se sujetó la barbilla con la mano izquierda y reconoció con honda preocupación:

—Presiento que esos infelices puedan estar preparando un atentado suicida.

De la cara de Javier desapareció todo vestigio de sonrisa.

—Teniendo en cuenta que los terroristas yihadistas siempre cuentan con ser abatidos… —dijo y, encogiéndose de hombros, agregó —: es posible que se trate de suicidas. ¿Cómo has llegado a esa deducción?

—Por la cantidad de acetona que han comprado —respondió añadiendo una sonrisa.

La réplica fue inmediata:

—Si es así, los explosivos les puede servir para fabricar chalecos. —Oramas cogió de nuevo la taza y, apretándola entre sus manos, se quedó profundamente pensativa. Al contemplar Javier que se había quedado en trance, más por hacerla regresar a la realidad que por otra cosa, preguntó—: ¿Tienes alguna pregunta más?

Sin meditar para contestar, negó con la cabeza. Javier se disculpó alegando que tenía una reunión. Oramas continuó sentada dándole vueltas a la taza entre sus manos.

Fiel a su promesa, la inspectora Crespo llegó a las diez y treinta y ocho. Lo primero que hizo fue buscar a la inspectora Oramas. La encontró en su despacho. Los ojos de su jefa la asaetearon de forma fulminante.

—Crespo —lanzó la mirada por encima del ordenador—, eres una

caja de sorpresas.

No solo se había lavado y cortado el pelo. Se había hecho también un tratamiento de cutis. Armonizó los servicios de peluquería con un traje de chaqueta gris claro conjuntado con una camisa blanca y unos pantalones vaqueros que pocas mujeres sabían lucir como ella.

—¿Te ha impactado mi nuevo look?

—Por supuesto —la sonrisa volvió a apoderarse de la cara de Oramas—. Nadie como tú para lucir los peinados de ese salón de belleza.

Con voz animada, contestó:

—De vez en cuando me gusta darle un caprichito al cuerpo, jefa. Hoy ha tocado salón de belleza. Este fin de semana ha sido una cena junto al Huécar.

—Eso no me lo has dicho.

Adoptando un gesto de glamur, añadió:

—Estuve cenando en «La Grotte» con Lidia y con Javier.

—¿Con Javier? Ahora me entero —dijo con retintín.

—Como que no hemos hablado desde entonces. El día que vino a buscarme al despacho le prometí que iríamos a cenar los tres juntos y he cumplido la promesa.

Tratando de ocultar lo que le rondaba por la cabeza, Oramas preguntó:

—Oye, nosotras hace ya tiempo que nos conocemos.

—Desde que llegaste de Canarias —soltó Crespo con cierto descaro.

—Y somos buenas amigas, ¿verdad?

—Yo creo que sí.

—¿Qué harías si te separaras de Lidia?

La pregunta dejó atónita a Crespo.

—¿Si me qué?

—Me has escuchado bien: si te separaras de Lidia.

—¡Ah…, ya sé por donde vas! Pero te vas a quedar con las ganas de que te conteste. —Crespo aspiró largamente y añadió—: Lo único que te puedo decir con claridad es que no contemplamos la idea de separarnos.

No se esperaba la respuesta. Se quedó descolocada. Sin ofenderse ni hacer comentario alguno, reconociendo que no le faltaba razón, agachó la cabeza y golpeó repetidas veces las teclas del ordenador. Temerosa de que hubiera provocado las iras de Crespo y de que se desataran las hostilidades, Oramas intentó dar un giro a la conversación. Seleccionó un archivo y dijo:

—¿Sabes que Javier no descarta que para el atentado utilicen chalecos?

—¿Te refieres a un atentado suicida?

—Pues claro.

Sonó el teléfono fijo.

—Ya están aquí —dijo Crespo.

No se equivocó. Llegaron dos personas que se identificaron como Fernando Vallejo Serrano y Santiago Otero Losada. Fernando era el mayor de los dos, aparentaba unos cincuenta. Llevaba en la mano derecha un maletín. Santiago apenas llegaba a la treintena.

—Supongo que les habrán comunicado que pertenecemos a la UCOA —dijo Fernando en un castellano inmaculado.

—Estamos informadas, en efecto —asintió Oramas.

Fernando abrió el maletín, sacó una subcarpeta y dijo separando las solapas:

—Según el informe que nos han pasado, nos consta que la inspectora Mari Luz Crespo De la Fuente ha visto en persona al imán que supuestamente encabeza la célula yihadista establecida en esta ciudad. Supongo que Mari Luz eres tú —añadió.

Tras asentir con la cabeza, respondió:

—Fui a Tragacete un viernes por la tarde porque teníamos información de que se reunían allí. A la mañana siguiente llegaron cuatro jóvenes y se alojaron en el mismo hotel que nosotras. La sorpresa fue cuando el domingo por la mañana llegó otra persona que dedujimos que debía de ser el imán.

Fernando se tomó unos segundos para leer con detalle el escrito y corroboró con perceptible interés:

—En efecto. Tus palabras coinciden con la información que nos han proporcionado. —Tras un incomodo silencio, añadió—: ¿Hay alguien más que lo viera?

—Sí, señor. Estuve en Tragacete con mi novia.

Al escucharla no pudo sustraerse a la sorpresa que le produjo, dibujándose en su rostro un gesto extraño. Tomó de nuevo el maletín, sacó un álbum con fotos y se lo acercó a la inspectora Crespo.

—Tómate el tiempo necesario y dinos si es alguno de estos el que viste en la Sierra.

Crespo resopló tan fuerte que le vibraron sus labios. Atrajo hacia sí las fotos y dijo:

—Espero que haya alguno que merezca la pena.

—Desengáñate tú misma.

Si a cualquier persona con un mínimo de sensibilidad le hubiesen encomendado dicha tarea, se le hubiese echo un nudo en las tripas. No le fue mucho mejor a la inspectora Crespo. Quizás fuese la tarea más dura que tuvo que realizar desde que bajó a un pozo para rescatar un cadáver en descomposición. Empezó el escrutinio deslizando su dedo por la cara de esos malditos deteniéndose tan solo en aquellas que tenía dudas. Hasta la segunda página todo parecía fluir con

normalidad, le dedicaba a cada uno el tiempo preciso. Pensar en el número de muertos que tenía cada uno de ellos a sus espaldas le rebrincaba la sangre. La tarea que tenía entre sus manos era prácticamente nueva y, poco a poco, se le fue agriando el carácter hasta el punto de que todas las caras les resultaban parecidas. Aun así, con la plena confianza de que llegaría el momento en que aparecería la foto de aquella persona y de que cada vez estaría más cerca el momento en que daría un salto de alegría, llegó hasta el final sin que su dedo se detuviera. Repitió la operación, esta vez deslizando el dedo con algo más de rapidez, pero con el mismo éxito. Con la moral por los suelos, fatigada, con un estado de estrés que no podía disimular y con los músculos de la cara en tensión, marchó en busca de Fernando. Cuando se lo echó a la cara no hicieron falta palabras.

—Si no es ninguno de ellos, no te preocupes —dijo Fernando—. Santiago es un retratista estupendo. Aunque, me ha parecido escuchar que había otra persona contigo en el momento de…

—Ya dije que estuve con mi novia —contestó con llaneza.

—Pues, antes de ponernos a hacer el retrato robot, es necesario que esa chica eche un vistazo a las fotos.

Cuando Crespo le contó a Lidia que le dolían los ojos de ver fotos de yihadistas, soltó una enorme carcajada que dejó a Crespo sin capacidad de respuesta. Unos segundos después entró un wasap en su teléfono. Presurosa, lo abrió y dijo:

—Pero…, cómo no me lo dijiste, so cabrona —dijo Crespo con dificultad para que le saliera la voz del cuerpo.

—Con la bronca que te echó tu jefa, no me atreví. La verdad es que no le di demasiada importancia y se me olvidó que tenía su foto.

—Pues creo que nos vas a evitar un buen trabajo. De momento, puede que no tengas que personarte en comisaría y, seguramente, no habrá necesidad de fabricar un retrato robot. Mira…, vamos a hacer una cosa. Déjame hablar con los agentes llegados de Madrid y luego te llamo.

Se apoyó contra la barandilla de la escalera e intentó recobrar la serenidad. A la vez que salpicaban alborotadas múltiples imágenes del viaje a Tragacete en su cerebro, con el móvil en su mano izquierda agrandó la foto del imán y recortó un primer plano de su cara.

—Este es nuestro hombre —dijo girando el teléfono hacia Fernando.

—¿Me permites? —contestó tomando el teléfono de Crespo en sus manos.

Sus ojos parecían derretirse observando la foto de ese hombre. Dio la impresión de que rebuscó en todos los rincones de su mente. Tras guardar silencio, negó con la cabeza afirmando:

—Si hubiese visto este rostro alguna vez en mi vida, no lo hubiese

podido olvidar.

Con ese rostro endurecido, con esa sonrisa gélida que le colgaba de las comisuras y con esa mirada tan sucia, más que una persona parecía una pesadilla.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Fernando con cierto aire de ironía siguiendo los pasos de la inspectora Crespo.

—La tenía mi novia —contestó Crespo con orgullo—. Hizo la foto y, temerosa de que hubiese obrado de forma indebida, no dijo nada. Luego se le olvidó y quedó despistada en la galería de fotos —añadió girando la cabeza hacia atrás—. Menos mal que no la eliminó.

—Pero ha aparecido —concluyó Fernando alargando las sílabas en un claro deseo de celebrar el hallazgo—. Ha aparecido —repitió—. Eso es lo importante, y no creo que nadie proteste por haber hecho la toma. Felicítala de mi parte porque esa foto puede haber salvado muchas vidas. Por cierto, ¿se hospedó ese individuo en Tragacete?

—Si se hubiese hospedado ya le hubiésemos echado el guante —dijo sentándose detrás de la mesa de su despacho.

—¿Llegasteis a ver su coche? —insistió sentándose frente a ella.

—Apareció de repente sin que ninguna de las dos lo esperáramos.

—¿No sabéis en qué medio de transporte llegó?

Crespo apoyó los codos sobre la mesa y, acomodando la barbilla entre sus manos, dijo tras un largo silencio:

—Pensándolo bien, tuvo que llegar en vehículo particular, pero se presentó en el hotel de improviso y todo ocurrió de forma precipitada.

—Suele ser la forma de actuar de los imanes. Procuran pasar desapercibidos, como si fueran invisibles. ¿Qué hizo cuando llegó al hotel?

—Realmente no llegó a entrar en él.

—Lo suponía —apuntaló con firmeza—. Seguramente pensó que cuanta menos gente lo viera sería mejor para él —aventuró—. Además, seguro que pensó que podría haber cámaras en alguna estancia.

—Llamó a los chicos y bajaron de inmediato los cuatro. Se saludaron con rapidez y se marcharon con los más jóvenes.

—Sospecho que tomaron una senda poco transitada.

Tras una sonrisa con la que pareció expresar el gran conocimiento que tenía sobre la forma de actuar de los imanes, Crespo asintió:

—En efecto, tomaron la ruta que subía río arriba hacia la cascada del Molino de la Chorrera. Pero no llegaron hasta el final. Iban despacio y se paraban constantemente. Nosotras los vigilábamos desde la distancia y nos veíamos obligadas a parar constantemente. —Hizo una pausa y agregó—: No podíamos escuchar lo que decían, pero, por los gestos que observábamos, el imán era el único que hablaba.

Fernando levantó la mirada y sonrió con levedad.

—Me imagino que no hará falta que te explique de qué les hablaba.

Asintiendo, contestó con una sonrisa de aprobación en los labios:

—Me ofende esa duda.

Sonaron tres golpes en la puerta y entró Oramas sin esperar a que le dieran permiso. Le acompañaba Santiago.

—¿Molestamos? —preguntó Oramas dando un frenazo en seco.

—Pasad y cerrad la puerta, que tenemos información reservada.

Oramas se tomó a chunga las palabras de Crespo y las soslayó.

—¿Has hablado con Lidia?

—Sí —contestó con sequedad cortante.

Tras una mirada circular, dijo dirigiéndose a Crespo:

—Tienes que perfeccionar tu arte del disimulo. Nos hemos perdido algo, ¿verdad? Anda suéltalo ya —le inquirió.

Se abrió paso entre sus labios una sonrisa apacible, activó el teléfono y le enseñó la foto que le acababa de enviar Lidia. De momento, Oramas no captó la importancia del instante. Pensó que era una persona a la que debía conocer y se puso a rebuscar en lo más hondo de su interior hasta que:

—¡No me digas que es…!

—Pues sí, es él —dijo Crespo ampliando la sonrisa.

La felicitó con los adjetivos más contundentes que acertaron a llegar a su garganta. La abrazó con honda emoción. Se sumaron todos a la juerga con risas. Vitorearon a Crespo levantando el pulgar hacia arriba. En medio de toda la algarabía, Oramas preguntó:

—¿Cómo la has conseguido?

Cuando Crespo le explicó la historia de esa foto, la inspectora Oramas se tapó la cara con las manos y dijo entre susurros:

—El viaje a Tragacete no arruinó la investigación porque Dios no quiso.

Santiago era el menos participativo. Daba la impresión de que se sentía innecesario. Le clavó a Fernando una mirada llena de desconcierto y dijo:

—Entonces ya no tengo que…

—Por supuesto que no —le contestó Fernando.

Súbitamente, sin explicación lógica, se extendió el silencio por todo el despacho. Oramas miró a los dos agentes llegados de Madrid y dijo:

—A partir de este momento, creo que tendremos que estar coordinados. Debéis tener en cuenta que Cuenca es una ciudad pequeña y las noticias corren a la velocidad del rayo. Un paso mal dado podría echar todo a perder.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Fernando.

—Que tenemos que ser prudentes.

Crespo le pasó la foto del imán a Fernando.

—Creo que habéis cumplido con vuestra misión sobradamente —añadió.

Santiago se colocó los mechones del flequillo que le habían caído sobre la frente. Tenía un pelo rubio, lacio y muy fino. Miró el reloj y no pudo disimular la alegría. Debió pensar que regresarían con tiempo para comer en casa. Cuando su compañero planteó la siguiente pregunta, tampoco disimuló el enojo. Se giró y, dando la espalda a todos, simuló un estornudo. A continuación, se quitó las gafas y las limpió con el mismo pañuelo con que había tapado su boca.

—¿Se sabe algo de cómo fueron captados los dos hermanos?

Tras el silencio que siguió, Oramas contestó:

—Llegaron dos chicos de Guadalajara y entraron en contacto con ellos en la mezquita.

—Es la forma de proceder que tiene esta gente. Los imanes suelen utilizar a los más comprometidos para hacer captaciones.

Afirmación que indujo a Crespo a concluir:

—Arriesgar, arriesgan poco, desde luego.

—Ellos están siempre entre bambalinas, eso es cierto; pero el hecho de que sean los jóvenes los encargados de contactar es por motivos de cercanía. Suelen acercarse a ellos a través del deporte, de la música o de algún acto cultural —aclaró Fernando en tono doctoral. Dando la oportunidad de que alguien aportara su opinión, enmudeció. Como nadie rompió el silencio, continuó—: Cuando aparece el imán es para mostrar videos sobre el Estado Islámico y para ofrecerles el paraíso.

—Pero no dan la cara —añadió Oramas.

—Cierto. Tiene toda la razón la inspectora Crespo cuando afirma que no arriesgan nada.

Todavía estaba Santiago frotando los cristales de las gafas con su pañuelo. Lo hacía sin mirar, como si estuviese bajo el influjo de un tic nervioso. De repente, sin motivo aparente, se guardó el pañuelo en el bolsillo, colocó las gafas sobre la nariz y, mirando de frente a Fernando, dijo:

—Creo que deberíamos enviar la foto a la Unidad Central.

—Se la voy a mandar, pero primero quiero llamarlos.

Oramas entró de nuevo a la comisaría tras salir a despedir a los dos agentes de la UCOA. Entró ufana, con un taconeo firme y actitud triunfante. Sin poder disimular su estado emocional se dirigió a su despacho. A sus espaldas caminaban Torrijos y Peláez sin decir esta boca es mía. Nada había de extraño en ello, ya que sospechaban que algo se estaba cociendo a sus espaldas. Precisamente, Oramas iba pensando en ello. Sentía que no había estado muy hábil y entendía

que debería haber llamado a los dos inspectores para compartir alegrías. «Pero todo tiene solución en esta vida, menos la muerte», se dijo a sí misma. Antes de llegar a su despacho entró al de Crespo. Torrijos miró a Peláez con actitud burlesca y susurró:

—No pueden vivir la una sin la otra.

Oramas encontró a su compañera trabajando en su portátil. Solo se escuchaba en el despacho el suave sonido del teclado y la estridencia del canto de dos hurracas amortiguado por los cristales.

—Deja lo que estés haciendo y convoca una reunión de grupo.

Con un gesto dibujado en el aire con la mano derecha, Crespo le indicó que esperara.

—Quiero que nos reunamos con urgencia —dijo con contundencia.

O no la escuchó o se hizo la despistada. El caso es que no mostró disposición alguna para dejar sin terminar el asunto en el que estaba enfrascada. Oramas se sentó y puso las manos sobre las rodillas. A través de la ventana clavó la mirada en un punto indeterminado del horizonte y esperó.

—Estaré lista pronto —dijo Crespo más por evitar que tocara fondo la paciencia de Oramas que por otra cosa.

Esperó, esperó; y desesperó.

De repente, sin mediar palabra, se levantó de forma impetuosa y salió del despacho. Encontró a sus dos compañeros en el despacho de Peláez. La puerta estaba abierta. Se asomó y los sorprendió totalmente relajados e inmersos en un enorme regocijo.

—¿Me he perdido algo?

—Nada, jefa. Tan solo son chistes machistas —mintió Torrijos.

Se volvieron a mirar los dos inspectores y, aunque bajando la intensidad, siguieron con la retranca.

—Los que os habéis perdido algo sois vosotros. Y bien que me arrepiento —dijo tomando asiento de espaldas a la ventana. Peláez y Torrijos depusieron su actitud y se sentaron frente a su jefa—, por eso he decidido convocar una reunión de urgencia.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó Torrijos.

—Supongo que os habréis enterado de que se acaban de marchar a Madrid dos agentes del Grupo de Información Antiterrorista.

—Nos hemos enterado de que llegaron, pero no de que se hayan ido —aclaró Peláez.

—Pues os informo de que este fin de semana me llamaron y dijeron que se querían entrevistar con Crespo.

—No sabíamos nada de eso —dijo Torrijos.

—No lo sabía ni ella. Se me olvidó por completo decírselo. Lo ha sabido esta misma mañana.

—Está bien, está bien…, cuéntanos las novedades —le sugirió Peláez.

Oramas les envió la foto del imán y dijo:

—Ahí tenéis las novedades.

El primero que cayó en la cuenta de lo que le había enviado fue Peláez.

—¡Joder! No me digas que…

—¡Anda leches! Claro… Este debe de ser el imán que estamos buscando —dedujo Torrijos—. ¿Se puede saber de dónde ha salido esta foto?

Cuando acabó de contarles los últimos acontecimientos se incorporó la inspectora Crespo a la reunión. Tras las felicitaciones por el viaje a Tragacete, concentraron las energías en diseñar el plan de trabajo a seguir.

—A partir de ahora, nuestra línea de trabajo pasa por coordinar el trabajo con los de la UCOA y saber si los hermanos de Fátima han comenzado con la fabricación de los explosivos —decretó Oramas.

A pesar de que todos estuvieron de acuerdo, fueron varias las preguntas que surgieron.

—¿Nos han revelado algo la intervención de los teléfonos de esos muchachos? —preguntó Torrijos.

—Como comisaria en funciones, me pasan a diario un informe de los asuntos más relevantes. Hay constante comunicación entre los de Guadalajara y los dos hermanos, pero no tengo plena confirmación de que estén fabricando explosivos. Con el imán no se han puesto en contacto ni los de aquí ni los de allí.

—Dices que no tienes plena confirmación, pero ¿hay algún indicio que nos haga pensar que…?

Oramas no le dejó acabar la frase a Peláez.

—Dicen frases como «tenemos que hacer que esta gente se arrepienta de haber nacido» o «a los enemigos de Dios hay que demostrarles quién tiene la fuerza».

Crespo se incomodó.

—Ante un tribunal, esas palabras no demuestran nada. Pero la intuición me dice que están en plena actividad de fabricación de explosivos.

—¿Qué podríamos hacer para tener pleno conocimiento de que han empezado? —preguntó Peláez—. Lo digo porque, ya que tenemos la foto del imán, sería una pena que se echase todo a perder por culpa de esos incautos.

—¿No podríamos averiguarlo por medio de Fátima? —propuso Torrijos.

—Tras los avances que hemos realizado, me parece que seguir confiando en que sea ella la que nos proporcione la información es un peligro —respondió Oramas—. Al fin y al cabo, por sus venas corre la misma sangre.

Sin demostrar enfado, Torrijos preguntó:

—¿Qué propones, entonces?

—Creo que lo mejor que podemos hacer es esperar a que hagan su trabajo los de Madrid. En el momento en que identifiquen al imán, caeremos sobre ellos en una acción conjunta.

—Yo, el problema que veo —dijo Peláez calmosamente— es que la operación se frustre y se lancen a la desesperada. No hay que olvidar que esa gente está convencida y deseosa de terminar en el paraíso.

Crespo estaba nerviosa. Miraba la hora constantemente. Tenía dudas si lo mejor era seguir callada o intervenir. Tras unos segundos de silencio se decidió a hablar:

—Necesitamos saber de forma imperiosa en qué proceso están los hermanos de Fátima —replicó con convicción.

—Estoy de acuerdo, pero no propones cómo hacerlo —respondió con firmeza Oramas.

De nuevo enmudecieron. Crespo se rebullía en la silla con los nervios a flor de piel. Tenía un plan, pero temía que su jefa lo rechazara. Pensó que era necesario hacer el planteamiento de forma que no tuviera más remedio que admitirlo. Le tendió una celada.

—No veo otra posibilidad que entrar allí una noche y comprobar que…

—¡¿Cómo?! ¿Me estás diciendo que vas a entrar allí de noche y con una linterna en la mano vas a andar para arriba y para abajo en busca de explosivos? —saltó Oramas sin permitirle acabar la frase—. De eso nada. No quiero mártires en mi equipo.

—Nadie ha dicho que sea la inspectora Crespo la que tenga que entrar —apostilló Torrijos.

—Ni ella, ni ningún otro va a entrar.

—Para mí sería un trabajo más agradable que aquella vez que tuve que bajar a un pozo ciego en busca de un cadáver. ¿Lo recuerdas?

—No intentes chantajearme porque no voy a permitir que…

Peláez tomó la palabra y propuso:

—¿Habéis pensado en la posibilidad de entrar a ese maldito lugar de día?

Todos callaron y todos parece que otorgaron la posibilidad de que así fuera. Se quedaron solas Oramas y Crespo.

—Ahora que parece que tenemos bajo la bota al imán, te voy a decir una cosa —dijo Oramas—. Creo que el día que fuisteis a Tragacete, dejasteis que se os escapara vivo.

—Yo también me he apretado las tuercas con ese mismo asunto. Estuve dudando si seguirlos cuando se dieron la vuelta, pero tuve miedo de que se mosquearan y dieran al traste con la investigación —respondió—. Me dieron ganas de pedir refuerzos a Cuenca, pero tampoco sabía las intenciones del imán. Se podría haber dado la

circunstancia de que cuando hubieran llegado ya se hubiese marchado. En ese caso, también hubiese habido el mismo peligro —añadió—. Además, ten en cuenta que no me llevé el arma reglamentaria —concluyó.

Se le quedó mirando y con gesto condescendiente, dijo:

—Para esos casos está la Guardia Civil.

Ahora fue la inspectora Crespo la que se quedó mirándola, pero con gesto displicente.

—XIX—

Oramas le contó a Antonio Garrote cómo identificaron al imán sin guardarse nada.

—Toda buena investigación tiene que estar perfectamente planificada y casi científicamente organizada. Trabajar en equipo resulta también fundamental, pero hay ocasiones en que el azar hace acto de presencia y, sin saber cómo, la casualidad nos pone ante el desenlace de forma concluyente —aclaró.

—Yo no creo en el azar. Sin trabajo y constancia no se os hubiese presentado eso que has dado en llamar casualidad.

El Jesús del Salvador empezó a moverse perezoso. Los turbos lo hacían formando remolinos entre la gente para tomar posiciones y bajo un profundo rumor caminaban los invitados de Oramas por la calle Pilares a buen ritmo. Al llegar a los Arcos miraron al cielo. Nubes sucias amenazaban lluvia sobre sus cabezas. Por debajo de uno de los Arcos Oramas contempló el avance de la primera hermandad. Los banceros alzaron al Jesús y los clarines, descargando su ira, hicieron escarnio.

La turba embraveció con desesperación en la puerta del Ayuntamientoy el rumor resonó de forma violenta: «Que lo bailen, que lo bailen…». Y el paso se mece de nuevo por encima de las cabezas al ritmo de los tambores y de la música que marcaban las horquillas.

—Este traqueteo de las horquillas golpeando el suelo es uno de los signos inconfundibles de nuestra Semana Santa —aclaró Antonio Garrote.

—Otro signo es esta procesión. Creo que no tiene parangón en todo el mundo.

—Hoy por hoy, y pese a quien pese, no se entiende nuestra Semana Santa sin el espectáculo de las Turbas.

—Es una manifestación fascinante. Y vivida desde dentro mucho más.

—Las Turbas tienen un enorme influjo sobre la ciudad —remató Antonio—, digamos que forma parte de la cotidianeidad de la ciudad.

—La estructura de la ciudad tiene gran importancia para que sea así.

Comenzó la cuesta. La calle se estrechó, el ruido se convirtió en estruendo y la espalda de Oramas fue recorrida por un enorme estremecimiento. Era la última fase de la procesión que, como si quisiera detener el tiempo, tenía en vilo a la ciudad. A la inspectora

Crespo le cayeron varias gotas en la cara y miró al cielo de nuevo. Poco después, el Jesús del Salvador fue cubierto por un plástico trasparente.

—¿Peligra la procesión? —preguntó Oramas.

—Desconozco el protocolo, pero si arrecia se corre el peligro de que la suspendan.

Antonio Miranzo estaba cerca de ellas y se percató de lo que hablaban. Como perteneciente a la Junta de Cofradías, y por tanto organizador de la Semana Santa, miró al cielo y aventuró:

—Es difícil que se suspenda.

—¿Lo dices porque piensas que esto son tan solo cuatro gotas o porque según el protocolo de lluvia…?

—Por las dos cosas —contestó con una gota de guasa—. La lluvia nos trae no pocos problemas a las hermandades, motivo por el cual se ha decidido dividir en tramos todas las procesiones, de tal forma que cada cofradía sepa lo que tiene que hacer en todo momento si aparece la lluvia y en qué lugar se tendrán que resguardar las imágenes. Ahora mismo estamos en el último tramo, eso quiere decir que con acelerar el paso sería suficiente para llegar a nuestro destino.

—Pues ha habido veces que alguna procesión no ha salido y llovía menos que ahora —dijo Crespo.

—Puede ser. Una cosa es que se suspenda una vez que está en la calle y otra distinta es que no salga si hay riesgo de lluvia. Hay gente que no quiere entender que muchas tallas tienen un valor artístico enorme. Generalmente, si llueve en el momento en que tiene que salir la procesión, se esperará media hora o una hora según el número de cofradías.

—También ha ocurrido que alguna cofradía ha abandonado la procesión por su cuenta —insistió Crespo.

—Los acuerdos que se toman en las sesiones de la Junta de Cofradías pretenden evitar situaciones como esas. A mi juicio, si las hermandades tienen claras las situaciones en que se puede interrumpir un desfile, se evitan malentendidos.

—Sin duda alguna, organizar siete días de desfiles procesionales tiene sus dificultades —consideró Oramas.

—Para organizar diez procesiones, cuarenta y un pasos procesionales, treinta hermandades y miles de nazarenos acompañando a sus respectivos pasos es necesaria una buena planificación —dijo Antonio sin disimular el orgullo de pertenecer a la Junta de Cofradías. Con tono de ligera curiosidad, manifestó en voz baja—: He oído cómo pudisteis identificar a la cabeza de la célula. Quizá sea meterme en un zarzal, pero me gustaría saber cómo pudisteis parar la fabricación de explosivos.

—No tengo mucho inconveniente en contarlo una vez que todo se

ha resuelto. La inspectora Crespo tuvo buena culpa. Esta chica, ahí donde la ves, es un todo terreno que sirve para un roto y para un descosido.

—No es para tanto. A mi jefa es que le gusta mucho exagerar las cosas —dijo Crespo girando la cabeza hacia Antonio.

De clarinada en clarinada se fue dejando caer la turba por la calle Alfonso VIII formando una mezcla abigarrada de túnicas. El cielo quedó despejado de nubes y al Jesús lo despojaron del plástico. El cortejo llegaba a la iglesia de San Felipe. Cuando estaba a punto de explicar como se resolvió el caso, Oramas se encontró con su madre que esperaba con ansiedad el primer paso procesional.

—¡Vaya pinta que llevas, hija! —exclamó Candelaria.

Bajo el estremecedor estruendo de los tambores, el Jesús del Salvador llegó a su altura.

—¿Te has fijado cómo nos mira con la cruz a cuestas? —observa Candelaria.

Siguieron la marcha.

—¿Me vais a contar cómo abortasteis la fabricación del TATP o no? —insistió Antonio.

—Cuando acabe el miserere te lo cuento.

Y de repente, milagrosamente, los tambores enmudecieron. Era el momento del miserere.

Silencio.

Tristeza.

—XX—

Cuando le plantearon a la inspectora Oramas la posibilidad de entrar de día a la casa donde estaban fabricando los explosivos se quedó pensativa. Al cabo de cinco segundos les dijo que tenía que consultarlo y salió al pasillo. Llamó a Federico y tras contarle todos los avances que se habían producido durante la mañana, dijo respecto a lo de entrar a la casa:

—Poner en peligro a cualquiera de mi equipo me causa problemas de conciencia.

Con voz afable, le contestó:

—A mí también, pero creo que si las cosas se hacen con prudencia y planificación no tiene por qué correrse ningún peligro.

—Me gustaría tenerlo tan claro como tú, pero…

—¡Vamos, vamos…! La inspectora Crespo es una atleta y una profesional como la copa de un pino. Es cuestión de que hables con ella y le hagas saber que no necesitamos una heroína en comisaría.

—Eso lo haré, por supuesto.

—Ten en cuenta también que, dada su situación emocional, ser protagonista en acciones como estas le hace aumentar su autoestima. ¿Recuerdas aquella vez que…?

—Sí —asintió Oramas con brusquedad.

—¿Por qué respondes si no sabes lo que te iba a preguntar?

—Me estabas recordando aquella vez que bajó a un pozo en busca de un cadáver.

—Cierto. Estuve allí, y si recuerdas disfrutó mucho haciendo aquel servicio.

—Ya —dijo con toda naturalidad sin encontrar más argumentos sólidos.

La aceptación del plan por parte de Oramas le produjo un vértigo de gozo a Crespo. No era la típica policía de oficina. Siempre decía que el buen policía es el que se trabaja la calle. Los demás sintieron cierto alivio al comprobar que sus intenciones se iban a poner en marcha. Pasados los primeros momentos de excitación, el equipo diseñó un plan de actuación.

Por la tarde, inmediatamente después de comer, la inspectora Crespo se pasó por casa de Oramas con una gorra que dejaba caer una coleta por la parte trasera y unos prismáticos colgados al cuello y marcharon junto con Linda al puente de San Pablo. Allí nace una senda que va recorriendo la hoz por la parte superior. Por un terreno

apto para piernas tan bien contorneadas como las de Crespo y Oramas, marcharon en busca de un punto desde el que pudieran ver el interior de la casa donde suponían que podrían estar fabricando los explosivos.

Bajo una serie de casas que hay colgando de la hoz, el camino va ganando altitud poco a poco. La primera parada la hicieron en el hocino de Federico Muelas, del que va quedando menos cada día. El camino se bifurca. Dejaron una senda que asciende hasta el antiguo Acueducto de la ciudad y siguieron de frente hasta llegar a un tramo de escaleras que rodea un gran paredón de roca. La segunda parada la hicieron en el mirador del Barrio del Castillo.

La ruta sigue desde allí con una subida violenta hasta el cerro de las Antenas. Pero Crespo, Oramas y su perra siguieron por la carretera durante un kilómetro y giraron a la derecha. Desde allí bajaron por un camino que serpenteaba entre pinos hasta que llegaron a un cortado.

—Esa de ahí abajo es la casa —dijo Crespo.

Se colocó los prismáticos en los ojos y los graduó.

—¿Estás segura de que es esa?

—Pues claro que lo estoy —dijo sin dejar de mirar.

Le pasó los prismáticos a Oramas.

—No se ve a nadie —advirtió tras hacer un recorrido panorámico —. Me da la impresión de que no han empezado todavía a fabricar explosivos.

—¡Ojalá sea como tú dices! Pero me temo que ya han comenzado.

—En el patio de la casa no se ve nada —seguía mirando Oramas a través de los prismáticos.

—En caso de haber empezado, lo que hayan fabricado lo tendrán en alguna habitación interior en proceso de secado.

Tomó de nuevo Crespo los prismáticos y miró hacia la casa. Un árbol retorcido en una esquina de la finca que pudiera ser una higuera, una mesa desvencijada y cuatro sillas apiladas es todo lo que pudo apreciar. Recorrió con mucho detenimiento todo el perímetro del patio en busca de algún lugar por el que fuera más asequible la entrada.

—Ten cuidado, que se te pueden ir los pies y caer al vacío —indicó Oramas. Al ver que su compañera no hacía comentario alguno, preguntó—: ¿Es que han aparecido los hermanos de Fátima?

Movió la cabeza de izquierda a derecha y dijo cuando retiró los prismáticos de sus ojos:

—Estaba estudiando por dónde acceder a la casa.

—Te tengo que pedir una cosa.

—Te escucho.

Clavando sus ojos en los de Crespo, dijo con tono severo:

—No quiero que arriesgues tu vida lo más mínimo. Ya sabes que el atentado lo tenemos neutralizado.

Se acercó a ella y, rodeando su cuello, le dijo con voz melosa:

—Confía en mí.

Nadie en la comisaría, aparte de los miembros del equipo, sabían que al día siguiente, por la mañana, íbamos a comprobar si había empezado el proceso de fabricación de explosivos. Oramas fue la única que trabajó desde el despacho. Se encerró en él a las nueve de la mañana y desde allí coordinó la operación con el miedo agarrado al estómago.

Todo pasaba por controlar a los hermanos de Fátima. Para ello hubo que llamarla temprano y preguntarle sobre su paradero. Lo hizo la inspectora Oramas cuando el inspector Torrijos la llamó para decirle que estaba ya apostado en la puerta de la casa. Se presentó con una cazadora con el cuello vuelto y con un sombrero de ala ancha con el que poder esconder su rostro. Fátima le dijo a Oramas que sus hermanos habían trasnochado y que estaban en la cama. Cuando lo comunicó al grupo, Crespo y Peláez estaban ya en las inmediaciones de la casa. La inspectora Crespo se puso las zapatillas de escalada y recorrió todo el muro exterior de la finca acompañada de Peláez.

—Creo que lo mejor es que suba por aquí —decidió tras dar dos vueltas al perímetro.

—¿Por ahí lo vas a hacer? —se sorprendió Peláez—. Pero si es por donde más alta está la tapia. Por lo menos hay cuatro metros y medio.

—Recuerda que no debes arriesgar nada —dijo Oramas acercándose al micrófono.

—No debéis temer nada. Si he elegido el lugar más alto para saltar es porque hay mejores agarraderos.

Crespo se puso a hacer ejercicios de calentamiento antes de iniciar la subida. Peláez contemplaba su cuerpo en silencio. Un cuerpo donde se podían apreciar muchas horas de gimnasio. Ejercitó brazos y piernas echándose al suelo para hacer flexiones. A continuación, dio unas carreras hasta que rompió a sudar. Con la misma elegancia que una gacela dobló la cintura en todas las direcciones posibles para poner a punto la espalda. Miró en todas las direcciones, y cuando se percató de que no había nadie observándola se encaramó por una pared totalmente vertical que parecía solo apta para reptiles y hormigas. Parecía tener muy bien estudiado el lugar donde tenía que colocar pies y manos. Sus dedos parecían garras capaces de soportar todo el peso del cuerpo. Aprovechando las imperfecciones de la tapia, no tardó en llegar a la parte superior. Observó el lugar por donde regresar y cuando lo tuvo claro se dejó caer de un salto. El inspector Peláez, que había dejado de mirarla durante un par de segundos, dijo:

—¿Te has caído?

—¿Ha habido algún contratiempo? —añadió Oramas alterada.

—No ha pasado nada. Simplemente, me he dejado caer.

—Es que son casi cinco metros —advirtió Peláez—. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente.

—Ten en cuenta que ahora viene lo más difícil —observó Oramas —. Condúcete con mucho cuidado.

Crespo se encontró sola en un patio irregular que debía medir unos trescientos metros cuadrados. Ni una sombra, ni un ruido alteraba la paz en aquel lugar en el que se podría estar gestando la barbarie. El suelo estaba tan seco como el desierto de Atacama. De una esquina llegaba el dulce aroma de una higuera. Echó a andar despacio hasta la fachada de la casa. Antes de intentar entrar, estudió el escenario. Había dos puertas. Empujó con suavidad la primera y no cedió. Era una puerta consistente que no parecía haber estado bajo el influjo del tiempo. Ni una grieta, ni ningún signo de haber sido atacada por la humedad o la carcoma. Le dio dos golpes con el hombro y no se movió. Desistió y marchó hacia la otra puerta. Era compacta. Sobre ella había un farol, motivo por el que supuso que sería la puerta principal. Empujó, pero ofreció resistencia.

—¿Cómo va el asunto? —preguntó Oramas.

—Hay dos puertas, pero están firmemente cerradas. Voy a ver si hay alguna ventana en la parte trasera de la casa.

La había. Y la diosa Fortuna quiso que cediera ante el empuje de su mano. Era una ventana muy pequeña que daba luz a un cuarto de baño. Por ella salió un irresistible olor a podrido que le hizo retroceder y que era un signo inequívoco de que habían empezado a fabricar el TATP. Tan pequeña era que daba la impresión de que por ese agujero no podría entrar ningún ser humano. Pero la inspectora Crespo era uno especial. Entró los brazos y reptó como una serpiente con los pies en el aire. Para que le entrara el pecho tuvo que girarse y ponerse boca arriba. Empujó con las manos en la pared interior y consiguió entrar hasta la cintura. Llenando los pulmones de aire, inclinando su cuerpo en diagonal para poder entrar y poniendo las manos en el suelo, consiguió introducirse en la casa.

—Estoy dentro de la casa. El olor es insoportable, pero resistiré.

—Muévete muy despacio —dijo Oramas—, y si te mareas háznoslo saber para que te rescatemos.

—No tengas miedo, que no es para tanto.

—Que sepas que me están temblando las piernas.

El baño comunicaba con el salón. Los muebles estaban apilados en un rincón. Un sofá, dos sillones, cuatro sillas, un arcón congelador y un aparador antiguo era todo lo que se podía observar. Todos ellos estaban en un estado lamentable, salvo el arcón que era nuevo. En aquel escenario, tan vacío y tétrico, daba la impresión de que el

tiempo se hubiera detenido. En la pared donde había situada una chimenea de granito estaban colocados los componentes para la fabricación del explosivo: la acetona, el agua oxigenada, el ácido sulfúrico, el bicarbonato sódico y el decolorante. Sacó el móvil de uno de los bolsillos de atrás y fotografió todo lo que tenía al alcance de su vista. Tomó la linterna y se introdujo en lo más oscuro de la casa. Un pasillo repartía habitaciones a un lado y a otro. Todas las puertas estaban abiertas salvo una. Se asomó en las tres que estaban abiertas y no vio nada digno de ser destacado ni fotografiado. Al abrir la puerta que estaba cerrada se dio de bruces con lo que buscaba. El suelo estaba totalmente cubierto con un manto blancucino. Tomó dos fotos. Cerró la puerta con mucho mimo y dijo:

—Bingo. He encontrado lo que buscábamos.

—Sal de ahí pitando ahora mismo —ordenó Oramas enjugándose el sudor de su frente.

Con pasos aturdidos, se dirigió hacia la puerta de entrada. Miró la cerradura y se dio cuenta de que no habían echado ninguna vuelta a la llave. Se acercó al cuarto de baño y cerró la ventana. Cuando salió por la puerta y recibió la primera bocanada de aire fresco en la cara sintió un alivio tremendo. Por fin había dejado atrás aquella mazmorra mugrienta. En un primer momento pensó en salir apoyándose en la higuera. Temerosa de que pudiera romperse alguna rama, decidió hacerlo de otra forma.

—Necesito que me lances la cuerda que hay en el maletero.

—¿Estás ya fuera de la casa? —preguntó Oramas.

—Sí.

—¿Por dónde quieres que te la eche?

—Por donde te resulte más fácil.

Lo hizo por la zona de menos altura. Cuando se ajustó bien a la cintura, dijo:

—Ahora tienes que tirar de la cuerda como cuando quieres sacar agua de un pozo.

Crespo colocó los pies en la pared y agarrada a la cuerda con las manos fue dando pasitos cortos hasta que alcanzó el tejadillo con las manos. Sin avisar y sin soltarse la cuerda de la cintura saltó al vacío.

—No me digas que has entrado al patio de la casa de la misma forma. —preguntó sorprendido Peláez.

—Lo que no entiendo es que te extrañes tanto.

—No sé si os dais cuenta de que tenemos en nuestro equipo una policía insuperable —añadió Oramas.

El inspector Torrijos dobló el periódico y abandonó el lugar que le habían asignado. Cuando dobló la esquina, dijo:

—Buen trabajo, Crespo. Orgulloso de ser compañero tuyo. Ya voy camino de la comisaría.

Cuatro días después, la inspectora Oramas recibió una llamada desde Madrid.

—Dígame.

—Buenos días. Soy el director general de la Policía —dijo una voz férrea y metálica—, ¿con quién estoy hablando?

Tras dar un respingo, respondió un tanto aturdida.

—Soy la inspectora Oramas.

—Según me han dicho es usted la comisaria en funciones. ¿Es eso cierto?

—Lo es.

—En primer lugar, quiero felicitar al Equipo de Investigación que usted dirige por la labor que viene ejerciendo desde que fue nombrada inspectora jefa —tras las palabras del director general, Oramas se retrepó en la silla y respiró hondo—. Especialmente, la felicito por las pesquisas realizadas sobre el caso del atentado yihadista en Cuenca. Gracias a ello se pueden haber salvado muchas vidas humanas.

Oramas meneó la cabeza y sonrió plácidamente.

—Muchas gracias —dijo en voz baja—. ¿Han detenido al imán?

—Lo tenemos identificado. Pero todo es cuestión de tiempo.

—Es que tengo miedo —musitó.

—¿Miedo? ¿De qué?

Giró la silla hacia la ventana y se colocó mirando hacia la ribera del Júcar.

—De que alguien se extralimite y llegue a oídos del imán lo que hemos descubierto. Si así fuera podría escabullirse. Tenga en cuenta que pensamos que podría estar encabezando otras células.

Tras tres golpes secos, se abrió la puerta del despacho. Era la inspectora Crespo. Oramas le guiñó un ojo y con un gesto de satisfacción en el rostro le hizo pasar agitando su mano derecha. Cerró la puerta con un movimiento lento y camino hacia la mesa de Oramas le hizo un gesto preguntando por la persona que estaba al otro lado del aparato, a lo cual le respondió enseñándole la palma de la mano.

—¿En qué se basa esa sospecha?

—En que la célula que actúa en Cuenca ha fabricado gran cantidad de TATP y creemos que puede haber otras distintas bajo dominio del imán.

Crespo levantó el dedo pulgar hacia el cielo. Oramas suspiró con tanta fuerza que se le hinchó la pechera como a una gallina clueca.

—De nuevo tengo que felicitarla. La conclusión a la que han llegado es muy acertada. Según nuestras investigaciones, estaba al mando de otras tres células que tienen planeado atentar en las procesiones de la madrugada del viernes santo en Sevilla, Zamora y Cáceres.

—Santo cielo —dijo Oramas acudiendo la imagen de Fátima a su

cerebro.

—Pero no hay que tener miedo. Tenemos controlados a todos los miembros de dichas células.

Crespo cerró los ojos y apretó los puños. Oramas no se pudo resistir y planteó:

—¿No cree que podemos pasar ya a la acción y detenerlos a todos?

—De eso quería hablar, precisamente. El caso es que, el imán ahora mismo está en Francia. Sabemos que va a venir a España próximamente…

—Digo lo de detenerlos porque los explosivos son peligrosos. Ahora mismo están en proceso de secado y tenemos miedo de que puedan explotar en cualquier momento.

—¿Hay peligro para la ciudadanía?

—No. Los están fabricando en las afueras.

—Pues no hay que preocuparse. Estallen o no estallen, el imán no se nos va a escapar —dijo con toda la fuerza que daba su autoridad.

—Entonces, es un jaque mate —replicó Oramas con ojos como platos.

—Es un jaque, pero no el final de la partida. Para acabar con esto, lo que tenemos que hacer es actuar coordinadamente a partir de ahora.

Crespo se levantó de la silla y abandonó el despacho.

—Supongo que tendremos que esperar a que el imán ponga los pies en territorio español.

—En ese mismo momento serán detenidos todos los miembros de todas las células controladas por él.

—Por cierto, ¿se puede saber cómo se llama el imán?

—Perdón, se me ha pasado decírtelo. Su nombre es Bilal Ziani Kadri.

Cuando acabó la conversación con el director general de la Policía se quedó relajada en su silla. Con la cabeza suspendida hacia atrás y los pies estirados todo lo que permitía su cuerpo, sin mover la cabeza, dio un barrido con la vista y le pareció que el despacho se había agrandado. La palabra orgullo tamborileaba sin cesar en su cabeza. Estaba orgullosa por las posibles vidas que se hubieran podido salvar. Ese era, según ella, el fundamento por el que un policía debe trabajar. Decía que lo debía de hacer en silencio, sin alharacas, con plena conciencia y con determinación.

Tras ocho minutos de reflexión, se levantó y marchó en busca de su equipo. Vestida con un traje de chaqueta y pantalón rosa palo, taconeando con fuerza, con más dulzura en su rostro que nunca y con una sonrisa amplia, los encontró en el despacho de Peláez. Al entrar se quedó mirando fijamente a los tres e intensificó la sonrisa. A su vez, se

sintió repasada por tres miradas muy exigentes.

—En vuestra cara noto la alegría que intentáis disimular —dijo.

—A mí me parece que es una alegría compartida —respondió Torrijos.

—No tengo más remedio que darte la razón. Como me imagino que sabréis por boca de la inspectora Crespo, el imán ha sido identificado. Y lo mejor de todo es que lo hemos conseguido en equipo. Quiero que sepáis que el director general de la Policía me ha encargado que os felicite.

—¡Ah, pero que el señor con el que estabas hablando es el…!

—Pues sí, era nuestro jefe. Me ha llamado para darme la noticia.

Torrijos se incorporó en la silla, puso una pierna sobre la otra y dijo con voz serena:

—¿Qué más te ha dicho?

Sin distraer la mirada, se quedó fijamente mirando y dijo con desdén:

—Que el imán se llama Bilal Ziani Kadri.

—Es un nombre demasiado bonito para un asesino —dijo Crespo poniendo énfasis en la última palabra—. ¿Sabemos de dónde es?

—Es argelino.

Tras una mirada llena de furor, Crespo replicó:

—¿Argelino?, ¿Y cómo llegó a España?

—Sabemos que en Turquía predicaba una doctrina radical y que en 2003 llegó a Siria para enfrentarse a las tropas estadounidenses.

—¿En que consiste esa doctrina radical? —preguntó Torrijos.

Oramas se encogió de hombros y Pe

láez contestó:

—Fundamentalmente en no separar religión y política. ¿Acaso habéis olvidado las intenciones del Estado Islámico?

—En 2012 se le sitúa en Bélgica —continuó Oramas.

—Fueron muchos, desde luego, los que regresaron a Europa tras abandonar las zonas de contienda en Oriente Medio —aclaró Peláez—. Muchos de esos combatientes acabaron en prisión, pero no faltaron los que quedaron en libertad.

—Hubo muchos de esos terroristas que no fueron capaces de afrontar psicológicamente esa experiencia tan traumática regresando desmoralizados, pero otros como Bilal se volvieron a marchar —añadió Oramas—. En 2013 participó en los ataques de Malí. En 2015 fue enviado por el Estado Islámico a Francia en una misión suicida.

—¿Suicida? —dijo Torrijos con tono socarrón.

—Es que hay suicidas que tienen mucha suerte —aclaró Crespo añadiendo un toque de humor.

Se produjo el atentado en el barrio parisino de Saint-Denis el 13 de noviembre, muriendo ciento treinta personas.

—Fue aquel atentado que se produjo en los alrededores del estadio de fútbol —recordó Torrijos—, ¿no es así?

—Los ataques consistieron en tiroteos contra terrazas y restaurantes, así como en la toma de rehenes en la sala Bataclan —aclaró Peláez con rabia.

Crespo se esforzó por no contagiarse y añadió:

—Ah, sí. Ya me acuerdo. Es aquella vez que estaba el presidente viendo un partido de fútbol en el palco mientras que en las inmediaciones del estadio los terroristas suicidas se inmolaban causando una enorme mortandad.

—¿Qué planes tenemos a partir de este momento? —preguntó Torrijos.

—Esperar a que detengan al imán.

—XXI—

El miserere es puro lamento al que le puso música Santiago de Pradas. Llama la atención que en una procesión caracterizada por el estruendo de los tambores y el chirrido de los clarines, el silencio se abra paso y que las voces de un coro tomen protagonismo esparciendo sus notas por las intrincadas callejas repletas de gente. Sin la paciencia necesaria para dejar que lo acabasen, las últimas estrofas se fundieron con el sonido de los tambores que de nuevo volvió a ser el actor principal.

—¡Qué pena! —se quejó Oramas.

—Por lo visto, ocurre todos los años —explicó Crespo.

—Desgraciadamente, esta falta de respeto se ha convertido en tradición —apostilló Javier.

Con el Jesús del Salvador cruzado en la calzada, tras la explosión sonora, los turbos avanzaban hacia la calle del Peso. La gente se seguía saludando. Sonreían, lo hacían sin cesar. Conscientes de que la procesión era una vez al año, ni buscaban líos ni altercados; le zurraban fuerte al tambor, simplemente. A algunos se les había rasgado la piel, otros llevaban un palillo partido. No había uniformidad en la vestimenta ni en los colores, ni en la forma de llevar el capuz, el tamaño del tambor difería de unos a otros, los turbos se movían de manera diferente. La masa avanzaba hacia la iglesia de San Andrés para enfilar la última recta. Una señora joven se le acercó. Iba vestida con una túnica rojo carmesí a juego con el capuz que lo llevaba colocado en la cabeza tan bien anudado que parecía un turbante.

—¿Qué pasa, ya no me conoces? —dijo tambaleándose.

—Pues tal como vas vestida, la verdad es que no. Quizá, si te quitases las gafas…

Llevaba unas gafas de sol que le cubrían media cara. Al quitárselas dejó al descubierto unos bellos ojos, pero rojizos y devastados por el cansancio y el alcohol.

—Pero si eres Ana Belén. —La reconoció al segundo. Era la madre de Silvia, la chica que desapareció y que huyó a Brasil. Fue el primer caso de Oramas en Cuenca—. Déjame que te mire, —se echó un metro hacia atrás y, examinándola de arriba abajo con descaro, dijo—: los años no pasan por ti. Sigues manteniendo el tipo. Tu aspecto es tan bueno que da la impresión de que eres ajena al tiempo.

—Me cuesta trabajo, no te vayas a creer. Menudos tutes me doy en

el gimnasio. Voy cuatro días a la semana y los días que descanso hago natación —explicó con lengua de trapo.

—¿Qué tal están tus hijas?

—Estupendamente. Están las dos por ahí delante.

—No me digas que también son turbas.

—Anda, pues claro. Hay que mantener la tradición. Mi nieta también va por ahí delante con su madre.

—Pues ahora me doy una vuelta. A ver si la veo.

Ana Belén se le quedó mirando fijamente. Tan intensamente lo hizo que dio la impresión de que quisiera penetrar en su interior. Con los ojos aguanosos, a punto de que se desbordaran las lágrimas, se arrojó sobre ella y dijo:

—De nuevo tengo que darte las gracias. Gracias por lo que has hecho para que podamos estar aquí y esta procesión pueda llegar hasta el final.

Guardaron un extraño silencio durante unos segundos y respondió Oramas:

—La verdad es que nos lo han puesto muy fácil.

Charlaron un rato más sobre el caso y la colaboración ciudadana. Oramas comprendió que, al fin y al cabo, eran dos extrañas sin nada que compartir. Tan solo les quedaba en común la satisfacción de haber resuelto el asesinato de su ex. Cualquier otra persona, en circunstancias semejantes, hubiese desaparecido de tu vida como chispas de fuegos artificiales. Ana Belén era distinta, convertía esas chispas en instantes eternos.

—Ha sido una enorme alegría haberme cruzado contigo —se despidió Oramas—. Y no bebas más —le advirtió.

—Un día es un día, ¿no? Estamos en la procesión de los borrachos.

—Ten cuidado, que como te oigan llamar de esa forma a esta procesión vas a tener algún problema.

A esas horas de la mañana se agradecía la sombra. Por causa de una lipotimia fue necesario parar el desfile en la calle de Solera. Entre el cansancio y la tristeza de los participantes la procesión iba a terminar en el punto de inicio. Fue necesario un último esfuerzo para despedirla hasta el próximo año. «Ay, que le da, que le da; que lo bailen, que lo bailen». Las imágenes llegaban bailando a la plaza del Salvador, los turbos enloquecieron, los palillos chocaban unos con otros por encima de las cabezas, se arremolinaban los turbos, las pasiones se desataron hasta el delirio colectivo. Si el Jesús salió en loor de multitud, no fue menos la recogida. Tuvieron que bailarlo durante un buen tiempo. Entraba y salía, entraba y volvía a salir provocando el delirio entre los asistentes. El rugido se intensificó cuando llegó la imagen de San Juan Evangelista: «Guapo, que lo bailen». La algarabía era inmensa, los turbos se apiñaban

progresivamente. La imagen de San Juan avanzó y retrocedió sucesivamente mostrando renuencia a entrar en el templo. Tras él llegó empujando el penúltimo paso que representaba el encuentro de Jesús con su madre antes de ser crucificado. Una obra cincelada por el escultor conquense Vicente Marín Mohorte, que desfila desde 1987 por las calles de Cuenca.

Y de repente, los tambores enmudecieron y los turbos dejaron libre la plaza. Ahora el sonido que se escuchaba fue el de la banda de música de Cuenca que acompañaba a la Soledad de San Agustín. Oramas se quedó fijamente mirando el rostro de la virgen. Un rostro que expresaba como pocas el dolor y la angustia de una madre y que Oramas la tenía a pocos metros. Al otro lado, justo frente a ella, apreció la figura de Fátima. En un primer momento dudó si podría ser ella, pero conforme se fue acercando se disipó la duda. Cuando estaba tan solo a tres metros de ella, Fátima se percató de su presencia, dándole la espalda y apretando el paso en un claro gesto de desprecio.

Con mucha pesadumbre, regresó con la inspectora Crespo.

—Acabo de ver a Fátima. Me he acercado para hablar con ella y me ha rechazado.

Quedó un momento sin responder un tanto desconcertada.

—No te preocupes por eso. Tiene mucho que asimilar y es una persona muy emotiva. Acaba de hablar conmigo Clemente y me ha dicho que entremos a la iglesia.

—¿Quién es ese?

—Uno de los hermanos mayores que nos invitó anoche.

—Ah, sí. ¿Y qué es lo que quiere?

—Supongo que habrá algún acto dentro y quiere que asistamos.

—XXII—

Pasaban los días y no recibían información sobre la captura del imán. Oramas sabía que era cuestión de tiempo, pero no podía disimular el nerviosismo. Tenía unas ganas enormes de acabar con el asunto. Pensaba que en cualquier momento se podía desencadenar una tragedia. La excitación aumentó cuando un buen día recibió informe de vigilancia sobre los hermanos de Fátima y le comunicaron que se habían visto por la noche con un chico que por la descripción —moreno, alto y fuerte— debía de ser Ismael.

A media mañana, se presentó él mismo en comisaría sin que nadie lo esperara. Preguntó por el inspector Peláez en lo que iba a suponer el segundo encuentro. Su presencia en la comisaría, dadas las circunstancias, no resultaba muy agradable. Su cara no podía disimular el desaliento que habitaba en el interior de su cuerpo. Se le notaba muy intranquilo. Sus ojos, enrojecidos, reflejaban falta de descanso y preocupación. Cuando estuvieron sentados uno frente a otro se arrancó Ismael con voz temblorosa:

—Anoche recibí la visita de Amín y Kamal.

De momento Peláez no supo quiénes eran, pero no tardó en caer en la cuenta de que eran los hermanos de Fátima.

—¿Dónde?

—Vinieron a mi casa a buscarme.

—¿Y…?

Lo miró durante unos segundos con ojos que parecían tener el potencial suficiente para taladrar una pared y respondió:

—Me han dicho que me necesitan para atentar en la procesión de las Turbas.

—Supongo que habrás declinado la invitación.

La luz que entraba a raudales por la ventana permitió ver que dos ojos tan negros como la pez se encharcaron.

—Por supuesto. Pero me han amenazado.

El inspector Peláez entendió en ese momento que la situación se podría complicar. Estaba seguro de que la amenaza era un farol, pero le preocupaba que el miedo le hiciera a Ismael tomar una decisión equivocada.

—Si no recuerdo mal, te aconsejamos que te marcharas una temporada a Marruecos.

—Lo recuerdo, pero en este momento no es solución.

—¿Se puede saber el motivo?

Fue un momento de fragilidad. De los ojos de Ismael resbalaron las primeras lágrimas. A duras penas, pudo contestar:

—Es que han amenazado a toda mi familia.

Se puso las dos manos en su cara y, posando los codos sobre las rodillas, lloró amargamente. El impacto de la escena no consiguió hacer desistir en su empeño a Peláez. Dejó que se desahogara. Tras un par de minutos de un silencio incómodo, preguntó:

—¿Qué es lo que esperas de nosotros?

—Que protejáis a mi familia.

—¿Cómo?

—Poniendo vigilancia.

De los labios de Peláez se desprendió una leve sonrisa circunstancial. Se inclinó hacia delante en la silla y le explicó:

—Si te refieres a que pongamos vigilancia en la puerta de tu casa, he de advertirte que no lo vamos a hacer. No lo haremos porque podría poner en peligro la investigación y porque ya tenemos vigilados a los dos hermanos las veinticuatro horas del día, lo cual quiere decir que no van a tener ocasión de molestar a tu familia.

Lo miró fijamente durante unos segundos eternos. Sus ojos, vivos y oscuros como aceitunas negras, mostraron alivio.

—¿Quieres decirme con eso que mi familia ya está protegida? —preguntó en voz baja, como si las paredes tuvieran oídos.

—De Amín y Kamal, sí.

—¿Puedo creerme lo que me está contando?

Peláez levantó la cabeza, se relajó y llamó a Oramas. Le contó que estaba con Ismael en su despacho y le preguntó si tenía conocimiento de los últimos movimientos de Amín y Kamal.

—Un momento, me persono ahora mismo en tu despacho.

Entró sin llamar en el despacho exhalando sonrisas. Ismael se enjugaba las lágrimas de sus ojos. Se dirigió a la silla donde estaba sentado y, posando una mano en su hombro, dijo:

—Sabemos que anoche tuviste un encuentro con esos dos chicos, pero no debes preocuparte; los tenemos vigilados. Supongo que se pusieron en contacto contigo para reclamar tu ayuda. Si es así, te pido firmeza y paciencia.

De los labios de Ismael empezaron a brotar las primeras sonrisas. Eran sonrisas balsámicas con las que expulsaba la zozobra que invadía su cuerpo.

—Como le he dicho a su compañero, les dejé bien claro que me dejaran en paz. Que vivieran su vida y que yo viviría la mía, en ese momento amenazaron a mi familia —dijo.

—Si te he pedido paciencia es porque el desenlace está muy próximo, es cuestión de días. Esos chicos se van a pasar una buena cantidad de años en la cárcel. Además de firmeza y paciencia, te pido

reserva. No hables con nadie de este asunto. Si llegara a sus oídos el plan que tenemos establecido para acabar con la célula, se nos podrían escapar. Y lo peor de todo es que el imán seguiría en libertad organizando nuevos atentados.

Tras palparse un extraño silencio, Ismael hizo un gesto enfático con los brazos y se levantó con energía. Les dio las gracias por haberlo recibido y les dijo que se iba mucho más tranquilo. Peláez lo acompañó hasta la puerta de la calle. Antes de despedirse le preguntó si sabía algo del atentado. Se le quedó mirando y contestó:

—Solo me han dicho que lo van a hacer con dos furgonetas.

Se le quedó mirando mientras se acercaba a la esquina con República Argentina y pensó lo peligroso que es un hombre que tiene miedo.

¡Qué miedo da el miedo!

La espera fue larga. La mañana se presentó con lluvias. Una de esas tormentas primaverales preludio de la Pascua. Ring, ring, ring… El teléfono fijo rompió el silencio en el despacho de Oramas haciéndole regresar a la realidad. Tras el tercer toque, Oramas lo cogió. Se identificó una voz femenina como la Comisaria General de Información. El cuerpo de la inspectora Oramas sufrió una convulsión.

—Supongo que me llamará por el asunto del atentado yihadista.

Giró la cabeza y posó la mirada sobre los caprichosos dibujos que las nubes iban dejando en el cielo. No eran figuras, simplemente eran una combinación de tonos grisáceos que, atravesados por haces de luz, daban un aspecto fantasmagórico.

—Pues sí, la verdad. Tiene usted una gran intuición. Una cualidad que define al buen policía, sin duda alguna. Le voy a confesar algo, tengo una debilidad muy especial por esa ciudad. En verano he pasado alguna semana disfrutando de un retiro en la Posada de San José…

—Una gran elección, efectivamente —le interrumpió Oramas.

—Tanta es mi debilidad que he sentido una rabia enorme que la hayan elegido para realizar un atentado tan estúpido. Tiene gracia que a una capital a la que nadie hace caso, vengan los yihadistas y la elijan para hacerle todavía más daño.

Las palabras de la Comisaria General de Información quedaron flotando en la mente de Oramas como pompas de jabón.

—Y con qué resignación llevan todo eso los conquenses. Se conforman con saber que tienen una de las ciudades más bellas del mundo.

—Vayamos a lo nuestro —apuntó la Comisaria General de Información—. Como usted sabe, estábamos esperando que el imán pusiera un pie en España para detenerlo. Pues bien, según escuchas realizadas, dicho individuo tiene previsto viajar a nuestro país pasado

mañana. Eso quiere decir que ese mismo día, en el momento en que detengamos al imán, deberéis detener a los miembros de la célula de Cuenca.

—¿A los que viven en Guadalajara también? —era la misma pregunta que sus tres compañeros del equipo le hicieron una y otra vez en los últimos días.

—No. De esos se van a encargar la policía de allí.

—Parece lo más sensato —apreció Oramas.

La comisaria le advirtió que debía tener una vigilancia muy estrecha sobre los hermanos de Fátima y le dijo:

—Si sale de Cuenca me lo debes comunicar al instante.

—Me tiene que dar un teléfono para ello.

Le dio su teléfono particular y se identificó como Pilar Delgado Casado.

—Estad preparados y no olvidéis que la «Operación Ballena» ya está en marcha.

El teléfono sonó como un aullido. Aun dormida, Oramas palpó su mesita de noche sin abrir los ojos. Sin querer, le empujó con la punta de los dedos y cayó al suelo el aparato. Sentándose en el borde de la cama pudo por fin contestar.

—Diga —dijo con voz hosca.

—¿Estoy hablando con la inspectora Oramas? —sonó una voz cristalina al otro lado de la línea.

—Aunque ahora mismo no soy persona, creo que sí —ironizó Oramas.

—Soy Pilar Delgado Casado.

De momento no reaccionó Oramas. Pasados un par de segundos, se levantó con violencia y dijo:

—¿La comisaria general de información?

—Eso es. Perdona las horas. Sé que son intempestivas, pero es que nos acaban de comunicar que el imán está a punto de subirse a un avión con destino Madrid. La Operación Ballena está activada. Debes acudir ahora mismo a la comisaria de Cuenca y ponerte al mando de la situación. Espero que tengáis controlados a esos dos individuos. Si es así, en el momento en que te avise debéis proceder a la detención.

A partir de ese momento todo fue un corre prisas para Oramas. Salió al patio y llenó el plato de comida para el perro. A pesar de que la primavera estaba comenzada, el tiempo parecía haberse revelado contra el calendario. La mañana se había presentado bastante fría y con lluvia. Desde la Sierra llegaba un viento ligero que acuchillaba. El cielo estaba oscuro, no solo porque todavía era noche cerrada, sino por unas nubes bajas cargadas de agua. Tras una ducha rápida, renunciando al desayuno, Oramas salió pitando. A punto de dar el

portazo, escuchó la voz de su madre:

—¿Pasa algo?

—No lo sé. Simplemente, me han llamado y tengo que ir.

—Ni siquiera has desayunado.

—Tiempo tendré de hacerlo en toda la mañana.

—Pero…

Tiró de la puerta y marchó a toda prisa. De camino llamó a sus tres compañeros y los conminó para que se presentaran en sus despachos con rapidez. Nada más llegar a comisaría preguntó por la vigilancia a Amil y Kamal. Cuando le aseguraron que estaban en su casa, dio orden para que se aposentara un policía de paisano en la puerta de su casa hasta que fuera a sustituirlo la inspectora Crespo.

A las nueve estaban reunidos los cuatro. La inspectora los puso al día y ordenó a Crespo para que se personara en la puerta de Fátima:

—En la puerta hay un policía ahora mismo —advirtió—. Cuando llegues, que se venga para acá.

—Me tendré que llevar un coche. Lo digo por si se mueven.

—Cierto, se me olvidaba. Llévate uno camuflado.

—¿Se sabe la hora de llegada del imán a Barajas? —preguntó el inspector Torrijos.

—No me lo han dicho, pero yo calculo que será sobre las nueve y media de la mañana. De todas formas, en lo que tenemos que centrarnos es en tener controlados a los hermanos de Fátima para caer sobre ellos en el momento en que nos den aviso de que el imán ha sido detenido.

—¿Te han comunicado el lugar exacto donde se procederá a la detección del imán?

—Tan solo me han comunicado que estaba en el aeropuerto “Charles de Gaulle” a la espera de tomar vuelo para Madrid. La intuición me dice que le echarán el guante nada más llegar al aeropuerto.

—Si es así, tenemos que espabilar.

La reunión fue interrumpida por una llamada telefónica. De nuevo Pilar Delgado se ponía en comunicación con Oramas. La llamó al móvil.

—¿Diga?

—Soy de nuevo Pilar. Os llamo para comunicaros que los dos componentes de la célula que viven en Guadalajara van camino de Cuenca. Eso quiere decir que cambian los planes.

—¿En qué sentido?

—En lugar de detener a dos de los componentes, tendréis que detener a los cuatro.

—El problema que veo es que no sabemos el paradero de esos dos individuos y a las alturas que estamos…

—No tenéis que preocuparos por eso. A los dos miembros de la célula que viajan en este momento desde Guadalajara a Cuenca los siguen dos policías de paisano en coche camuflado.

Le pasó el teléfono de los policías guadalajareños y Oramas se puso en contacto con ellos al instante. Iban por Sacedón, lo cual quería decir que estaban a ochenta y cinco kilómetros de distancia. Tras la advertencia de que marcharan tras ellos a una distancia prudencial, les dijo que saldrían otros dos policías en coche camuflado con el fin de evitar sospechas.

—Me temo que esos dos vienen a por los explosivos —observó Crespo.

—Eso creo yo también —respondió Oramas—. Pero ahora no es tiempo de andar dilucidando si galgos o podencos. A ti te quiero ahora mismo —ordenó señalando a Crespo— en la puerta de Fátima y vosotros dos marchad sin perder tiempo al encuentro de los de Guadalajara. Yo me quedo para organizar el grupo de apoyo para detener a los cuatro componentes de la célula. ¡Ánimo y manteneos con los ojos bien abiertos!

La inspectora Crespo aparcó el coche en la calle Cesáreo Olivares y marchó a dar el relevo al policía que estaba en la puerta.

—Estoy ya en la puerta —informó al grupo.

Torrijos y Peláez salieron al encuentro a buen ritmo. Iban comunicados con los policías de Guadalajara.

—Por dónde vais —preguntó Torrijos.

—Acabamos de pasar el cruce de Castejón.

—No os acerquéis a ellos. Nosotros estaremos esperándoos a la entrada de Villar de Domingo García. Nuestro coche es un C4 de color blanco. Estaremos aparcados en la izquierda de la carretera según la dirección que traéis.

Y la inspectora Oramas había seleccionado a un grupo de doce policías uniformados y los había reunido en su despacho. No tuvo más remedio que explicarles que había en marcha un atentado yihadista contra la procesión de las Turbas y que era el momento de desactivarlo definitivamente. Los policías se miraban unos a otros sin poder disimular su asombro. Sin duda alguna había sido un secreto muy bien guardado.

—No os tenéis que preocupar —intentó calmarlos Oramas—. El asunto lo tenemos muy controlado. Se trata de esperar a que detengan al imán, que está a punto de aterrizar en Barajas y esperar que nos den la orden para detener al resto de los componentes de la célula.

A partir de ese momento se alzaron varias manos y las preguntas empezaron a abrirse paso empujándose unas a otras. ¿Dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo? Eran preguntas que se redoblaban sin cesar. El nerviosismo entre ellos se incrementaba y Oramas trataba de

apaciguar a los asistentes. Sin embargo, posiblemente, era ella la persona más preocupada de todos los allí congregados. Le inquietaba sobre todo el hecho de que tuvieran que proceder a la detención cuando estuvieran esos pobres infelices manipulando los explosivos. Sabedora de que el tiempo apremiaba, los instigó para que se hicieran con el equipo adecuado y estuvieran preparados para salir cuando les avisaran.

Torrijos y Peláez llegaron al lugar donde tenían que relevar a los policías de Guadalajara. Tras una larga travesía por el pueblo, giraron a la derecha en un camino que conducía a un chalé y colocaron el vehículo para salir en dirección a Cuenca. El inspector Torrijos les preguntó que por dónde iban:

—Hemos pasado el cruce de Arrancacepas hace un rato.

—Pues tan solo es cuestión de minutos.

No llegaron ni a cinco. Cuando salieron de nuevo Peláez y Torrijos a la carretera, Oramas llamó a Pilar y le reveló todos los movimientos realizados hasta el momento.

—¿Qué hacemos con los dos policías de Guadalajara? —preguntó.

—¿Tienes hombres suficientes?

—Sí.

—Entonces daré órdenes para que regresen.

De la casa de Fátima salieron sus dos hermanos. Crespo lo comunicó al grupo.

—Síguelos a distancia —dijo Oramas—. Seguramente están en comunicación con los de Guadalajara y salen a su encuentro.

Se colocaron en la puerta del Salvador y esperaron la llegada de sus compañeros. Crespo avisó de ello a Torrijos y a Peláez insistiendo de que se mantuvieran a distancia.

—Cuando recojan a los hermanos de Fátima seré yo la que los siga. Lo digo por evitar suspicacias.

—No te acerques a ellos tú tampoco —ordenó Oramas.

La inspectora Crespo observó con disimulo a Amín y a Kamal. Parecían nerviosos. Miraban el reloj sin parar. Sus cabezas, giradas hacia arriba, evidenciaban que el coche de sus compañeros lo esperaban por la calle Melchor Cano.

—Estamos entrando en Cuenca —informó Torrijos.

—Ve informándome exactamente del lugar por donde vais, por favor —rogó Crespo y se metió en el coche.

Parque de los Moralejos, hotel Torremangana, calle Colón, puente de San Antón, puente de la Trinidad…

—Si giran en la curva de la Audiencia, quedaros ahí —sugirió Crespo.

Arrancó el motor y esperó la llegada.

—Han girado —avisó Torrijos—. Nosotros nos quedamos aquí.

Llegaron a la calle Solera, giraron hacia la derecha, recogieron a sus dos compañeros y siguieron la marcha. La inspectora Crespo salió detrás de ellos con la distancia suficiente para no generar desconfianza. Al llegar a la Puerta de Valencia giraron a la izquierda e iniciaron el camino hacia Palomera.

—Todo está ocurriendo conforme a lo previsto —indicó Crespo—. Vamos por la hoz del Huécar.

—Mantén distancia, que sabemos dónde van —dijo Oramas—. Y Peláez y Torrijos que vayan a tu encuentro.

No llovía, pero la humedad era intensa. Por la angostura que había formado el Huécar avanzaban con suavidad en lo que fue un recreo para la vista. Durante el primer kilómetro la carretera fluye río arriba bajo unos edificios precipitados sobre la roca y que parecían acariciar el cielo con sus tejados. Pasado el palacio del obispado, la iglesia de San Pedro y la muralla del castillo, la arquitectura conquense se transforma en un espectáculo de piedra formándose gigantescos titanes pétreos en los que quedaban agarradas las nubes.

Cuando giraron a la izquierda para tomar el camino que les iba a llevar a la casa donde tenían el TATP, Crespo continuó hasta el cruce donde se inicia la ruta turística.

—Vamos detrás de ti —dijo Torrijos—. Dinos tu posición.

—Desvío hacia Palomera.

Pasaban las nueve y media de la mañana y el cielo volvía a oscurecerse. Sobre la caliza no tardó en volver a resbalar el agua hacia las huertas. Al principio sonaban tenues las gotas, no tardaron en engordar. Decidieron dejar allí un coche y se acercaron hasta el camino los tres en el otro.

—Esperad aquí —dijo Crespo—. Voy a echar un vistazo.

—Con prudencia —indicó Oramas.

Al acercarse vio la puerta abierta y el coche de los yihadistas con el maletero abierto. Por el momento no pudo ver a ninguno de los cuatro.

—Quédate cerca y limítate a observar lo que ocurre.

Se alejó de la puerta y se camufló bajo una noguera. Se pegó al tronco dando la impresión de que formaba parte del paisaje. El silencio de la hoz tan solo era roto por el graznido de un grajo. El agua le resbalaba desde el pelo hasta la boca y el cuello sin que pareciera importarle demasiado. Allí se quedó inmóvil, sin quitar el ojo de la puerta, respirando los aromas de los frutales y la tierra mojada.

Al teléfono de Oramas entró una llamada de Pilar:

—Dígame —respondió con voz temblorosa.

—El imán ya está en la panza de la ballena.

—¿Ha sido atrapado? —preguntó con el pulso alterado.

—Ha sido atrapado, por supuesto. Ahora es vuestro momento. ¿Tenéis controlados al resto de la célula?

—Los tenemos. Mucho me temo que a lo que han venido es a llevarse explosivos para surtir a otras células.

—Pues cuanto antes los detengáis, mejor. Por el peligro que entraña, hay que procurar que no salgan de Cuenca con los explosivos.

—Tengo todo preparado para actuar.

—Pues adelante.

En dos furgones y dos coches se trasladaron hacia el lugar los doce policías. En un principio, Oramas tuvo la tentación de quedarse en el despacho dirigiendo la operación. A última hora, pensó que su lugar era estar con sus compañeros y se subió a uno de los coches. Fue en ese momento cuando les dio la noticia a los demás:

—El imán ha sido detenido. Debemos impedir que salgan de ahí con los explosivos. Voy de camino con doce policías bien pertrechados.

—Yo estoy bajo un nogal vigilando los movimientos de los cuatro.

—Nosotros estamos metidos en el coche a la espera de recibir órdenes —dijo Torrijos.

Cuando llegaron al lugar, empezaron a cargar el coche con explosivos. La hoz cobró vida en unos segundos. Los doce policías se distribuyeron alrededor de la casa con fusiles de asalto y granadas de mano. La inspectora Crespo acudió de inmediato al lado de Oramas. Los cuatro terroristas se refugiaron en el interior de la vivienda. Peláez y Torrijos también se incorporaron a la operación. Se dieron las órdenes para que tomaran una posición cómoda y que no se tomaran riesgos innecesarios. Oramas mandó colocar uno de los coches frente a la puerta. Tras varios minutos de silencio y de incertidumbre, tomó el micrófono del coche y se dirigió a los yihadistas:

—Os informo de que Bilal Ziani ha sido detenido esta misma mañana al llegar al aeropuerto de Madrid procedente de París. El atentado ha sido desactivado. Sed razonables y salid con los brazos en alto.

Tras unos segundos de silencio, contestaron:

—Si queréis atraparnos tendréis que venir a por nosotros. Recordad que los musulmanes tenemos la fuerza y la gloria del Todopoderoso.

En el rostro de varios policías se dibujaban muecas de preocupación. Oramas temía que el asunto fuera para largo. Torrijos no encontraba lugar adecuado para tumbarse y ponerse a resguardo.

—No merece la pena que os pongáis tercos. Si os entregáis todo va a ser más fácil para vosotros. Pensad en vuestras familias.

Salió Amín a la puerta y, señalando con el dedo índice hacia el cielo, respondió:

—El de arriba nos ha elegido entre millones de hombres para haceros llorar sangre.

Crespo sentía la tensión en los maxilares. A pasar de ello, miró a la inspectora Oramas y le hizo una seña con la que le expresó que continuara.

—No tenéis escapatoria.

—Nuestra salida es el paraíso que nos han prometido. Hemos fabricado explosivo suficiente como para hacer volar esta ciudad por los aires. A vosotros os espera el infierno. Dentro de poco vais a arrepentiros de haber nacido.

Con los ojos tan fríos como un tempano de hielo, Oramas se encogió de hombros sin más argumentos en la recamara para ser disparados. No hicieron falta. En ese momento salieron los otros tres del interior de la casa y se juntaron en el exterior. Llevaban cada uno colocado un chaleco. Sonreían los cuatro. Crespo se agachó y salió corriendo hacia el nogal. Oramas hizo lo propio y se refugió tras una roca. Todos los policías apuntaban con sus fusiles. Los cuatro muchachos avanzaban hacia donde estaba la inspectora Oramas.

—Os están apuntando doce fusiles, parad inmediatamente u ordenaré abrir fuego —advirtió Oramas.

—Los enemigos de Dios no nos dan órdenes —respondieron sin dejar de avanzar.

Por la cabeza de Oramas se atropellaban muchas ideas. Que iban de farol. Que iban cargados de explosivos. Que querían inmolarse para alcanzar el paraíso. Fue esta última la que se impuso.

—¡Fuego! —gritó.

Tras los disparos, las detonaciones se solaparon unas con otras. Los cuerpos de los cuatro yihadistas saltaron por los aires. La onda expansiva llegó hasta la casa explosionando el TATP que habían fabricado. El estruendo fue descomunal. La casa saltó por los aires y la onda expansiva desplazó los cuerpos de varios policías quince metros. Durante varios segundos hubo una lluvia de cascotes en toda la zona que habían acordonado. La devastación fue absoluta.

Cuando la inspectora Crespo levantó la cabeza solo pudo ver una nube inmensa de polvo. Tuvo la impresión de que nadaba en un mar de leche. No se escuchaba nada. El silencio era enloquecedor. Completamente aturdida, se puso de pie y empezó a caminar hacia el lugar donde pensaba que estaba la inspectora Oramas. Sin apenas mantener la línea recta, se desplazaba zigzagueando.

—¿Estás bien? —escuchó la voz de la inspectora Oramas.

—Dentro de lo que cabe, bien, pero un poco mareada. ¿Y tú?

—Creo que estoy bien, pero espérate que me levante.

Se puso en pie, dio unos pasos y se abrazaron. Estaban irreconocibles, completamente cubiertas de polvo. Los cuerpos de los

policías empezaron a rebullirse poco a poco.

—¿Estáis bien? —gritó Oramas.

Dos policías sangraban. Uno de ellos había recibido el impacto de un cascote en la pierna, el otro fue arrojado por la onda expansiva contra una roca y tenía una brecha en la frente. Poco a poco fueron apareciendo en medio de ese paisaje lunar. Todos iban apareciendo con la mirada perdida. Oramas llamó a Torrijos y le pidió que solicitara ambulancias. Con la mente alejada de la realidad, le dirigió una mirada esquinada y preguntó:

—¿Cuántas?

—No sé. Decídelo tú.

Poco a poco, fueron acercándose al río para lavarse la cara. Los acontecimientos se sucedieron con mucha rapidez. Las primeras en llegar fueron las ambulancias. Se desplazaron seis al lugar de la explosión. Los periodistas no tardaron en llegar. Acudieron por el ruido que produjo la explosión. Oramas llamó a la comisaria y les pidió apoyo.

—Traed cinta de balizaje para delimitar la zona.

La gente se fue personando para curiosear. Unos se acercaban en moto, otros en bicicleta, algunos andando, los coches también se paraban para preguntar. Se produjo tal atasco en la carretera que fue necesaria la Guardia Civil para controlar el tráfico.

El teléfono de Oramas sonó.

—Diga.

—¿Cómo van las cosas por ahí? —preguntó Pilar.

Sin apenas poder articular palabra, le explicó todo lo que había ocurrido.

—¿Ha habido bajas?

—Tengo a dos policías con heridas. Los demás estamos totalmente aturdidos. La explosión ha sido violentísima. No te puedes imaginar la sensación que da cuando tras el estruendo levantas la cabeza y ves que cuatro personas y una casa ha desaparecido en un segundo y que el suelo y tú misma estás llena de polvo.

—¿Han evacuado ya a los heridos?

—Se los han llevado hace un rato.

—¿Has contemplado la idea de someteros los demás a una revisión medica?

—Primero es necesario que nos demos una buena ducha en casa.

—Pues marcharos ahora mismo. Ahí ya poco podéis hacer.

Los medios de comunicación empezaron a dar la noticia de una enorme explosión en las afueras de Cuenca. No sabían el motivo y especulaban con varias hipótesis. Sin lugar a duda, las pesquisas llevadas a cabo para desactivar el atentado se habían llevado con enorme sigilo. Se personaron en el lugar las autoridades civiles de

Cuenca. Lidia también acudió. La llevaron en coche unos compañeros de trabajo. No le dejaban traspasar la cinta de balizamiento. Llamó a la inspectora Crespo y acudió al lugar donde estaba. Se fundieron en un emocionante abrazo y le contó todo lo ocurrido.

—Que sepas que el éxito es también tuyo —le dijo Crespo.

Los periodistas trataban por todos los medios de obtener una información que llevarse a la boca, pero ocurría que quien estaba en condiciones de hablar no sabían lo que allí había ocurrido y quien lo sabía no estaba en condiciones de hablar.

Los cuatro inspectores estaban a punto de marcharse cuando vieron a Fátima a lo lejos dando gritos. Había saltado la cinta y venía un policía detrás de ella corriendo. La placaron y la tumbaron en el suelo. Estaba histérica. No dejaba de preguntar por sus hermanos: ¿Dónde están mis hermanos?, ¿dónde están mis hermanos?, gritaba sin cesar.

Oramas, con expresión de fracaso y una lágrima resbalándole por la mejilla, ordenó a un cabo de la policía:

—Llevadla al hospital y que le den un tranquilizante.

—XXIII—

Las dos inspectoras entraron en la iglesia acompañadas de Clemente. Oramas estaba apesadumbrada. Le había afectado mucho el desplante que le hizo Fátima. Le había cogido mucho cariño y sabía que fue ella quien primero colaboró para que se hubiese podido desactivar el atentado. ¡Ay, Fátima! Pensar en ella le causaba tristeza.

El interior de la iglesia estaba patas arriba. Los nazarenos se desvivían colocando a cada imagen en su lugar. Oramas, con un extraño tintineo en su interior, se embelesaba viendo todo ese trajín. Había que colocar las andas sobre las borriquetas, los estandartes y faroles tenían también su lugar de recogida, a las andas se les tenía que quitar los banzos, un nazareno se encargaba de recoger las horquillas de los que portaron a hombros el paso… Y todo ello dirigido y controlado por los hermanos mayores. Miraba sin cesar el rostro del Jesús Nazareno ya encerrado en su capilla. Le llamaba la atención la expresión que consiguió Marco Pérez.

Cuando cada hermandad acabó con su faena, se reunieron ante el Jesús y la Verónica y, tras un silencio intenso, le cantaron el miserere que compuso Pradas en su casa asomado a la hoz del Huécar. Era el mismo que le habían cantado en la escalinata de los Padres Oblatos, pero sonaba distinto dada la resonancia de la iglesia.

La banda de música de Horcajo de Santiago homenajeó también a San Juan Evangelista con la marcha procesional de Nicolás Cabañas Palomo. Una pieza musical que está considerada el Himno de la Semana Santa de Cuenca y que, en tres minutos mágicos, condensa una enorme emoción para el universo nazareno conquense. Se despidieron con un motete a la Virgen de la Soledad de San Agustín.

Crespo y Oramas se despidieron de todos los allí presentes. Al salir a la calle activó de nuevo el teléfono y se dio cuenta de que tenía una llamada perdida. Era de su madre. Cuando le fue a devolver la llamada, se dio cuenta de que tenía también un mensaje: «Estoy haciendo potaje de semana santa con rellenos. Dile a Mari Luz que se venga».

—Dice mi madre que te vengas a comer con nosotras.

Se quedó pensativa unos segundos y, mirándose el aspecto que tenía, dijo:

—Es que me quería dar una ducha.

—En mi casa hay cuartos de baño.

—Lo sé, pero el caso es que tengo necesidad de cambiarme de ropa

también —contestó Crespo. Se quedó dubitativa durante un momento y continuó—: Bueno, venga, me subo contigo. La verdad es que no tengo comida en mi casa.

—Te adelanto que mi madre ha hecho potaje de cuaresma.

—Después de las judías con oreja de anoche creo que es lo más aconsejable —ironizó.

Se quitaron la túnica y el capuz y lo metieron en el tambor. Se lo colocaron en bandolera y marcharon con andares cansinos cuesta arriba hacia la calle Madre de Dios.

—¿Qué te ha parecido la noche? —preguntó Crespo.

—Excitante. He sentido entrar en las entrañas de la Semana Santa conquense. Es increíble lo que se puede sentir y aprender en una sola noche.

—Nos han contado muchas cosas que yo también desconocía.

—Es que las ciudades son como las personas. Nunca llegas a conocerlas por completo.

Cuando subieron las escaleras de la calle Madre de Dios, se pararon y observó Crespo:

—Pero hay un asunto que te tiene preocupada.

Oramas amohinó.

—Te refieres a Fátima, ¿no es así?

—Sí. Pero creo que estás exagerando el asunto. Debes pensar que acaba de perder a dos hermanos y…

—Todo eso lo sé, pero pienso también que hemos salvado una cantidad muy grande de vidas humanas y que hubiese sido un sufrimiento enorme para muchas personas. ¿Sabes a quién debemos poder haber desactivado el atentado…?

—XXIV—

Los noticieros nacionales abrieron todos con la noticia de la explosión en Cuenca. El ministro de interior fue el encargado de compadecer ante los medios para informar de lo ocurrido. Según sus palabras, en una operación conjunta entre la policía nacional de Madrid, Sevilla, Zamora y Cáceres, fueron detenidas veintidós personas: ocho en Sevilla, siete en Zamora, seis en Cáceres y una en Madrid. Hizo referencia a los cuatro terroristas que se inmolaron en Cuenca poniendo en peligro a muchos miembros de la policía nacional.

Ya iniciado el telediario de las tres, llegó a su casa la inspectora Oramas. Su madre estaba enfrascada con la noticia del día.

—Mira, están dando imágenes de la explosión —dijo.

La inspectora Oramas acudió al salón.

—¿Dónde estabas tú cuando explotó la bomba? —preguntó la madre.

—¿Ves esos dos coches que están volcados? Pues yo estaba detrás del de la policía.

—¡Madre mía! Es un milagro que no te haya pasado nada.

—No, madre. Es que me he protegido bien detrás de una roca. ¿Comemos?

—Espera que acaben de dar la noticia.

El comisario se incorporó al tercer día de haber sucedido la explosión. Recibió innumerables llamadas de personalidades civiles y eclesiásticas de Cuenca y de Castilla-La Mancha. Tanto el alcalde como el presidente de la Diputación le manifestaron que sentían que la ciudad estaba perfectamente protegida. No faltó la llamada del obispo.

—Que sepáis que me ha cogido la explosión en Roma. Os doy las gracias en nombre del Santo Padre, que es como decir en nombre de Dios.

Hizo referencia a la cantidad de familias rotas que se han podido evitar gracias al buen hacer del equipo de investigación.

—Vivimos en unas sociedades muy complejas en las que no faltan los que inducen a otros a no respetar el quinto mandamiento —dijo—. Recibid mi bendición y que sepáis que la iglesia está con vosotros.

El presidente de la Comunidad lo llamó en persona. Lo felicitó y le dijo que extendiera la enhorabuena a todos los miembros del equipo de investigación.

—He decidido asistir este año a la procesión de las Turbas —añadió.

El director general de la Policía quiso compartir las felicitaciones que recibió en persona del ministro de Interior.

—Conoce vuestra labor —aseguró— y hemos estado hablando muy bien de vosotros. Está muy orgulloso.

Tras los agasajos y las felicitaciones, la vida recobró la normalidad y la lentitud. Poco a poco los homenajes y las lisonjas fueron quedando atrás transformándose en recuerdos. Pasadas las celebraciones de la Semana Santa, a mediados del mes de mayo, se presentó en comisaría Fátima con su padre preguntando por la inspectora Oramas. Cuando le comunicaron que había una chica en el mostrador que quería hablar con ella, tuvo un pálpito. Dejó lo que estaba haciendo, se levantó de la silla y echó a correr escaleras abajo. El encuentro fue efusivo y lacrimoso. Se abrazaron y poco más. No hicieron falta palabras.

—Mi padre es el que me ha animado a venir y ha querido acompañarme.

Oramas se quedó mirando a ese hombre que llevaba escrito en sus ojos, unos ojos secos y enrojecidos, el sufrimiento que había pasado.

—Créame que siento lo que ha ocurrido. Intentamos salvar la vida de esos cuatro jóvenes, pero nos lo pusieron imposible.

—No se preocupe —respondió con voz apagada.

Oramas los invitó a subir a su despacho. Fátima, entre lágrimas y sollozos, le pidió perdón por el desprecio que le hizo cuando acabó la procesión de las Turbas. Le hizo ver la inspectora que le afectó mucho, pero que lo entendió. Tanto a ella, como a su padre, les contó cómo sucedieron los hechos. Se lo contó más o menos como ella lo recordaba y lo sintió, barnizada con esa pátina que da la subjetividad y las percepciones personales.

—Como ya os he dicho, no tuvimos más opción que disparar y fui yo misma quien dio la orden de hacerlo. Tratando de convencerlos, aguanté todo lo que pude, pero no escucharon mis razones. Con sus chalecos bien ajustados, se fueron acercando poco a poco hasta nosotros hasta que…

Pocos días después acabaron de tomarle declaración a Bilal Ziani Kadri, el imán. Si tardaron tanto fue porque en un principio se negó a declarar. Los interrogatorios fueron tantos y tan intensos que acabó

por derrumbarse y reconoció que tenían planificado atentar al final de la calle Carretería, justo en el jardincillo donde se encuentra el grupo escultórico de Marco Pérez dedicado a los conquenses de la provincia que cayeron en la guerra de África. Lo harían justo en el instante anterior de que llegara a ese mismo punto el Jesús. Declaró que pensaban realizar el atentado con dos furgonetas y que, una vez que los cuerpos de los muertos o de los heridos impidiera el avance del vehículo, echarían pie a tierra y harían estallar sus chalecos. La policía estimó que el número de muertos podría sobrepasar la cifra de cien y de heridos mil.

— Curiosidades y agradecimientos —

Me decidí a escribir esta novela cuando vi un programa en la plataforma Netflix sobre los atentados yihadistas del 17 de abril. Se titula «800 metros», y lo dirige Nacho Carretero. Me impresionaron tanto que en mi cabeza empezó a tomar forma una idea. A fuego lento, se fue cociendo el argumento de un caso para la inspectora Oramas. Como Cuenca es mi ciudad natal y en ella transcurrieron los primeros veinte años de mi vida, como en los casos anteriores, quise que mi ciudad fuera un personaje más de mi novela. Creo que no exagero si afirmo que el viernes santo es el día más importante para los conquenses. Lo es por celebrarse la procesión «Camino del Calvario», llamada popularmente como procesión de «Las Turbas» —por favor, no os dirijáis a ella como «la procesión de los borrachos», no nos hace mucha gracia a los conquenses y tampoco se ajusta a la realidad—. Tomé la determinación de incorporar la historia de dicha procesión en la trama principal de mi novela.

A pesar de tener amplio conocimiento de mi ciudad de nacimiento, para poner en funcionamiento la trama diseñada en mi cabeza, fue necesario iniciar un proceso de documentación. Empecé tomando notas de la obra “Los silencios del 17-A”, una obra sobre los atentados en Cataluña de Anna Teixidor, colaboradora en el programa “800 metros”. Dicha obra me hizo ver la necesidad de tomar información sobre el Estado Islámico y los avatares sobre la Jihad.

Hecho el acopio necesario sobre dicho asunto, me instalé en Cuenca, me dediqué a buscar lugares que sirvieran de escenarios para mi novela e intenté ponerme en contacto con gente que tuviera conocimientos sobre la procesión de las Turbas. Deambulé por Cuenca por esos lugares que fueron «mi pequeña Patria» durante mi infancia y que apenas habían cambiado en cincuenta y tantos años. Encontré barrios apartados con sabor a pueblo, rincones con embrujo, caserones que se habían salvado de la piqueta y de la especulación, calles viejas y tortuosas con casas panzudas. Cuando tuve mi libreta casi llena de anotaciones, empecé lo que yo pensaba que sería más difícil: contactar con paisanos que atesorasen información sobre las Turbas. He de reconocer que me equivoqué de raíz. No hubo ni una sola persona con la que me puse en contacto que me dijera que no quería entrevistarse conmigo. A todos les propuse que fuesen personajes en mi novela con sus nombres y apellidos. Tampoco hubo ninguno que se opusiera a ello. Mi eterno agradecimiento a todos ellos sin cuya colaboración esta

obra no hubiese sido la misma.

Estando en la última Feria del Libro de Cuenca, se acercó un lector para que le dedicase una novela llamado Roberto Cachero y me preguntó sobre qué estaba escribiendo. Cuando le dije que sobre un atentado yihadista a las Turbas parecieron salírsele los ojos de sus órbitas. Cuando le pregunté si conocía a alguien que pudiera darme alguna información para documentar mi novela, me dio un nombre: Antonio Garrote. Es el presidente del Grupo Turbas.

Me atendió con cortesía desde el mismo momento en que lo llamé por teléfono. Quedamos una mañana soleada en el "Andén 7", un bar céntrico y amplio muy propio para celebrar el «Gasto» en mi novela. Nos conocíamos de vista, en nuestra ciudad nos conocemos casi todos (y si somos de edades similares con más motivo). Tomó la iniciativa y casi no hizo falta hacerle ninguna pregunta. Demostrando una enorme pasión nazarena me habló de la cena de los turbos en la noche del jueves al Viernes Santo, de la invitación de los hermanos mayores del Jesús, de la incorporación de las Turbas a la Junta de Cofradías, de la incorporación de la mujer, de los momentos estelares de la procesión, de las familias históricas… Advertí en sus palabras un gran entusiasmo y una enorme emoción. Todo lo que me contó sobre la procesión "Camino del Calvario" y la forma en que me habló del Jesús, me hizo concluir que vivía la Semana Santa y las Turbas con esa necesaria fusión entre la fe y la tradición. De todo lo que hablamos tomé buena nota. Al despedirnos me hizo entrega de una serie de documentos que fueron de gran ayuda para dar forma a mi novela: me hizo entrega de dos memoriales sobre las Turbas de Enrique Valero Moscardó que leí varias veces con verdadera devoción y de otro en el que Pepe Bodoque, con ilustraciones de Javier Romero, dedica un poema a cada talla de la Semana Santa Conquense. Debo agradecer a cada uno de los mencionados la ayuda que he recibido al leer sus publicaciones. En dichos memoriales colaboró también Miguel Romero Sáez con varios textos. Es justo manifestar que su estudio y su lectura han servido para que esta obra sea más completa y aprovecho para extender mi agradecimiento. Y demostrando su enorme generosidad (me estoy refiriendo ya a Antonio), en un descuido pagó las cervezas. Muchísimas gracias por todo, señor presidente.

Me dio el teléfono de Javier Viñuelas, el tesorero y representante del Grupo Turbas en la Junta de Cofradías. Con amabilidad parecida, me atendió por teléfono y me dijo que estaba a mi disposición para lo que hiciera falta. Como vive en Madrid, quedamos en un lugar de la capital para tomar un café una tarde. A tenor de la información que ya había recibido del Secretario-Presidente del Grupo Turbas, fui preparado con una batería de preguntas. Le agradezco el tiempo que me dedicó para responder a todas ellas. No hubo ninguna que se

quedara sin contestar. Casi todas ellas se referían a la visión que él tenía sobre la evolución de las Turbas. Suya es la información sobre las actividades que se realizan dentro de la iglesia de El Salvador una vez que acaba la procesión. Debo agradecerle también que cada consulta que le he hecho por wasap me haya atendido con tanta amplitud.

El vicepresidente es Jesús Aguilar. Un Pataco de pura cepa. Dado el tiempo que dedica a su empresa, no me resultó fácil entrevistarme con él. Hizo un enorme esfuerzo y me recibió una tarde en su despacho. Debo agradecerle lo fructífera que me resultó toda la información que me dio sobre su familia. Por cierto, me contó el buen detalle que tuvo de organizar esa comida de todos los descendientes de Bernabé Aguilar en el restaurante Recreo Peral y del recordatorio que diseñó para regalar a los comensales —¡qué no daría yo por tener ese documento en mi poder!

No recuerdo quién me dio el teléfono de Antonio Miranzo. Es uno de los pocos Planchas que quedan, razón por la cual me resultó una entrevista muy emotiva. Quedamos en el mismo lugar y a la misma hora que el día que me entrevisté con Antonio. Se mostró muy cercano y con ganas de ayudarme. Me habló de su abuelo Jesús, de su padre Antonio, de su tío Pepín y de sus primos José Luis y Miguel Ángel descubriendo algunos secretos familiares, como la historia del tambor de su abuelo que, por cierto, se encuentra expuesto en el Museo de la Semana Santa. Todos los detalles de los lugares donde se colocaban algunos turbos para repartir resoli, zurra y magdalenas entre sus compañeros me los relató él mismo. Por todas las anécdotas que me reveló, por el tiempo que tuvo a bien dedicarme y por el interés que demostró, le muestro mi más profunda gratitud.

En el brazo izquierdo de la manga de su túnica, Emilio Torrecilla lleva bordado un escudo de turbo con el numero uno. Lo lleva con mucho orgullo. Es la misma túnica que llevó su padre hasta su muerte. Según me contó, le llamaban “el Faraón”, apodo que heredó de él y que soporta con tanta satisfacción como la túnica. Le agradezco que me dedicara tanto tiempo en una terraza del parque de San Julián. Se presentó con su mujer Juli (su adorable novia eterna), que tanta colaboración lleva prestada a las Turbas desde la sombra. Entre los dos me desvelaron muchas anécdotas, no solo sobre las Turbas, sino sobre la Semana Santa conquense en general.

Otra persona con la que me entrevisté, y al que le agradezco también todo el tiempo que me dedicó y tanta información como me ofreció, fue José Aguilar; otro descendiente de Barnabé Aguilar y, por tanto, Pataco (en Cuenca das una patada a las piedras y salen Patacos). El cambio de impresiones que tuvimos, las preguntas a las que tuvo a bien contestar y la audición del pregón que dio en la

Semana Santa conquense del 2015 no han caído en saco roto. Muchas gracias de nuevo.

A José Ramón Benito no lo pude localizar hasta después de haber acabado mi novela. La referencia que tenía era la peluquería que regentaba en la calle las Torres y el teléfono fijo de dicho establecimiento. Me personé varias veces en la peluquería. Llamé otras tantas y ninguna me atendieron. La última vez que me personé me dijeron que se había jubilado y había cortado la línea de teléfono. Finalmente, me dieron su móvil y aceptó de buen grado acudir a la cena que organizamos en la Posada de San José para reunirnos todos los personajes de la novela, incluido el autor. Allí fue donde lo conocí en persona y donde aconteció una anécdota prodigiosa para mí. José Ramón me preguntó al comenzar la cena si no iba a venir Javier. De momento me quedé un tanto desconcertado. «¿Quién es ese?», le pregunté. «El policía de la Harley-Davidson», me contestó cargado de razón. «Pero como va a venir, si es un personaje de ficción diseñado por mí». Resulta que en la comisaria hay un poli que se llama Javier, que tiene una Harley-Davidson y, por si fuera poco, es turbo. Alguien me enseñó una foto en su móvil de él junto a su moto. ¿Os podéis creer que casi es tal y como lo había diseñado?

Me pasaron el número de su teléfono, le conté lo ocurrido, nos reímos un buen rato, quedamos en vernos en la primera ocasión en que yo fuera por Cuenca y le dije que, al contrario de todos los demás, él era un personaje de mi novela que se había escapado de ella y se había convertido en carne mortal. No me puso ninguna objeción para que siguiera utilizando su nombre.

Estuve tras la pista de dos mujeres que pertenecen al Grupo Turbas. Hice varias llamadas a cada una de ellas, pero me fue imposible contactar con ninguna. A pesar de que han quedado en el anonimato, he podido aludir a la presencia de la mujer en las Turbas por alguna entrevista que encontré en periódicos digitales conquenses. Me hubiese gustado tener más información al respecto, pero no ha podido ser.

Y por último a Adrián Pizarro Urbina, policía Nacional, le doy las gracias por su tiempo y generosidad para responder a mis estúpidas preguntas.

Dicen que una novela deja de pertenecer en exclusiva a su autor en el momento de su publicación para ser compartida con sus lectores. Pues ahí la tenéis, tan vuestra como mía, y con el deseo de que la disfrutéis leyéndola tanto como yo escribiéndola para vosotros.